

Señor Dr. D. Tomás Carnevaro.
En prueba de consideracion
E. d. Acevedo Diaz.
Bulones, Mayo 23 de 1886.

BRENDA

POR

EDUARDO ACEVEDO DIAZ



BUENOS AIRES

Imprenta de LA NACION, San Martin 214

1886

Carnevaro





A CONCEPCION

BRENDA

VELUT UMBRA...

En una casa situada en las afueras de Montevideo, á altas horas de una noche de verano que lucia algunas estrellas, y cuyo aire tibio formaba nebulosas con los vapores flotantes de la niebla alrededor de los reverberos,—cruzaban por el patio varias sombras calladas é inquietas, personas que andaban sobre la punta de los piés comprimiendo sus alientos y evitando el más leve rüñor. Algo grave ocurría. En ese hogar frio, en efecto, una mujer moribunda luchaba aún por conservarse al cariño de los suyos asida á los últimos hilos de la vida, como quien puede estarlo á las ramas delgadas y flexibles de un arbusto espinoso, que crujen y se doblan por instantes, á medida que el cuerpo sin fuerzas y áterido gravita más hácia al abismo. Todo respiraba esa soledad abrumante que invade de súbito el ánimo, y que precede al vacío que deja un dolor severo. En el campo, en las arboledas, en las granjas vecinas no se percibía ruido alguno; tan solo en la carretera que se extendía delante, las ruedas de algun carro que pasaba, á intervalos, lentamente, interrumpían la quietud de aquellas horas. La casa solitaria parecía una tumba. Pero el espíritu estaba lleno de zozobra y agitado allí dentro, en presencia de un cuadro que se renueva todos los dias, y cuya impresion sin embargo no se borra nunca.

¡Tan difícil es acostumbrarse á la idea de que una vez ha de convertirse nuestro cuerpo en polvo, y de que hay un sueño sin ensueños, bajo el dosel de una noche eterna!

El médico habia mirado á la enferma, la última vez, desde léjos, con expresion indefinible y actitud helada; esa expresion que indica el deseo de no asistir al último suspiro que la ciencia no ha podido retardar, y esa actitud que denuncia la impaciencia de abandonar un sitio en donde, al olor de la droga del récipe, va á seguirse el más especial aún, de un cadáver. Despues habia dicho, al retirarse:

—El sistema está muy alterado, y es difícil restaurar por estos medios las fuerzas perdidas...

Velaba el mísero descanso. mudo é inmóvil junto á la cabecera, un jóven á quien apenas apuntaba la barba, y en cuyo semblante de rasgos acentuados y viriles se esparcia la sombra de una pena rígida. Sus ojos de un reflejo firme y enérgico, fijos en el lecho de la doliente, denunciaban un carácter, á la vez que los profundos anhelos de una pasion filial intensa y concentrada. Con la cabellera revuelta y caida en parte sobre la frente ámplia y tersa, el labio contraído y los brazos cruzados, parecia esperar el final de un sueño, precursor de aquel otro sin fatigas ni delirios.

La lámpara arrojaba desde el fondo del gabinete una claridad mortecina. De vez en cuando, él inqueria con solicitud extrema los menores estremecimientos de la enferma, cuya respiracion entrecortada no era más que un leve hálito. El rostro de la enferma se sonrosaba á intervalos ligeramente, para recobrar bien presto una palidez marmórea; las mejillas hundidas no tenian ya carnes y la piel pegada á los huesos, arrugada y seca, permitia ver algunos nervios violáceos en donde parecia moverse apenas la sangre. La fria humedad de sus sienas trasmitia una impresion penosa á la mano que buscaba con triste afan el latir de la arteria empobrecida. Notábase en los labios cárdenos un ligero temblor, y era entónces cuando se crispaban las manos surcadas por largas huellas color de plomo, al oprimir la del jóven con fuerza misteriosa.

Desde luego, su sueño era corto y levísimo, á pequeñas treguas. En esos lapsos dolorosos levantaba sus párpados hasta la mitad de las órbitas, y detenia en el rostro del hijo sus ojos

azules—iluminados por el delirio. Pero su boca permanecía muda. Ya no articulaba acentos.

Después de las tres operóse una reacción favorable. Acordóse el joven que el médico había recomendado cierta dosis de éter para ayudar á reanimar aquel organismo deshecho. Pero las perlas se habían concluido. Alguien le reemplazó en ese instante en su puesto, y resolvióse á salir. Miró una vez más á la enferma, y de allí se apartó con paso indeciso, como si presintiera toda la amargura que le reservaba el regreso.

Atravesó el patio maquinalmente, en momentos en que descendía más densa la bruma; y á poco, vióse en la carretera.

¿Adónde iba?

Aquello ya no tenía remedio.

Caso comun: pero cuyos efectos solo se sienten bien, cuando lastiman la fibra propia. ¡El dolor personalísimo es, á no dudarlo, el gran dolor comprendido! En esos instantes en que se confunden todos los pesares para formar un solo sufrimiento, grave y profundo, siempre una débil esperanza alienta y consuela, y grato es á quien halaga, el llevarla al corazón de los demás.

Llenó, pues, en la farmacia más próxima el objeto que lo llevaba; y resolvió regresar por una calle oscura que abreviaba el camino. Esa calle le era muy conocida. Acostumbraba á transitarla diariamente, cuando iba y regresaba del centro de la ciudad; no solo porque reunía las ventajas de la recta,—sinó tambien porque se la habían hecho interesante ciertas circunstancias y detalles locales, que para otros pasaban desapercibidos. Era la suya, una de esas preferencias excéntricas, que rara vez varían; un hábito constante, y hasta una exigencia del gusto. Por lo demás, la calle, á excepcion de una cuadra, compuesta de edificios nuevos y elegantes con jardines al fondo, no presentaba nada de notable; y el mismo número de familias era muy reducido. Nunca se había preocupado, pues, el joven, de descubrir en esa vía solitaria algun rostro bello ó cabeza seductora, que sirviese de aliciente á su pasaje cotidiano; la única que llamara su atención, desde un mes atrás, era la de una niña de diez á doce años, blonda, blanca, de correctísimos perfiles, que llevaba luto, y á quien

solía ver de regreso de la escuela, ó sentada con un libro en las manos junto á la ventana de una de esas casas airoosas y esbeltas á que nos referimos, que el arte moderno erige por encanto en los más apartados sitios. Pero, solo la habia mirado como un modelo escultural, digno del más delicado gusto estético, sin sentir otra emocion que la de admiracion de la belleza; persuadido al contemplarla, que la naturaleza a superaba al genio del artista, cuando hacia obra de filigrana en carne y nervios.

En la noche de que hablamos, si él hubiera retrasado pocos minutos su pasaje por el sitio en que ella habitaba, la habria visto salir á la calle en medio de la mayor desolacion, y correr, hasta perderse en las sombras, arrastrada por una fuerza superior al miedo y al escrúpulo, en busca quizás de un auxilio que consuela siempre á la inocencia, aunque junto á él camine y con él penetre sonriendo irónico en la estancia triste, el ángel del sepulcro.

. Debian encontrarse, sin embargo.

Hemos dicho que el jóven habia resuelto su regreso por la via solitaria; como andaba á prisa, pronto se puso en ella.

A sus espaldas, las luces de la ciudad dormida formaban en la atmósfera una nube rojiza al irradiar en el impalpable tul de la neblina, que contrastaba con las purísimas líneas de la parte de cielo despejado, hácia el levante, parecidas á pintorescas fajas de un schall de bayadera; y á otro rumbo, tinieblas salpicadas con las últimas estrellas, pálidas y temblorosas, cual esas esperanzas que titilan en ciertas horas en la penumbra de la duda.

Una vez en aquella calle, oyó de pronto algunas voces, de alguien que se quejaba.

Creyó haber escuchado mal y se detuvo.

Los lamentos se repitieron de una manera distinta; y entonces pudo percibir en la vereda opuesta una pequeña sombra, proyectada contra el muro de una casa silenciosa.

No le quedó ya duda de que alguno lloraba allí. Los que sienten el vacio de algo irreparable y se encuentran así al azar, simpatizan sin esfuerzo y dánse la mano con cariño. En este encuentró, por atraccion instintiva, suele haber un consuelo. El infortunio vincula y á veces forma hermanos.

Al aproximarse, se halló delante de una niña acongojada

y llorosa, á quien no impuso el fantasma negro. La luz del farol dió de lleno en el rostro del jóven, y en el de ella, que se habia vuelto con presteza al ruido de sus pasos.

La niña llevaba luto. Un gran crespon negro cubria su cabeza y algunas guedejas color de oro de su cabello asomaban por las sienas. Tenia el rostro muy bello, aunque cubierto de esa blanca palidez que los organismos delicados conservan desde el aþbor de la vida.

¿Qué hacian allí aquellas tristes auroras?

Así que el desconocido se acercó, cesó ella de sollozar, clavando en él, sin moverse, sus ojos grandes y oscuros, que enjugaba á veces con el extremo del pañuelo que le servia de cõfia.

Ambos parecieron reconocerse.

—¿Por qué llorabas?—preguntó aquel.

Ella ocultó el semblante entre sus manos delgadas y nerviosas, balbuceando algo incomprensible.

El jóven cogió su cabeza entõnces, con dulzura, y la apoyó en el pecho, sin que la niña opusiera resistencia; pero bien pronto ésta la echó hácia atrás, apartándose suavemente, y dejando ver su semblante inundado por las lágrimas:

—Mi madre está muy mala—dijo.

—¡Ah! Y ¿qué deseas?

—Busco al médico... He llamado á esta puerta mucho tiempo y nadie responde. ¿Es que no vive ahí el médico, señor? ¡Ya estoy cansada de llamar!

Habia en su voz toda la confianza ingénua del que espera y reposa en la bondad extraña.

Penetróse el jóven de aquella grande afliccion á que su espíritu no era ajeno, pues que se encontraba por una triste coincidencia, en estado de medir su profunda intensidad.

Era aquella, en efecto, la casa de un médico.

En letras negras sobre chapas de bronce clavadas en la madera, se podía leer un nombre y un título.

Veíase luz en el consultorio, á través de las rendijas de la ventana. El médico habia vuelto de un sarao, hacia pocos instantes.

La niña observaba al compañero que le deparaba la suerte, con honda ansiedad.

Lanzó de pronto un suspiro, mirando al cielo, y murmuró entre un sollozo:

—¡Se hace tarde!... ¿Quiere usted llamar á esa puerta?
Llamó él en el acto, pero nadie acudió.

La infeliz cogió su mano, agitada y nerviosa, agregando con hondo desaliento:

—Otra vez... A usted tendrán que abrirle.

El jóven, callado y adusto, insistió de un modo recio; la puerta permaneció cerrada. En cambio abrióse la ventana del consultorio y un hombre apoyó la cabeza en la reja, para examinar atentamente el grupo, tanto como podía permitírsele la semi-oscuridad del sitio. El jóven cambió con él un diálogo rápido y animado. El médico inqueria hechos y causas, de mal talante.

A breve momento y cuando la niña con las manos juntas, triste y suplicante, asomaba su pálido rostro al rayo de luz, como una tierna imágen de desolacion, aquel hombre se negó en términos rudos á socorrer en esa hora la desgracia, cerrando trás de sí la ventana con violencia.

El jóven, indignado, reprimió un momento de cólera, volviendo á fijar una mirada atenta en las chapas de bronce. Parecia que queria grabar bien en la memoria, el nombre allí escrito.

—Es preciso que te vuelvas—dijo luego con calma. La buena madre querrá que su ángel esté á su lado...

—¿Sin el médico?—prorumpió la pobre criatura aterrada.

—Pronto será de dia, y podrás conseguir que vaya,—no éste, á cuya puerta has llamado en vano, sino otro más noble y bueno.

¿Dónde vives?

—V. sabe... Allá!

Y extendió su mano hácia el rumbo que llevaba el jóven, dejándola caer con desaliento:

—¡Ah, sí!... Recuerdo. Vén.

La niña echó á andar á su lado.

Caminaban en silencio.

De vez en cuando ella se detenia, á pretexto de molestarle alguno de los lindos zapatitos que resguardaban sus pequeños piés; pero en realidad para volver su rostro compungido,

y observar si la puerta se habia abierto. No podia persuadirse de tan cruel impiedad.

Seguia despues su marcha, alzando los ojos á su misterioso acompañante, con aire de angustia resignada.

—¿Tienes padre?—preguntó éste.

—Murió en la guerra, hace meses—respondió con melancólica seriedad. Iba solo y fué al pasar un rio.

El jóven sintió una conmocion extraña.

—Y ¿cómo sabes tú eso?

—Le hizo recoger herido una buena señora que se hallaba en su estancia y que vió el hecho desde el balcon. Ella nos lo contó todo, despues...

—Démonos prisa en llegar—repuso el jóven, dominado por una emocion fuerte y penosa, que pareció agravar el estado de su ánimo.

Á los pocos momentos, la niña se detuvo á la entrada de uno de los elegantes edificios á que hemos hecho referencia. En ese instante, una de las sirvientas que salia sin duda en su busca, lanzó al verla una exclamacion de contento.

—Aquí es—dijo la niña temblando.

La puerta estaba entreabierta. En el fondo de un zaguan de paredes estucadas, percibiase una claridad viva de gas, que alumbraba dos ó tres cabezas afligidas.

El jóven saludó en silencio á la huérfana, deteniendo en su rostro una mirada dulce y compasiva. Ella entróse mirando hácia atrás con un gesto inexplicable, y los ojos puestos en el jóven. Este se detuvo un instante, hasta ver desaparecer á la pobre alondra en el interior de aquella morada, como la suya, perturbada y triste.

Cuando siguió su camino iba absorto y pensativo. De esa cavilacion vióse pronto libre, al pasar por delante de una ventana, por cuyos intersticios salia un ligero resplandor. Sintió que la niña lloraba. Apresuró entónces con violencia el paso, como si hubiese oido allá á lo léjos una voz que le llamaba... y se despedia.

Entró bien pronto en el camino de las quintas.

Espléndidas coronas de azul y escarlata habian reemplazado al blanco y ténue rosa del alba: la niebla en descenso se desgarraba en anchos girones rozando el suelo en caprichosas volutas, y las gotas depositadas en las hojas caian

para desvanecerse en el manto de esmeralda de los prados. Rumores, estridulaciones, concertos, gorjeos, susurros, armonías semejantes á risas infantiles, luz y calor, vida y movimiento, exhuberancia de savia estival, lozania y brillo de juventud, riqueza de colores y de frutos, músicas y aromas agrestes confundidas: ¡qué hermosa se presentaba la naturaleza, en aquella magnífica mañana!...

I

ZELMAR

En el estío de 187... Raul Henares habitaba en uno de los sitios más pintorescos de las cercanías de Montevideo. La casa-quinta ocupaba una posición alta con vistas deliciosas á diversos rumbos, y la circuián bosquecillos de árboles frutales, á su vez resguardados por largas paralelas de sauces de lujoso verdor. La belleza del conjunto, la corrección de los detalles, la armonía de las líneas y la elegancia de las formas, denunciaban en el edificio fuerte, sóbrio de adornos y relieves, higiénico y proporcionado, la morada y la obra de un ingeniero de buen gusto y talento. A un flanco, á manera de seto, se extendía una línea de tunas é higueras silvestres, lugar de cita de los bulliciosos tordos que acudían en bandas desordenadas en la época del celo á disputarse sus amores, y esparcirse como negros presagios sobre los terrenos de labranza. Al frente veíase el mar, cuyas irritadas olas en días de tormenta cubrían todo el lecho de arenas de las playas para romperse luego contra deformes peñas, asemejándose con sus dilatadas crestas de bullente espuma á considerables escalones de ginetes adornados de penachos blancos, que vinieran é estrellarse á toda brida contra sólidos cuadros de veteranos. Detrás, á poca distancia, divisábase otra hermosa quinta, cuya vegetación simétricamente

distribuida, indicaba una mano inteligente y cuidadosa. En medio de tupidas arboledas, surgía una casa blanca y risueña, que servía de estancia estival á una familia opulenta, si bien compuesta solo de dos miembros,—segun el dato comunicado á Raul por su doméstico Selim que en materia de indagaciones municiosas de vecindad no desdecía de la costumbre de sus congéneres.

Algun tiempo hacia que Raúl Henares habitaba aquel sitio, sin que hasta entonces hubiese tenido ocasion de contraer alguno de esos vínculos pasajeros ó durables que la proximidad forma entre personas que residen dentro de una zona determinada.

No le faltaban sin embargo deseos de descubrir el secreto de la casa solitaria, y el rostro de cualquiera de las dos damas que en ella hacían vida veraniega—pues damas eran, y este detalle, bien importante por cierto, bastaba á azuzar su interés.

Confiaba satisfacerlos por medio de uno de esos encuentros que la casualidad proporciona en la estacion de campo, y que no ofrecen el inconveniente de la observancia de fórmulas exigibles en otro teatro.

El no tenía tampoco motivos de contar con amistades y relaciones francas y familiares. Pocos meses habian transcurrido desde su regreso de Paris, en donde cursó ingenieria, y obtuvo con las mejores notas su diploma.

Los años de ausencia fueron compartidos con Zelmario Bafil, su amigo y compañero de la infancia, á quien una circunstancia imprevista obligara á abandonar sus estudios de medicina, al concluir el sexto año. Con él volvió á Montevideo. Bafil se proponía someterse á prueba ante la facultad de Buenos Aires, y recibir en ella su título académico.

Algo debemos decir sobre él, ante todo, por exigirlo así el interés de nuestro relato.

Era Zelmario uno de esos raros jóvenes de talento y originalidad, para quienes no presenta rigores la lucha por la vida. Animoso, despreocupado, espiritual y sincero, consideraba el obstáculo, por insuperable que fuera, inferior al esfuerzo; su mayor placer consistía precisamente en encontrarse en frente de lo difícil. Tenía el don de imponerse, ó de congraciarse al ménos el afecto extraño. Heredero de

una valiosa fortuna, confiaba no obstante más en sus fuerzas que en su herencia, creyendo que la dignidad personal necesitaba de los golpes de la suerte para acrisolarse y adquirir verdadero temple, del mismo modo que en la edad media sin espaldarazos ajustados y precisos, nadie podía considerarse armado caballero. A favor de este criterio, tenía derecho á pensar que él era una excepcion notable entre la muchedumbre de séres opulentos: alcanzaba á penetrarse de la triste inferioridad de la riqueza material ante los triunfos decisivos de la inteligencia y de las grandes pasiones en accion, y de lo mísero y deleznable del orgullo exagerado que imagina en medio de la abundancia poder más que la idea—única fuerza indestructible que agiganta, glorifica, inmortaliza ó avergüenza, humilla y abate al nacer humilde y difundirse despues como una ola de luz, por la misma atmósfera en que se remueve y palpita la inmensa vanidad envuelta en estéril pompa.

Sabia de memoria á Saint-Evremond, á Heine y á Alfredo de Musset; pero nunca habia ceñido su conducta á las exageraciones de estos últimos. Amaba el placer, sin apurar la dorada copa del sensualismo hasta el extremo de ver la borra en el fondo. Ajustaba el gusto de sus embriagueces á cierta regla higiénica: el límite de lo dulce y el principio de lo amargo determinaban la reaccion, y lo hacian sóbrio. Las uvas habian de gustarse sin hollejo, el licor sin resíduos extraños, y la mujer sin impurezas. La ley del goce, era el uso conveniente, llevado hasta donde su elasticidad natural lo permitiera;—aquella que podria dar de sí el arco de Eros sin crugidos, ó la teoria epicúrea en su acepcion legítima.

De inteligencia clara y bello espíritu de observacion, bastábale á veces un simple detalle para formular un juicio exacto sobre cuestiones árduas; lo que le hacia decir con gravedad que enhebraba agujas á la luz de las estrellas. Realista por sistema, vehemente por temperamento, su educacion científica unida á una voluntad enérgica templaba la crudeza de sus arranques y el rigor de sus opiniones, y era por esto simpático y atrayente aun para aquellos que no lo conocian. Eneauzado en la corriente de las nuevas ideas positivistas, no daba importancia sin embargo á la hipótesis, ni aceptaba aquellas en absoluto, reservándose un criterio

individual en la apreciacion reflexiva de ciertos problemas sociales y sicológicos.

En medicina nunca se habia resuelto á abrazar decididamente sistema alguno: en su sentir debia reposarse en el estudio y observacion práctica y constante de los hechos, males y medios. Por el hecho, creia de buena fé que esta ciencia habia adelantado muy poco desde el tiempo de Hipócrates, constituyendo en sus aplicaciones prácticas una sucesion de esfuerzos, que diferian escasamente en sus resultados; los sistemas no salian del círculo primitivo y la pericia actual carecia hasta de la novedad y del misterio en que se envolvía la sabiduria antigua. Con este motivo, dirigía una vasta visual á las épocas realizadas por médicos y químicos de genio, desde Herófilo que disecó criminales vivos, segun Tertuliano, hasta Boerhaave, que tenia por clientes á los reyes, enseñó clínica y trató en vano de conciliar escuelas discrepantes. Recreábase así su memoria, en conversaciones familiares, en recorrer los dominios de la ciencia, desde sus primeros tortuosos senderos, resucitando nombres ilustres é ideas capitales, que apenas se han modificado: al de Asclepiades con su teoria del pasaje de los cuerpos por los poros, y sus remedios-ambrosias, que deberian de ser sin duda alguna, como pastillas de chocolate ó cabellos de ángel; al de Paracelso, que en su vida errante estudia la naturaleza en sus mismas fuentes de sempiternos dualismos, mira con altivez á griegos y árabes, echa el primer gérmen robusto de la química médica y da amplitud á la farmacopea, utilizando las virtudes secretas del reino mineral; al de Van Helmont, que rechaza todas las doctrinas, reniega de la medicina enfermo de sarna,—dolencia que le arranca un empírico con un remedio sulfuroso mercurial, que no era por cierto el néctar de Asclepiades,—vuelve á su profesion por la química, como quien vuelve al punto de partida por una senda inexplorada, busca una panacea universal para combatir el absurdo en la ciencia,—expedicion de argonauta en los reinos de la utopia,—se engolfa en el mar de las dudas y de los misterios, como los soñadores de la piedra filosofal y del movimiento perpétuo, asigna á cada órgano del cuerpo humano una vida diferente, y descubre en vez de la realidad de su ensueño el aceite de azufre y el espíritu de asta de

ciervo; al de Hoffmann el Excelso, que se prestigia con su licor anodino, y aumenta el solidismo viviente; al de Stahl, médico profundo, lleno de inspiraciones místicas, químico ilustre, campeón del animismo, que nos exhibe al alma como causa superior, inmediata y directa de todos los fenómenos propios de la vida; y en pos de estos nombres venerables, los de otros muchos que son como aureolas superpuestas, en la cima del monumento que á la ciencia han ido levantando las edades. Todos estos sabios eminentes, á pesar de sus inmensos esfuerzos, no habian conseguido identificarse en ideas y teorías; y sus sistemas han reinado por épocas, sustituyéndose los unos á los otros con igual éxito. La verdad completa en la nobilísima profesion médica no era patrimonio de ninguno.

Bafil hallaba elementos en la fisiologia para corroborar la opinion de que, aparte de los grandes vacios que en medicina dejaban trás sí los debates entre altas autoridades, aun subsistian problemas insolubles; problemas que llevábamos en nuestro organismo, fundados en sus funciones normales. Así para explicarnos el origen de ciertos fenómenos habia que ampararse á una causa vital — tan indefinible como oscura; y á esa causa desconocida debia atribuirse en la sangre la disolucion de la fibrina cuando la vida acaba, el rol de los gánglios desde que se dejó de considerárseles como pequeños cerebros, la actividad nerviosa desde que se redujo á sombra la teoria del fluido eléctrico, los movimientos del corazon y contracciones musculares.

Un velo impenetrable parece cubrir su "razon primitiva y absoluta". ¿Lo habian levantado acaso, Virchow y Bichat, en la misma definicion de la vida? La vida explicada como una actividad de la célula, no se nos presenta más definida, que cuando se asegura que es el conjunto de las funciones que resisten á la muerte. Bernard afirmaba que la causa inmediata de sus fenómenos no se encontraba en la *psiji* de Pitágoras, ni en el *alma fisiológica* de Hipócrates, ni en el *espíritu* de Ateneo, ni en el *arjeo* de Paracelso, ni en el *anima* de Stahl, ni en el *principio vital* de Barthez: discernia el triunfo á las *propiedades vitales* de Bichat.

—"Yo me permitiré,—añadia Bafil,—ir más allá que el respetable Bernard: no me quedo con ninguna teoria, y

renuncio á comprender aquella causa. No me atreveria á decir, en cuanto á sistemas, que el verdadero sea el fisiológico-medical que hace intervenir el alma como causa y accion en los fenómenos de la economia; ó el que atribuye nuestros males á la alteracion de los humores; ó el que los refiere á las lesiones de las partes sólidas del organismo: porque la difícil é intrincada ciencia de que emanan tales doctrinas, opiniones y sistemas, puede anuñciar por boca de alguno de sus intérpretes ante el último que prevalezca con efimero reinado, esto mismo que un profesor anunciaba al frente de uno de sus innumerables trabajos científicos: "Esta memoria anula todas las precedentes".

Lo cierto es que al templo de Esculapio,—aquel que tuviera por maestro un centauro,—se entra casi siempre con la turbacion y la duda en el ánimo; como si la verdad que se busca como norte y guia luminosa del criterio científico, se hubiese eclipsado con el centauro entre la oscuridad de la vida y el misterio de la muerte.

Los romanos arrojaban los esclavos enfermos á un islote del Tíber, y á muchos de ellos los curaba allí la naturaleza—médico primitivo, agreste y sencillo—cuyas poderosas facultades de accion y reaccion bastaban á reconstituir los organismos abatidos y desgastados por la ímproba labor. Servir de auxiliares á este médico impersonal é irresponsable que propinaba las panaceas en estado de materia prima, y baños en las fuentes á la luz del sol, y oxígeno vital en el aire libre, y alimentos sanos en el seno de los bosques, era ya bastante aun para los grandes maestros.

Ayudándola, seguiremos nosotros como ellos, á tres mil años de distancia. Salvo algunos progresos de detalle, ese largo período no nos separa del alfa de la ciencia; aunque muchos se imaginen que hemos llegado al omega.

Eso sí: del cirujano que curaba al gladiador en el spoliarium, al cirujano actual que amputa un miembro sin perjudicar al tronco, la diferencia es notable. La cirujia avanza y se perfecciona para honor del profesorado. La medicina, ha dicho un sabio, mientras se limite al arte de cuidar los enfermos, no es una ciencia; es un tanteo: lo que hace que ella concluya por caer en el capricho y lo arbitrario. Bosquillon, entrando una mañana en su sala, dijo á los estu-

diantes de su clínica, estas palabras tan conocidas. "¿Qué haremos hoy? Mirad, vamos á purgar todo el costado izquierdo de la sala, y á sangrar todo el costado derecho". En cirugía felizmente, no hay que buscar "soluciones en las más grandes profundidades de los misterios de la vida", según la frase del mismo sabio; la duda desaparece y cesa la inseguridad. Se sondea y trabaja en carne viva, se enderezan entuertos y se recomponen huesos. La mano del cirujano inteligente que se posa en la gangrena y mutila el miembro, arranca un grito de intenso dolor; pero ese grito es el de la vida que renace y que solo difiere en el vigor, del que lanza el hombre al nacer. En las salas del hospital me he sentido más de una vez indeciso, atribulado y escéptico al fin en presencia de esos casos fatales que provocan la anemia al cerebro ó las cavernas en los pulmones, ó de pacientes que luchaban brazo á brazo con el ángel negro sin otro consuelo que relegarse al "islote del Tíber", ni otra esperanza que los aires puros, aguas termales ó cambios de clima...

Pero, en verdad nunca experimenté satisfaccion mayor, ni admiré tanto el poder que dan el estudio y el talento, como en presencia de un enfermo de anemia extrema, cuyas venas eran ya invisibles, cuyo pulso filiforme pasaba de ciento treinta y cinco grados, cuyo rostro lívido y miembros inermes denunciaban pronta terminacion,—á quien un cirujano grave y tranquilo abrió la vena ya incolora junto á la arteria humeral, sin que de ella brotasen más de dos ó tres gotas de sangre miserable, haciéndole la transfusion directa, de otra pura y robusta que llevaba calor al pecho y consuelo á las entrañas—y devolviendo por último á un ruin Lázaro, fresco y lòzano á las alegrías del mundo. Tuve desde entonces una fé profunda en estos milagros del arte, que suelen operarse con la misma exactitud que un trabajo matemático; y de ahí mi consagracion especial á la cirugía, que tan ilustre ha hecho el nombre de tantos apóstoles de la ciencia."

De esta índole eran las conversaciones de Zelmar en ciertos dias. Henares le escuchaba atentamente, y se ven-gaba luego disertando sobre cosas de ingeniería, que le traian preocupado. Los túneles, canales, vias férreas, puentes flotantes, aguas corrientes, nivclaciones, caminos reales y hasta molinos harineros surgian en fantásticas creaciones

como arterias y protuberancias de otro organismo, cuyas formas era necesario modificar en beneficio de nuestras necesidades. La escuela politécnica desenvolvía gravemente sus planos y gráficas demostraciones exactas y precisas, como un contraste á las dudas y vacilaciones que sugerían los problemas de la medicina.

A pesar de estimarse mucho ambos amigos, disentan en modo de ser, y en ideas, á ocasiones, y si bien Zelmar concluía generosamente por ceder, no lo era antes de recordar á Raul la imagen del filósofo espiritualista para aplicarla al carácter de uno y otro.

—Aunque la comparacion es un poco material,—decia,— y de ello tiene la culpa el viejo griego soñador, tú eres el caballo blanco, y yo el caballo negro, flotando en los aires: símbolo de inexplicables anhelos y de ideales vagorosos, el uno; el otro, emblema de amargas realidades y de dolores positivos. Sabes que van unidos. En vano, con las crines revueltas, las narices dilatadas y el ojo encendido—¡romántico corcel!—el blanco puja por lanzarse al infinito, como si fuera propio perderse en el vacío y servir á nadie de satélite, sin gloria ni beneficio. El caballo negro con el ala firme, tendido el cuello, hinchados los músculos por el esfuerzo—¡bizarra caballería!—puja para abajo buscando por instinto noble la corteza en que ha de afirmar los cascos. La cordura de la intencion, tiene que centuplicar sus fuerzas, pues raro es el instinto que supera al de la conservacion propia; y por el hecho el blanco ha de ceder á la larga, antes que le sobrevenga la cinchera, como se dice en veterinaria.

Por esto, agregaba, no me afiije tu obstinacion sobre ciertas cosas, y dejó el éxito al tiempo. No quieres persuadirte de que en la region de los ideales y de las utopias, es donde los espíritus más superiores se mueren de nostalgia. Pero he de vigilarte siempre, mi querido amigo; tú te apasionas y te reservas poco. Los puros y blancos ensueños de la fantasía excitada, no están demás; sirven de velos al pudor, y hasta cierto punto, educan y morigeran el instinto, suavizándolo por algun tiempo; mas no me negarás que al final de los poéticos desvarios, Vénus está detrás de toda esa muselina, y se transparenta... La materia hermosa, fuerte y arrogante, llena de fibras templadas y de palpita-

ciones vigorosas, constantemente mantenidas por un músculo sano y robusto, refractario al histérico y á la melancolia: ahí tienes mi Prometeo. Puede soportar sobre su dorso todo el peso de la vida sin doblar nunca la cerviz. No entiendo de otro modo la grandeza moral. Medita, pues, sobre el hipógrifo negro: él es la lucha, el valor, la fuerza, la audacia, el denuedo, la abnegacion, y hasta el pensamiento, de que lo hizo símbolo el filósofo, que buscan afrontarse con todas las más opuestas pasiones, en la adversidad y en el combate, aunque queden desgarradas todas las fibras y disipados todos los sueños; que la existencia es, como debia ser, dada la imperfeccion de nuestro organismo, un compuesto de pecados y de purezas que acompañan al hombre, en implacable brega confundidos, hasta el borde del sepulcro. No me cansaré de inculcarte que dejes á un lado juicios hipotéticos, y que no te preocupes mucho de lo que no se ve ni se palpa, como hacen los médicos con ciertas enfermedades diabólicas que penetran sin saberse cómo por un órgano cualquiera, y se esparcen á manera de fluido por todo el sistema, destruyendo nervios y tejidos. Mira: tu teoria del alma humana me recuerda á un pobre cisne enfermo, en cuyo albo cuello ví una vez enlazadas con apretados anillos, varias víboras negras. El ave hermosa cuanto infeliz, nivea como la ilusion de una vírgen, habíase quedado inerte, con las alas tendidas y el pico abierto, mirando al cielo! Pón en la balanza los ideales, las dudas y preocupaciones de nuestro sér: y compara.

—De otro punto de vista,—añadia,—tu modo de sentir y tu fé profunda en hechos que vendrán, fuera del cálculo positivo, pero que evidentemente nunca suceden, deben traer perjuicio á tu reputacion científica. ¿Qué ha de decirse sino, de un ingeniero que se ocupa simultáneamente del idilio, de la espiral, de la curva, de una operacion geodésica cualquiera, y de la trama de un poema más ó ménos dulce y sentimental? ¡Cosas de antaño! Es forzoso reaccionar.

Raul no se disgustaba por esto, á partir de que su amigo exageraba un poco y lo decia todo con vehemente sinceridad.

Jamás le interrumpia en tales desahogos expansivos, á no ser cuando le ponía en el caso de defender sus actos y resoluciones. De esa manera conservábase inalterable una

amistad que databa del colegio, y que no habia tenido otra tregua que la de algunos meses de vida militar, antes de su traslacion á Paris, para seguir los estudios de ingenieria.

Por lo demás, Zelmar Bafil era un bizarro jóven de veinticuatro años, ojos y cabellos negros, tez de un ligero color moreno, y mirar inteligente y atrevido. Alto, robusto y bien conformado, unia á su persona ese aire de distincion irreprochable que viene desde la cuna, que no se compra ni se canjea, que no logra disipar la misma pobreza vergonzante, y que acrece y da su sello especial al hombre en contacto frecuente con la sociedad escogida.

Zelmar se veia diariamente con Raul.

Caia la tarde de un dia caluroso, cuando su voz alegre y vibrante, y el ruido de su *break* advirtieron al jóven ingeniero de su llegada.

II

PASO DEL MOLINO

Encontrábase Raul Henares inclinado sobre su mesa de estudio, en el gabinete del fondo, observando ciertos diseños y dibujos, cuando Zelmar entró ruidosamente segun era su costumbre, exclamando con una voz de un precioso timbre y claro vibrante:

—¡Te haces más misántropo cada dia! Deja libros y planos, que la hora de la labor debe haber pasado ya en tu reloj; y vámonos á dar una gira por el camino del puente. La tarde está espléndida, y no acepto excusas.

Sonrióse Raul, doblando lentamente un plano topográfico que habia absorbido hasta ese momento su atencion, despues de oprimir con fuerza la mano de su amigo. Levantóse luego y contestó:

—No puedo rehusarme, pues á la par que placer en acom-

pañarte, siento en realidad deseos de movimiento. A tus órdenes.

—Seguiré haciéndote presentaciones de simple vista, y al trote largo del tronco, como quien se limita á indicar los detalles resaltantes de una fériá. Ya sabes que nuestros círculos son reducidos, y que no se trata de recorrer aquellas avenidas parisienses en que los rostros diferentes aparecen y se ocultan en un torbellino cada vez más vertiginoso y creciente, en medio del cual uno concluye por aturdirse. Aquí, el conjunto por seductor que sea, no absorbe los detalles, y las cabezas encantadoras sobresalen en la confusión, á manera de las altivas copas de palmas diseminadas á lo largo de los bosques que festonean nuestros ríos. Las hay tan erguidas, que para cogerles el fruto, puedo asegurarte que es necesario atacarlas por la base ó escalar las cimas con riesgo de vértigo.

—Alguna te obliga á ese criterio.

—Tal vez. No ignoras cuanto me halaga lo difícil.

El *break* que estaba á la puerta lucía un tronco de magníficos alazanes, primorosamente enjaezados, que Selim tenía de las riendas, reprimiendo sus impacencias y corvetas. Los dos jóvenes se colocaron en la delantera. Zelmar cogió las bridas, agitó el látigo, y la pareja arrancó veloz sacudiendo con brio las soberbias crines.

En poco tiempo recorrieron el trayecto que separaba la quinta de la calle de la Agraciada, aun cuando el espacio era considerable. Allí hubo que moderar el paso, ante un crecido número de ginetes, tñlbúrys, landós, cupés y americanas que en pintoresco desórden se dirigian al Paso del Molino.

El *break* se detuvo junto á un landó ocupado por dos damas, con quienes cambió Zelmar atento saludo. La una de fisonomía semejante á muchas, no preocupó la mirada de los jóvenes; la otra, despertó interés en Raul por más de un concepto. ¡Presentaba una carta de introducción demasiado estimable en su figura!

Era una joven de rostro hermoso y expresivo, cuya mirada viva y brillante partiendo como flecha de luz de dos pupilas negras y profundas, revelaba un pensamiento altivo y una imaginación inquieta; como algo de orgullo y soberbia su labio inferior un tanto saliente, de un encarnado subido, al

recogerse para dar paso á alguna sonrisa fugaz y fria, que formaba graciosos hoyuelos en las mejillas tersas, de un tinte purísimo, en notable contraste con las oscuras ondas de su cabello.

Elegante, airosa y esbelta, de movimientos rápidos y desenvueltos, esta jóven parecia deber atraer, más que por las condiciones de su belleza, por la fuerza y los arranques de su carácter que se reflejaban en el rostro móvil é inteligente, cual brillos misteriosos en la superficie de un agua diáfana é insondable. Estas irradiaciones externas de un alma ardiente, hacen presentir á veces un exceso de energia en las pasiones. Imponen ó subyugan.

Cuando el carruaje ya se movia, acercó ella su mano blanca de afilados dedos al seno alto y turgente, como para aproximar á su rostro la perfumada flor que habíase honrado con tan delicioso nido; y detuvo sus ojos llenos de efluvios en el compañero de Zelmar con aire de viva curiosidad... En seguida, la vision pasó.

—Interesante mujer,—dijo Raul.—A juzgar por su figura creo que de ella me has hablado alguna vez.

—En efecto,—contestó Bafil, azuzando el brioso tronco. Es Areba Linares, sobrada ingeniosa y rara para ser muy sensible.

—No lo parece, y tu frase encierra historia. Concluye el esbozo.

—Siempre que en Areba ha nacido ó alboreado siquiera un sentimiento de amor,—dícese que ha hecho intervenir una reflexion fria, y ahogádole en gérmen. De ahí que se le considere como una Medea á su manera que sofoca sin piedad los ensueños ó impulsos de su sér. Sus íntimos no la extrañan. Has visto que esa joven es hermosa, atraente, de luces y sombras dignas de una tela de mérito; debo por mi parte añadir que es espiritual, de gustos artísticos y capaz de narrar con talento ciertas historias del centro elegante en que se agita.

—Rasgos de Ester, y perfiles de Sherezada.

—Exactamente. Pero á pesar de todo, ha resistido siempre á la lisonja y al halago, estrellándose las pretensiones de muchos admiradores en su desden ó diferencia. Esto ha exacerbado todos los anhelos y apetitos, como puedes

suponerlo, y preparado campañas cuyo éxito nadie se aventura á presagiar. Ella rie, y lo hace bien; la escena del mundo es de máscaras. Bajo ese aspecto de su carácter, que es el principal, podría servir de modelo á un literato en libro de sensacion.

Conoces el dicho de Rabelais: más vale escribir risas que lágrimas, porque lo propio del hombre es la risa.

—Debería serlo; el error está en atribuirle en propiedad lo que no posee, sino á intervalos, como la naturaleza sus aromas y colores.

—¡Empezó la geometria en el espacio!

—¿Quién es ese que cabalga en direccion á nosotros?— preguntó Raul volviendo la cabeza hácia un ginete de garbo y brio que sujetaba su corcel junto á un carruaje, en ese instante.

—¡Ah! ese es mi conocido el Dr. Lastener de Sélis, que cursó en el extranjero y ahora es médico de moda.

—¿Cirujano notable?

—No diré yo tanto; la preocupacion más que la ciencia, suele hacer la fama de un facultativo. Bien sabes que el hombre de calidadés se ve siempre, aunque no se exhiba: me lo figuro delante de una linterna de Rhumfort bañado de arriba abajo por el chorro de luz eléctrica, y á la muchedumbre en la sombra. Ahí le tienes. No ignoras tampoco que son muchos comunmente los que se acogen á una profesion cualquiera, con aptitudes ó nó para su ejercicio ó apostolado; no siendo pocos los casos en que los más ineptos llegan á adquirir una posicion espectral sobre los idóneos y dignos. Nada sería esto, si la patente no exonerara de reproche sério á la insuficiencia, como la bandera neutral de todo peligro á la mercancia; y de aquí que acaezca que con mejores títulos no otorgados en parte por autoridad falible, véanse algunos en la necesidad de elevar á la altura del mérito propio, á otros de haldas largas y poca ciencia.

Y ¿por qué extrañar, si rara vez es la calidad la que se impone? Dicen que en las democracias la mayoria hace ley; pero el beneficio comun de las instituciones acarrea facilidades que impiden sobresalir una ó más espigas á las otras en el campo de la labor, al ménos sin ajarlas, y este es el efecto pernicioso del exceso de virtud que en sí contiene el

principio de la igualdad. Así, como es de raro el talento de iniciativa y audacia, es de vulgar la acción osada de lo mediocre, á quien auxilia un favoritismo inevitable de circunstancias, ó una blandura caritativa y piadosa. Recorre sino la escala de las actividades humanas, desde la política, que se va haciendo una ciencia lucrativa, hasta la última profesión útil, y dime si en rigor predomina ó no en cada una de ellas el elemento que reemplaza con el tanteo y la osadía la falta de otros medios superiores en el combate por la existencia. Y volviendo al caso, puedo asegurarte que en su profesión, éste de que te hablo, favorecido en algo por facultades de relativo valor, y en algo por el error común de apreciación —se ha visto de repente en el cuadro de luz, y en él se mantendrá hasta que la novedad de la moda pase. Es rico y ha ocupado elevados puestos. La posición equivale á medio talento.

Henares escuchaba al parecer atentamente, pero en realidad preocupado con algún recuerdo surgido por las palabras de Zelmar. El nombre de Lastener de Sélis se mezclaba en su memoria á algún hecho particular de su vida, antes de su viaje á París, de una manera vaga y oscura...

Rodaba el *break* por un declive cubierto de arena y conchilla, á lo largo de las quintas y caprichosos palacios de verano, siguiendo precisamente la huella que dejaba el landó de Areba: Lastener de Sélis pasó á largo galope, sujetó bridas delante del landó y descubriose, para seguir luego su carrera hácia el puente.

—¿Inicia también él campaña?—preguntó Raul.

—Por ahora se reserva. Hay quien le atribuye una pasión vehemente por una bellísima joven llamada á heredar una gran fortuna, calculada en millones. Aparece recién y llámase Brenda Delfor. Te advierto que es huérfana y se halla bajo la tutela de una anciana viuda que la ha adoptado como hija.

Es amiga de Areba, aun cuando difieren notablemente en carácter é inclinaciones. En verdad afirmo que no concibo la alianza de un carácter tan realista con otro sentimental, aún bajo la forma de simple vínculo amistoso. El hecho es que se estiman mucho, y se quieren en la misma medida.

—Azusa el tronco,—dijo Raul,—ya que has azuzado mi

curiosidad. Deseo encontrar nuevamente los ojos de esa mujer.

Zelmar movió el látigo, riendo en silencio. Los fuertes alazanes en soberbio balance tomaron la carrera, y fueron á detenerse al costado izquierdo del landó.

Ofrecíanse á la vista por todos lados deliciosas perspectivas. Parecían rebosar la animacion y el placer en las hermosas casas que convierten en un eden aquellos lugares predilectos.

En medio de la espléndida vegetacion, ornada con las galas primorosas del estio, surgian las delicadas creaciones del arte en forma de elegantes torrecillas, atrevidas agujas, blancas pilastras, airosos pabellones, columnas y capiteles, cuyas formas esbeltas doraba el sol poniente, formando en los cristales de los miradores como enormes planchas de oro con sus fantásticos reflejos. Y más altos que las capas de los grandes árboles cruzadas por una banda de luz, distingúfanse los mástiles de cien naves adornados de vistosos gallardetes meciéndose en suave columpio sobre las aguas de la bahia.

El antiguo puente del Molino y todas las próximas avenidas, puntos concéntricos de la cita, presentaban una animada escena, en que se detenian ó cruzaban ginetes, carretelas y victorias en perpétua agitacion.

El landó de Areba se detuvo breves instantes en el centro de la bulliciosa escena. Luego siguió hácia el Prado, llevando á Lastener de Sélis junto á la portezuela. Gran parte de la concurrencia empezó á afluir hácia aquel sitio, en brillante oleada.

El *break* de Zelmar se estacionó á un lado de la avenida.

—¿No has observado—decia el jóven,—la expresion rara de sus ojos cuando en tí se fijaron? Paréceme que empiezas á herir el sensorio.

—Me exhibo recién, y por el hecho ha de favorecérseme con algunas miradas de curiosidad. Las mujeres están siempre dispuestas á observar con benevolencia lo desconocido; y por otra parte, tú has negado á esa jóven la facilidad de impresionarse como las demás.

—Así es,—replicó Bafil, encendiendo un breva de rey, despues de brindar con otro á su amigo. La novedad tiene su atractivo. Però, pensando á veces si Areba seria capaz de

alimentar un ideal, me he contestado que en todo caso lo sería un hombre como tú.

—Gracias: ¿volvemos á las singularidades opuestas?

—Precisamente: aquí sucedería lo que en los fenómenos físicos; fuerzas contrarias se atraen. Lo dudoso sería que, por lo mismo, el estrago no fuera la consecuencia final.

—Desecha toda inquietud; pues el lance parece reservado al doctor de Sélis...

Al pronunciar estas palabras, Raul púsose de pié mirando al extremo de la via, y añadió:

—Algo grave ocurre allá; pues noto tumulto y dispersion de carruajes y ginetes.

—¡De Sélis corre junto á un tronco desbocado! exclamó Zelmar.—Vas acertando.

—Vienen hácia aquí. Preparémonos.

En el fondo de la avenida, en efecto, se habia producido extraordinario desórden. El landó de Areba, saliendo de la confusion con terrible celeridad, hasta el punto de percibirse apenas los rayos de las ruedas y las llantas bruñidas que lanzaban chispas entre una nube de arena, se precipitaba con furia en la avenida, arrollándolo todo al esfuerzo de dos tordillos negros llenos de espuma y de fiereza. El conductor habia sido lanzado violentamente á una orilla del camino; y rótose la lanza en su delantera, en el choque contra el poste de hierro de una encrucijada.

El vehículo, fino y elegante, crugia en el furor de la carrera, á los botes vigorosos de los caballos, despidiendo astillas. Parecia que iba á quebrarse por completo á una nueva sacudida, concluyendo á la vez con la existencia de las dos damas aterradas, que con los brazos enlazados al cuello y la cintura, lívidas y temblorosas, esperaban el minuto fatal del desastre.

A la derecha del landó abríase un foso algo profundo, lleno de agua, y de poca extension, que precedia á una tapia de escasa altura, cubierta de enredaderas silvestres. Los caballos asustados y heridos en el pecho por las duras astillas del rejon, se dirigieron con ímpetu terrible á la parte del foso, precipitados por las voces y galopes de los que venian detrás.

El doctor Lastener de Sélis, á fuer de buen ginete, habia

logrado por dos veces echar mano del rendaje del tronco desbocado, desviándolo un tanto del peligro, y desgarrándose con el guante la piel; pero en una nueva tentativa, su palafren cogido por las ruedas se encabritó, negándose á la brida y al látigo.

Todo los ojos anhelantes y los labios trémulos, indicaban la violencia de la emocion. Presentíase un desenlace desastroso. El carruaje rodaba sobre los guijarros con espantosa rapidez y el vuelco era inminente al borde del foso, en donde el más atlético esfuerzo muscular no seria bastante á detener la furiosa carrera.

La desesperacion y el vértigo dominaban ya á las dos jóvenes.—Una ansiedad profunda, de esas que obligan á velar las pupilas á impulsos del terror, oprimia todos los ánimos. ¡Parecia que todo iba á concluir!

De repente Areba desprendió sus brazos del cuello de su amiga, y arrojó un grito ahogado, extendiendo las manos crispadas y temblorosas hácia adelante...

El *break* de Zelmar habia sido lanzado á escape.

Momentos antes, Raul habia empuñado las riendas con vigor, murmurando:

—¡Van á sucumbír!

—¿Y qué piensas hacer?

--Evitarlo de cualquier modo...

--¡El choque puede ser funesto!

—Verás que nó... Fustiga, y déjame obrar.

—¡Me vences por esta vez!—exclamó Bafil.

Y bien: ¡sea!

Arrojó un grito enérgico, y descargó el látigo.

La fogosa pareja arrancó como una centella, en formidables sacudidas bajo la fuerte mano de Raul, y se dirigió con la violencia de un ariete sobre el tronco de tordillos negros, cogiéndolo por un flanco, con los pechos y la lanza, antes que el landó llegase á la hondanada. El choque fué terrible: uno de los tordillos se desplomó ensangrentado, trabando al otro con el correaje, mientras saltaba en astillas con los bujes y la loriga la delantera del landó ya detenido, y los poderosos alazanes rechazados por el choque, hacian retroceder el *break* en parte destrozado, para rodar por el suelo destilando por las narices una espuma de sangre.

La violencia arrancó á los jóvenes de sus asientos, haciéndoles caer de rodillas sobre la arena; pero solo los valerosos tiros sufrieron los efectos de la fuerte colision.

Mientras Areba y su amiga recibian oportuno auxilio, ambos jóvenes pusiéronse de pié, estrechándose las manos con cariño. Algunos ligeros rancajos habian dejado en ellas surcos sangrientos.

Zelmar pasóse un pañuelo por la frente, y dijo con gravedad:

—Ahora afirmo que eres recalitrante.

III

LA LOSA NEGRA.

El dos de noviembre fué un dia hermoso y apacible. La afluencia considerable de gente que llenaba por completo las anchas aceras de la calle 18 de Julio, en continuo y agitado vaiven, mantuvo por largas horas una animacion inusitada en los suburbios y en el cementerio central,—punto en que se detenia la concurrencia para rendir ofrendas á los muertos. El itinerario era forzoso, en ese dia consagrado por la costumbre popular.

Una cita tácita y solemne reunia en el recinto fúnebre á pobres y opulentos, alegres y tristes, humildes y soberbios, honrados y viciosos, cultos é ignorantes, escépticos y creyentes, cual si todos hubiesen acordado persuadirse una vez más de la nivelacion absoluta que de las grandes y pequeñeces humanas hace la madre tierra al abrir sus antros de eterno reposo. A lo largo del trayecto resaltaban los contrastes que luego se disipan al refundirse en el misterio de la nada; aquellas extrañas degradaciones de fisonomias y esa diversidad de trajes que un escritor notaba en antigua ciudad populosa, y que hacian de cada trozo de barrio un

mundo distinto, y de toda la zona recorrida una larga escala de costumbres.

Cierto que esto se veía en un teatro más modesto; pero también lo es que por doquiera que more el hombre lo acompañan las diferencias de raza, estado ó destino. La blusa del obrero alternaba con la levita del propietario; el sencillo vestido de percal, sin adornos ni crugidos, con el de rica seda; las lujosas prendas y atavíos de raso y plumas negras, con los ténues velos y humildes crespones, que cubrían en parte cabezas de jóvenes frescas y lozanas como flores recién bañadas por el rocío. No de otro modo alternaban las coronas tejidas de filigrana de oro y guirnaldas de finas perlas en panteones de regia pompa,—con las pálidas rosas y jazmines naturales esparcidos sobre las blancas piedras, dispersos y ya mústios, sin duracion mayor que el perfume mismo de una vida—disipado á veces con una ilusión ó esperanza en las borrascas de juventud. De todas las desigualdades en roce, de todas las intenciones en contacto, de tan distintas existencias en proximidad sensible,—quizás surgía un pensamiento único y levantado desde el interior de las almas como expresion del culto que cada memoria guarda, y qué á adquirir forma semejaría al alto ciprés de apiñadas hojas que remonta en los aires su copa melancólica, como símbolo de una plegaria eterna que pide para las tumbas la profunda paz del infinito.

La necrópolis presentaba un aspecto interesante y poético. Por la mañana había caído una ligera lluvia, cuyas gotas cristalinas pendientes de las hojas de los robustos coníferos, se deslizaban todavía sobre la arena de las sendas en vívidos cambiantes. Numerosas aves pequeñas mezclaban sus gorjeos en tranquila posesion de los claveles, rosales y madre selvas; las golondrinas rozaban sus negras alas trinando en las cimas de los árboles, y de todos los ámbitos venían ecos y cantos, esparciendo alegre concierto por el fúnebre paisaje. Música ménos grave que la del órgano y el salmo bajo las bóvedas de los templos; pero sí dulce, espontánea é inocente con que artistas alados é impecables celebran al despuntar cada mañana la misa solemne de los espacios para terminarla en medio de la tristeza del crepúsculo;—hora en que las leyendas levantan á los muertos y bajan en flébil vuelo los genios invi-

sibles de la noche, á departir con ellos los problemas, que sella dura é implacable la piedra del sepulcro.

Esta presencia de las plantas y de los pájaros, es la sonrisa cariñosa con que la naturaleza reemplaza el recuerdo y la gratitud; pues no son muchos los que conservan de sus ternuras pasadas perfume más delicioso y casto,—ni en el idioma del corazon frases más suaves y elocuentes que ofrecer como excelso tributo en un canto funeral. La tierra, conjunto de inmensos despojos de los cuales vivimos, acoge los que la piedad sepulta, y se nutre á su vez. La vil materia que al corromperse da vida á la oruga y llena el aire de emanacion mefítica, da tambien á la raiz de las plantas la fecunda savia que produce embriagante aroma, como si tratase de ño repugnar á los vivos perfumando con su espíritu sutil la atmósfera que rodea su miseria; y en el interior de huecos cráneos por donde pasara quizás como un turbion la sangre poderosa y una llamarada el pensamiento, y se anidasen tempestades,—concede asilo al ave tímida, emblema del sér impecable, que allí celebra tranquila la noche blanca de sus bodas.

En el dia de que hablamos circulaban en numerosas bandas, ó aislados grupos los pequeños cantores del aire, convidándose al amor en medio de complicados trinos y susurros, mas estos delicados músicos recogieron de improviso en los lugares solitarios, y enmudecieron las arpas caprichosas, una vez que allí afluyó la concurrencia humana diseminando por todos los ámbitos el rumor extraño de sus dolores, pasiones y vanidades. Pareció entónces que los muertos se quedaban solos.

Hasta la caida de la tarde, conservó la ceremonia su esplendor. Las clases sociales confundidas desfilaron delante de las tumbas cubiertas de galas y ofrendas, á paso mesurado y grave continente—múltiples veces, con la oración en los labios y algo de vago, confuso y lejano en el espíritu, que no era sinó el fantasma cada dia más incoloro y ténue de existencias extinguidas; y con los últimos cánticos sagrados que en graves notas resonaban bajo la cúpula de la rotunda, fueron luego retirando en grandes grupos hasta dejar desierta la mansion del descanso. Sobre sus huellas impresas en la arena quedaron pétalos, cintas negras y verdes hojas; y en los mármoles, jaspes, columnas y mausoleos á manera de flaman-

tes adornos en un día de fiesta,—un cúmulo de coronas y de flores en que rivalizaban la sencillez y el artificio y se confundían laureles, siemprevivas, falsas perlas, doradas ~~platas~~, cristales límpidos, fragantes ramos, y sueltos ~~naños~~ y pensamientos—aquí y allá arrojados al pasar, entre lánguidos suspiros.—Trás de los últimos grupos que salían, los ~~guardias~~ empezaron á recoger las guirnaldas de oro que se exhibieran por un momento, y á levantar los paños de terciopelo sembrados de lágrimas de plata, en los pequeños altares de los ricos panteones.

A las siete, solo se veían algunas personas rezagadas que se movían con lentitud entre los árboles, absortas en la meditación y algun recuerdo reciente y palpitante.

La bella fèria habia concluido, dejando espacio y soledad al dolor callado de cercana fecha que se increpa y subleva ante el olvido, y esclaviza el ánimo, destemplando una á una todas sus fibras.

Los postreros rayos solares herían débilmente las cúspides de las pirámides y conos de piedra, y á los profusos rumores del día seguía en una atmósfera saturada de efluvios, ese helado silencio que parece surgir entre medias luces de la sombra, en que se destacan inmóviles y rectos los tristes cipreses y álamos gigantes.

Uno de aquellos paseantes solitarios, saliendo del segundo compartimento—más sencillo que el primero en el número y calidad de mármoles y adornos, detúvose á examinar con atención las obras artísticas que dan verdadero realce y suntoso aspecto á este lugar privilegiado del hermoso jardín fúnebre. Seguía á treguas su paseo, observando acaso que todas las grandes pasiones humanas, como todos los fanatismos, tenían allí su tipo, su símbolo, su atributo: el amor, la amistad, la abnegación, el sacrificio, la gloria, el martirio, como la proeza oscura, las hazañas sombrías, las memorias siniestras, reproducidas á perpetuidad en el granito ó en el bronce,—antes de haberse oído y acatado el fallo severo é inapelable de la historia, que es la que funde el molde de los inmortales...

En medio de este exámen minucioso y detenido, llamó especialmente su atención de pronto un epitafio modesto—grabado en un sepulcro de basamento negro. Leía en la

lápida un nombre y una fecha. Esta última evocaba recuerdos en la mente de todo aquel que hubiese sido actor en los terribles dramas de las guerras civiles. El paseante parecía hallarse en este caso; le impresionó la cifra, pero el nombre nada dijo á su memoria.

Raul Henares,—que él era,—no pudo sustraerse al leer esa fecha á alguna reflexion penosa, como si en realidad el secreto de aquella tumba se ligara en cierto modo con las aventuras de sus primeros años juveniles. No pudo ménos que recordar que en fecha igual, hacia ya mucho tiempo, arrastrado por la corriente de la época y su entusiasmo generoso, combatia en las filas de un partido, creyendo con fervor que el medio violento, como el látigo de Jesús, debia emplearse siempre contra la demencia en el poder; y si algun episodio dramático reproducia constantemente su memoria, en horas de melancólica tristeza, era el de esa fecha grabada en el mármol negro, para él, tan llena de emociones imborrables.

Circuia el sepulcro una verja de hierro, y hallábase al final de una calle de árboles umbrios, separados de trecho en trecho por esbeltas columnas blancas. Nadie habia puesto allí una flor, y la pequeña pirámide de jaspe como la lápida tendida en su base estaban desnudas de todo ornamento. Mansion aislada y triste, en medio de tantas ofrendas tiernas y fastuosos homenajes.

Quizás fuera Raul el único que allí se hubiese detenido. Largos instantes permaneció inmóvil y caviloso, inclinado sobre la verja, con la vista fija en el epitafio. Del sitio al fin se arrancó, para encaminarse á otra tumba que ya habia visitado una hora antes, y de la cual parecia querer despedirse al partir.

Apénas cumplido ese deseo, llamaron su atencion, á breve espacio, dos personas que se habian detenido junto á un ciprés, y que recién penetraban en el recinto.

Era una de ellas señora ya anciana, de fisonomia noble y distinguida á que daba mayor realce una cabellera muy blanca, abierta al medio de la frente surcada por los años. Notábase en sus ojos un cansancio extremo, que su jóven compañera persistia en atenuar con cariñosa solicitud, haciéndola aire con un abanico negro, en tanto que la man-

tenia de la cintura, con su brazo izquierdo,—apoyada en el tronco del árbol.

Aquella jóven era muy bella, y singularmente pálida. Diríase al primer golpe de vista un observador atento, que reunia en su conjunto, todos los perfiles y detalles del tipo más selecto y del organismo más delicado. La nítida blancura de su rostro y de sus manos, que hacia resaltar sobremanera un traje negro de irreprochable elegancia y sencillez, daba un interés especial á su esbelta figura. Alta y delgada, flexible y donosa, de un pié pequeño y bien modelado, traia al recuerdo ciertas pinturas ideales del arte superior. Tenia el cabello dorado, como el que ostentan las vírgenes de los artistas de genio.—Sus hermosas trenzas se descubrian en parte bajo el crespon ligeramente plegado hácia atrás con natural coqueteria, y caido sobre una de las sienas.

Sentaba bien esa especie de sombra á las purísimas líneas de su semblante.—Parecian al principio negros sus ojos, circuidos bajo los párpados inferiores por ligeras ondas oscuras, pero en realidad eran de un azul sombrío más profundo que el del zafir, de una dulce é inefable expresion, velados por sedosas y luengas pestañas. Notábase, sin embargo, en ese rostro, lleno de serenidades y encantos, como un reflejo de pasadas amarguras; acaso de esas que en la historia de los hogares nacen con los supremos infortunios, y no abandonan sinó á largos lapsos á un alma capaz de afectos profundos y duraderos.

Raul experimentó al contemplarla un estremecimiento extraño, una de esas sensaciones rápidas cuyo origen no se explica á veces, que nos domina por completo en un momento determinado, y que concluyen por introducir en el ánimo una preocupacion tenaz y persistente.—Una secreta atraccion le impulsó adelante hasta el punto de aproximarse á pocos pasos del interesante grupo.

La anciana parecia haber sido víctima de un ataque inesperado, si bien de leves consecuencias, á juzgar por su aspecto. Tosia con alguna fatiga, y tenia inclinada la cabeza sobre el seno de la jóven.

Raul se acercó, con el sombrero en la mano, y ofreció cortesmente su ayuda, un tanto trémulo é indeciso.

Al eco de su voz, suave y simpático, alzó la jóven la

mirada ligeramente sorprendida, fijándola en el rostro de su interlocutor. Algo semejante á un temblor agitó su cuerpo, y destellaron sus grandes pupilas viva luz.

La conmocion habia sido recíproca. ¿Unia acaso, algun vínculo á aquellos dos séres? Los dos se contemplaron breves momentos con cierta ansiedad visible.

Haciendo un esfuerzo para reponerse, la jóven rompió por último el silencio, con un acento en que se notaba cierta afliccion.

—Esto no es nada, señor. Pronto pasará.

—Advierto no obstante quebranto en esta señora, y quizás pudiera ser útil..

Ella le miró sonriente, viendo venir la reaccion, y replicó con dulzura:

—Gracias, ya está bien. Pádece un poco, y se empeñó en que viniésemos al cementerio, á pesar de mi resistencia.

Quería que colocáramos juntas una corona en la tumba de mis padres,—agregó luego, como si dirigiese la palabra á un amigo.

—¡Ah! Esta señora, entónces...

Raul se detuvo turbado. ¿Con qué derecho inquiria cosas íntimas?

—Es mi noble protectora, murmuró la jóven con aire de ingénua confianza, estrechando contra su pecho la cabeza venerable.

Henares dió un paso atrás para retirarse.

Ella, que le observaba atentamente con esa insistencia singular que revela un interés marcado, dijo en voz baja y triste:

—¿Tiene V. tambien sus muertos queridos?

—Es cierto. A ninguno excluye esta casa del recuerdo, ó de la oracion por todos, al ménos.

En ese instante la anciana levantó la cabeza y aspiró el aire con placer, como si hubiese arrojado léjos de sí un peso intolerable. Parecia no haber escuchado nada. Cuando al divagar sus ojos, se detuvieron en Raul, recien se animaron con un brillo inusitado.

¿Renovó en ella la presencia del jóven alguna impresion de otro tiempo; ó trájole á la memoria ya debilitada por los años alguna reminiscencia importuna?

Era posible. La impresion habia sido en la jóven agradable, casi placentera; pero lo fué en ella de disgusto y desazon.

Sus labios se removieron como para pronunciar una frase, y sombreóse algo su frente. Todo fué rápido disipándose en el momento.

La jóven se apresuró á decir:

—El señor se ha acercado á nosotras, madre, temiendo fuera grave el accidente.

—¡Ah! exclamó la señora cogiéndose al brazo de la niña, y haciendo á Raul un leve saludo. Agradezco mucho, caballero...

Henares inclinóse y se alejó lentamente.

Ningun transeunte se veia en los senderos, y empezaban á tenderse las primeras sombras. Raul se paró en el extremo de aquella calle silenciosa, que conducia á la puerta de salida, sobre cuya arcada una campana de bronce enviaba por intervalos al espacio como un eco de oraciones. Desde allí se volvió para mirar otra vez á las dos damas, y conocer el término de su excursion solitaria. La jóven le miraba tambien, de pié junto á una verja.

Como lo habia supuesto, sin darse clara razon de ello, se habian detenido delante del sepulcro, ante el cual meditara él momentos antes, y en cuya lápida negra habia leído este nombre, junto á la fecha que tanto le preocupó: PEDRO DELFOR.

Coincidia este detalle, insignificante al principio, con otro que acababa de suscitarle viva sospecha. En la corona de aromas y jazmines que la jóven llevaba al brazo, vió inscrito en un corto lazo de seda negra, este otro nombre: BRENDA.

Sabia, pues, lo bastante. Aquella jóven debia ser la amiga de Areba, y la misma de quien le habia hablado Zelmar, en su paseo por el puente del Molino. Algo más. Imaginábase haberla visto en sueños; haberla conocido un dia, tal vez. ¿De dónde provenia esta creencia? Era una alucinacion, quizás. Algunos años de ausencia de su país, en el que aún era desconocido, no le habian dejado el derecho de mantener vínculos y afectos duraderos. ¡Casi todo era extraño y frio para él! Las memorias de su hogar ya disperso, y de los

primeros años de su juventud, consagrados á las aulas, y en parte á los azares de la vida militar,—fuera lo único que llevase al extranjero, para traer en cambio á su regreso un caudal de ciencia y de ricos sentimientos que le asignasen un rol meritorio en la sociedad de su patria.

Su corazón estaba entero;—respiraba grandes alientos. Un carácter firme y enérgico, una voluntad resuelta y tenaz en los propósitos, como en la acción, lo habían preservado de las grandes corrupciones morales y de las costumbres pervertidas.

Sentíase con aptitudes para dar temple á sus pasiones, como á un acero que ha de recibir choques; cualidad nada vulgar que denuncia en el ánimo una guardia permanente. Así, cuando más de una vez se le había ocurrido penetrarse, y leerse á sí mismo, mérito raro en todos los tiempos, se halló siempre intacto como espada de fábrica que espera la hábil diestra que ha de blandirla.

En aquellos instantes, bajo una emoción desconocida, que podía traducirse efecto de causas complejas, mediatas y lejanas en que se delineaban confusos recuerdos junto á nuevas perspectivas para su espíritu, presintió las delicias del amor, y los azares y vicisitudes de una lucha. Regocijóse de su fortaleza, que el estudio de las matemáticas había coronado de sólidas almenas; sin pretender por esto que él fuese uno de los tipos más aptos para disputar el triunfo sin contrastes en la batalla de la vida. ¿Qué armadura de carne resiste á ciertos golpes morales, lanzadas sutiles de la suerte, que penetran en el pecho sin arrancar una gota de sangre? Ninguna, bien lo sabía. Pero, tampoco él ignoraba que la facultad de descubrir la intención en el pensamiento de los que pueden dañarnos, era una coraza incontrastable ante la cual tenían que embotarse los mejores proyectiles.

Al asaltar, pues, su ánimo, aquellos presentimientos, sintió la necesidad de recogerse, de medir nuevamente sus fuerzas y de concentrar una mirada investigadora en los puntos oscuros ó dudosos de la escena que se abría ante sus ojos.

Ibase pensativo, en verdad preocupado.

Cuando subió en su carruaje, notó la presencia de un

lacayo con librea, que se paseaba en la plazuela, junto á una elegante victoria.

—Pertenece á las señoras que acaban de entrar,—dijo Selim, observando su interés.

—Lo presumia. ¡En marcha!

IV

UN PUNTO MATEMÁTICO

Mientras rodaba el carruaje hacía la quinta, tentado estuvo Raul en diversas ocasiones de ordenar á Selim que esperase la victoria para seguir su rumbo. Pero, antes de dejar la calle de Yaguaron, el experto sirviente, adivinando lo que pasaba por el ánimo del jóven á quien habia visto asomarse varias vecés por la portezuela, inquiriendo algo en el trayecto recorrido, aventuró una frase.

—La señora de Nerva es vecina del señor,—dijo, sacudiendo el látigo sobre la pareja de airosos zainos.

—Bien informado pareces,—repuso Henares halagado á la par que sorprendido. Luego ¿es esa, la señora viuda de Nerva?

—Sí, señor. Habita con la señorita que la acompaña, la quinta que está al frente. Son personas solas, pero es mucha la servidumbre. Lo sé por Zambique, que es de mi relacion.

—Me basta el primer dato. Atiende al tiro.

Lo que acababa de comunicársele, era sobrado interesante, para que no hicieran fuerza en su espíritu ciertos incidentes á que no habia dado importancia hasta entónces, y que en aquel momento adquirieron en su imaginacion un vivo colorido. Recordó que á altas horas, en noches calladas y serenas, habia tenido oportunidad de oír armonias de piano; y que más de una vez se sintió dulcemente impresionado al escucharlas, por la eleccion de los motivos y la

maestria de la ejecucion. ¿Quién podia ser el intérprete de esas piezas escogidas, clásicas ó sentimentales, cuyas notas vibraban ahora más que nunca en sus oídos, sonoras y melodiosas, como si recién brotaran del noble instrumento? El nombre de Brenda asomaba á sus labios; no podia ser otro que ella.—Preguntábase entónces por qué él habia mirado con indiferencia tan distinguida vecindad, y á qué hechos casuales se debia que en alguna ocasion no hubiese descubierto el nido encantador, circuido de flores, y casi al alcance de su mano.—Reprochábase este frio retraimiento, y se decia: ¡si su alma fuera tan bella, como lo es su gentil figura!... Quien arranca tales armonias delicadas, haciendo vagar en el ambiente de la noche los ensueños de Schubert ó de Bellini dando nueva frescura, por decirlo así, á sus ideales artísticos, debe tenerla blanca y pura como una luz de estrella. ¡Suave estrella, con un nimbo de oro por cabellera, y un infinito azul por esperanzas!

Persistia en su duda. ¿La habia visto él brillar alguna vez?

No sabia por qué, pero á través de los años, allá,—cuando él era todavia niño,—creia ver en el fondo de sus primeros infortunios, ya borrados, algo que alumbraba débilmente sus recuerdos y se vinculaba á sus emociones recientes de una manera misteriosa.

Era un punto en el espacio.

Sin darse cuenta de ello, mortificábalo el pensamiento de la amistad estrecha que Zelmar atribuia á Areba y Brenda.

La hermosa jóven á quien su amigo adornaba de resaltantes calidades de ingenio y cultura, pero tambien de un fondo de indiferencia, que es la incapacidad de amar y de sentir los goces y tormentos de la pasion, se le representaba en la mente despues del último episodio, bajo las faces rígidas y multiformes de la más complicada figura geométrica.

¿Qué lazos de profunda simpatia podian existir entre las dos jóvenes? Imaginábase un lirio, inclinado sobre la superficie tersa y transparente de una laguna insondable; una tímida gacela junto á una leona núbil; un copo de blanca espuma en la cresta de una ola inquieta y sombría. Diferian en temperamento y en criterio; frialdad y cálculo de una parte: de la otra, pasion y sencillez. Algebra y poesia, ecua-

cion é idilio. ¿Qué afecto serio y duradero podian generar estos contrastes, que no fuese un vínculo híbrido y deleznable?

Tal vez Zelmar hubiera exagerado respecto de una y otra; quizás hubiera afirmado tambien un hecho cierto. Discrepando en ideas frecuentemente, ¿no mantenian ellos una amistad sincera y firme? La excepcion podia extender su beneficio, del mismo modo, á la de Areba y Brenda.

Su amigo le habia precedido en los centros de sociedad escogida, y ese antecedente le daba derecho para analizar tendencias, definir hábitos y clasificar caracteres; al propio tiempo que á indicar el mejor uso á las facultades de su espíritu, en un teatro que resiste todavia al exceso de refinamientos y desmedidas exigencias de convencion, muy distinto en este sentido al de otras sociedades, cuyo ambiente aristocrático llega á semejarse á la atmósfera enrarecida, en que los gases respirables se restringen y reclaman excelentes condiciones biológicas de cada uno de sus actores.

Bajo ese aspecto, hacia plena justicia á la sociabilidad de una república que vive del trabajo; pero no dejaba de sorprenderle la presencia de ciertas costumbres extrañas á la sencillez nativa, que flotaban sin ser asimiladas por el conjunto.

De regreso del extranjero, en donde propiamente se habia formado, sin que á su vez asimilase las preocupaciones y defectos que en medio de su cultura caracterizan á las grandes sociedades, encontrábase en el caso ahora, de conceder por el momento á los juicios y opiniones de Zelmar un grado de autoridad indispensable, para entrar con su apoyo en un terreno desconocido.

Creia, sin embargo, que en el asunto que le preocupaba, su amigo podia haberse engañado de buena fé. Las ideas positivistas de Zelmar no excluian una sinceridad profunda: pensaba y obraba con firmeza, por inspiracion propia, y con claro conocimiento de la naturaleza humana, que habia estudiado en la teoria y en la práctica por la índole propia de la profesion á que pensaba consagrarse. Pero su misma severidad de criterio para sondar conciencias, debia hacerle incurrir más de una vez en error.

Resistíase el jóven á creer que una mujer de atractivos

seductores, rebotante de vida y vigor moral, para quien ca-la sentimiento pudiera ser un poema en acción, se amparase en el instante mismo de las grandes emociones á una lógica triste, glacial, estéril, en pugna con todo arranque apasionado,—más próxima á la misantropía que al buen sentido, especie de Valkiria para el amor sexual, ó de planta marina espléndida y sin perfume. En verdad que este interés sobre la personalidad incomprensible de Areba, solo era en Raul relativo, en cuanto ella podía ligarse con Brenda Delfor; presentía que iba á encontrarla en su camino, y que al final hallaría algo bien diferente á un prisma de muchas caras, ó á una máscara de piedra, ó á un caso patológico comun.

Momentos hacia que habia dado otro giro á sus reflexiones, cuando el carruaje se detuvo á la puerta de la casa-quinta, ya entrada la noche.

Una escalinata de mármol conducía al vestíbulo, elegantemente enlosado, y guarnecido de distintas plantas. A la derecha estaba la sala de recibo, adornada de buenas telas y un hermoso mobiliario, con ventanas ogivales frente á las columnas del pasaje,—y por lejanas perspectivas, las playas y las ondas. Seguía el dormitorio, embellecido en sus detalles por diversos objetos de gusto delicado; luego el comedor, en que descollaban ricos bronce, y dos grandes jarrones de Sèvres llenos de magníficas flores; y por último, cuadrando el patio provisto de árboles é iluminado en su punto céntrico, en que se elevaba una pequeña fuente de mármol jaspeado, con dos surtidores,—una pieza de estudio, con ventana al campo y vistas á la quinta de Nerva. Delante de esta ventana, hácia la izquierda, brindando grata sombra, elevaba su copa un ombú frondoso y gigante, al pié de cuyo tronco asomaban las raíces á flor de tierra, á manera de formidables culebras que sepultasen sus cabezas en los enormes huecos de su base carcomida.—Entre otras dependencias, á la parte lateral, notábase una espaciosa cochera, con gran portada, por donde Selim hizo penetrar luego su vehículo.

Raul bajó junto á la verja, subió la escalinata y atravesó lentamente las habitaciones, sentándose á la mesa, que le esperaba servida,—siempre silencioso y meditabundo.

Media hora despues, pasaba á su salon de estudio. Estaba inquieto y desasosegado.

Una vez allí, cogió maquinalmente diversos periódicos que se veian esparcidos sobre la mesa y que ya habia leído por la mañana. Contenian referencias y detalles de la aventura del Paso del Molino, más ó ménos exagerados por la fantasia de los cronistas, y descritos con curiosas variantes. Dos diarios sérios la narraban con estricta verdad. Al parecer el hecho habia encontrado repercusion; Raul especialmente, habia sido objeto de honrosas demostraciones por parte de las familias interesadas. Se creia en el principio de un romance; pues era inverosímil hasta la misma sospecha de un supremo desprendimiento. ¿Cómo suponer que nadie exponga su vida por una mujer jóven, hermosa y opulenta, sin que haya mediado el móvil propulsor de una recompensa, proporcionada al sacrificio? Esta hipótesis parecia la más fundada, á partir de las circunstancias especiales que precedieron al suceso, y de la calidad de los personajes que en él desempeñaron un rol trascendente.

Recogiendo tales impresiones en una nueva lectura de los periódicos, no dejaba de felicitarse el jóven de aquel acto generoso, que sin haber sido sugerido por la intencion divulgada á capricho, venia á realizar su personalidad desconocida y á esparcir en su modesto retrainimiento como un aroma de dulces afectos y simpatias. Pero, esta satisfaccion solo halagaba al amor propio. No era en rigor el hecho sensacional que semejantes efectos produjera, el que absorbia su ánimo; otros más modestos, oscuros y hasta pueriles, que rozaban no obstante sus fibras íntimas, sin conexion alguna con el episodio, habian puesto á prueba su memoria, lanzándola á buscar como un punto matemático preciso en la confusion de líneas del pasado, el origen ó antecedente necesario de las raras emociones de aquel dia. Estaba persuadido de que ellas se ligaban con el recuerdo, eslabones de una cadena interrumpida en su principio, que se reanudaban por una causa ocasional,—para concluir tal vez en una pasion profunda. Aquel punto lejano que lucia en su memoria le recordaba en su influencia sensible, los fenómenos de aberracion producidos por la refrangilidad de una

luz blanca. Parecíale á veces que esta luz blanca adquiria las formas de Brenda, más niña y más infeliz...

Largos instantes permaneció inmóvil, con la mirada vaga y perdida, ora deteniéndola en las nutridas columnas de los periódicos, ya en el espacio de cielo que se extendia al frente limitado por la ventana y cubierto de vapores. Ardía sobre la mesa de mármol una lámpara con pantalla de tela azul, que irradiaba sobre las paredes del gabinete una luz violácea, y hacía afuera algunos rayos débiles. De repente el joven arrojó con viveza los diarios que habia conservado en la mano, y se levantó, llevándola á la sien—como iluminado por una revelacion súbita. A pasos lentos dirigióse en seguida á la ventana, cuyo celosia acabó de descorrer, y clavó sus ojos en la quinta vecina, que dibujaba en las sombras sus grandes árboles, á manera de mudos y trémulos fantasmas.

¿Qué pretendia descubrir allí?

Reinaba un viento tempestuoso de la parte del mar, y deformes nubes negras interceptaban la difusa claridad de las alturas: nada podia, pues, percibirse en el fondo tenebroso, pero en la mente de Raul, oscura tambien hasta entónces, cruzó alguna aparicion blanca y serena, tan visible y fugaz como una estrella errante. El hecho es que él extendió la mano hácia aquel sitio solitario, y murmuró sonriendo de una manera singular:

—¡Ella era!

V

TEMASINTIMOS

En la tarde del dia siguiente, Zelmar entraba al gabinete de estudio de Henares, á quien no habia visto desde aquel dia en que ocurriera el lance, tema obligado de todas las

conversaciones. Como era natural, la de los dos jóvenes versó sobre el hecho. Zelmar se hallaba de vena, y el comentario fué detenido.

—Debí empezar por pedirte mil disculpas—dijo Raul, abriendo un paréntesis al diálogo. Conozco que expuse tu vida, y contrarié acaso...

—Nada de eso. Los hombres son hijos de las circunstancias, y por esa vez me venciste; he quedado envuelto simplemente en un episodio romancesco, cuyas consecuencias solo á tí en el fondo favorecen. Fuí héroe por fuerza.

—Bien sé que en tu corazon honrado jamás prevalecen las tendencias egoistas, y que sin necesidad de mi iniciativa habrias acometido solo, empresa más árdua.

Zelmar hizo un movimiento de hombros, y sacándose sus guantes de hilo color lila, observó:

—No vives en tu época, y por lo mismo tú tocas siempre los extremos. Tienes la rigidez de la secante, que en algo se asemeja á un lanzon de caballero.

Apoyó Raul con suavidad y sonriendo, la diestra en el brazo de su amigo.

—Defectos de temperamento en todo caso—dijo. Aparte de eso, ¿no crees que alguna cooperacion prestan á nuestro carácter, los hábitos, la educacion, el clima, la índole propia del país en que uno ha nacido? La hidromiel del uso, de la tradicion y de los instintos locales, vale tanto en la formacion del hombre como la leche de la nodriza. Uno empieza á alimentarse desde niño con entusiasmo y pasiones ardientes, cuyo calor rodea la misma cuna, dejándose despues poco espacio á los cálculos y egoismos de esa cultura refinada, que apenas despunta en nuestras sociedades incipientes.

—Mucho de verdad hay en eso—repuso Bafil con acento reposado;—pero, ni el suelo, ni los antecedentes de raza, ni las preocupaciones constantes que tanto influyen en el desarrollo de los caracteres, son parte á evitar que las nuevas corrientes reemplacén los instintos de que hablas con un criterio frio y positivo, ni á inhibir á un hombre de calidades que amolde su conducta al espíritu de la época. Precisamente lo que necesitamos es esa segunda cultura del buen sentido que viene detrás de las pasiones extremas, como iba Sancho en pós del pobre caballero, para mezclarla á la de

origen y contener los excesos de energia, de ambicion ó de fiera que desbordan como espumas de nuestra sangre. Supongo no pretendes que siga siendo nuestro alimento espiritual, el vicio de herencia, exactamente lo mismo que el tuétano de leones y panteras para los héroes antiguos.

—De ninguna manera. Tú en cambio, tendrás que convenir que si algo se pierde de la esencia primitiva, mucho queda; y esto es lo que forma el fondo del carácter de las sociedades. Los elementos que en lo sucesivo se le incorporan pueden modificarlo, pero no extinguir el tipo originario. Los que hemos permanecido algunos años en el extranjero podriamos servir siempre de agentes intermediarios de las costumbres que andan, vagan y se radican al fin; pero, lo que de la patria hemos llevado en el corazon y en el alma, jamás se cambia ni se da ni se altera. La ley que preside la evolucion fatal no destruye propiamente, ni mutila: conserva y perfecciona. Por eso nuestra sociedad, pasible como todas, de fenómenos extraños y transformistas cuya gestacion laboriosa apenas trasciende, no ha perdido todavia en el fondo y en la vida exterior, ese sello especial de sencillez que la distingue y la hace amable aun al extranjero.

—Por lo que á mí afecta, he renunciado hace mucho á la salsa negra.

—Así que la sustituyeron los espartanos por el manjar del sibarita, perdieron el músculo; y con él, los triunfos de la firmeza y de la audacia. Entre nosotros, casi todos la saborean, sin apercibirse de ello. Los hábitos son modestos, como la esfera en que vivimos; satisfacemos sin lujo nuestras necesidades, y nos atraemos elementos extraños,—más por lo que ellos puedan servir á robustecer una sociabilidad inconsistente y á conservar lo ya adquirido, que por lo selecto de su calidad:—elementos ganados para la lucha y no para el deleite, que fortalecen el músculo brutal del trabajo como una corriente de sangre, más que la oculta fibra de los goces delicados y de los anhelos artisticos.

Tan sencillo se presenta el conjunto, que apenas se bosquejan las grandes vanidades, signos evidentes de los estragos del gusto. De mí sé decir que en mi corto tiempo de permanencia, no me he hallado ante un poliedro, al detener una mirada reflexiva sobre el cuadro. La visual ha resbalado

en líneas y perspectivas risueñas, y deteniéndose muchas veces en ojos de expresión franca y comunicativa, en sonrisas dulces y gratas, en rostros hermosos llenos de claridad, en cuerpos graciosos y gentiles, en mujeres de una belleza seductora que esparcen á su paso como un perfume de poesía, y en las que imposible fuera no palpitasen los sentimientos adorables, que creen casi desterrados el moralista y el sociólogo en los grandes focos sociales. Esa sencillez de que te hablo, parece preservarlas; la sencillez á que se atribuye con razón el mérito de salvar los rasgos más puros de la naturaleza humana y los tonos elevados de la pasión, sin mezcla ni conflictos, y que hace resurgir de nuestra vida interna y de familia, todo lo noble y delicado que mantiene intacto el secreto del asilo.

Pues bien: en hechos de esta índole me fundo para avanzar que entre nosotros poco ha abdicado el corazón de sus bellas y naturales propensiones, y que hay algo en lo íntimo de nuestro ser que nos es peculiar, ingénito, propio, cuyos impulsos genera y estimula una ley de raza y de herencia.

¿Persistirías en negar entónces, esta espontaneidad singular de nuestro carácter,—en arranques por lo mismo sinceros,—del género de aquel en que tú y yo expusimos la vida?

Zelmar, que en ese momento modulaba con seriedad un aire de ópera en la ventana, con las manos en los bolsillos, se volvió con rapidez, diciendo:

—Vas ahondando mucho el tema, á fé mia; y si ahora te encuentras en el peristilo, temo que en breve me lleves en el ascensor á un coronamiento ideal inesperado. Pero no me disgusta un encaje como promedio, que dé realce á la aventura; al final, presiento, concluiremos por colocar como adorno en lo más alto la estatua de Areba, esculpida en mármol, helada, severa, pero hermosa y correcta. Objetaré, ahora; y al hacerlo, has de permitirme que mi pensamiento discurra libremente y varíe de formas é intención, según convenga: le daré así en sus facetas cierta similitud con los dibujos y flores caprichosas y raras que deben adornar un frontis de edificio ideal,—que uno así es el que tú levantas con manifiesto abuso de tu habilidad de ingeniero.

Desde luego, para completar tus juicios, has debido añadir

que no hay virtud que por exceso no genere hábitos perniciosos. Virtudes y vicios pasan sucesivamente, por orden lógico, del aduar á la aldea, de la aldea á la villa, de la villa al pueblo, del pueblo á la ciudad, con todos los buenos ó malos sabores del terruño, y la particularidad de que en toda capital ó metrópoli de la importancia que sea, las virtudes merman y los vicios acrecen en proporcion geométrica á medida que la vida regalada se difunde, se propaga el lujo y la austeridad de carácter afloja y se disuelve como la sal en el líquido. Es el proceso serio y gradual de la trasformacion interna. Las necesidades psíquicas que un nuevó estado provoca, reclaman satisfacciones distintas y aumentan las tendencias malasanas. La faz social primitiva entónces, se va borrando y desapareciendo bajo una nueva levadura, á la ingenuidad de un período pasajero se sucede la intencion sagaz, pomposas ostentaciones á las formas sóbrias, un patriotismo irresoluto á la pasion vírgen y estóica del sacrificio; y como las virtudes privadas dan su oxígeno á las virtudes cívicas, del mismo modo que el aire puro al pulmon robusto, lógico es pensar que viciada la fuente, tiene que difundirse por todo el cuerpo colectivo una vida menguada y enfermiza. Por eso, yo no me sorprendo que en sociedades que pasan estas crisis, y donde se logra derribar un Régulo, por raro capricho de circunstancias,—la parte sana se procure otro, prefiriendo la perversion de uno solo al vicio de los más. ¿Será que, segun lo afirmaba un publicista, el buen sentido, la razon, estén siempre de parte de las minorias?

Pero, me llamo al punto de partida, para formular opiniones concretas. Apelo á tu memoria.

Alguna vez en las capitales europeas, de por sí pequeñas naciones de fábricas, palacios y tugurios, donde todo ha pasado por el crisol de los más subidos refinamientos, ¿te asombraste acaso de aprender á no extrañar ciertos fenómenos increíbles, efectos de una moral desconocida y de dramas sicológicos sombríos que destruian en una hora toda una herencia de virtud y de honor,—conjunto de deslices fatales, tristes infidelidades, profundas caidas, sangrientas censuras, amargas injusticias, lúbricas torpezas dignas de la fusta de Rabelais, el más terrible de los bufones, ó del anatema rígido de Hugo, el incorruptible apóstol de los

poetas? ¿Te sorprendiste de la fragilidad de convicciones, de lo accesible de las conciencias, de los triunfos del impudor, del servilismo empedernido y de las bajezas del talento, esclavo de los apetitos sensuales? ¿Te espantó la llaga cancerosa de la miseria y del vicio, junto á los placeres y delicias de las clases elevadas; el predominio absoluto de errores seculares sobre las almas del enjambre, y el imperio permanente de la fuerza que debilita la energía del trabajo, y se sustenta no obstante de sus sudores? ¿Llegó á hacerte estremecer la monstruosidad de ciertos delitos, infandos, la usurpacion de las fortunas privadas, las enormes quiebras fraudulentas, las lúgubres tragedias del amor y el adulterio, las pasiones absorbentes del lujo, del juego y de la orgia? Pues, lo que allí sucede no puede extrañarte que ocurra en todas partes, en mayor ó menor escala. La naturaleza humana no varia, y sí, apenas se escuda: el mismo apetito vírgen suele alcanzar los extremos de apetito estragado, y si á esto agregas los gustos de relajacion que se importan á manera de un virus—ó sobrevienen por acto espontáneo con la decadencia de las costumbres, te convencerás de que actualmente no existe sociedad alguna sencilla que no haya sido presa de lo ilícito y corruptor. Basta en el organismo invadido, un bacillus para el contagio, un espora para la reproduccion. No hay atmósfera social que no esté cargada de corpúsculos, ni generacion nueva que no los absorba febril y delirante, con todo el fuego de la sangre y la impetuosidad de los deseos, en tanto baja la antigua los últimos peldaños con el rostro ajado y las piernas temblorosas, llena de hastio y desencanto.

No por otras causas se observa en los centros selectos de las mismas sociedades limitadas, en estrecho contacto con las viejas, esa fria política que encubre todos los móviles desde la vanidad más pueril hasta el más cruel egoismo; círculos donde debe penetrarse por lo mismo, con el corazon preparado para el amor como para el pesar. Cierta propension imitativa, que su índole cosmopolita entraña, hace suyos las tendencias, debilidades y defectos cuya faz externa brilla y ofusca á la distancia. Así, distraidas de su natural crecimiento las fuerzas propias de la tierra, se ingerta en nuestro organismo la savia que ha de producir la variedad

ó el sub-género consiguiente: una sociedad americana vestida á la europea.

¿No son ellas acaso, superiores á la doncella que el buen escudero criaba para condesa?

La nuestra no es ninguna Cenicienta, en la familia de las repúblicas. ¡Oh! que asoman las grandes vanidades, no lo dudes; y que las acciones caballerescas encuentran espíritus prevenidos contra el móvil, ménos puedes desconocerlo. Se vive ya de lo real. Lo sublime andante, provoca ironias. ¿Crearás que no ha faltado quien te critique por la aventura? La belleza unida á los millones—se ha dicho—bien vale un lance peligroso; y por la puerta de la gratitud salen los favores. ¡Por ahí anda un caballero que busca radicarse!... Y se entra en tu conciencia sin escrúpulos, se habla, se comenta, se exagera, se prejuzga, se absuelve y se censura; cosas todas de tu sociedad sencilla, que no lo es tanto para torcer los móviles, desnaturalizar la intencion, y difundir, bien urdida, la sospecha.

Raul, que habia escuchado á su amigo sin desplegar los labios, observó impasible:

—Creo eso muy natural. Una sociedad modesta de toques y perfiles hermosos, en mi opinion, á pesar de la tuya tan franca y sinceramente emitida, daría prueba de exíguo gusto é indiferencia si no la preocupase la novedad. De ella hacen vida el espíritu, y juegos de elegantes frases los salones. Debo con todo presumir que Areba Linares,—esa interesante mujer que parece una excepcion en nuestro medio ambiente, á juzgar por tus informes,—aprecie bajo otros aspectos un acto en el cual has compartido el riesgo... Tal vez esperase con algun derecho de tí, la iniciativa y las consecuencias.

—Se sabe que la arrojada accion te corresponde, pues yo mismo te he discernido el mérito. Areba es una personalidad excéntrica, con su cortejo de adoradores, que ella alimenta con miradas y sonrisas; pero dudo que su corazon haya dejado de pertenecerle. Puedes creer que no hay ningun preferido, y que por mi parte no he aventurado empresa contra un cristal de roca.

—En verdad—repuso Raul entre sonriente y caviloso,—concibo claramente á una mujer imbécil, de fisico admirable, realzado por galas soberbias, que interprete una frase

galante por injuria y la gracia más espiritual por ironía, que viva encastillada en pueriles pensamientos y en el más obcecado amor propio, sin perspicacia bastante para distinguir el mérito ni valorar los efectos de su amistad ó simpatía,—y la concibo como un nido de vulgar sensualismo, en que solo se mueven los vibriones de una existencia mórbida, oscura é infeliz. Pero, no puedo explicarme todavía, cómo otra de las calidades de Areba, juegue un rol pasivo en los torneos de amor, cuando debiera figurar en el número limitado de sus reinas escogidas.

—Es un carácter. A un entendimiento delicado reúne un poder de dominio sobre sí misma que le es peculiar, mezcla de orgullo y de superioridad, de sombra y de luz, semejante á una planta erguida en el valle oscuro, cuya copa sola dora el sol. Nadie le ha conocido preferencias definidas; su idiosincracia la preserva. De esta disposición particular juzgarás alguna vez, si como imagino hallas de tu agrado el deseo, que ella no disimula, de cultivar tu amistad.

—No tengo mayor interés —dijo Raul friamente,—en precipitar esa aproximación. La dejaremos al tiempo.

—Querría sin embargo por mi parte que te acercases á ella—replicó Bafil, con cierto tono singular;—y la oportunidad ha de ofrecerse en estos días. La temporada de campo ha reunido como de costumbre en la zona de Atahualpa y Paso del Molino, gran número de familias con la mejor porción del bello sexo, digna de hacer competencia á las más frescas corolas; y con este motivo se anuncian magníficos saraos en la casa-quinta del señor Tadmor Stewart, miembro respectable del comercio, — y aquí establecido desde muy joven, en que abandonó New-York. Su familia, ligada á las principales de Montevideo, cuenta á la de Areba entre las de mayor intimidad. La ocasión no puede ser pues, más propicia; y me reservaré allanarte el camino, aunque tú no necesitas batidores. Te conocen y te desean... Con qué, ¿aceptas, y vendrás conmigo?

—No debes dudarlo.

—Tienes valor en plaza, y te inicias con el atractivo de esa novedad á que te has referido. Se diluirán sobre tí miradas de luz, se han de dibujar ante tus ojos cien sonrisas provocativas, y llegarán á tus oídos palabras y voces vagas,

un tanto confusas, pero de clara intencion. En realidad, un objeto á la moda tiene faces y relieves que nadie ha percibido antes, y que aun cuando se hayan antes percibido, se notan ahora con asombro... Estos ingresos inesperados á la escena, absorben todos los espíritus, si ella es limitada; y su prestigio opera comunmente el fenómeno de suplantar en el acto y sin violencia, unas personalidades por otras.

—Bien sabes que no buscaré el éxito, ni el entusiasmo de que hablas, y cuya corta duracion sé estimar.

—No importa; eso no privará que seas el blanco de todas las apreciaciones sensatas ó de todos los comentarios pueriles. Areba será el intérprete del criterio general. Por mi parte, he declinado un honor que no merezco, pues fué tuya la iniciativa, sin que esto importe declarar á la dama indigna del sacrificio. ¡Sea todo por ella!

Pero, á fuer de leal y franco, debo confesar que no lo habria hecho por la compañera; aquella jóven de busto especial, cuello largo y facciones salientes, de una tez morena subida, ojos redondos, vivaces y pobladas cejas negras, con la cabellera crespa y amotinada sobre la frente comba, y un lunar color café cerca del labio inferior grueso, colgante y encendido, á manera de casco de granada madura. Te lo aseguro, á fé mia; tengo mejor gusto estético.

Me recordó un caballo de ajedrez en medio del tablero revuelto, en actitud de jaque doble. ¡Tambien heroina de por fuerza, como tantas!

Debes creerme: me subleva la presuncion del jaque.

No pudo ménos Raul de reir sin escrúpulo, ante esta ocurrencia genial de su amigo, pues la pincelada habia sido de mano maestra, á juzgar por sus reminiscencias sobre la persona á que Zelmar aludia.

—Areba, ya es cosa distinta—continuó éste; una diva bien vale que dos hombres se expongan ciegamente y rueden por la arena, siquiera sea por capricho ó lujo de valor;—pero lo que es por aquel hipocampo, el asunto habria tenido ecos lamentables en la crónica.

Para mayor calamidad, somos vecinos. ¡Es el colmo!

—Fuerte prevencion parece que le tienes.

—¡Calla, un ídolo egipcio junto á una diosa de Fidias, ó si quieres una garza mora, irguiéndose al lado de un ánade

blanco y elegante! Lo peor no es eso y conviene que te instruyas. Julieta, considerada del punto de vista de la moral social, es una de tantas intérpretes correctas de la censura ágría, ó de la hipocresía gazmoñera, el *cant del setentrion*, que derrama cal viva ó llanto de saurio sobre las faltas expiables, ó el infortunio simple, segun la naturaleza del caso. Representa una de las formas ocultas de tu sociedad ingénuá é inocente, como si dijéramos la malicia vigilante y erguida, á manera de sierpe atenta al rumor. Pero no la quiero mal aunque siempre riñamos. Es traviesa, suspicaz, cuculina y vanidosa; me entretiene, y parece que ella se solaza, escaramuzando conmigo. Su señor padre, el abogado don Matias Camandria, la exhibe en todas partes como un dije primoroso; y pues conviene que te instruyas, he de informarte algo sobre este caballero.

Don Matias, en su treintena, fué un hombre de buena talla, ancho de espalda y de cuello, de gravedad abdominal, barba negra, ya bastante calvo, estudiante de los últimos bancos, y letrado, con un punto de mayoría, despues de dos postergaciones injustas, en su sentir. Con esto, ya digo que no era un jurisconsulto, ni un abogado inteligente, como tantos que honran su título y constituyen altas promesas entre nosotros; pero, ahí verás. Apénas se caló mi hombre el bonete académico, y púsose tieso y rígido,—que no convenian aires torcidos á un intérprete del derecho,—cuando ocurriósele mandar grabar en sus chapas de bronce; la pequeña inscripcion, cuyo texto auténtico vas á oír: *Doctor Matias E. Camandria—Abogado de la matrícula.—Se halla en actitudes, por sus profundos estudios, y su diploma, de desempeñar con la misma competencia y acopio de erudicion desde el cargo de Teniente Alcalde, hasta el de Presidente de la República, inclusive; sin excluir el de Consejero por vida, en el Estado, Congresos internacionales, Academias y Liceos.—Tiene estudio abierto, en el barrio aristocrático de la ciudad, junto á los tribunales, al habla directa por teléfono con los Jueces inferiores y superiores, que muchas veces necesitan de sus luces y sabiduria para dirimir los más gravísimos conflictos sobre estatutos Real y Personal.—Consultas gratis á los pobres.—Las mujeres litigantes, deberán venir munidas de memorandum.*

—Te chanceas.

—Nada de eso; he tenido el original en mi poder. Pero don Matias es hombre de suerte, y no faltó quien lo disuadiera de semejante ocurrencia. No trascurrió mucho tiempo sin que su posicion mejorase, y hoy es un magistrado de nota, entre los que solo ven las exterioridades; de ahí que se permita decir, que su aventajada hija merece por compañero, algo más que un abogadillo ramplon ó doctorzuelo menesteroso, todavia sin levadura de ley, de los que pululan alrededor del gran banquete público en busca de una silla desocupada, en defecto de pleitos, de competencia y de dignidad.—Y observa que esto dice, quien dejó que las dictaduras le usurpasen su oficio más de una vez, á pretexto de que así era más cómoda y barata la justicia.

La hija se considera co-participe de la reputacion equívoca del padre; y por su propia iniciativa bocinera, aparece como versada en ciencias y conocimientos árdulos, capaz de mantener el contra-punto en cualquier debate de trascendencia. Para mí tengo, sin embargo, que esos estudios profundos han de ser un pozo artesiano de ilusiones perdidas.

—La tratas con crueldad.

—Es lo real y verídico; no puedo yo hacer á Julieta de otro modo, sin corregir la naturaleza. Las tareas en la sala de disecciones, me han dejado la maña de descarnar. No creas que ella renuncie á vengarse bien: ya la has visto al lado de Areba con sus aires de buen tono, participando en cierto modo de los triunfos de su amiga, y lo que es más intolerable mezclada por el suceso á un principio de romance. ¡Ya la tienes buena!

Raul extendió el brazo sonriendo hácia un jarron de alabastro, y dijo:

—Por lo pronto me aproxima á tu Julieta ese espléndido ramo de jazmines que ves ahí, de cuya ofrenda debes participar.

—Muchas gracias. Ya me lo presumia. ¡Qué iniquidad!

Bafil aproximó la nariz al perfume, y la retiró con gesto displicente. Miró en seguida el cronómetro, añadiendo con viveza:

—¡Las siete en punto! Tengo compromiso á esta hora, y te abandono. Adios. Te avisaré el día.

Estrechó luego la mano de su amigo, y dijo al salir:

—Observa bien el interior de esas flores, Raul, no sea que alguna culebrilla negra se agite dentro.

VI

SONÁMBULA

Largos momentos permaneció Raul pensativo, de pié frente á la ventana, sintiendo tal vez no haber revelado á su amigo sus impresiones del día anterior, en grata confidencia. Silencioso y meditabundo siempre, descendió al jardín y encaminó sus pasos por una alameda que terminaba en un soto de matas y malezas, línea divisoria de la propiedad de Nerva. Sentíase con disposición de aspirar buenas ráfagas de la fresca brisa que soplabá de las playas, trayendo el rumor de las olas.

¿Acaso, con fuerza superior á sus hábitos, algun impulso secreto le arrastraba á esos sitios solitarios, de donde partían en esa hora armonías de piano, vibrando todas las noches á la distancia de una manera dulce y encantadora? Era posible. Nunca le habia parecido aquella soledad tan llena de seducciones, ni sus menores detalles tan conmovedores y bellos. En esos instantes, la naturaleza se exhibía poética y solemne al reclinarsé majestuosa en su lecho de sombras.

La brisa producía en las hojas su concierto de murmullos, harto leves para dudarse de la suavidad de sus besos; no resonaba el monótono canto que brota de las lagunas como una queja de la creación que vive bajo el limo, ni los tristes aullidos que se alzan en las huertas al son de las cadenas: la calma era profunda. Distrajáse á veces la mirada en el fondo de los cielos, cuando surgía una chispa de oro para perderse sin ruido en el mar inmenso, donde navega

la duda en bajel sin brújula y naufraga el pensamiento;—ó en los puntos lucientes de la tierra, caprichosos grupos de luciérnagas, que vagaban en fantásticos juegos formando grandes columpios de luz amarillenta, ó se cernían en rápidos volteos y pálidos nimbus sobre las cimas de los árboles. En las higueras oscuras y espinosos agaves habian ya escondido sus cabezas bajo el ala los negros tordos, y solo algun ave nocturna de pluma blanda, fina, y callado vuelo, lanzaba sus resoplidos lúgubres, manteniéndose en la altura con las alas en perpétuo movimiento, enclavada en un punto del espacio,—como un pensamiento triste palpitando en el vacío.

A medida que Raul avanzaba, aumentaba la dulce emoción que no habia pretendido sofocar en su pecho; una irresistible simpatía señalábale el asilo discreto, oculto entre los grandes árboles, como punto céntrico de sus actuales preocupaciones y acaso de sus futuros afectos. Creía sentir ahora en aquellos lugares una atmósfera amable, efluvios desconocidos que halagaban su mente y ecos interesantes que parecían promesas de palabras ardientes y ternuras delicadas.

Sonreíase ante la ilusión de un camino sembrado de rosas deshechas; de un ambiente sin rumores discordantes; y de un amor puro y sereno sin el pecado de los excesos sensualistas, ni el exceso de idealismo, que desprende al ángel de la carne.

Quería para su amor una levadura humana, y no un misticismo vaporoso; el amor que sueña, que alienta, que encariña, que enternece, que conmueve lo íntimo con la sensación del beso, que suaviza las rudezas del arranque, que calma el instinto exasperado, que ríe ó solloza en las horas de paz ó de duelo, que conserva las ilusiones caras ó engendra otras nuevas, que aduna el deleite frágil al goce moral, las fruiciones psíquicas á un ideal permanente del espíritu;—ansiaba un amor así, que acompaña y estimula, que no mutila otros amores como él profundos, no fruto de los sentidos, ni tampoco forma intangible de un éxtasis ó de una abstracción; río providente cuyo origen puede ignorarse, pero que fecunde siempre, aunque el cauce enjuto alguna vez y abrasado reciba solo á intervalos la sed de vida de su limo misterioso. Amor sencillo y verdadero, fuerte

vínculo de naturaleza, honda afinidad de sentimientos llamados á confundirse y formar un solo fiel de dos vidas, equilibrando las purezas y debilidades del hombre, — de manera que la carne no pese más que el espíritu, y que la razon no calle cuando se increpe el instinto en pos de una ilusion que muere.

Y sonreia, ante la perspectiva de una pasion semejante, pensando que, tal vez, siendo posible y adecuada á la capacidad del sentimiento, propia de un anhelo mesurado, armónica con el criterio severo de lo real, no tuviese en rigor más brillo ni duracion que tantos afanes y energias que ponen á prueba el temple de un carácter firme y noble, sin más efecto que arrebatarle en estériles luchas la esencia de su vigor. Con todo, no era esta sinó una mera presuncion sugerida por la sospecha de perversiones morales, que no habia palpado, y que él reducía á un círculo estrecho, en la sociedad en que vivía.

¿Por qué negarse al placer de acariciar el pensamiento de una felicidad, que humanamente debe incluirse en el secreto de nuestro destino, y buscarse á través de las crudezas de la vida, como se busca en medio de las arenas ardientes el agua refrigerante en el oasis de reposo?

Si es verdad que las pasiones, muy raras veces dejan de hacerse la aridez por delante, cuando no el vacío que engendra el hastio ó la indiferencia; no es ménos cierto que, una, fertiliza, genera y triunfa casi siempre: el amor de lo humano — contenido en los límites de la realidad palpitante, sin negarle raptos sublimes ó embelesos superiores al fugaz deleite de la fruicion sensual. Sin este sentimiento, delicadamente pulido por la educacion, el culto del bien, de lo bello y de la gloria carecería del fervor que acompaña á esa fé luminosa, cuyo plácido rayo nos viene á través de la mujer. Y así como ese amor existe en plena armonia con nuestras facultades y deseos sin que pueda confundirse en ningun caso con los delirios del vicio, debe haber entónces para él una humanidad sensible y pensadora, muy diferente á la porcion que refina en cierto modo los apetitos de la bestia, para revolverse y hozar en su propio fango deletéreo.

Acariciaba Raul la idea de que esta dicha relativa no

era un imposible, especialmente en la sociedad de su país, nueva, lozana y robusta, donde el rudo embate de pasiones funestas no había logrado aniquilar en los hogares las virtudes austeras y los delicados anhelos del espíritu. Por natural asociación de ideas, traía andando, á su mente las imágenes de dos mujeres, que se diseñaban bajo formas é impresiones distintas, y que parecían resumir dos faces de la sociabilidad de su patria. La una Areba, que representaba á sus ojos el elemento variable que crece y se desarrolla dentro de los gustos é inclinaciones de las clases laboriosas venidas de otras climas, que se vinculan á nuestro suelo, y van alejándose de sus fuentes primitivas en proporcion al grado de influencias locales. Esta bella rosa mosqueta, no dejaba sin embargo de deberlo todo al sol de la tierra.

La otra, Brenda, presentábasele como una expresion pura y correcta de la familia antigua, sin otros lazos de cohesion con la nueva, que los formados lentamente por comunes ideales y aspiraciones. Con dificultad podria escogerse entre el derivado y el tipo primitivo en cuanto á belleza, como discernirse en plantas de seleccion natural é inconsciente el premio á la mosquete ó á la rosa pálida!... Pero, el orgullo debia ser en una el complemento de lo externo; en la otra, la sencillez adorable. ¿Seria, en efecto, aquella alma, algo de extraño y fantástico cual una armonia de Wagner; seria ésta, algo de dulce y tierno como una trova melodiosa?

En esos momentos sonó un aire de *Sonámbula*. Raul, poniendo atencion á las melodias que escapaban del teclado bajo la presion de una mano maestra, volvióse á sonreír, como si en realidad hubiesen sido aquellas una contestacion precisa y adecuada á la fórmula de su soliloquio.

Fuése acercando lentamente, hasta llegar al cerco formado de arbustos entrelazados por alambres. Percibíase en el centro de la quinta, en parte oculta por el tupido follaje de grandes manzanos, una glorieta cubierta de madreSelva, con dos entradas, de donde partian senderos de fina arena. Destacábanse á los flancos hermosos medallones, verdaderos criaderos de flores escogidas que embalsamaban fuertemente el aire. Una fuente de piedra rústica sin pulimento, dejaba escapar de la boca de un pez de conchilla y greda un hilo de

agua cristalina, semejante á un arco de acero á la luz lunar, que caía con un murmurio leve en su taza de granito.

Aunque próximo, no se alcanzaba á dominar el edificio desde aquel sitio á causa del ramage; pero la claridad que salía de una ventana de la fachada principal permitía distinguir la verja del hierro sostenida por pilares, y en gran parte invadida por plantas trepadoras. Nada de pompa en aquella mansion de campo; todo parecía respirar el mismo gusto sencillo de los jardines laterales. Apenas les servían de adornos algunas estátuas de caprichosos minerales del país, dispersas entre los árboles, asomando en el follage sus cabezas y bustos á manera de furtivos paseantes que se hubieran detenido y quedado inmóviles, al sentir el rumor de sus propios pasos.

Apoyado en el seto escuchó Raul hasta su conclusion el trozo de ópera; y por algun tiempo se mantuvo allí—extinguida ya la última nota, como embargado por una dulce atraccion. Caía sobre él toda la sombra proyectada por varios árboles sin frutos, que por lo mismo parecían haber hecho alianza sólida y estrecha confundiendo sus torcidos brazos en apretados anillos y enmarañada trama. Al observar esta red singular, el jóven, que tenia su pensamiento en los obstáculos secretos del futuro, creyó ver en esa alianza de los árboles estériles el fiel trasunto de la que celebrarían contra él, tal vez muy pronto, los espíritus solo aptos para el enredo y la intriga en los bastidores de la comedia social.

Asaltáronle presentimientos vagos; á su influjo pensó en el regreso, y decidióse á hacerlo, cuando de súbito el lijero roce de una falda sobre la arena del sendero cercano le retuvo en su sitio. Perfectamente encubierto como lo estaba, no hesitó en observar, avistando bien luego en la callecita de arena, una sombra blanca que se dirigía á la glorietta á pasos retardados.

Una vez en el centro del claro que formaba la luna, esa sombra se detuvo irresoluta; y pudo entónces Raul reconocer á Brenda, en poético descuido, con los ojos inclinados y sueltos los dorados cabellos. Breves instantes permaneció ella así: echó luego atrás su hermosa cabeza como para aspirar mejor el puro ambiente de la noche, y en esa actitud que descubria una garganta admirable, la claridad plateada

iluminó aquel rostro de azucena, que Raul soñara haber visto en otros tiempos.

La joven entró á la glorieta. Encaminóse de repente al cercado, hácia el sitio en que se encontraba Raul, y deteniéndose á pocas varas de él, extendió sus lindas manos, separando las ramas con sigilo. Felizmente aquel lugar era demasiado sombrío y no podia ser visto. La red protectora encubria sus menores estremecimientos. ¡Estaba más cerca de lo que él hubiera imaginado,—momentos antes,—la causa de sus emociones!

Brenda asomó por entre dos arbustos su bella cabeza, con rapidez, temerosa de la oscuridad, y en actitud de volver pronto sobre sus pasos.

Desde allí no podia distinguirse más que la casa de Raul. ¿Dirigia á ella su mirada? La lámpara ardia en el gabinete de trabajo, y un pálido rayo de luz teñía las ramas salientes del ombú y se dilataba hácia el campo.

Allí tenia puestos sus ojos...

Conservó algunos instantes, trémula y agitada los gajos entre sus dedos; y arrancóse de improviso á su contemplacion, alejándose con presteza á lo largo de la arboleda.

Vióla Raul cruzar frente al pabellon, sin ruido, ligera y vaporosa, y perderse en el bosquecillo, entre aquellas imágenes de piedra que asomaban sus cabezas con aire de grave misterio—veladas por guirnaldas y espirales de yedras.

Reprodujose entónces en su memoria la de una niña que vestia luto, entrevista en una noche de bruma á altas horas, á la puerta de un consultorio, donde implorara en vano el auxilio de la ciencia para la amada madre, que como la de él sucumbia. Algunos años habian transcurrido desde el doble deceso, y aquel vínculo de comun desgracia parecia reanudarse á la distancia para servir de precedente necesario á una profunda simpatia.

VII

ESTRELLA DE MAR

Cuando Zelmar dejó á Raul, bajó preocupado las gradas del vestíbulo, puso un pié en el estribo de su carruaje, y antes de subir hizo una seña al cochero, que se acercó respetuosamente, para recibir ciertas instrucciones en voz baja. En seguida el vehículo arrancó, rodando sin estrépito sobre un suelo de tierra firme.

Empezaban á cubrir todos los objetos las primeras sombras. El carruaje siguió por la calle de Cebollatí, via despojada y solitaria, apénas favorecida por algunos setos y ombúes ramoneados,—hasta la de Santa Lucia, no ménos triste y oscura, llena de huecos y sotos, terrenos incultos y altas yerbas secas y amarillas. A lo léjos veíase una que otra luz oscilante de coches que cruzaban por caminos más frecuentados, ó el fulgor color sangre de las lanternas convexas de los tren-vías.

Una vez en la calle de Santa Lucia, dobló á la derecha y prosiguió su rápida marcha por la de Isla de Flores, de manzanas retaceadas y faroles dispersos, á manera de escuchas, especialmente en las proximidades del cementerio Central, que parecia transmitir á aquellos barrios silenciosos de una tranquilidad profunda, como una sombra fria y funèraria.

Se deslizó por esa calle largo trecho sobre un afirmado enriscado y difícil, propio para tumbos y vaivenes, hasta llegar á la de Andes, que recorrió breve espacio. En la usina del gas brillaban vivas luces que esparcían en redor una claridad blanca y extensa, en tanto que de lo alto de su chimenea, prolongada pirámide perdida en las tinieblas, se

desprendian otras de tinte rojizo entre una pequeña humaza azulada.

El carruaje se detuvo en la callecita de Valles, estrecha y reducida. Esta forma con la de Miní, sobre un terreno mal repartido, ocho rectángulos con edificios desiguales y angostos en su mayor parte,—y ambas corren paralelas á la de Isla de Flores hasta el pequeño cabo ó punta de tierra en que concluye la tortuosa calle de Ciudadela, divisoria de la ciudad. Las dos callejuelas tienen entrada por la calle de los Andes, y salida hácia la costa por los claros de la de Ciudadela, formando con las adyacentes un ángulo casi recto.

Se notaba en la de Valles á esa hora, poco movimiento. Uno que otro transeunte, cruzando las aceras, y algun orga-nillo haciendo oír en la esquina desapacibles sonos, constituian toda su animacion. Por la de Andes solian atravesar cuadrillas de obreros con las blusas al hombro para soportar mejor el peso del pico ó la pala, los sombreros raidos en las nu-cas, callados y sudorosos, dirigiéndose á paso lento y uniforme hácia las posadas favoritas, donde formar mesa redonda, y escanciarse el grueso vino tinto, propio para llenar de vapores densos el cerebro y matar la pena más gruesa aun de la jornada.

Zelmar bajó rápidamente del coche, y dijo sin detenerse:

—Puedes regresar.

Mañana á la seis vén á esperarme en este mismo sitio.

En seguida, desandando parte del trayecto encaminóse hácia la costa, deslizóse por la rampa y volviendo sobre la izquierda se detuvo á corta distancia, ante una casa modesta con frente y ventanas al rio.

Toda esa costa al este, y en su prolongacion hácia el sud, resguardada al final de los declives por murallones provistos de mesillas y peldaños de gneiss, que terminan en el terreno peñascoso de la orilla, marca el estuario ó constituye verdaderamente el litoral sinuoso en que se percibe de una manera sensible el doble movimiento de las aguas marinas. El caudaloso rio no mantiene ya allí con el oceano la porfiada lucha, y su corriente marcha con el paso tardo é inseguro del paladin abrumado por la fatiga de muchas horas de combate rudo. La extension acuosa empieza á dilatarse á

todos rumbos gradualmente; y el dorado de los fondos dulces retrocede en sus excursiones atrevidas, apénas siente el sabor amargo del líquido en que sobrenadan las medusas y toninas, apuntan rudimentos de algáceas y coralinas, y asoman más adelante, fuera del cabo, las aletas dorsales de algunos escualos vagabundos. En días de tormenta las verdosas olas, encrespadas y bullentes, levantando ó sumergiendo como frágiles corchos las barcas de los pescadores, en sus lomos indomables y en sus movibles curvas, parecen reclamar los derechos del oceano al romperse con imponente furia en las rocas del litoral, cuyas eminencias rasan y salvan en masas de brillante espuma.

La casa frente á la que se detuvo Zelmar dominaba desde sus ventanas la líquida llanura, y grandes grupos de peñascos, hacinados, que formaban una costra consistente, cubierta de protuberancias deformes, negras y erizadas.

Era ya entrada la noche, cuando el jóven llamó suavemente á la puerta.

—¿El caballero Bafil? —preguntó alguien con acento quedo, entreabriéndola con lentitud.

—El mismo, Leonides.

¿Ocurre novedad?

—Ninguna, —respondió una mujer, dejándole el paso libre, y cerrando trás él la hoja.

La pobrecilla sentia impaciencia, y me ha interrogado por V. varias veces.

Un reverbero alumbraba desde el fondo del zaguan esta escena.

La llamada Leonides era una persona de cuarenta años, más ó ménos: fisonomia colorada y llena, pelo de un rubio deslustrado, boca lasciva, desprovista de algunos dientes, ojos redondos y perspicaces con cejas ralas y casi blancas, nariz de vómer muy hundido, anchas fosas y sin duda de olfato fino, y frente de piel rugosa con huellas de paño.

Medida, reposada, discretá en sus modales y expresiones, tenia el aire marcadísimos de un trotaconventos. Debía ser hábil para llenar las formas, husmear los desfallecimientos de la inocencia y tentar al candor en cierto cuarto de hora en que la mirada está absorta en el abismo.

Respiraba esencia de romero. Vestía decentemente traje

de seda negra, con escote, y lucia en su cuello grueso y algo escoriado, una cadenilla de oro con relicario.

Aunque se habia dado escofina, nada disimulaba lo tosco y grotesco de su persona. El polvo aplicado á su rostro y cuello formaba líneas blanquizas en las sajaduras, dejando al descubierto las partes rojas y amoratadas, semejantes á verdugones reacios al emplasto y al colorete. En la diestra ostentaba una sortija con piedra de ágata, en que se leia la palabra *Recuerdo*. Dábase aire con un abanico adornado de plumas de flamenco y cisne, y conversaba encima del oido manteniendo con la mano izquierda levantada la falda, en actitud de la que cree que aun conserva tesoros codiciables.

Zelmar miró su seña, y dijo:

—En verdad me he retrasado, y lo siento; pero estoy en tiempo de reparar la falta.

—La mesa está dispuesta, y ella aguarda.

Puede V. entrar.

Leonides acompañó á Zelmar á través de una sala y un retrete, que se encontraban en tinieblas, y se detuvo ante una puerta, diciéndole siempre en su voz baja y meliflua:

—Ahí está la hermosa.

Me vuelvo y dejo á V. libre. ¡Felices horas!

Y aquella mujer en cuyo acento se conocia un origen extranjero, empujó dulcemente al jóven, desapareciendo luego sin ruido en las sombras.

Apénas puso Zelmar su mano en el pestillo, abrióse de súbito la puerta, demasiado tiempo cerrada á la impaciencia del amor, y una jóven se arrojó en sus brazos, estrechándole con ardiente cariño.

—¿Por qué has venido tan tarde?—preguntó con solicitud extrema, volviendo á enlazar el cuello de su amante.

¡Días hace que no nos vemos!

Él la besó en la boca, diciendo:

—Perdóname, mi bien, pues que me reconozco culpable. Pero si no hubiese demorado, ¿tendrías esta ocasion de reprocharme, y yo de prodigarte mayor afecto, si posible fuere?

—¡Oh, sí! Yo lo quiero todo, y no puedes negármelo sin crueldad. Estoy temblando no sé porqué, y ahora que tú has llegado siento más grande esta emocion...

Vén, y sentémonos: van á servir la cena.

—Perfectamente,—dijo Zelmar arrojando su sombrero; el amor no excluye el apetito, y es regla higiénica no dejar trascurrir la hora. Desecha ideas tristes, Cantarela, pues me duele esa zozobra; y siéntate aquí, á mi lado, alegre y expansiva como en otras horas, para probar del mismo manjar y libar de la misma copa.

La jóven sonrióse con tristeza y tomó asiento, abandonando una mano entre las de su querido.

—Quisiera estarlo para agradarte siempre,—repuso luego; ¡pobre de mí! ¿Habria, acaso, mayor dicha? Pero me extremezco al pensar en el regreso de mi padre y de Gerardo, que le acompaña, y á quien él me destina. ¿No crees tú que haya motivo de pesar, mayor aun en tus ausencias?

Ciñó con sus manos, al decir esto, la cabeza del jóven, mirándole en los ojos con ternura.

Zelmar, que se habia quedado un momento pensativo, la atrajo hácia sí suavemente, hasta unir su rostro al de ella.

—¿Será muy pronta esa vuelta?—preguntó.

—Hacen muchos dias que partieron á la pesca de lobos, pues necesitaban de su trabajo, con ese motivo, en la isla; y por otra parte, daban poco entónces las pesqueras de la costa. Esto los decidió á aceptar, y se dieron contentos á la vela.

Mi padre me recomendó sus redajas y la red grande de jorrár, cuyas mallas yo componia siempre, tendiéndola en las toscas bajas de la playa...

En eso estaba una tarde, cuando me conociste, y te ví por primera vez.

¿Te acuerdas? Se ponía el sol y soplaba el viento del mar pero más el fuego de tu boca en mis mejillas. ¡Ay, ya no tienes aquella ilusion tan grande ni aquel querer tanto que me dijiste!... ¿Verdad, que nó?

Y retiró lentamente la jóven, cabeza y manos; fijando otra vez en su amante unos ojos negros, rasgados y expresivos, de pobladas pestañas y cejas de crespon, llenos de ese brillo y fuerza misteriosa que revelan voluntad y pasion ardiente.

Tenia Cantarela la tez morena, pequeña la boca, rojo subido el labio y muy blancos los dientes; una nariz fina, una ligera sombra sobre el labio superior formada por un vello

diminuto, sedoso y suave, y fugaces tintas de rosa, esparcidas en las mejillas, que eran como otros tantos besos de la brisa de las playas, daban al conjunto esa gracia é interés, que aumenta el encanto de la juventud y del amor. Su hermosa melena negra, caída en onda sobre la frente, y recogida por detrás en gruesas trenzas, podía servirle de manto.—La cintura delgada, la espalda algo estrecha y el seno saliente y mórbido, completaban las formas de esta ondina, arrancada á su elemento amargo por el prestigio de la ilusion.—El sol y el viento de la ribera habian rasado su piel, sin dejar en ella rastro sensible; pero en cambio los peces al saltar veloces de la barredera á la barca ó á la arena, habian hincado más de una vez las punzas de las aletas en sus manos, dejándoles ligeras huellas. Con todo, aquellos dedos que sabian arrancar bránquias y tejer redes, eran hábiles tambien para improvisar bucles en la cabellera de su querido.

Amaba con vehemencia, sin reservas, sin escrúpulos, sin cálculos, con todo el corazon. ¡Y así queria ser amada! Entregarse sin interés, creyendo en la sinceridad agena, como en la propia, era para ella lo natural; aquel elegante y gallardo mancebo se sentia satisfecho de sus caricias, y como ella debia ser siempre la misma, nada más embriagador que ese eterno delirio!

Zelmar volvió á oprimir su mano.

—¿Por qué sospechas tan mal de mí?—contestó en tono insinuante y persuasivo. Desde el dia que recuerdas, reinas en mi corazon, que pareces haber envuelto en sal marina para reservártelo todo entero; é ingrato seria si no compensara tu amor con otro idéntico, y ofreciese á tus deseos más mínimos, dulce satisfaccion. ¿No estás contenta en este asilo? ¿Temes el regreso de los ausentes? ¿Te es ya, acaso, odioso el sitio en que nos vimos y donde empezamos á amarnos? Si así fuera, pronuncia una sola palabra, y tendrás todo, que yo no he de abandonarte, mi gentil querida.—Y ahora, ¡un beso en ese labio de coral!

—Uno, nó...

—¡Entónces muchos!

—Mira, mi bien: al caer una tarde vine, agitada y con fiebre, ¡que mi frente ardía! y era porque al pasar me miraban

al semblante con mal gesto los hombres de la orilla, como si encontraran en él algun sello de infamia, ó alguna vergüenza negra; y al pensar que pronto no me querrias, sentia, andando, una pena aguda que me hincaba el pecho como un cuchillo, y hubiera caido sin fuerzas en la rampa, sin la ansiedad de verte pronto...

—Nada te importen esas gaviotas grises, Cantarela, amándote yo; y no recuerdes que bajaron á tu estela, lanzando sus roncadas quejas. Acerca bien tu silla, y cenemos!

La jóven pasóse la mano por los ojos, como para ahuyentar amargas preocupaciones, y quedóse silenciosa.

Aromadas flores de vivos matices rodeaban en artística guirnalda una mesa de nogal cubierta de fino mantel, sobre el que brillaban preciosos cristales y lucian sus cambiantes de rubí y topacio vinos delicados.

La atmósfera saturada de perfumes contribuyó con los líquidos generosos á excitar la fantasia, á medida que la cena tocaba á su término; y mil palabras dulces se cruzaron envueltas en ternezas y deliquios. Relegáronse al olvido, sin mucho esfuerzo, las dudas y presentimientos que habian embargado el ánimo, y empezaron á germinar las ideas incoherentes, entre frases sentidas y apasionadas.

De una misma copa bebieron los amantes, echando cada uno en ella su porcion de dicha, para saber quién se la libaria toda; y disputáronse la copa, besándose en las manos y en los labios, hasta que sorbió al fin Cantarela su último resto.

Reia, y parecia feliz. Sus ojos estaban húmedos y lucientes, el senc palpitante y entreabierto la boca, ornada de perlas.

—¡Cómo bramaba anoche la tempestad!—exclamó de súbito, y parecieron velarse aquellos con una sombra.

¡Pobres de los que andaban en la mar!—Tú no sabes eso... se piensa entónces en la Virgen, y se reza con humildad y de rodillas... Yo no encendí la luz, recuerdo ahora, ni acompañó mi oracion á los tristes pescadores...

¡Vén! No quiero pensar, ni puedo, pues la cabeza me abandona. Abramos la ventana del retrete, que hay aquí mucho veneno...

—Las flores embriagan sin sentirlo,—dijo Zelmar enlazando su cintura con el brazo izquierdo, mientras libaba con la diestra una copa de champagné.

—La flor de tus labios...—murmuró la jóven como soñando

—Se asemejan á veces al amor que mata.

¿Eres capaz de un amor así, hermosa pescadora?

Los ojos de Cantarela brillaron con un fulgor sombrío, y sin contestar nada, arrastró á su amante al retrete, que se conservaba en tinieblas. Zelmar cedió sin resistencia, empeñado en cantar una romanza cuya letra habia olvidado en ese momento.

Marchaban paso á paso, muy unidos, rozando sus rostros y confundiendo sus alientos. Cantarela se detuvo un instante y oprimió fuertemente la cabeza de su amado contra el seno, murmurando con voz ahogada:

—El fuego que me abrasa puede más que el perfume de esas flores, no lo olvides, mi hermoso caballero; que el placer que embota los sentidos... no es la llama que devora las entrañas!

Dirigióse en seguida á la ventana, con paso firme y la abrió por completo, corriendo la persiana: Zelmar volvió á enlazar su talle, atrayéndola con dulzura, y ella dejó caer la cabeza en su hombro, aspirando con fuerza el aire fresco y puro de la ribera.

La noche estaba estrellada y tranquila.

Percibíase apénas el escarceo de las olas al lamer mansamente las peñas de la costa, destellando pálidos reflejos; y á la distancia, en el fondo oscuro del horizonte, las luces rojas ó azules de algunas naves que entraban á marcha lenta en la bahía.

Mecíanse varias barcas en suave cabeceo en las pequeñas abras de la costa, ceñido el paño, y sujetas á la maroma; en tanto que otras, haladas sobre terrenos areniscos, semejabán extraños cetáceos muertos, depositados allí por la marea.

De improviso hizo resaltar la solemnidad de este silencio un canto lejano y triste, modulado con un tono acompasado y melodioso; cuyas voces eran claras, vibrantes y bien distribuidas, extendiéndose á lo largo de la orilla como una plégaría llena de fé.

Cantarela se estremeció, alargando su brazo hácia afuera, con un movimiento rápido y nervioso.

Era un coro de pescadores.

Una de esas barcarolas ó playeras graves y profundas, en que suelen descollar voces de un timbre soberbio, mezcladas.

á las bajas notas de pechos enérgicos y cavernosos,—parecidas á rumores de ondas, himnos del mar inspirados por la tristeza de las playas, la majestad de las aguas, la magnitud del peligro, la aridez de las rocas, el calor de las arenas, la fosforescencia de las espumas, la placidez de la bonanza, ó la furia de las tormentas; y cantados con sentimiento que conmueve, en la hora silenciosa del descanso, sobre las peñas, con la mirada vaga y perdida en la línea de las dos inmensidades, sin otra música que el monótono son de la marea y del columpio de las barcas al impulso de la brisa: cánticos sencillos y sonoros que arranca el cansancio de la lucha, y que consuelan y retemplan para la lucha de mañana, en que se levará al nacer el sol el ancla, con una esperanza nueva!

Sobresalía entre aquellas voces, una argentina y melodiosa, de una frescura y vigor admirables, á través de la distancia, que daba al coro melancólico encanto.

La pescadora se habia quedado inmóvil, casi anhelante, con el oído hácia la ribera.

—¡Esa voz!—murmuró,—¿no conoces tú esa voz?... La oíste una noche, al pasar...

—Podrá ser; es muy simpática. Pero dudo que alcance al dó sobregado.

—No me siento bien, aquí ¿Quieres que cerremos? ¡Me atormentan los ecos de la costa!

—¿Hay tambien veneno en la brisa de las playas?—preguntó á su vez Zelmar, riendo y cerrando la ventana.

No le daremos, entónces, paso; y vén á mí sin angustia, mi más caro afecto, que en mi pecho existe mucho amor. Al pasar, la habré oído tal vez, pero todos mis sentidos estaban seguramente concentrados en otra parte, y era en aquella donde vivia la más hermosa mujer,—en todo el largo de las costas, oculta como una concha delicada. La amé, y la ofrecí todo un tesoro de ricos sentimientos que ella aceptó, dejando entre las toscas redes los míseros ensueños de una existencia oscura, para gustar en la copa, sin sal marina, la esencia de deleites nunca sentidos.

¿Te has arrepentido, acaso, Cantarela?

—¡Oh, no!... ¡Qué bien dices esas cosas lindas!

Mira, agregó la jóven con voz llena de emocion: alguna

vez he visto, allá fuera del cabo, desde la borda de la balandra, saltar sobre las aguas verdosas algun pececillo vestido de plata y oro, como gozoso de bañarse en luz, para hundirse muy pronto en lo negro del fondo... ¡demasiado pronto!... y yo me digo si tanto así, no durará esta dicha!...

—¡Por siempre, mi dulce bien!

Puso ella la mano en la boca del jóven, y por un momento permanecieron estrechados, en voluptuoso deliquio.

Ya no hablaron más.

Media hora despues un silencio profundo reinaba en la cámara oscura.

Oíase en tanto, á lo léjos, el canto de los pescadores, ménos alto y sonoro, pero más triste y sentido, dilatándose en monótonas cadencias por la soledad del mar.

VIII

RAYOS DORADOS

En la mañana siguiente, entre risueño y pensativo, el jóven tomó asiento en su carruaje, que le esperaba en el sitio designado.

Pensativo, decimos, porque las impresiones de la noche, en su sentir, diferian un poco de tantas otras análogas por él experimentadas, y de las que no habia conservado muy prolija memoria. Era ya esto un motivo de preocupacion; ciertas aventuras suelen concluir en drama. En sus gustos,—segun él los calificaba,—habia consultado siempre la "variedad" sin comprometer la energia de sus pasiones en luchas decisivas, aun cuando fuera de su agrado consumir en su misma raiz las ajenas, por completo. Conservarse entero, conmovido, sin sentir fuertes emociones en realidad, importaba una resolucion de conciencia difícil de sufrir quebranto. Creia garan-

tirse ó por lo ménos preservarse, con su segunda educacion, de las traiciones del sentimiento.

Por esta vez, sin embargo, temia haber ido más allá, en los entusiasmos de su amorio, y no dejaba de inquietarle la sospecha de complicaciones futuras, muy posibles, dado el carácter de la pasion que habia inspirado. A pesar de eso le halagaba su conquista, y se decia con cierta complacencia que Cantarela era quizás "la única playera que no olia á pescado", aunque hubiese crecido entre redes, ó sepultádose muchas veces entre espumas de salobres ondas.

En estos amores ligeros, de cariño áspero, de afanes mal disimulados, de exigencias sin mesura, en que por una parte se da todo, como único medio de llenar la capacidad de una pasion ingénua, y por la otra no se impone tributo sino á la fantasia, para mantener una temporada de celo y de apetito no bien repleto; en esos poemas de último orden, por decirlo así, en que la correspondencia es nula en el fondo, y apénas creible en la forma, como tantos vínculos vulgares á que se da importancia en la vida de ella careciendo,—suele suceder que el corazon apasionado concluya por dominar al que no lo está,—que la amante eleve al seductor hasta su nivel, y que de una manera insensible destruya su superioridad y le haga siervo de su propia ligereza, más por los escrúpulos que la preocupacion social suscitaria en un espíritu, de suyo escéptico en otro género de lances, que por el amor de la carne, la diversion de los sentidos ó la fiebre del placer. Aun en los caracteres cínicos nótase el fenómeno de una sensacion dolorosa ante la fuerza del reproche,—si bien provenga con frecuencia de otros más dignos de él,—lo mismo que puede producirla el escalpelo al penetrar en un órgano lesionado. Y es porque hay algo parecido á una violencia moral en el cariño que no se retribuye, el que cuando no logra atar con cadenas de oro, tiene en su apoyo las mismas preocupaciones y temores del que lo ha provocado.

Zelmar recordaba aquellas palabras de Gabriel Roquetti, de tan clara verdad, en sus cartas á Sofia:—Cuando una mujer se entrega por completo á un amante, debe haber conocido bien al hombre que su amor le ofrecia. El don de su aprecio y su confianza han precedido necesariamente al de su corazon.

Ya es mucho que la mujer penetre en las recámaras y circunvalaciones del pensamiento del hombre á quien se prodiga, y vaya allí mismo á sorprender los planes del futuro y las infidencias del presente, armada de esa pasion celosa y vigilante que todo atisba y nada perdona, en obsequio á su natural egoismo.

En estos y otros pensamientos semejantes, iba absorto, cuando vino á apartarle de ellos un incidente pasajero.

El coche, que habia rodado por la calle de Andes, detúvose de pronto al llegar á la del 18 de Julio, para dar paso á un elegante cupé que conducia á una dama. El encuentro fué inesperado y de sensacion.

Zelmar se apresuró á asomar la cabeza, descubriéndose con respetuoso afecto.

En seguida pensó:

Viene de misa. ¿Adónde irá?

La dama, que era Areba Linares, al contestar aquel saludo con una sonrisa graciosa, concluyendo de ajustarse un guante, reiteró alguna orden á su cochero.

Mientras el carruaje de Zelmar seguia su marcha al centro,—el cupé continuó hácia el este por los rieles de la ferrovia, cruzó por delante del cementerio inglés, y cambió en Médanos de rumbo. A breve trayecto por esta calle, prosiguió velozmente por la de Estanzuela, en direccion á la quinta de Orfila de Nerva.

Los sitios que el cupé recorria han sufrido transformaciones notables de algunos años atrás,—especialmente los comprendidos en la zona ribereña, hasta el Buceo.

Estos lugares, que conoció Azara, y que alumbraron los vivacs de las tropas británicas, despues de gloriosos combates, eran á principios del siglo terrenos agrestes é incultos, de pintorescas colinas, cubiertos de médanos y matorrales sombríos, en los que apénas se alzaban, bajo tiro de cañon de la ciudadela, algunos edificios dispersos de irregulares proporciones. De una parte hácia el levante, casas aisladas, la escuela práctica, el horno de Viana y el matadero de Sierra; hácia el mediodia el cuartel de Blandengues y corrales de Silva, y más al este los de Martínez y de Perez, y el cuartel de los Indios, con una que otra poblacion solitaria de pesada arquitectura, en sus cercanias.

El tiempo ha pasado su mano sobre esas construcciones de una sociedad vieja, dejando apenas en pié, como vestigio melancólico, alguna obra ruinosa de aspecto conventual, con sus palomares de antaño, sus corredores húmedos y oscuros, sus enrejados de presidio, sus paredes de caserna de una solidez extraordinaria, y sus chimeneas rectas y macizas, por donde parece aún escaparse el humo de las veladas coloniales.

Bajo la acción del progreso y del cambio que corrige ideas y costumbres, el panorama ofrece hoy muy diversas perspectivas, y paisajes deliciosos. Han desaparecido con los lugares desiertos esos edificios negros y tristes, diseminados en las alturas, á manera de centinelas de piedra de la tradición, vigilantes y fieles á la consigna, hasta caer á fragmentos bajo el pico del obrero. El gas alumbró los antiguos matorrales convertidos en paseos; el riel de acero trepa las colinas y se desliza por las pendientes; blancas y alegres moradas se elevan en la espesura de vegetaciones lujuriosas, con toda la belleza y gallardía del arte; fábricas y escuelas se levantan junto á las capillas y monasterios de moderna arquitectura, como iridicando que hay una actividad febril y creadora capaz de controlar y de absorber las fuerzas que la preocupación ó la inercia desvían y esterilizan por el momento; el buen gusto se ha difundido con la vida reglada, y ha impreso su sello en las casas de campo, jardines, avenidas, sitios de recreo—formando vías de comunicación fácil y estrecha con la ciudad antigua, cuya traza incorrecta y tortuosa, contrasta singularmente con el plano topográfico de una parte de la nueva, y cuyas escasas condiciones higiénicas impulsan á las familias de regular fortuna á buscar más puro ambiente en los suburbios en la temporada ardorosa del estío.

La casa-quinta de la señora Orfila de Nerva, como la que habitaba Raul, reunían en su conjunto sencillo y elegante, todos los encantos y alicientes propios para una temporada estival, cerca de la costa, y perpétuamente acariciadas por la brisa marina. El retiro era allí solitario, agradable y tranquilo; verdaderas mansiones campestres, sin el bullicio ensordecedor de la ciudad, y sin la soledad tristísima del desierto.

Como de costumbre, hallábase Brenda de pié desde muy temprano esa mañana.

Recorria la quinta con un gajo de nardo lleno de flores en la mano, y un sombrero de pajilla de anchas alas, suspendido del brazo con una cinta de moaré, cuando le anunciaron la visita de su amiga.

Corrió en el acto á su encuentro con el rostro radiante de placer. Era para ella muy grata la presencia de Areba, á quien la ligaba esa dulce é interesante amistad que tanto embellece y tiñe de brillantes colores las horas de la mujer, poniendo de relieve sus sentimientos tiernos y acendrados, mientras la sombra de pasiones absorbentes no empaña el cristal de sus purezas, ó marchita la edad la fé del corazón.

Prodigáronse caricias, y muchos de esos besos armoniosos que las mujeres lindas se dan en los labios, sin reserva, y con naturalidad encantadora.

—Vengo á pasar contigo el día,—dijo Areba. ¿Me aceptas?

—Debiera decirte que nó, para que no te se ocurran esas cosas. Sabes cuánto gozo con tu presencia, y qué agradables momentos nos proporcionas. Verás qué contento el de mi madre, que no te esperaba hoy ciertamente.

—Me agradan las sorpresas: ¿sigue bien?

Brenda hizo un gesto de disgusto.

—Se ha restablecido de sus últimos quebrantos,—contestó luego, con acento en que se traslucía alguna pena;—pero ha quedado bastante débil y abatida...

—Eso es natural al salir de una dolencia, y no veo motivo de alarma.—Tú estas bien siempre, querida amiga: ¡cada día más bella!

Brenda se puso encendida, y sonrióse.

—¿Será porque te regale esta flor, Areba? La pondré en tu seno, y verás cómo aparece ménos linda que tu rostro.

Y arrancando del gajo un nardo lleno de aroma y de frescura, lo colocó en el pecho de su amiga, poniéndose delante de ella, y buscando con los suyos los bermejos labios de aquella hermosura altiva, que solo parecia enternecerse al suave halago de una amistad profundamente sincera y delicada.

—¡Aduladora! nada me dejas que decirte,—repuso Areba con voz blanda y cariñosa, levantándose el velo blanco que

cubria sus ojos de grandes y profundas pupilas, para fijarlos mejor en el célico semblante de Brenda.

Luego puso sus manos en los hombros de la jóven, y agregó con un suspiro:

—Hoy tocarás el piano, y yo cantaré, ¿te parece bien? Escogeremos la música de Schubert y de Weber, que tanto te gusta, y que impresiona á tu noble protectora: esa música que nunca envejece y que subyuga siempre...

—¡Oh, sí! la eleccion no puede ser más acertada, y ella prueba tu buen gusto. ¡Qué hermosos momentos vamos á pasar! Recorreremos el jardin y toda la quinta, la choza de Zambique, el estanque, la huerta; y despues iremos á la costa para conversar con los pescadores, y recoger conchillas y piedrecitas de colores en la playa...

—No tendré tal vez tiempo para tanto, mi amada Brenda; pero algunas de mis horas te pertenecen. Hablaremos de tí, de tus sueños, de tus esperanzas, de tus dichas...

—Y tú me narrarás con más reposo que la última vez el episodio del paso del Molino, en que tan expuesta estuvo tu vida, y del que aun se habla como de un tema preferente.

—¿Por qué no?—dijo Areba, tratando de disimular una emocion. No olvidaré el menor detalle de aquellos que haya podido dominar con mi vista, y que conserva fielmente mi memoria. ¡Bien hiciste en no acompañarme aquel dia!

Bien... ¿dije?

Y Areba quedó un instante en suspenso.

Pero, muy pronto añadió entre risas armoniosas:

—La pobre Julieta hubo de ser tambien víctima de aquel suceso: no puedes imaginarte cuánto sufrió en los momentos críticos; y aun, mucho despues, parecia que le habian puesto apagadores en la voz... ¡Pero luego conversaremos de esto! Llévame ahora adonde está la buena anciana, que ansío verla.

—¡Vamos allá!

Y las jóvenes, cogidas del brazo, atravesaron con rapidez el espacio que las separaba del vestíbulo, enlosado primorosamente, penetrando en seguida en un gran patio rodeado de corredores, sostenidos por finas columnas estucadas, como las paredes. Cubrian el suelo, en caprichosas formas, gran número de plantas de mérito, circuidas de boj; en el centro una fuente con basamento de mármol estriado despedia dos

chorros de agua, á los dos flancos; y trepaban las madre-selvas y enredaderas de coral por las columnas, en pintoresca confusion con otras de florecillas azules y encarnadas. Un gran globo de vidrio color violeta, pendia de la airosa arcada del medio, y á los lados dos canastillos caprichosos, figurando largos nidos de colibríes, llenos de claveles del aire.

Oíase canto de canarios, prisioneros en preciosas jaulas de formas chinescas que colgaban de los arcos, rozándose con el follaje terso y verde de los naranjos; y uníanse á sus gorjeos seductores las notas de barítono de un cardenal blanco con penacho rojo, que hinchaba su garganta, firme en un palillo, allá en el extremo opuesto, como escuchándose ufano y satisfecho, á pesar de los trinos melódicos que encantaban el espacio.

—¡Cuántos como ese pupulan por ahí! exclamó Areba, que no pudo ménos de fijar su atencion en la petulancia del cantor mediocre.

—¿Has visto?—dijo Brenda, riendo con alborozo. Es lo más engreido; pero se ha hecho querer, y hay que dispensarle los mimos.

Las plantas en su colocacion, formaban un exágono regular, con senderos de arena y conchilla. Uno de estos partia del extremo del zaguan, en línea recta, y terminaba al pié de la arcada opuesta, en cuyo fondo una gran puerta daba salida á la quinta. Dos de los arcos de las galerias, situado el uno frente á la sala de recibo, y el otro al comedor, aparecian cubiertos en parte, y sustentaban en série de lozanas y verdes coronas, multitud de guias de plantas trepadoras, cuajadas de flores, en cuyo seno se veian dos lámparas con bombas de cristal, color rosa y celeste.

Pasadas eran ya las siete de la mañana, cuando las dos jóvenes, con infantiles demostraciones de dulce regocijo, entraban en el dormitorio de la señora de Nerva, cuyo sueño habia concluido.

Fué como una entrada triunfal, que llenó de júbilo á la anciana; y por largos momentos la asediaron aquellas dos primavera, hablándole de todo, y comunicándole en cierta manera, con sus parloteos y alegrías, algo de ese entusiasmo de juventud que remueve fibras ya insensibles en los últimos lustros de la existencia.

IX

PRIMEROS CELAJES

La señora Orfila de Nerva, viuda de un hombre distinguido, vióse á la muerte de su esposo sin familia y poseedora de una importante fortuna. Aunque retirada desde entónces de los círculos sociales en que habia sido objeto de merecidas simpatias, conservaba sin embargo el grado de consideracion que se conquista una mujer de virtudes, reapareciendo en aquellos de vez en cuando para recibir las mismas elocuentes pruebas de aprecio. Si bien esto era un consuelo á su soledad, lo fué más la compañía de Brenda, en quien concentró sus mayores afectos. Habia vinculado al principio á su existencia á la niña huérfana, inspirada por sentimientos de piadosa filantropia y como un tributo á la memoria del padre, de quien su esposo recibiera nobilísimos servicios, propios de una amistad leal y sincera; pero, á medida que avanzó el tiempo, lo que solo habia sido objeto de un acto de conciencia, convirtióse en verdadera pasion. Un cariño acendrado reemplazó al vacio del aislamiento. El generoso corazon de la anciana pudo compensarse sin esfuerzo de las horas amargas de pasados duelos: Brenda reunia todas las preciosas calidades de esas almas, tanto más elevadas y austeras, cuanto han conseguido salir ilesas del seno del dolor y la desgracia, en pos de una lucha tenaz y ruda. ¡Raro ejemplo! Pero no es solo el brillante el que soporta la prueba del fuego; hay joyas de carne de mayor valia que la tentacion acosa y rodea en medio de la miseria y de la noche, sin lograr que su virtud flaquee ó empalidezca su brillo. Han nacido como la perla solitaria, y en su crecimiento noble se mantienen ocultas y adheridas, en el interior de su alcázar de nácar, donde resisten el olage de las pasiones y la presion fatal de

fuerzas ciegas, para lucir más tarde puras y hermosas en las guirnaldas del amor y de la dicha. Brenda pertenecía á esas naturalezas exquisitas y delicadas, cuya sensibilidad profunda ofrece á la vejez doliente, la lumbre y el calor vital que amengua el frío de sus años. Su cariño entibiaba y removía las fibras como un aliento de primavera: habia adquirido el hábito de amar más en la hora del rigor de la suerte, que en los días plácidos y serenos, y nunca se habia preocupado de sí, sin pensar á la vez en el deber de conservar entero el culto á su noble protectora. ¡No conocia todavía ningun drama íntimo de conflicto de deberes! Era amada con pasión entrañable. Orfila de Nerva habia sabido concéntrar en su corazón recogido y envuelto entre los pliegues del recuerdo, el caudal de ternuras no prodigadas por sino de la suerte, y que ella debia gozar más tarde sin reservas. Por esto mismo sin duda en el exceso de su cariño y creyendo reinar sin control en aquella alma joven é ingénua, la anciana se proponia la felicidad de su pupila sobre la base de una obediencia respetuosa que Brenda no desmintió en sus días tranquilos. Pensaba no proceder con egoismo, de esta manera. Una niña honesta, segun las reglas de las antiguas costumbres y de la educacion de otras épocas, tenia asignada en los proyectos de la potestad doméstica la eleccion casi irrevocable de su destino. Lógica inflexible la de aquel corazón viejo, y en el fondo tiernísimo; no recordaba quizás que tambien tuvo pasiones vehementes y espontáneas; y por eso, hablando más en ella la dura práctica del tiempo, parecia dispuesta á reñir los ideales juveniles, á burlarse mansamente del ensueño y hacer gesto desdeñoso á la ilusion dorada. Algo de positivismo frío y severo se mezclaba al cariño inefable, el último tal vez que le hacia grata la vida; y al prodigarlo sin reserva, le agregaba un poco del criterio suspicaz del desengaño de que hiciera en el mundo abundante cosecha. Imaginábase así que podia indicar la fórmula de la ventura posible y evitar á la joven las asperezas y dificultades del problema, sin tener presente que toda naturaleza vírgen debe á la prueba del dolor su tributo, aunque fuere dejando la mayor parte de sus bellos ideales á lo largo del camino. ¡Cuán difícil, sin embargo, podria ser una tran-

sición suave de la actual dicha apacible á una felicidad futura, sin pesares, sin obstáculos, sin fantasías peligrosas!

Brenda habia sido instruida y educada con esmero. La solicitud de su protectora siguió siendo extrema á este respecto. Inteligente, juiciosa y contraída, la jóven pudo alcanzar ese grado de instruccion que no seria impropio calificar de sólida y eficiente, dados los horizontes que por lo comun se asignan al desarrollo intelectual de la mujer en otras partes, y que hánse ensanchado en Montevideo hasta el punto de ofrecer una carrera honrosa al sexo débil. La Sra. de Nerva no la proporcionó sinó en parte esta educacion que ella traia ya de su primer hogar; pero en cambio, al completarla, adunó á sus beneficios la de los sentimientos morales y estéticos. Brenda cultivó la música y la pintura, inclinándose más á aquella que parecia guardar mejor armonia con su espíritu.

El mágico arte constituyó uno de sus placeres predilectos, á la vez que el grato solaz de la anciana. Cuando acompañaba á Areba en el piano, y se confundian en deliciosa conjuncion formando un solo idioma indefinible los sonidos de las teclas, bajo dulce ó vigorosa pulsacion, y las notas arrebatadoras del cantó entonado con una voz fresca, llena y melodiosa de soprano,—la señora de Nerva caia en embeleso como si los écos de aquel lirismo seductor esparcieran en la atmósfera miles de átomos impalpables del recuerdo. Recien entónces surgian en su memoria pálidos y tristes, los muertos ideales de juventud.

De las predilecciones de Brenda, nada se sabia; pero era notorio que la señora de Nerva consideraba digno y ventajoso su enlace con el Dr. Lastener de Sélis, que habia logrado de tiempo atrás cierto ascendiente en su espíritu, en su calidad de médico de cabecera, y de antiguo amigo.

No se ignoraba tampoco que Brenda habia respondido á las reiteradas insinuaciones, con estas simples palabras:

—Sabes que soy dichosa: ¿por qué quieres arrancarme de tu lado? Tiempo hay de pensar en lo otro, cuya necesidad no siento, y cuyos desconocidos goces no cambiaria por los actuales.

Y el tiempo habia pasado sin que la jóven se manifestase abiertamente, y sin que la señora de Nerva, por su parte, insistiera en sus maternas exhortaciones. No era dudoso.

sin embargo, que en la época á que nos referimos se hubiesen renovado con alguna exigencia: Brenda tenia sus momentos de melancólica tristeza y soledad, como si algo de grave y solemne inclinara su espíritu á la meditación.

¿Qué de extraño,—recordando los beneficios pasados, y reconocida al favor del presente,—que la jóven sostuviera una lucha quizás superior á sus fuerzas entre los designios formales de su protectora, y los secretos impulsos de su propio corazón?

Esto era posible; como posible es que de causas en apariencia ínfimas y pequeñas, cuando no desconocidas, nazca el infortunio, sobrevenga el drama y se perturbe la paz de la familia.

De una existencia cómoda, la jóven, todavía niña, habia pasado á la orfandad y al aislamiento; y de esta amarga situacion, á una vida de opulencia en que un amor extraño, pero sincero y profundo, reemplazaba bien los halagos del primer hogar. En este último período era que habia fijado recién sus ojos en el mundo, que le ofrecia sin número de encantos y misteriosos deleites, y comprendido que su deuda de corazón solo podia ser cubierta por excesos de ternura y de respeto. Explicábase, pues, la tribulacion de su espíritu, que ella ahogaba en la más discreta reserva, y en un absoluto silencio.

En la mañana de que hablamos, en instantes en que Brenda no se hallaba presente, la señora de Nerva dirigiéndose á Areba, díjole en tono de afectuosa confianza.

—Bien sé que V. anhela como yo la felicidad de mi pupila, y no ignora que ella aun se muestra irresoluta. Conoce V. mis propósitos, á cuya realizacion nada se opone, y en los que á mi juicio se funda el futuro bienestar de Brenda. Esta dolencia que me aqueja y no me abandona, me hace pensar seriamente en esas cosas, y cuento para el éxito con la excelente intervencion de V. Ella es dócil y accesible, y su amistad mucho puede.—Sueño con esta criatura, Areba; es mi único afán, mi sola preocupacion y mi último cariño. Sus escrúpulos de niña serán disipados fácilmente al menor esfuerzo de su parte, y espero de usted tan señalada bondad.

Areba escuchaba entre atenta y pensativa, pasando entre sus dedos la borlilla del abanico,

Pareció animarse, cuando la anciana aproximándose bien á ella, añadió en voz muy baja, como temiendo ser oída:

—He notado que algo de nuevo pasa por el ánimo de Brenda, y mucho me aflige que no sea eso efecto exclusivo de mis cariñosos consejos. ¡Quizás yo me engañe, y dichosa sería! Pero algunas cosas han pasado que me tienen inquieta, y tiemblo á la idea de un amor...

Interrumpióse, y se volvió con presteza para cerciorarse de que estaban solas, con el índice en los labios, y el gesto especial de quien titubea en revelar un secreto.

Brilló la mirada de Areba, que murmuró solícita é impaciente:

—De un amor, decía V....

—Sí: ¡de un amor imposible!

—Es grave.

—Lo considero así, y por eso me apresuro á prevenir las ocurrencias. ¿Puedo contar con el prestigio de su afecto?

En ese momento apareció Brenda en el umbral, abriendo y cerrando un quitasol de raso celeste.

—Ya estoy pronta, querida amiga,—exclamó con alborozo,—para una gira por la quinta. Andaremos entre los árboles, mientras el sol no queme; de aquí hasta la choza de Zambique, y de allí el regreso: ahí tienes mi itinerario. ¿Verdad que es bastante, madre, para lo que resta de la mañana?

—Así es,—contestó la anciana sonriendo;—pero tengan cuidado con la cachimba, y no se aproximen demasiado al estanque grande del fondo...

—Iremos con juicio,—dijo Areba levantándose, y arreglando ligeramente su tocado. Está tan puro el aire de la mañana que invita de veras al ejercicio.

La Sra. de Nerva las acompañó hasta la arcada, é hizo allí una seña expresiva á Areba, al dejarlas.

Las jóvenes se internaron en la quinta, por una calle de árboles frutales, hojosos y sombríos.

—¿Son agradables las vistas vecinas?—preguntó Areba con aire distraído. Nada me has dicho sobre el particular, y este es un detalle muy importante para la que como tú pasa todo el verano en el campo.

—Todas las vistas son muy bellas,—respondió Brenda

cuyo semblante se tiñó de un fugaz carmin;—y difícilmente podría indicarte preferencias. Aparte de las colinas y médanos que se extienden más allá del estanque, que se encuentra al fondo, todos los alrededores están llenos de quintas y chacras muy bien cultivadas. Despues, la costa, que es tan pintoresca.—¿No te gustan las olas, y el aire de la playa?

—Sí—repuso Areba meditabunda;—todo eso me halaga por momentos. La naturaleza es como una persona á quien hemos visto desde muy niños, y que se conserva á nuestros ojos casi inalterable con singular^oartificio, á pesar del tiempo que ha destruido nuestras ilusiones, sin convertir en calva su cabeza, ni en caverna su boca. Esta especie de Fausto se hace monótono, á semejanza del solteron empedernido cuyas gracias pasan de moda; y es preciso refugiarse en la soledad, con nuestras tristezas profundas, para encontrar algo de nuevo en el cuadro de todos los dias, y en los contrastes de todas las horas. En medio de la alegría, ó por lo ménos de las satisfacciones naturales que nos rodean, en sociedad ó en familia, el espíritu se preocupa más de lo que le afecta de cerca y ha de constituir su contentamiento más duradero; así acaece que se busque en lo real lo que resalta y proviene del refinamiento de gusto, y puede identificarse con nuestro sér... Díme.

¿No te se ha ocurrido cosa semejante, al pensar en un hombre, que es encarnacion y no sombra, que has visto, que has hablado, cuya mano has estrechado tal vez, sin notar en ella el hielo del mármol, sino el dulce calor de la sangre que comunica otra vida á las venas, y despierta emociones desconocidas hasta entónces?

Al decir esto, la jóven fijó en su amiga una mirada penetrante y extraña, que produjo en ésta alguna turbacion.

—Parece que hubieras amado mucho, Areba,—respondió Brenda estrechándole la cintura con su brazo con fuerza nerviosa, miéntras hacia girar en el aire con el izquierdo la sombrilla.

—Sabes que me consideran indiferente, ó por lo ménos demasiado vanidosa, para entregar sin lucha mi corazon. Las grandes comodidades que me rodean, no bastan á desviar la sospecha indigna de que uso balanza en amores que aun no he sentido, pero que me han atribuido siempre, preten-

diéndose haber sondeado mis sentimientos íntimos; y pienso á veces que se desea que yo represente el papel que se me asigna, y que mucho temo concluya por agradarme.—Pero no se trata ahora de esas cosas. Hablemos de tí, pues á ello consagro estos instantes. No has contestado todavía á mi pregunta.

Guardó Brenda un breve silencio, y luego dijo con acento tembloroso:

—Allí cerca del seto hay un banco de piedra, cubierto ahora por la sombra de altos naranjos. Si quieres nos sentaremos en él, y conversaremos sin fatiga, antes de ir á la choza. Lo único que puede molestarnos es la marímbula de Zambique, pero tal vez no esté hoy tan filarmónico.

—¿Qué es eso?

—El instrumento músico del viejo negro, que tú no sabes es casi todo su idioma, pues él habla poco ó casi nada, hasta el punto de entenderle nosotras solas.

—Bien, iremos al banco de piedra.

¡Qué hermosos árboles! Se siente uno con placer aquí.

El seto adonde vamos, ¿mira hácia el mar?

—Sí... pero hay otra quinta por medio, que sin embargo no priva por completo de la vista.

—¡Ah! Y ¿qué familia ocupa esa quinta?

—Familia... ninguna. Parece ser un hombre solo.

—¿Jóven?

—Sí.

—¡Qué vida solitaria!

Debe pasar horas muy melancólicas ese jóven, querida amiga, aun cuando el romanticismo le absorba.

—Tal vez...

Sonrojóse Brenda al pronunciar esta frase.

Una leve sonrisa entreabrió los labios de su amiga, quien mudando de tono, se apresuró á decir alegremente:

—Desde aquí veo una parte del seto, y algunos pitacos gigantescos que mucho me agradan porque reunen colibríes en sus flores amarillas. ¡Lleguemos cuanto antes!

Precipitaron ambas el paso, y en pocos momentos estuvieron junto al sitial de piedra; pero apenas acababan de sentarse, cuando resonó á cierta distancia una detonacion,

seguida de un silbido suave y de un ruidoso aleteo, como de ave de vuelo tardo y pesado.

Segundos despues, una hermosa perdiñ salvaba el seto con las alas tendidas, que arrolló bien presto, para caer verticalmente sobre el musgo delante de las jóvenes, destilando sangre por el pico. .

Recogióla Brenda, en el acto, y pasó con cariño su mano por el sedoso plumaje, levantando la vista hácia el seto, trémula y afligida.

—¡Pobrecilla!—prorumpió Areba con su aire abstraído. ¡La han herido en la entraña!

X

LOS ESTEROS DE CARRASCO

A algunos kilómetros de Montevideo, hácia el oriente, los campos presentan una sucesion de oteros más ó ménos elevados, que domina el brazo del agrónomo. El cultivo de la costra arable, á todos rumbos, ha reemplazado la dehesa de pastoreo; las pacíficas vacas lecheras al ganado arisco; y regadas vegas, caserios y villorios, á las antiguas propiedades de riqueza pecuaria. La semilla y el grano, la verde gramínea y la espiga dorada, germinan, brotan y se elevan donde antes crecían el trébol, la gramilla y el árido cardo de penachos azules; surgiendo á la vez con la agricultura que todo lo suaviza,—empezando por la dura costra que reposa sobre el limon pampeano,—las pequeñas industrias productivas, que atraen nuevos agentes, y útiles más perfectos á la labor fecunda.

En los contornos de los esteros de Carrasco, nótese ese aspecto risueño de vida y de trabajo. Estos sitios fueron en otros años los predilectos de los buenos cazadores, y por entónces, los perdigueros levantaban fácilmente de los altos

pastizales excelentes piezas de caza menor y poblaban las ciénagas numerosas becasinas. Pero, en la época á que nos referimos, el monte no presentaba sino anchas brechas; y el álveo del arroyo no escondía sus ondulaciones de culebra entre el doble feston de producción arbórea, que el hacha del leñador ha ido talando lentamente.

Solían sin embargo, bajar allí retozando los patos silvestres, y otras aves, codiciadas siempre por su hermoso plumage. Esta circunstancia estimuló á Raul á trasladarse al sitio, antes de apuntar el alba de aquel día.

Era la caza una de sus pasiones favoritas, y hacia periódicamente excursiones lejanas, en busca de campos abundantes en perdices y piezas mayores.

Esta vez había limitado hasta allí su paseo, y escogido la parte ménos frecuentada de la orilla,—parajes que visitarán poco los numerosos cazadores que usaban todavía las viejas armas de baqueta y piston, el cuerno de la pólvora gruesa y el largo municionero de resorte y piel de cabra, señalando su trayecto con un reguero de humeantes tacos sobre las secas yerbas. Como su objeto no era, á semejanza de muchos de estos aficionados, *cazar con perdigones de plata* se esforzó en recorrer los sitios más solitarios á la par que pantanosos, propicios á las aves, cubiertos de juncos ó de nutridas masiegas.

No se explicaba él, bien claro, el motivo de haber limitado hasta aquellos esteros su excursión; pero la verdad es que temía alejarse demasiado del lugar de su residencia, que ofrecíale encantos mayores, y oportunidad quizás al regreso de pasear sus vistas por los vecinos jardines.

En tales lugares sorprendióle la aurora; una aurora de estío, fulgurante, tibia y serena, con rubecillas de coral sobre un fónido de zafir.

Habíase sentado al pié de unos talas, al acecho de los patos que pasaban de vez en cuando, en parejas ó en grupos sobre el arroyo, con las alas arqueadas, en engañosa actitud de descender, lanzando roncas notas; al dirigir el movable cuello á uno y otro ribazo, con manifiesta inquietud.

En vuelo lento y majestuoso, que contrastaba con la rapidez de estos palmípedos, solía venir entre ellos, alguna

cigüeña blanca de manchas negras, y dentado pico; ó algun fenicóptero de alas color de fuego y pecho albo-rosa, flotando en el espacio como suspendidas por el aire, á manera de enormes pandorgas teñidas de brillantes colores.

Agitábase todo en derredor, cual si al aparecer la aurora, una onda prodigiosa de vida se hubiese desprendido del horizonte, bañando los paisajes en oxígeno y luz nueva. Era un despertar risueño y seductor, con cuadros llenos de variedad é interés.

En un árbol partido por su cúspide, en forma de cilindro oblicuo, y provisto aun de algunas ramas de escasas hojas, veíanse dos nidos de lodo, á poca distancia el uno del otro; moradas ingeniosas que los pequeños arquitectos-consolidan con cerdas y hebras vegetales, con un tabique que resguarda los huevos de la hembra, y separa los compartimentos destinados al sueño de los esposos.

Las puertas de estas viviendas singulares, rara vez miran al oriente; ya se fabriquen sobre las ruinas, ó en el extremo de los troncos verticales, ó en la orqueta del sauce melancólico, ó en el robusto brazo del pitaco adornado de ramilletes dorados,—tan parecidos á charreteras flamantes sobre un paño verde-oscuro.

—¿Temen acaso los horneros rojos la lluvia de rayos de fuego, durante las primeras horas del día? Hacíase Raul con interés esta pregunta, sin encontrarle respuesta satisfactoria, mientras salian en doble pareja los horneros, y se colocaban sobre el cieno endurecido para saludar de consuno la mañana, con esos agudos cantos que tan bien remedan irónicas y nerviosas carcajadas en una noche de orgia.

Algo más léjos, y sin preocuparse de aquel concierto bullicioso, otra ave cogida con sus largas uñas á la corteza, en posicion vertical, con las alas flojas y la cola abierta en forma de tijera, horadaba con su duro pico el tronco de un sauce,—ejemplar hermoso, imágen del poeta triste, que deslizaba las guedejas de su verde cabellera hasta la superficie tranquila del agua, en lánguido desmayo. El ave buscaba el corazón del árbol, para bifurcar luego el camino hácia abajo, y construir allí su nido, como un perito hábil que mide exactamente un ángulo recto; curioso detalle que hizo sonreír al jóven, pen-

sando que de todos los séres alados, fuera éste quizás el único que no empleara la curva.

Ocurria en tanto, una escena pintoresca en un grupo de árboles, que formaban isleta, sobre la ribera.

Dos ó tres criaturas descalzas, traviesas y madrugadoras como las aves, que habian salido poco antes de un cobertizo próximo, con las rodillas á la vista, las greñas secas y enmarañadas sobre las sienes, el codo al aire, la blusa prendida con un boton encima de la carne, y el semblante lleno de polvo, pero alegres y robustos, se entretenian en coger pichones de loros, prendidos á las ramas de los espinillos; en cuya operacion se servian de largos gajos provistos en las extremidades de un pequeño escobillon de lana, recogida en los zarzales, que introducian con la mayor algazara en los nidos colgantes y guarnecidos de punzas y espinas. Los loros se aferraban con sus largas garras al escobillon, y salian entre rabiosos chillidos, atrayendo á los grandes, que revoloteaban coléricos á poca altura, en movible banda de esmeralda de preciosos y metálicos reflejos.

Muy cerca de allí otro de los niños daba fuego con un yesquero á un haz de ramas secas, colocado debajo de un *camuatí*, á fin de espantar las avispas, y atraparse los panales.

El humo que subia en gruesas volutas, llegó á las narices de algunos loros, que vinieron á estornudar ruidosamente cerca del cazador, en el viejo tronco de los horneros.

La violacion del domicilio produjo una protesta airada, que fué desoida; y con este motivo, trabóse la lucha á pico y garra sobre los nidos: intervino en ella el carpintero creyéndose agredido ó por el solo prurito de bregar, dejando algunas plumas en el combate; y quedaron por el momento victoriosos los monos emplumados, concluyendo en paz sus interrumpidos estornudos. Mas, á poco volvieron los horneros con refuerzo, animóse el carpintero magullado, y recomenzó la lucha encarnizada, formándose en el aire un grupo compacto, en pintoresco entrevero de plumajes y colores,—cuando un guijarro diestramente lanzado de la honda por uno de los pequeños vagabundos derribó maltrechos varios de los combatientes, dando fin á la batalla.

Raul, que se habia puesto de pié, apoyado en el cañon de

su rica escopeta de fábrica inglesa, no pudo ménos de murmurar filosóficamente.

—¡Tan graves imprudencias, y tanta catástrofe, por tan pequeñas causas!

Y tendió una mirada á lo largo del ribazo, en busca de algo más interesante para él. Fuera de algun cauno charvaria que vagaba pesadamente, hundiendo en el lodo sus piernas encarnadas, huesosas y torcidas,—ninguna pieza de caza se veía entre las plantas acuáticas,—donde retozaban las gallaretas negras en amena conversacion, como buenas comadreras de los lugares bajos á quienes nunca falta asunto que tratar en asamblea.

Percibíase en la orilla opuesta, una garza blanca que parecía espuma de leche, firme sobre una de las zancas, y la que, satisfecha ya sin duda, ocultaba el cuello entre las dos alas—para volverlo á estirar de vez en cuando, y formar una curva de alabastro, al hundir su afilado pico amarillo en el plumage, y poner en fuga los avisugos.

Hacíale compañía una espátula elegante, de rosada vestidura, que á su vez sumergía en el cieno su verdoso pico de cuchara, agitada y nerviosa sin dejar de dirigir á cada momento sus ojos coralinos á la sospechosa vecindad.

En complemento del paisaje, multitud de avecillas oscuras y humildes, con bullicioso contento, picoteaban los insectos aglomerados sobre los hongos que nacen y crecen en los troncos caidos, esponjosas excrecencias que viven de lo que resta de sávia ó jugo, comparables en su tenaz adherencia, á la calumnia que se ceba sobre los mismos despojos.

Se elevaba el sol en el horizonte entre rojizos velos, empeaban á zumbar sordamente el tábano y el estro; y los ictinos voraces, brotando en legiones de los sitios blandos y húmedos, se detenían delante de las dulces flores agrestes; trémulas las alas—color del hielo de los pantanos.—El aire se hacia denso; y ya era hora de regresar.

Ante la hermosa túnica de ilusion de la espátula,—¿ falta de piezas nobles,—Raul se sintió con deseos de satisfacer los instintos de cazador, y por dos veces levantó el arma con móvil siniestro.

Pero, de improviso, una bandada de patos picazos se abatió tumultuosamente en el agua en compacto regimiento:

algunos humedecieron apenas las puntas de las plumas, apercibidos del peligro, y levantáronse los otros en línea vertical, graznando con pavor.

La evolucion fué tardia, porque el cazador se habia echado ya la escopeta á la cara. Resonaron dos descargas con breve intervalo,—dirigida la una á la superficie del arroyo, y la otra al vuelo,—quedando numerosas víctimas removiéndose temblorosas en las aguas, teñidas de granate.

Todavía, al revolverse en las alturas, veloces y azorados, sin tino ni rumbo, dos de los palmípedos que llevaban granos de plomo en las entrañas, doblaron de súbito la cabeza hácia bajo, como tirados de un lazo de acero, cayendo en línea recta con sordo golpe sobre el campo. ¡En esta caída especial, el pato tiene muchos imitadores!

Raul extrajo las cápsulas, y volvióse, al concluir de colocar nuevos cartuchos en las recámaras de su escopeta.

A pocos pasos de él, con los dos patos en la mano, encontrábase uno de aquellos diablillos que habian librado batalla con los loros y avispones, y que acababa de acudir presuroso al ruido de los disparos.

—Gracias,—dijo Raul—cogiendo las piezas que le alargaba el oficioso recién venido, y colocándolas en su saco de caza. ¿Cómo te llamas?

—Roberto me llamo, para servir á V.

—De ello ya tengo prueba. ¿Sabes nadar?

—Un poco.

Ese es un remanso, y hay hondura.

Dijo esto Roberto con un mohín expresivo que indicaba no serle desconocido el arte, acercándose al ribazo, donde se detuvo, rascándose con el dedo mayor de un pié el tarso del otro, y con la diestra la mollera.

Sonrióse Raul, mirando con fijeza el semblante abierto y despejado del pequeño sagaz, y añadió:

—Medio real cuesta cada pato, y allí hay ocho.

—¡No es por interés, señor! ¡Aquí hubo de irse al fondo uno no hace mucho! Pero voy á probar. Los patos son diez...

Y así hablando, tiró de la blusa y del calzon deshilachado, en un momento; dió un salto hasta el borde del arroyo, humedeció dos de sus dedos—con los que se hizo en la cara la señal de la cruz,—echóse en el pecho un poco de agua y se

arrojó de cabeza, escurriéndose bajo la superficie como un pejerrey,—en balance flexible y gracioso,—hasta asomar sus mojadadas renegridas greñas por entre las anchas hojas de un camalote. Pronto entró al remanso, y minutos despues, él y las piezas estaban en la orilla.

Raul cumplió la promesa con usura.

—Tus medios reales han ganado interés, simpático Roberto,—le dijo;—pues has tenido que perseguir hasta entre dos aguas á los heridos. Aquí tienes el premio.

Roberto, que se habia escurrido á dos manos el cabello, y puéstose las ropas con la misma facilidad con que se desvistiera,—recogió el dinero sin escrúpulo.

Luego, repuso con la mayor ingenuidad:

—Para que vea V. Suelo deslizarme así, entre dos ~~señ~~nas sin encontrarme con un vinten.—Hoy es distinto. ¡Había habido hueva en el remanso!

Rióse Raul de la ocurrencia, echóse la escopeta al hombro y se alejó diciendo:

—Adios Roberto. Espero que nos volveremos á ver.

Encaminóse en seguida á pasos largos, con el morral pendiente de un costado, á una colina próxima. Pocas cuadras más allá encontrábase Selim, con el carruaje. Raul hízole una seña.

Selim era un cambujo vigoroso de veinte años, en cuyo rostro resaltaban los rasgos del indio sobre los del negro, acentuados y enérgicos, con sus pómulos salientes, los labios delgados, el hueso frontal un poco hendido en su parte superior y enarcado de una manera notable sobre las cuencas; ojos negros, pequeños y brillantes de mirar rápido y vivo, bigote ralo, crespo y retorcido, y cuello ancho y robusto bien plantado en un tronco formidable por lo macizo del esqueleto y del músculo. Difícilmente se encontraría mejor conductor de cuádriga en un juego olímpico, ni áuriga más diestro en una confusion de vehículos de plaza. Sabía afirmarse bien en los lomos de un redomon, y sujetar por el bocado un tronco rebelde, y aun correrse por la lanza, hasta ceñir con sus dedos cortos y fornidos—á manera de tenazas—las narices de los potros, que al fin daban con ellas en los guijarros, llenos de roja espuma. Habia nacido en medio de las sierras de los Tambores, en una de aquellas habitaciones

pajizas levantadas sobre algunas rocas de las vertientes, colgantes del abismo, sacudidas por las rachas de los ventisqueros,—como un nido de buitre; y aunque habíase trasladado desde muy jóven á Montevideo, contrayendo otros hábitos y costumbres, conservaba algo de las energías indómitas, propias de la sávia semi-salvaje que circulaba por sus venas.

Astuto, leal y entendido, granjeóse desde el principio la simpatía de Raul, por quien él sentía respeto y afecto profundo.

Acudió en el acto al llamado, guiando un ligero *break*, á propósito para excursiones de este género.

Raul le dió el morral.

—Pesa,—dijo Selim.

—Muy poco, apénas una docena de patos. Solo he hecho dos disparos.

—Eso dije yo, señor. El monte va perdiendo hasta los escondrijos, y la caza está huida; si quedan nutrias y aves viajeras, ya es mucho aventurar. Perdices, ¡ni el rastro!

—Así es. De agachadizas, ni una pluma.

El cambujo se refregó sus anchas narices, arreglando el rendaje, y añadió con un cierto aire de malicia:

—En el baldío de Zambique, del lado acá de la quinta, en donde abundan los rastrojos, suelen silbar perdigones.

—Déjame allí,—repuso secamente Raul.

Selim dirigió con la mayor gravedad á los caballos una palabra imperiosa, y el *break* arrancó con rapidez.

Eran ya cerca de las ocho cuando llegaron al sitio. Bajóse Raul, con su escopeta y morral vacío, ordenando á Selim que se fuese por un camino vecinal; y él se entró al baldío, salvando de un salto una zanja estrecha, y ya casi cegada por los aluviones.

Por allí vagó algunos minutos, hallando en efecto regular número de perdices entre muy viejos rastrojos, pues hacia meses que nadie cultivaba aquel terreno. Fué bastante afortunado para apoderarse de todas ellas, y recorría todavía los extremos, cuando sintió cansancio y sed.

A fin de aplacarla, antes de efectuar el regreso, á lo largo del seto, camino el más corto para llegar á su morada,—buscó con la vista, en rededor, algun edificio. Había uno cercano, seto por medio, y dirigióse á él, resueltamente,

trasponiendo los agaves por un portillo angosto, que daba entrada á una huerta espaciosa y atendida con esmero, á juzgar por su aspecto halagador.

XI

ZAMBIQUE

En la parte este de la quinta de Nerva se alzaba una especie de choza africana, de forma cónica y paredes de adobe, coronada por una cúspide pajiza. Constaba de una sola pieza, con una puerta tosca y una ventanilla de dos vidrios azules, encuadrados en un marco de pino blanco sin postigo. Algunos medallones de flores silvestres arreglados con cierta simetría, y cinco ó seis saucos rodeaban esta choza. Las enredaderas comunes en los cercos serpenteaban en el frente, y cubrían la entrada, formando una bóveda caprichosa de la cual pendían moradas campanillas, en cuyo hojoso centro fabricaban los colibríes sus complicados nidos, semejantes á delicadas escarcelas que guardasen finísimas perlas.

El interior presentaba un aspecto pintoresco. En un extremo veíase un lecho singular, consistente en una piel vacuna bien extendida y sujeta en cuatro estacones de guayabo, á medio metro del suelo, un colchon delgado de paja, y un cobertor de algodón de fuertes colores, con borlillas negras. Había junto á esta cama una mesa llena de extraños objetos y utensilios, yerbas, al parecer medicinales, marcela hembra y ápio cimarrón, separadas en pequeños manojos, vajilla de latón, ollas de tierra cocida, y ejemplares dispersos de periódicos é ilustraciones, en curiosa mezcla y desorden.

En el medio, y contorneando el grueso madero que sus-

tentaba el peso de la choza, una banqueta circular que servía sin duda de asiento permanente; del madero pendían diversos objetos: sogas, cañas de gramíneas, diferentes clases de mates de retorcidos picos, sombreros viejos, bolsas de lona, espuelas de grandes rodajas, y hasta un par de botas de media caña, con las punteras abiertas y el hilo formando arco dentario, á manera de fauces de un pez hambriento. En este raro museo, las arañas tejían vastas telas concéntricas.

Pero, lo más curioso del ajuar consistía en un instrumento—convenientemente colocado bajo el ventanillo,—que va desapareciendo ya con la generación importada en otras épocas de las riberas africanas; y que constituía, por decirlo así, toda la delicia del arte musical congo ó cafre, para el canto y la danza. Tal instrumento con sus monótonos sonos, trasladaba la mente del negro á los climas del trópico, bajo la sombra del baobab y de los datileros del oasis; cual si remedara en cierto modo los rugidos de los leones en el cardizal ardiente y en la estepa desolada, ó las broncas quejas de la pantera en sus noches de amor y celo entre los juncos, á la orilla de aquellos grandes ríos inmóviles plateados por la luz de las estrellas, que se perdían en la inmensidad del desierto en curvas gigantescas,—como fiel trasunto del destino incierto, oscuro y vago de una raza infeliz. Sus ecos parecían recordarle así los aires de la tierra, rumores del eden salvaje donde se desenvuelven los dramas de la sociedad primitiva, ó roncós lamentos de esas pasiones sensuales que marcan el límite intermedio del instinto y de los nobles anhelos del ideal humano.

Los primeros esclavos y los viejos libertos no conocían otra música más agradable á sus oídos, y conservaron por largos años una costumbre que parecía suavizar el rigor de la nostalgia.

Ese instrumento tosco y grosero, era la marimba.

Consistía aquella de que hablamos, en una olla de hierro de regulares dimensiones, vieja y carcomida, con un pié de ménos, si bien reemplazado por otro de espinillo; y cubierta perfectamente con piel de carnero curtida, estirada de modo que no hiciera arrugas y ceñida al ancho cuello de la marmita con los tientos que se usan en el campo para trenzas de apero y que en esta última forma resisten en la

extremidad del lazo toda la pujanza soberbia de un toro. Muchas veces habíanse posado allí las manos del tocador, á juzgar por las huellas que se notaban en la piel, y cierto detrimento en el medio, donde precisamente debian apoyarse los pulgares y el índice con más vigor y consistencia. La marimba parecia contar algunos años segun el aspecto.

El habitante de esta choza, y el dueño de este extraño tambor era un negro senil, llamado Zambique.

Ninguno tan curioso como este ejemplar de la raza africana, ni nada más tristemente oscuro que su historia.—Arrebatado de su patria en edad adulta, y en época en que la mercancia humana se estimaba á trescientos duros por cabeza, habia sido esclavo por muchos años de la familia de Nerva. Siguiendo la suerte de los libertos, á quienes se impuso luego una contribucion de sangre y de servicios que no diferia mucho del ex-tributo del trabajo ímprobo,—batióse en largas guerras, de las que conservaba como recuerdo una tercerola de pedernal, tan pesada como una culebrina, y algunas cicatrices profundas en su piel; y concluyó por volver á buscar apoyo en los que más que amos, habian sido sus bienhechores, con esa gratitud singular que absorbe todos los sentimientos y se constituye en inspiradora y consejera permanente en el fondo de las almas transidas y atormentadas, para quienes el mundo es tan pequeño, que no tiene para ellas sitio disponible.

Zambique no podia dar razon de la fecha de su nacimiento; pero afirmaba que él no era de este siglo.

Se le veia con frecuencia cruzar cerca de la playa, adonde recurria en busca de pescado fresco, vestido de calzon corto —pues no le llegaba al tobillo, y pié desnudo; camisa rayada á listas rojas, levita negra de doble botonadura, legado de sus señores, y sombrero alto de felpa en forma de tubo, de ala estrecha, cuya data era dudosa é imposible de constatar. Un aro de plata en la oreja izquierda, era el único lujo que se permitia. Observábase en su fisonomia una expresion constante de extrema mansedumbre y de triste humildad. Llevaba con donaire el sombrero de felpa sobre una cabeza ancha, de occipucio lleno de prominencias y deprimido en el frontal, provista todavia de algunos mechones lanudos color ceniza esparcidos acá y acullá en el cráneo reluciente, á manera de

yerbas de la piedra en una tosca globular ennegrecida. Angulo facial, sesenta y ocho grados. Su mirada, casi sin brillo, animaba apenas dos pupilas color de plomo, rodeadas de un velo rojizo que simulaba en la córnea amarillenta una lágrima de sangre inyectada y expandida, pero era dulce y bonancible, sin reflejos siniestros. Algo peculiar le distinguía de los demás de su clase, que no era por cierto las sajaduras de su rostro en ambas mejillas, hechas á navaja; verdaderas huellas de barbarie que las razas desgraciadas llevan hasta el sepulcro. El detalle consistía en cuatro ó cinco verrugas, que de mayor á menor bajaban una en pos de otra desde el nacimiento de la frente hasta el de su aplastada nariz, de anchas fosas, remedo de un rosario de bellotas ó de cuentas negras de muy regulares formas, y magnitud decreciente en proporción, hasta alcanzar la última el tamaño de un guisante.

Este archipiélago de excrescencias notables daba extraña singularidad á la fisonomía de Zambique, especialmente cuando una sonrisa dilatava sus grandes labios, y le obligaba á descubrir un diente y dos colmillos de una blancura extraordinaria.

Al apuntar el alba, y después de medio día, bajo el sol ardiente, cuando sólo se escuchaba el canto de la cigarra ó el zumbido de las langostas en las espigas y cardos,—Zambique hacia oír su tambor, acompañando el movimiento de sus dedos, tardo y monótono, con cierta cantinela ahuecada y bronca. Si se hubiesen escrito las palabras de este guirigay no hubieran sido más descifrables que un geroglífico casi borrado en el esmalte de una momia. Difícilmente un concierzo de los tipos gruñones de que habla Landois, producido con toda la fuerza de sus ancas, élitros y antenas, podría dar idea de los ecos de la marimba de Zambique. Tenían algo del trueno en lontananza, y del fuego graneado por hileras.

La primera vez que percibió Raul aquel ruido, ó música cafre, preguntó á Selim de donde provenía.

—Del fondo vecino, señor—dijo el doméstico. Es el viejo gorila que golpea el tamboril.

Raul veía siempre pasar á Zambique por delante de sus ventanas, hablando solo, y mirando con fijeza el suelo, encorvado y abatido, como un ente que considera estar de más en

la colmena, y que aun resiste á la dura ley de la lucha, por algun vínculo superior al egoismo del último descanso. Segun la version de Selim, sucedíale con frecuencia cosa distinta, una vez dentro del seto de la quinta, cuando tropezaba en el sendero de su choza con una jóven pálida y bella, que era sin duda la reina de aquellos sitios. Zambique descubriase entónces con respetuoso cariño, balbuceaba las más sonoras palabras que aprendiera del idioma nacional, se sonreia, y arrancaba solícito hermosas margaritas y florecillas celestes para obsequiar á la paseante solitaria. Selim creia que esta jóven era á quien él veneraba más en la tierra, con todo el fervor supersticioso de su raza.

Parece que ya se extinguió con la antigua servidumbre ese género de lealtad noble y consecuente, muy distinta á la obediencia muda impuesta por el rigor de la cadena, y que nacia para perpetuarse al calor de los hogares lo mismo que la planta invariable cuyo verde risueño no empalidece al soplo de los tiempos. En el alma del viejo negro habia una siempre verde: la gratitud, que engendra al amor, la abnegacion y el sacrificio.

XII

LA PIEZA DE MÉRITO

El extraño edificio á que se acercara Raul, era la choza de Zambique, en terreno de Nerva.

El viejo negro se encontraba á algunas varas de la puerta, sentado en una osamenta de buey de que él habia improvisado una banca; despojo arrancado á algun médano, ó terreno de aluvion, notablemente aumentado de volúmen por la accion de la humedad ó de las sustancias térreas, y desprovisto de cornamenta, que algun sabio de aficion habria

confundido fácilmente, — como ya ha sucedido, — con la cabeza de algun ejemplar de raza prehistórica.

Zambique hacia ramojos con todo afán y esmero. Ceñía su frente un pañuelo encarnado, que sin cubrirle por completo la cabeza, dejaba ver en el cráneo varios rutillos cortos y plomizos. Con la vista baja y fija en su obra, no se apercibió de la entrada del jóven.

Dirigióle éste la palabra, parándose á poca distancia.

Al sonido de aquella voz, Zambique pareció conmoverse, arrojó el ramojo y púsose de pié.

En seguida acercó la mano trémula y callosa á sus ojos fatigados, para formar visera, y miró al rostro de su interlocutor con curiosidad.

Raul estaba apoyado en la escopeta, y á su vez lo miraba con aire de dulce benevolencia.

Removiéronse los labios de Zambique para balbucear algunas frases ininteligibles, en las que se mezclaban palabras claras á otras de un dialecto extraño.

Raul solo entendió al principio, las de Su Merced y Capitan, pronunciadas y repetidas con humildad, como títulos aplicados en prueba de reconocimiento y gratitud por hechos pasados, á los que se ligaba indudablemente la personalidad del jóven.

Empezando á interesarle los guiños, momos y visages que usaba el negro decrépito, — verdaderas muestras de afecto expresadas con una viveza de movimientos en él inusitada — Raul empleó medios ingeniosos para hacerlo explicar con claridad, consiguiendo al fin que se manifestase de una manera comprensible. Zambique parecia sorprendido, cual si su memoria ya muerta para todo recuerdo que no fuese el de beneficios recibidos, hablara súbitamente á su conciencia de una deuda que nunca se prescribe, y que va ganando intereses hasta el último momento de la vida.

Sus amoricones eran tan expresivos como elocuentes, y con una verbosidad pasmosa habló varias veces de una batalla, en medio de cuyas peripecias su caballo habia caído en la hondanada.

— ¡Ah! — exclamó Raul al oír este detalle, y fijándose con

mayor atención en las curiosas facciones del negro; — ya recuerdo... ¡Hace años de eso!

Zambique se amorró, contando con los dedos. Luego levantó la mano, y con una sonrisa semejante á una mueca, que enseñaba sus tres dientes firmes y muy blancos todavía, murmuró en voz bronca y apagada:

—El capitán era niño; pero de á caballo y guapo.

Trás de estas palabras, dirigióse con pasos inseguros hácia el montón de ramojos, recogió del suelo una cuchilla corta y la esgrimió nerviosamente, como amagando con ella á algun vencido imaginario, que estuviese imposibilitado de defenderse.

Sonrióse Raul, y dijo:

—Fué un mal trance el de aquel día, en que tuve la suerte de auxiliarte, Veo que eres agradecido, y eso me place.— Por única retribucion te pido ahora un poco del agua de tu cachimba.

Zambique arrojó el arma con presteza y se entró en la choza sin decir palabra. A poco volvió á aparecer con una vasija de barro, piporro ó botijo de asa y pico, y se encaminó siempre callado y trémulo sin mirar al jóven, hácia el fondo del jardincillo.

Raul le siguió, sintiendo agolparse á su memoria en impetuoso tumulto, episodios de otro tiempo que habian reposado en sus recónditos, y que aquel encuentro removiera, como una piedra caída sin saberse de donde en la laguna tranquila.

Cachimba se llama en Cuba á la pipa de fumar, y entre nosotros sabido es se denomina así á un pozo vertical, á flor de tierra, bordeado en su boca por trozos de gneis malamente unidos, y cuya agua un tanto transparente, de un color de caña, tiene un sabor peculiar amargo y salitroso, pero de una frescura propia de los manantiales. En los lugares solitarios de los alrededores de Montevideo, se ven todavía algunas de estas cachimbas, formadas muchas veces por la filtración subterránea de las aguas de los arroyuelos en los esteros, junto á los albardones, y terrenos arenosos.

Zambique sumergió la vasija en el pozo sin brocal, y la brindó con respeto al jóven, con mano convulsiva, la mirada baja y cierto aire de contento íntimo, unido á esa actitud

propia del que trata con un superior y ha adquirido el penoso hábito de creerse sin derechos.

Raul bebió con gusto, y devolvió la vasija diciendo:

—Mucho celebro Zambique este encuentro, y más aun el grato recuerdo que de mí has conservado tanto tiempo. Eso prueba tu excelente corazón.—¿Eres aquí feliz?

—Siempre viví tranquilo. Ahora está enferma el ama, y la niña triste.

Al expresarse así nubláronse los ojos del liberto bajo una emoción de pena. El jóven lo saludó con cariño, y se preocupó á su vez. Aquellas palabras lo pusieron sombrío.

Cuando salía, ciertos pensamientos y reminiscencias acudieron en tropel á su cerebro. La agradable sorpresa experimentada por una demostración de reconocimiento que estaba él léjos de esperar, fruto de uno de tantos gérmenes del bien arrojados sin cálculo ni egoísmo en el camino de la vida, desvaneciése bien pronto para ceder su puesto en el ánimo á otro género de impresiones.

Al hablar consigo mismo, caminando á paso lento por la orilla del seto, reproducía en su memoria las escenas angustiosas y terribles en que se produjo el hecho á que había aludido Zambique. Algo, en efecto, hizo entónces por él. Pero este recuerdo se enlazaba con el de otro incidente grave del mismo día, que levantaba como un fantasma en su imaginación herida, la figura de un bizarro caudillo, muerto en combate singular... ¡Pocos recuerdos tan claros y de tan fuerte colorido!... Bien plantado en la montura, altivo y ceñudo, cabeza de león sobre un tronco de atleta, blanco el rostro adornado de barba negra, mirada dominante é imperiosa, brazo enérgico, y palabra dura y breve como punta de puñal. No supo él nunca el nombre de este adversario vencido; mas de vez en cuando venía su sombra á interponerse, como en el momento actual,—oscureciendo las risueñas perspectivas de una existencia serena y henchida de esperanzas.

Habia recorrido largo trecho con la escopeta al hombro, bajo la influencia de estas impresiones morales, cuando vino á distraerle la presencia de una hermosa perdiz entre las yerbas, reavivando sus entusiasmos de cazador.

El ave huía con la celeridad de un reptil en medio de

caprichosas ondulaciones, lanzando un silbido flébil y continuado, é irguiendo á veces su elegante cabeza entre el césped, despues de echarse azorada por breve instante, creyéndose bien oculta detrás de ligeras matas ó endebles tréboles, para incorporarse de nuevo á la proximidad del peligro, y proseguir agazapándose, su curiosa fuga,—enhiesto el movable cuello,—por los sitios más cubiertos. El silbido, los movimientos serpentes, las rastreías de la fuga, de esta culebra con plumas, segun la hipótesis de Darwin, tan verosímil quizás como la que se refiere á la metamórfosis de la magnolia en cisne,—excitaron el ardor del cazador, que obligó á la pieza á levantarse para dispararle al vuelo. Sucedió así, si bien el ave herida no cayó, prolongando sus volidos regular distancia hasta cambiar de rumbo y atravesar el seto, en donde fué á desfallecer—descendiendo de súbito, al voltear á plomo la cabeza.

La juzgó Raul perdida, y siguió su marcha sin detenerse, aunque lamentando que la pieza que él reputaba de mérito, como real el tiro,—dado el lugar del episodio, no hubiese caído á su frente. Ya sabemos en qué manos se habia refugiado, moribunda.

Avanzaba la mañana, y con ella el deseo del pronto regreso. Apresuróse el jóven, atravesando la distancia en línea recta, á pesar de los pequeños charcos del tránsito, que podia desafiar impunemente con sus largas botas color ante, de vivo contraste con el azul marino del traje que habia escogido para su excursion.

Iba á pocos pasos de la línea de pitos que á aquella altura dividia las dos propiedades, sin separar la vista de la quinta colindante, por atraccion más fuerte que su voluntad.

Al tropezar sus ojos con el bellissimo grupo que formaban las dos jóvenes, junto al banco de piedra, no pudo ménos de experimentar un sentimiento de placer, tan vivo, cuanto era de inesperado.

Vió á Brenda de pié, con la perdiz herida entre sus manos, y conservando todavia en su actitud la aficcion del primer momento; de Areba solo percibia el busto.

Este cuadro encerraba para él un interés profundo, y pudo deleitarse muy de cerca, hasta con sus menores detalles;—

pues tan selecta era la cantidad como la calidad de las bellezas allí reunidas,—que el acaso le ponía delante en un minuto feliz.

¡El clavel del aire, al borde de un abismo lleno de poético misterio!

Brenda estaba pálida, inmóvil, con los ojos fijos, reflejando en su semblante una emoción contenida, y haciendo resbalar suavemente su mano por el plumaje del ave. A la vista de Raul hizo un movimiento como para arrojarla, que reprimió en seguida.

—Actitud de compasión y pena—se dijo el joven. ¡Pero á ella se ha sucedido una dulce expresión de simpatía!

La cabeza de Areba se erguía sobre el seto, firme y alta, mirándole con insistencia. Al verla en esa posición llena de orgullo y de reserva, fría y severa, parecióle que alguien acechaba verdaderamente, al paso, su destino. Presintió fuerza y soberbia. Por primera vez la encontraba después de la aventura, y creía hallarla en rebeldía con el peso de la gratitud.

—El ángulo facial de esa cabeza,—pensó estremeciéndose,—alcanza bien á las reglas consagradas por la estatuaría antigua!

Un saludo mesurado y respetuoso había acompañado á estas rápidas reflexiones.

Cuando el joven pasó, Areba volvió su mirada incisiva y penetrante como aguja pasada al fuego, hacia su amiga,—en momentos en que ésta levantaba los párpados ornados de largas hebras de oro, para dirigirla otra tímida y suave, como una luz serena y azulada.

Brenda la apartó, dando un suspiro; y la perdiz cayó muerta de sus manos.

XIII

CREPÚSCULO DE LA TARDE

Desde algunos años atrás llamaba la atención en la sociedad de Montevideo cierto médico, á quien habian dado fama algunos triunfos relativos á su profesion. Se le concedian calidades superiores, y esto era ya bastante para asignársele un puesto distinguido en los buenos círculos sociales, que en realidad ocupaba, con el brillo propio de quien habia venido con diploma de Europa y escuchado en la cátedra la palabra de Brocca, y otros sabios notables, y recibido de ellos elogios y frases de aliento. En verdad, el doctor Lastener de Sélis era un hombre feliz: lo que Juvenal llamaria hijo de gallina blanca.

Al principio habia vivido oscuro, en medio de esas medias tintas del retraimiento que parecen favorecer el desarrollo gradual y paulatino de los gérmenes de ambicion y profundos anhelos, especie de bómices laboriosos que en el silencio y la sombra van fabricando lentamente, y sirviéndose hasta de la misma retama, sus admirables capullos color de oro. Nada se decia de ese período más ó ménos largo de su primer profesorado, y la novedad debió empezar desde su iniciacion en los centros de buen tono, que no acostumbran á indagar el pasado cuando les interesa ó seduce el esplendor del momento. De Sélis sabia que el desliz ó la caída una vez desvanccido el prestigio, es lo único que puede inducirles á mirar atrás para recoger lo que de ilícito ó reprochable se ha sembrado en el camino, y acumularlo sin piedad sobre el que ha decaido en el favor. El criterio comun suele así fascinarse ó sentirse deslumbrado ante lo que cree una fuerza en accion, un poder prestigioso, una superioridad consagrada; seta el labio en presencia del mérito que se le

impone sin esfuerzo, y solo lo despliega azuzado por los émulos y por el goce del instinto maligno que vegeta en el fondo de la naturaleza humana, así que el hechizo se evapora, el talento se humilla y el carácter se quiebra. ¡Recien entónces se recuerda, se comenta y se rie con franca ironia!

El doctor de Sélis, personaje obligado, estaba tranquilo á este respecto, persiguiendo con hábiles combinaciones el medio eficiente de conservar la supremacia conquistada, por un enlace ventajoso y envidiable que diera mayor solidez á su posicion social. De este criterio frio y positivo, sin atmósfera de ilusiones pueriles, prometíase resultados matemáticos; nada habia para él como la realidad de las cosas, es decir, lo que se ve y se palpa, ni método más acertado que el experimental, partiendo del concepto de que basta un buen procedimiento científico para rendir un corazon, pasando por encima de sus inocentes ensueños y de sus ideales candorosos.

Para encontrar la verdad, como el amor, el sistema era infalible, aun cuando habia que proceder conforme á reglas y leyes, por medios delicados y tacto exquisito, especialmente en el último caso, á fin de no comprometer el éxito; estudiar el carácter, los sentimientos, los deseos, avanzando como en la diseccion que descubre poco á poco la estructura de un organismo, sus partes constitutivas, el secreto de sus relaciones recíprocas y el de las circunstancias diversas que se vinculan á la vida fisiológica; y ceñir al resultado sus pruebas ingeniosas de amante lo mismo que ajustaba su habilidad facultativa á los preceptos anatómicos teórico-prácticos al sondar la fuente misteriosa de los males. La panacea aplicada á un caso patológico, debia concordar moralmente, segun su sistema, con el medio de vencer repugnancias y escrúpulos pueriles. El corazon de una mujer virgen, dulce y sencilla no podia ofrecer al doctor de Sélis más resistencia que la de un músculo: las grandes palpitaciones del sentimiento no eran sinó movimientos más ó ménos acelerados de la sangre, que podian regularse fácilmente; los blancos ensueños que todo lo llenan en las profundidades del alma, y fuera de ella, en la atmósfera saturada de effuvios que rodea la cabeza poética de una bella enamorada, eran entusiasmos de la imaginacion que recien empieza á sentir las engañosas caricias exteriores, sin deleite más

verdadero que el de la flor de nieve en cuyo cáliz se anida por vez primera un rayo de sol primaveral; la voluntad de querer, la eleccion en el amar, esa fuerza de irresistible simpatia que arrastra un corazon á entregarse á un dueño soñado y apetecido con toda la ternura extrema que ha aumentado la ilusion, era una facultad ficticia que cederia *por sugestion*, al desvanecerse los mirages de la fantasia inocente y sobrevenir la amarga realidad del mundo por una de las puertas secretas del desencanto.

Una hipnotizacion recíproca: ¡tal vez eso sea el amor! Pero, en el fenómeno no entra para nada el fluido de unos ojos cuya expresion no se busca ó es indiferente; ni suplanta el yo frio y apático del que calcula á la fuerza irresistible del que siente; ni alumbraba otra lámpara de magnesio que la que arde en el altar de dos almas apasionadas, invisible para todos ménos para aquellos que se buscan entre la muchedumbre y se creen solos, confundiendo al mirarse en un solo hilo de luz sus vínculos de atraccion—por donde se envian latidos, ternuras, cariños, adioses inefables, en raudo vuelo, más trémulos y ardientes que los átomos del aire.

El Dr. de Sélis tenia buen cuidado de no divulgar sus teorías sobre el amor, resguardándose de toda sospecha con ese aspecto grave y reposado que caracteriza á casi todas las profesiones liberales, y que no excluía en sus maneras la distincion peculiar que interesa, ni el decir ingenioso que seduce. Era hombre de escuela, ó de sistema, si se quiere, diestro en dominar situaciones y en hallar la solucion airosa en los casos difíciles. Un raciocinio maduro precedia todos sus actos de importancia, y aparentaba convicciones que estaba léjos de abrigar, sobre todo en política, escollo de los médicos que no han estudiado nunca ninguna enfermedad social, y que difícilmente encuentran alteracion en el pulso del ente colectivo, aunque la fiebre pase de cuarenta grados. No se apercibia que el anfiteatro era distinto, que el enfermo era invisible, y el remedio una idea, más ó ménos oportuna y feliz. La idea en accion contra otras ideas, tambien es una medicina eficiente en casos determinados! Esto no privaba que el Dr. de Sélis ocupase una senaturia y salvara el decoro del gremio, manteniéndose sério é incommovible en medio de todos los cambios de situacion que él atribuía á las

pasiones malsanas, demagógicas ó guerreras, naturales en un temperamento nacional reacio á la disciplina; cuya modificacion en sentido favorable, esperaba de los gobiernos paternales que suprimen toda libertad para salvar mejor los derechos del hombre, y toda ley tutelar, para salvar sus principios genitores.

En política, salvo excepciones, estos médicos no curan. Son los médicos que enferman. Su ciencia desaparece ante los espasmos ó delirios de la opinion, que ellos consideraban como una burbuja de lucentes colores, antes de conocerla y experimentar el vigor de sus aplausos ó protestas.

El Dr. Lastener de Sélis cifraba en los treinta años, estatura regular, cabello castaño, rostro de piel blanca y tersa, un tanto espartano de bigote, nariz de noble curvatura, y ojos pardos, vivaces y penetrantes. Tenia el defecto de contemplarse mucho en sus frases y opiniones, creyendo que era condicion precisa de su profesion el abusar en cierto grado de conocimientos poco vulgares. Su boca de labios finos y delgados, recogida en sus extremos, en forma de abrazadera musical, denotaba esa expresion volteriana, que en determinadas y análogas entidades parece manifestarse con una especie de silbido ténue por las pequeñas y cerradas curvas de los lados, cuando conversan y sonrien nerviosamente. Diríase á veces, que por esas válvulas estrechas se escapa un aire envenenado. En cambio, el conjunto de sus dotes, la elocuencia del concepto y el arte de agradar, disimulaban bien las cualidades poco simpáticas de su carácter, ó de su físico.

Era este caballero el que, en la tarde del mismo dia en que Raul hiciera su excursion á los esteros, se encontraba en la quinta de la señora de Nerva, en compañía de las dos jóvenes, y en el mismo sitio en que las dejamos por la mañana. Despues de su concierto de piano y canto, y de algunos desahogos expansivos, las dos amigas habian resuelto pasear por la quinta, recorrer sus sitios más pintorescos y la choza de Zambique, eligiendo á su regreso como punto de descanso el del banco de piedra. El doctor de Sélis, que habia reconocido á su enferma y dispuesto lo conveniente á su estado actual, se sintió con excelentes disposiciones para el paseo

á que fuera invitado, y del que se prometia agradables resultados.

Habíase formado grupo junto á los naranjos.

Brenda estaba cavilosa y séria, y entretenia sus lindas manos, modificando á capricho una piocha de plumas de garza.

Areba debatía con el Dr. de Sélis la procedencia de unos huevos de diferentes formas y tamaños, distribuidos en un collar curioso, regalo de Zambique, de matices muy hermosos y extraños. Los habia esféricos, ovals, ovados y ovicónicos, percibiéndose apénas el paso de la hebra.

—Parece un rosario de bruja,—decia Areba. Ya sé que este es de perdiz; tal vez de una que hemos visto morir esta mañana, y que causó á Brenda mucha pena. Diga V. doctor ¿de qué ave será este, oval? Parece que fuera de pájaro selvático...

—Es de gavilan, señorita.

—Poco simpática es esa especie,—repuso Areba con sorna: —nunca dejan en paz á las palomas más jóvenes. Vea usted este globular... y este otro de tinte rosado.

—Más bello es ese pequeñito, que se pierde en el conjunto como una perla oblonga. Si lo coloca V. en el hueco de su mano, producirá la ilusion completa, pareciéndonos verla en su concha de nácar, recogida.

—Gracias por el molusco, doctor; que el nácar nada gana. Es de colibrí.

Brenda puso á un lado la piocha, y mirando al caballero, preguntó con aire candoroso:

—¿Y qué es una ilusion?

El Dr. de Sélis se puso sobre sí, un tanto contrariado, y preparábase á contestar, cuando Brenda se levantó de pronto y corrió hácia el seto, exclamando con infantil regocijo:

—¡Mira Areba, qué bellas mariposas! ¡Nunca he podido hacerme dueña de una celeste!... Pero esta vez no escaparé...

En ese instante habian cruzado, en efecto, en graciosos volteos por el aire, juguetonas ó irritadas, confundiendo sus diminutos cuerpos en estrechos abrazos, una danaís color café con manchas rojas y blancas en el feston, y otra del género morfo de un celeste suave y delicado.

Rióse Areba sin escrúpulo y murmuró:

—¡Rara coincidencia!

Sin esperar la respuesta del doctor de Sélis, Brenda se lanzó tras ellas llena de entusiasmo: los brillantes lepidópteros se separaron, quedando solo la danaís al alcance de la jóven. La mariposa hacia esfuerzos rápidos y violentos para huir, ora ondulando hácia arriba, ora descendiendo en desesperados volteos, hasta rozarse con las altas yerbas que bordeaban el seto; pero al fin, ya fatigada y rendida, fué presa de sus temblorosas manos, merced á una red tendida con el tul. Volvióse Brenda jadeante y encendida, con el sombrerillo de paja casi suspendido de sus doradas crenchas en desórden; mas, al mirar por entre sus dedos de marfil el extremo de un ala, ya sin el destellante polvo que constituia su primitivo encanto, escapó á sus rojos labios una expresion, entre alegre y pesarosa:

—¡Ay! qué mústia está!

—¿Cuál fué la víctima?—preguntó Areba riendo todavía, pero de una manera extraña.

—La de color café, que yo no queria.

El Dr. de Sélis que se habia avanzado unos pasos al encuentro de la jóven, pareció satisfecho del desengaño, y dijo con acento sentencioso, en el que iba envuelto el amor propio herido:

—¿No queria V., señorita, saber lo que era una ilusion? La respuesta es elocuente, y decirse puede que palpa V. la realidad.

Brenda volvió á mirar con tristeza á la pobre prisionera, y levantando el brazo la lanzó con fuerza al espacio. Como azorado de su corta esclavitud, el lepidóptero se remontó á grande altura en prolongada espiral, perdiéndose entre la arboleda.

La jóven se frotó las manos con suavidad, elevando sus ojos al Dr. de Sélis.

—¿Esa es una ilusion?—preguntó con voz mesurada y grave.

—Al ménos, de las que ménos viven.

Brenda volvió lentamente su cabeza encantadora hácia la morada de Raul, como si buscara el azul del mar; y moviéndose

dola con una gracia que no se define, dijo dando un gólpesito con su menudo pié en el césped:

—¡Ah, nó!

El Dr. de Sélis aventuró una sonrisa.

Areba sintió una punzada en medio del pecho.

Caía ya la tarde, llena de lejanos y confusos rumores; una de esas tardes melancólicas de sombras vagas y flotantes, y uno que otro canto alegre en medio de las oscilaciones de la luz moribunda.

Los árboles duplicaban en el suelo su gigantesca estatura, en fantásticas siluetas; plegaban sus corolas las moradas campanillas de las trepadoras del seto; y en lo alto de las pitas, inmóvil y esponjado, el chingolo solitario repetía sus monótonas notas, como una oracion del crepúsculo.

Areba dijo:

—Ya es hora. ¿Volveremos?

El Dr. de Sélis se inclinó.

—Como gustes,—contestó Brenda. Si parece á Vv. bien, daremos la vuelta al estanque, ese sitio que tanto te ha agradado, Areba.

—Convenido querida amiga. Suplico el favor de su brazo, doctor, pues la falta de costumbre me hace fatigoso el ejercicio.

—Entónces no...

—Al contrario: quiero adquirir el hábito.

—Excelente resolucion,—repuso el doctor de Sélis, ofreciendo galantemente su brazo á la jóven. Eso hará á V. bien, en definitiva. Puede V. observarlo en Brenda que en este momento nos da una nueva prueba de su actividad infatigable.

—Así es,—dijo Areba con gesto risueño, viendo á la jóven alejarse un poco, en pos de algun brillante insecto alado. Conserva aun sus aficiones de niña.

—Algo, sin embargo, denuncia ya sus graves preocupaciones de mujer,—replicó de Sélis pensativo.

—¿Se ha apercebido V.? Paréceme que eso tiene mucho de cierto.

—Feliz del que pudiera penetrar sus secretos sin pecar de imprudente.

—No es tan difícil. Hay cosas que se denuncian por sí mismas, como V. lo ha observado.

—¿Será que ella sienta amor?

—Quizás. La habilidad estaria en cortar la corriente antes que desborde.

Areba sintió un rápido temblor en el brazo de su caballero.

—Entonces ¿hay un principio de vida nueva cuyo origen podria buscarse fuera de las relaciones de familia?

—Eso creo. Un ingeniero ha tendido sus hilos telefónicos por estas cercanias, y entiendo que no es de los que quedarían rezagados para echar un puente sobre el abismo.

—Lo presumia, sin atreverme á manifestarlo.

—El amor con el ayuda de la ciencia se hace muy refinado é ingenioso, segun he oido decir á V.; y es el caso que el rival no ha hecho otra cosa que aguzar el ingenio toda su vida. Esto duplica en mi opinion la potencia y justifica de la otra parte una alianza que mantenga el equilibrio de la lucha, con la igualdad de condiciones.

—Estoy dispuesto á sellarla, si la potencia amiga ha de ser V.

—No veo inconveniente en que la concertemos,—repuso Areba con una sonrisa forzada, y sintiendo en el fondo una angustia indecible. Pero parta V. del concepto de que no se van á contrariar simples devaneos juveniles, y que es preciso tomar en cuenta el corazon, cuyos impulsos no se aquilatan, ni se miden en su intensidad profunda, por más que los que piensan como V. no crean en las pasiones insondables y duraderas.

—Empezaré por modificar mis ideas al respecto, como una concesion al aliado.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de la jóven.

—¡Siempre el cálculo en el fondo! se dijo. La mano descarnada oculta bien sus dedos armados de ventosas bajo el guante, y el ojo, el fulgor de la ambicion en la retina.

Luego, con la vista fija en Brenda que se acercaba, agregó con firmeza:

—Concesion á la verdad.

—Sea.

Aproximóse Brenda radiante de placer, y apartándose las guedejas de la frente húmeda:

—¡Me burlan las mariposas!—exclamó, respirando buena

porcion de perfumado ambiente, de modo que al entreabrir su boca deliciosa, quedó al descubierto un correcto arco dentario, de una blancura que hacia resaltar aun más el coral de sus encias.

Cogióla Areba de la mano, diciendo:

—¡Eres infatigable, amiga mia! A fin de que no vuelvas á abandonarnos, colocaremos al doctor de Sélis en el medio. Apelo á su galanteria.

—Perfectamente—repuso Brenda con sencillez. Haremos columna por esta callecita de arena.

Apresuróse de Sélis á tomar la posicion designada, y marcharon breves instantes en silencio.

Recayó luego la conversacion sobre la señora de Nerva, cuya dolencia resistia al régimen, si bien no revistiera una gravedad alarmante.

El Dr. de Sélis aprovechó la oportunidad para disertar acerca de la influencia de las fuertes impresiones morales en el ánimo de la enferma, y de la necesidad de evitarle toda desazon inconveniente.—El estado de su salud era delicado, y exigia un tacto esquisito para prevenir que se alterase por cualquier motivo, teniéndose muy presente lo avanzado de su edad y la naturaleza de la dolencia.

—Felizmente,—prosiguió,—el cariño filial siempre afectuoso, tierno y esmerado tiene una participacion activa y eficaz en toda mejoria radical, especialmente en casos como este, por la solicitud extrema que provoca en los nobles séres la conservacion del vínculo irremplazable que amenaza romperse. Una anciana enferma reclama en el afecto y en la cura, la misma contemplacion y la misma delicadeza de cuidados que un niño anémico; y mayor todavia aparecerá el celo, si no se olvida que la reconstitucion es lenta y difícil, dadas las condiciones del organismo que ha pasado por todas las crisis, y abandonado á períodos gran parte de sus fuerzas, como un tributo rendido á los años y vicisitudes violentas de la vida. El espíritu de la ancianidad doliente exige, pues, halagos, ternuras y complacencias, en razon directa de la dosis considerable de natural egoismo que domina y acalla todos los sentimientos, concentrando como en un foco que le dará dulce calor, necesario al frio de sus venas, las caricias

inagotables de esa pasión filial, honda y sincera, que no la contraria, y que todo lo sacrifica al deber y al culto del hogar, deshojando hasta su misma corona de esperanzas en aras de la gratitud y del amor.

Las jóvenes escuchaban silenciosas, con esa atención respetuosa que se dispensa al que tiene alguna autoridad para merecerla.

Cuando el doctor de Sélis hizo una pausa, Areba miró con rapidez y al soslayo á su amiga, oprimiendo suavemente el brazo del caballero.

Brenda seguía el paso, con dignidad y rostro tranquilo. Ni una sombra leve oscurecía su frente.

Dieron vuelta por el estanque, lleno de pececillos de vivos colores, cuyas escamas relucían en el agua serena; mientras se deslizaban en otro compartimento, separado de aquel por una división de alambre de finísima trama,—como elegantes esquifes alados, provistos de timón que jamás conduce al escollo,—algunos gansos blancos manchados de canela, y dos cisnes de cuello negro, cuyos plumones habían sido retaceados por la tijera de Zambique.

Al dirigirse hacia la casa, Brenda dejó resbalar por la barandilla de hierro su mano izquierda, acortando el paso, con la mirada vaga y melancólica perdida en las doradas copas de los árboles.

Areba fijó sus ojos en el doctor de Sélis, de una manera significativa é insinuante.

De Sélis volvió sobre el tema, con acento suave y persuasivo. Sus palabras eran discretas y elocuentes, fluyendo llenas de brillo y colorido; alguna vez atrajo sobre sí aquellos relámpagos azules que nunca buscaban el verdoso resplandor de sus pupilas.

—Bella piedad la del amor filial,—que así se sobrepone á las mismas seducciones de una dicha incierta, aunque brindada quien sabe por qué labio pérfido, para consagrarse por entero al deber y al reconocimiento,—como se sustrae al halago de las ficciones que la fantasía aumenta y reviste de lucientes galas, al influjo de una sonrisa ó de una frase calculada para sembrar estériles ensueños en el fertilísimo campo de la inocencia; y feliz de la madre tierna á quien tal amor evita penas en el descenso de la vida, fiel á sus manda-

tos, accesible á los deseos, dócil al consejo elevado y concienzudo, que señala al candor los peligros, su puerto seguro á la esperanza, á la mujer lo augusto de su destino—revelando á su corazon sensible é inexperto, el secreto de paz y de ventura.

En el poema de la familia, todo esto constituye,—cuando el culto es sincero,—esa belleza y esa bondad selectas que los bardos creen solo patrimonio de sus heroínas místicas é ideales.

—Como en la leyenda de Locki y Segün, por ejemplo,—prorumpió Areba con un dedo en el labio.

—Exactamente.

—¡Oh, alma carnal! pensó la jóven: ¡cómo mientes y te engañas!

—En el caso que nos interesa,—continuó de Sélis, procurando disimular la emocion de su voz—el facultativo reposa por completo en la enfermera: la panacea apénas devuelve la salud; pero es ella quien puede prolongar una existencia que ve el cielo en sus ojos, luz en sus cabellos y absorbe aroma en sus palabras.

—Gracias por ella,—dijo Brenda con dulzura. Las daria tambien por mí, si me reconociera en esa hada tan bella que V. ha esbozado con poéticos conceptos.

—Esbozo, en verdad, Brenda: difícilmente se conoceria bien en él al modelo.

—¡Cómo canta el cardenal!—exclamó Areba—mordiéndose los labios y volviendo el oido en direccion á la casa. ¿No le sientes, amiga mia, gorjear con entusiasmo?

—Sí, que le oigo,—respondió la jóven sonriéndose á su pesar;—las atenciones que con él se guardan lo estimulan. Razon hay para esperar que se prodigue.

—Luego, ¿ha logrado hacerse querer?—preguntó el doctor de Sélis con finura. ¡Cierto que canta con primor!

Las jóvenes guardaron silencio. Entraban ya en la arcada que conducia al patio. La señora de Nerva ocupaba una silla de hamaca en el corredor del frente, descansando su cabeza en lo alto del respaldo, revestido de seda azul.

Incorporóse con visible contento para recibir un beso de Brenda, é investigar con la mirada el semblante de Areba. Le pareció indiferente y frio.

En ese instante cambiaba algunas frases rápidas y en medio tono con de Sélis: era sin duda la ratificación del pacto.

—Celebraremos conferencia en el día indicado,—concluyó diciendo Areba. La tarea es árdua.

El Dr. de Sélis se inclinó en señal de asentimiento, y despidióse en seguida de las damas, recomendando á la enferma el mayor cuidado de su persona.

Momentos despues, apoyada en Areba y Brenda, la anciana se dirigia á la sala de recibo.

—Antes de irme, querida amiga,—decia Areba,—deseo oir nuevamente el *Ständchen* de Schubert. No sé por qué me parece que no hay sitios más hermosos y solitarios que estos, y por lo mismo más escogidos, para deleitarse sin perder una nota, con las brillantes y solemnes armonias de esa serenata, que se creeria compuesta para reunir en tu vergel todas las hadas del silencio.

—¡Ay! más bellas son las arpas de la noche, que ellas pulsan cuando una está dormida,—respondió Brenda con un aire dulce é ingénuo.

—¡Anda, soñadora, que tienes la cabeza toda llena de visiones!—exclamó Areba entre risas armoniosas.

—Así es,—repuso la anciana, reprimiendo un acceso de tos ¡La juventud!... V. debería comunicarle un poco de su criterio tan sensato é inteligente, que le sentaria muy bien.

—¡Ah! ¿que me sienta mal eso, madre? yo creia que no era triste pensar en lo que deberíamos ser, despues de habernos preocupado en las horas de afan de lo que puede afligir á los que amamos.

—Calla, mi corazon, esas cosas que no entiendes; y siéntate al piano, que no es la hora de tus hadas.

Brenda obedeció. La anciana y Areba ocuparon un canapé colocado junto á la ogiva que daba al jardin.

Resonaron preludios raros y caprichosos. A poco las teclas dieron trinos; sucediéronse luego los primeros compases, melancólicos y graves; despues de un raudal armónico, como un hervor de intensos anhelos que se elevaran en coro, y rozasen al vibrar la dormida fibra del sentir profundo.

Areba miraba las plantas, la mano puesta en la mejilla,

absorta al parecer en sus recuerdos. La anciana seguía el compás con un movimiento imperceptible de los dedos, la cabeza baja y el gesto triste.

De pronto salió de esa abstracción, como de un sueño, volviéndose hacia su joven amiga.

—¡Y bien!—susurró muy bajo.

Areba desahogó su pecho, y movió la cabeza de uno á otro lado.

—Las cosas están al principio,—respondió en el mismo tono, arrellenándose en el canapé.

—¿Será inútil todo, entónces?

—No me atrevería á suponer tanto. La obra es del tiempo, y de la reflexión.

Siguióse un breve intervalo de silencio.

La serenata tocaba á su fin, y empezaban á descender las sombras.

La joven se acercó á la señora de Nerva, y resbaló á su oído estas palabras:

—Haré cuanto pueda... Por el momento, la vigilancia debe recaer en la choza; Zambique dijo hoy algo á Brenda que le produjo emoción, pero en ese lenguaje raro que le es peculiar. El pobre negro adora á la que él llama su reina. Esas tristes almas se dan por entero á la dicha de las que veneran, y cierran sus labios con la llave de las tumbas. Ya me comprende V. Sería un Galeoto temible.

Las escasas cejas de la anciana se contrajeron con una expresión de enojo, y un ligero temblor agitó sus labios secos é incoloros.

Perdiáanse en el aire tranquilo,—flébiles y dulces—á manera de súplicas envueltas en una ilusión que se renueva, las últimas notas del *Ständchen*.



XIV

"LA MADREPOSA"

En las primeras horas de una noche tormentosa, un morador situado cerca de la punta de Piedras Negras que se dibuja al norte de la del Buceo como un lomo de saurio hundido en el cieno, habria visto deslizarse á la luz de los relámpagos, sobre las aguas agitadas y sombrías, una sumaca frágil y ligera, con una luz á mitad del palo, luchando con las fuertes rachas del sudeste. Aunque recogida en parte la latina vela de polacra que llevaba á proa; sin gavia; lisa y fina, como un pez sin escamas,—saltaba sobre las olas siniestras, con una velocidad asombrosa, á manera de langosta de mar sorprendida en la superficie por la borrasca, que pugnase por volver á la quietud de los fondos.

Tenian estos pocas brazas entre Piedras Negras y la ensenada de Santa Rosa, de empinados cantiles y áridos médanos. La ocasion no era oportuna para arribar á aquellas rocas cortadas á pico en donde se deshacian mugiendo las aguas turbulentas; y la sumaca navegando de bolina rasaba las crestas con maniobra firme hácia el Buceo, cuya punta se prolonga en anchas faldas centenares de metros rio adentro, y remata en un arrecife áspero y riscoso cubierto por el flujo. —A la claridad diurna, en situacion idéntica, y al chocar de las ondas en los flancos, habriase podido comparar con un cetáceo lleno del verdin sub-marino, de cabeza sembrada de púas—hundida en la marea; y cuyas aletas enormes batieran con furor los bajíos, convirtiendo las enconadas olas en lluvia de espumas.

Ningun resplandor bajaba del cielo. Espesos vapores corrian al levante, rasgados de vez en cuando por rojizos cen-

telleos de sordas explosiones, cuyos écos se extendian á lo léjos, haciendo temblar la atmósfera, cual si pasasen en vertiginosas trayectorias, gigantescos proyectiles trabados por la misma cadena. Imponentes espirales verdi-negros se erguian soberbios y amenazadores sobre la borda, orlados de blancas ampollas rebramantes, y espumeando el rostro de los audaces marineros; crugian el costado y la popa al embate violento y combinado de la ráfaga y de la ola, y la mojada lona se encogia é hinchaba con estrépito, despues de sacudirse y azotarse contra las cuerdas y el mástil; y ora se sumergia la proa hasta desafiar con el bauprés en su misma base el oleage iracundo, en tanto aleteaba el timon en el vacio, ora se levantaba en el movible y monstruoso lomo entre un torbellino de niebla, rechinante el aparejo, como un potro que se encabrita y eleva alto la cabeza de alborotadas crines entre una nube de polvo, tasca el freno, dobla los corvejones y sienta en el suelo la grupa, para reincorporarse con terrible balance haciendo brillar en el aire sus uñas de hierro.

En medio de aquellos tumbos formidables, y de aquellos ruidos pavorosos, la débil embarcacion parecia próxima á zozobrar: habíase apagado la luz del farol á los redobles del viento, las tinieblas formaban por delante un solo abismo con las aguas,—y al enroscarse con indecible furia las impetuosas olas, rompíanse en cascadas sobre la borda saltando hechas pedazos por encima del frágil leño, para convertirse en rocío al batir de las enormes alas de la tormenta.

Algo servia, sin embargo, de guia seguro á la mísera nave.

Distinguíase á un flanco, brillando á intervalos como un bólido encendido que eclipsasen nubes negras, enhiesto en la cúspide de un coloso de cuarenta metros sobre el haz de las aguas, resplandeciente á gran distancia para indicar al marino su derrotero, un faro de foco poderoso que giraba impasible en lo más alto de graníticos peñascos señalando á todos los rumbos el peligro del escollo y los bajíos del naufragio. La linterna refulgente incendiaba con sus rayos las movibles colinas de la furiosa oleada, y cual ojo rojizo de la tempestad,—que pestañease por intervalos al sordo golpe de los encontrados elementos,—parecia observar cómo se estrellaba con estruendo la masa líquida al pié de la altiva

colmna, haciendo temblar las deformes rocas que la sustentan.

La embarcacion seguia corriendo, casi arriado el velámen por completo, desflocadas las járcias y aumentado el lastre con gran cantidad de agua.

Una voz exclamó de repente:

—La farola pestañea.

El que habia hablado aludia sin duda á uno de los intervalos de oscuridad en la revolucion del faro.

—La isla queda á barlovento,—dijo otra voz enérgica. ¡Firme á la caña!

El que primero habia hablado, volvió á clamar en medio de los rugidos del huracan:

—¡Cuidado con el islote de la Luz!

—Está negro como una angustia,—repuso la voz enérgica. ¡Arria el resto, Carolo!

Cinco hombres iban en la sumaca, pescadores de la costa sud, sufridos é intrépidos. De vuelta de la isla de Lobos, les habia sorprendido la borrasca á pocas millas de la ribera, y obligádoles á navegar de bolina, corriéndose á lo largo de la costa, erizada de peligros. Pero llevaba el timon Gerardo, el más hábil y valiente marinero de los que cruzaban la zona del mediodia, en faena perseverante y ruda, en pós de esa fortuna triste que persigue el pescador—y que á cada instante se desvanece entre las brumas como un hada vaporosa de las algas.

Sus compañeros le querian y respetaban. En esta emergencia peligrosa, se revelaba esa fé en una obediencia sin réplicas, que daba mayor seguridad á la maniobra.

En tanto, era necesario evitar el arrecife riscoso del Buceo á sotavento, y el islote de la Luz á la otra borda, situado á poca distancia, y en ese momento batido de flanco con imponentes choques y circuido hasta muy arriba de su nivel por una especie de humaza, que formaban en el aire las despedazadas moléculas del agua.

El sondeo da en ese canal una profundidad media de cuatro á cinco metros.

A los lívidos resplandores eléctricos, podíase percibir en aquella noche, á manera de ancha estela, una superficie

blanquizca y bullidora en el centro correntoso;—mientras se dilataban á los lados rodando en espantoso culebreo inmensas sábanas sombrías para escurrirse en roncacataratas en las concavidades de las peñas ó por encima de las mesetas con la violencia del torrente.

El pasaje tenia que ser veloz por la doble fuerza del viento y las aguas: la sumaca pasó por allí como una saeta, evitando el escollo de la punta del Buceo, y deslizóse casi descubriendo la quilla, dominada á lo léjos por la claridad del faro, con rumbo á las piedras del Buen Viaje distante tres millas; cabezas de cachalotes que sobresalen á regular altura en tiempo de bonanza, y que en la hora de esta aventura temible asomaban apénas, entre un hervidero de espumas.

Era, sin embargo, allí, en un fondeadero para cala de tres metros cómodo y resguardado, que abarcaba la extension comprendida entre las piedras y la restinga de Punta Brava, barrida perpétuamente por las mareas,—en donde los intrépidos pescadores pensaban hallar refugio y echar el ancla, al abrigo de ráfagas violentas y de oleages tumultuosos, cuya intensidad parecia disminuir por momentos.

Ya cerca, en efecto, de los grandes peñascos, la embarcacion caminaba con ménos ligereza; habíase descornado al sud una parte de la lóbrega cortina, y sucedíanse con más frecuencia intervalos de calma, en relacion á los ímpetus del viento poco antes de formidable vigor.

—¡Pón el anclote á la pendura, y afloja la gumena, Carolo! —ordenó Gerardo con acento firme y vibrante.

El pescador así nombrado, saltó á la banqueta afirmándose á la borda, y destrincó el ancla con extrema diligencia.

—Está listo el anzuelo de dos lengüetas.

—Echa, y ¡á pescar la tosca!

El arpon de hierro se deslizó al fondo, pero no consiguió amarrar la sumaca, que seguia arrastrada en direccion á la restinga, con una velocidad todavia considerable.

Ibase á picar el ancla, cuando esta pareció aferrarse por la banda de estribor, paralizando el movimiento acelerado de la nave que revolvióse en fuertes sacudimientos, y embarcó más de una ola amarga.

—¡Mordió! — dijo Carolo alegremente, y devolviendo el

líquido al mar con una vasija de madera; en cuya operacion sus brazos, y los de sus compañeros, se movian con una celeridad asombrosa.

—No es así,—repuso Gerardo;—*La Madrepora* empieza á garrar. Leva, y ¡todo á babor!

La sumaca arrastraba en efecto el ancla por un fondo de arena, y luego entre dos aguas, al verilear á lo largo de la restinga, si bien á prudente distancia de los bajios pedregosos. Con todo, su marcha era más lenta; cedia el viento, y las ondas no se agolpaban con la misma furia.

Trincado nuevamente el anclote, alargóse un rizo y se formó una ampolla en la vela. La celeridad aumentó en proporcion, pero sin grandes salteos ni columpios: el pequeño barco mantenía ahora ménos empinado el costado de babor, enderezándose por minutos, á medida que aflojaba el vendabán.

Estaba próxima la Punta Brava, con su restinga encubierta de ásperos y escarpados riscos, apéndice de una lengua de tierra que convida á arribar al navegante inexperto. pénétrando en las aguas en suaves ondulaciones; arrecifes ocultos, pérfidos y temibles en acecho, sobre los cuales corre sin ruido el agua mansa—remedo de una sonrisa plácida en el semblante de un perverso empedernido al acariciar la propia deformidad de sus vicios.

Pero, el timonel de *La Madrepora* conocia bien los riesgos y las acechanzas siniestras de los bajios, en sitios por él recorridos para buscar profundidades convenientes á las redes de jorrar; y gobernaba con seguridad y firmeza. guiado por los fulgores de la farola, inmóvil é impassible sobre la caña, á pesar de la fiereza de los embates contra su capote impermeable que concluía en punta al cubrir su cabeza,—sobre la cual saltaban en vano con el estridor de fuertes aleteos, fragmentos de olas, á modo de ráudos engrosados por el légamo por encima del granito inerte é incommovible.

Debajo de la capucha endurecida, podian descubrirse á la claridad eléctrica, unas facciones varoniles tostadas por el sol y el viento; perfiles vigorosos de juventud, audacia y resolucion, dominando el conjunto ese aire especial de triste conformidad con su suerte, que caracteriza los actos de ciertos hombres, serenos, mansos y resignados, rudamente

sufridos, mientras no se les hiere esas fibras más duras que la desgracia, que reposan sin estremecimiento alguno hasta la hora de prueba.

Tendido, en el hueco formado por el combés de popa, en cuyo extremo más abrigado brillaba una linterna de vidrio convexo, podia verse tambien un hombre viejo al parecer enfermo, envuelto en una manta, con la cabeza reclinada en un rollo de cabos. Alguna inquietud se traslucia en su semblante demacrado de rasgos prominentes, barba canosa, cejas espesas, largas y revueltas, y ojos vivaces muy encajados en las órbitas,—esos ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro,—segun la frase de Cervantes.

Este hombre se llamaba Carlo Roveda, pescador de la costa sud, y era dueño de *La Madrepora*.—Sintiéndose mal de salud en la costa de Maldonado, en el segundo viaje que realizara en esos dias, pensó en el regreso, y sus compañeros se apresuraron á poner la proa hácia los Pocitos y la Caleta.

La linterna colocada en el fondo del camarote, alumbraba con sus reflejos otros tres marineros que se movian en la cubierta baja, bañándolos de claridad amarillenta hasta la mitad del pecho. Tenian algo de fantásticos aquellos troncos iluminados, y aquellas cabezas negras, sumergidas en las sombras, que se agitaban sin cesar, cual lúgubres visiones semi-teñidas de fósforo, cabalgando entre ruidos pavorosos sobre los lomos de la tempestad.

Solo uno permanecia quieto y sombrío en el combés, con la mano convulsa en la caña del timon, y el ojo bien abierto fijo en las tinieblas, procurando como la procelaria audaz descubrir y evitar los peñascos al rozarse rauda y veloz con las olas irritadas. Era Gerardo.

¿Echaria de nuevo el ancla cerca de los veriles, en donde la sonda señalaba á no dudarlo en esos momentos más de siete metros; ó llevaria á embicar *La Madrepora* á la arenosa ensenada de los Pocitos?

Tal vez no fuese necesario lo último, pues la tormenta se disipaba por instantes. La mar, sin embargo, seguia gruesa y rugiente. Con todo, una fuerza misteriosa impelia al joven pescador hácia aquel rumbo; y quizás se habia felicitado en lo más íntimo de llevar por vehículo á la borrasca: ¡el mejor

tren expreso de un ausente ardoroso y apasionado que aspira pisar cuanto antes la ribera!

La embarcacion pasó con felicidad la brava punta,—tumba de marinos,—ilesa en el casco, gallarda y esbelta, si bien con alguna relinga flotante, pues el viento habia rasgado el paño en varios sitios en su hora de mayor violencia. Las últimas ráfagas cruzaban á intervalos silbando, y en ellas envueltas, como si precisasen de tan enorme hálito de vida, gaviotas color de niebla,—á manera de agitadas inspiraciones de un poeta, hijas de la duda y del pesar, recreándose en los conflictos dolorosos de la mente y humedeciendo sus alas oscuras en el inmenso llanto.

De pronto Gerardo llamó á Carolo.

—Empuña la caña,—dijo. El viento amaina, y las nubes ruedan léjos, pero el agua hace gemir todavia la sumaca. ¡Afirma bien!

—De buena nos libró Dios, para que yo lo eche todo á perder. Véte confiado.

Gerardo se deslizó al entrepuente, y quedándose afirmado con las manos en el bórde, bajó la cabeza para mirar á Carlo Roveda, diciendo:

—Algo se ha movido *La Madrepora*, patron Carlo, para no haberle hecho sentir mayor molestia. ¿Cómo va el cuerpo?

—Así, así. Algun cuidado tuve, pero tú llevabas la caña, y esto me daba fé. ¡Valiente timonel!... Se unia la pena de no ayudarte, á los achaques que me duelen. ¡Allá va el poema para la pobre Cantarela!

—Ansiedad tendria, si supiera la mala loba que hemos pescado, repuso Gerardo con emocion.

—No puede pensar que la vuelta sea tan pronto y le daremos sorpresa. ¿En dónde se aferra?

—No sé, patron Carlo. La mar está fuerte. Echaria el anclote á la entrada de la Caleta, á sotavento, si amarrase.

—Aferra .

Gerardo calló.

Luego, dirigiéndose á Carolo, mandó con voz robusta:

—¡Virar para avante!

Despasó bien pronto el viento por la proa, á pequeñas rachas, produciendo en el aparejo ese rumor tan semejante

á los bufidos del toro que acomete con furia y se detiene de súbito.

La embarcacion hizo la bordeada con éxito. Percibíanse muy próximas las luces de la ciudad, en las calles que concluían en la costa, cuando Gerardo echó el ancla á cierta distancia, con el corazón palpitante por algo extraño á los peligros de esa noche.

El hierro arañó las piedras, y á poco se afirmó, en tanto los marineros ceñían el paño, y daban luz al farol rojo de proa.

—¡Bien por Gerardo!—exclamó Carolo.

—Mañana hay que cumplir la promesa á la Virgen.

—¡Sí: la cantata en las peñas antes del descanso!

—Bien,—dijo Gerardo con acento tembloroso. Cantaremos "¡Aunque las alegrías de un triste sean anuncios de algun pesar!"

Media hora despues, una lancha tripulada por pescadores animosos y resueltos, los conducía á la orilla. Los aguardaban en ella brazos cariñosos y ardientes simpatías. Las mujeres salían á las puertas para dar la bienvenida, rodeadas de prole tan numerosa como sus redes. No se veía allí á Cantarela. Los ojos de Gerardo miraban todo desierto: nada significaba para él, sin ella, la dulce fraternidad de la ribera.

Carlo Roveda fué llevado á su morada humilde.

¡Estaba sola! Se sentía allí una atmósfera fría, como si en mucho tiempo no se hubiera encendido el hogar. El viejo pescador registró el primer departamento con ojos febriles, lleno de sospecha y de zozobra. Las redajas estaban colgadas en sus sitios, los muebles bien distribuidos, el pavimento limpio, las relingas de grandes corchos y plomadas para redes nuevas, dispuestas con orden y simetría, á lo largo de las paredes. Todo indicaba el celoso esmero de otros tiempos.

Roveda habia entrado á su domicilio apoyado en el brazo de Gerardo y de Carolo. Tres ó cuatro pescadores que le precedieron, de pié y silenciosos, observaban con las frentes bajas aquel nido sencillo y pulcro; pero abandonado y yerto!

El patron Carlo dirigióse al de mayor edad, preguntando con profunda extrañeza.

—¿No está aquí Cantarela?

—Marchóse hace días.

—¿Y adónde?

A esta nueva pregunta, turbáronse los rostros y cambiáronse miradas en silencio. Los ánimos parecían confundidos y tristes.

—¡Todos callan!

¿Qué dices tú, Marcelo?—insistió el patron Carlo, trémulo y sofocado, presintiendo algo muy grave en aquella reserva.

—¡Oh, yo nada digo!... Ella se fué sin decir tampoco nada... Hace tiempo que se iba callada, tu hija, y en estos días muy pocos la han visto en la costa...

El viejo pescador movió á uno y otro lado la cabeza, con indecible pena, mirando con desvario todos los semblantes.

Gerardo experimentó una cosa parecida al desgarrar de una entraña.

El que habia hablado, volvióse hácia el compañero más próximo, confuso y pálido, sepultando la tosca mano en su pelo desgreñado, como pidiéndole auxilio.

Este estrujó lentamente la gorra entre sus dedos, moviendo á su vez la cabeza con la vista en el suelo, y murmurando entre dientes:

—¡Yo he visto á ella... junto á la rampa; más no sé... ¡Por ahí anda algun cangrejo de mar!

Carlo Roveda dejó caer la cabeza sobre el hombro, trás una rápida convulsion, y quedó con los labios cárdenos y los ojos enormemente abiertos; flaquearon sus piernas y extendió temblando la diestra arrugada y callosa, que agitó con la congoja del náufrago en el vacío.

—¡Se le iba todo su consuelo!

Pareció luego serenarse, y pasóse abiertos por el rostro los nudosos dedos, cual si quisiera espantar una quimera, y prorumpió por fin, señalando un extremo de la pieza:

—Allí oraba siempre, cuando yo me iba... ¡Mira Gerardo, si la vela ha ardido!...

Sobre una mesita de pino veíase un cuadro representando una Virgen entre nubes, y debajo una roca con un ancla encima, combatida por las olas. Tenia delante una bugia de sebo, que no habia sido encendida.

Gerardo miró el grabado, ornado al través con una ramita de palma; en seguida la bugia, pálido y ceñudo.

—¡Ya no hay plegarias!—dijo con amargura.

Los ojos del viejo pescador rebosaron de lágrimas; quiso arrojar una imprecación, pero un nudo se atravesó en su garganta: apenas salió un quejido. Después cayó con la frente en el suelo, como un cuerpo muerto.

XV

PERSONAJES ETERNOS

Empezaban recién á extenderse las ligeras sombras de una tarde apacible, cuando el ingeniero Raul Henares atravesaba á pasos lentos por delante del seto de la quinta de Nerva, discurriendo al parecer sobre graves compromisos de su profesión. Así era, en efecto. Su palabra ya empeñada de tiempo atrás, con una empresa de ferro-carriles establecida en Rio Grande, á la que habia prestado servicios de importancia, le obligaria muy en breve á abandonar Montevideo por un mes; contábase con su concurso para robustecer el de otros ingenieros, como él llamados á practicar los estudios de una via férrea en proyecto. Este viaje debia coincidir con el de su amigo Zelmar á Buenos Aires, ante cuya facultad de medicina pensaba rendir el jóven sus pruebas y coronar su carrera. Preocupaba á Raul el plan de la labor que iba á emprender y lo árduo de los trabajos encomendados por la empresa constructora; con este motivo, se dibujaban ante sus ojos como en un mapa ideal, áridos terrenos, pedregosas serranias, rios de alvéolos profundos, valles estrechados por cinturones de cerros, senderos escabrosos, mesetas elevadas, y por hilacion lógica de imágenes é ideas, difíciles desmontes, lentas nivelaciones, pesada fábrica de puentes colgantes con sus cadenas de atar colosos y enormes pilastras... Con todo, tarea que se le reservaba á él personalmente, solo debia

detenerlo un mes. ¿Cómo conciliar sinó, el compromiso, con el interés apasionado que le inducía á disminuir el plazo de la ausencia en lo posible?

La verdad es que la preocupacion cesó muy pronto de molestarle, cuando ocurriósele gozar un momento de los encantos del paisaje que se desplegaba á su vista poético y tentador, cual si le ofreciera alguna sorpresa grata en el secreto asilo de sus arborescencias. Los sentimientos dulces reemplazaron entónces á las ideas y cálculos científicos. Con la cabeza descubierta para refrescar la frente húmeda, apoyóse en el seto divisorio, compuesto en esa parte de apiñados arbustos engrosados por diversas lianas que se elevaban en espirales por los delgados troncos, y se bifurcaban horizontalmente hasta enlazar las mismas hojas de los agaves, que en seguida erguian sus agudas púas en todas direcciones, á manera de bayonetas dispuestas contra ataques de caballería.

En esa posicion, apercibió á Brenda en el sendero de arena, sin que se le hubiese ocurrido minutos antes la posibilidad de que se realizara su presentimiento. La emocion fué viva; no podia compensarse mejor su afectuoso interés. El piano no habia resonado, pero ella se presentaba á su vista, y era la más hermosa melodía que pudiese halagarle alma y sentidos.

Vestia la jóven de color celeste, con sencilla elegancia. Traia en el pecho algunas flores que aspiraba de vez en cuando, muda y pensativa, como si en realidad dijeran y recordaran todo, al prodigar su perfume en venganza de su muerte temprana: encantos de la niñez, primeras ilusiones, dolores precoces, deliquios del candor, nostalgias de la orfandad, preludios de la dicha, dulces sensaciones del alma enamorada... Las flores son como caracteres gráficos con que la naturaleza escribe sobre su tapiz verde-esperanza, la palabra "juventud". Por eso es que todas en conjunto ó cada una de ellas por separado hablan al sentimiento de la mujer en un lenguaje elocuente y embriagador. No la cautiva ménos una violeta humilde que una magnolia soberbia. Todas son productos de una sávia que no se agota, y de un consorcio perennal. ¡El ensueño de una vírgen seria ser como una flor! Nunca les halla más riqueza de colores ni belleza más perfecta, que cuando siente más conmovido su sér por

el fuego de la pasión: son sus confidentas íntimas, depositarias de suspiros y lágrimas en el seno ó en la almohada, en las altas horas, sin causar nunca rubor á las santas castidades.

Brenda íbase aproximando al sitio en que se encontraba Raul, con la mirada vaga al parecer, pero dirigida á aquel donde él vivía.

Inadvertida ó deliberadamente, había colocado esta vez en paraje en que podía ser visto, si la jóven asomaba el rostro por algun claro de los arbustos próximos. Al ménos no pensó en moverse: parecióle su conducta natural y honesta, poniendo á su conciencia por juez. Estaba allí porque le arrastraba un prestigio poderoso á cuya atracción creía no deber oponer resistencias, que por otra parte, él se hacia la grata ilusión de no suscitar. Si no procedía por otros medios para llegar al fin, era sin duda alguna por razones que él mismo no precisaba matemáticamente, pero que le inducían á suspicacia, respecto al criterio de las personas que rodeaban á la jóven. De todos modos, dos almas que se comprenden no necesitan sinó de sus fuerzas propias para encontrarse: en su concepto, eran como dos arroyos de opuestas nacientes que bajan en hilos delgados de las faldas graníticas hasta el llano estéril que salvan veloces; cruzan praderas en incansables curvas, engrosan en el camino, saltan por encima de las piedras ó las evitan cambiando su corriente, relegan la broza á los ribazos, y van por último, límpidos y susurrantes á unir sus caudales en estrecha alianza y á confundirse en el rio, para rodar siempre y mezclarse en el ancho mar de las pasiones, de las calmas y de las tormentas.

El hecho es que Raul no pudo seguir haciendo filosofía sobre esta materia, y que de pronto se sintió sobrecogido. El caso era imprevisto.

Una mano blanca habia aparecido apartando con cuidado las ramitas, casi á su lado, y en seguida una cabeza seductora... El, comprimió el aliento. Ella miró hácia la ventana sombreada por el ombú, haciendo sobresalir en el seto su gallardo busto.

No me ha visto,—se dijo formalmente Raul, cruzándose de brazos para reprimir un poco los golpes dentro del pecho.

De repente los ojos de Brenda vagaron en torno; y al percibirlo tan cerca de ella, pálido y silencioso, en actitud de ruego, ahogó una exclamación de sorpresa, mezclada de ingenua expresión de afecto, ¿Sería aquel un acto inocente?

—¡Ah! ¿Estaba usted ahí?—dijo, como si se conocieran hacia mucho tiempo, deteniendo en el rostro del joven sus grandes ojos, donde se pintaban el rubor y la simpatía.

—Y por ello pido á V. perdón, si he osado perturbar sus paseos solitarios...

—De ningún modo. La buena vecindad nunca molesta.

—¡Cuánto agradezco á V. esos conceptos!... Desde aquella casa he escuchado siempre con placer las armonías del piano: me seducían de una manera singular—don privilegiado de quien las arranca. Pero eso no era suficiente. Quería gozar del encanto más de cerca, y adquirir el hábito de aproximarme á cierta hora, en que por lo general se hacían oír.

—Se ve que ama V. mucho la música... Me coloca V. en el rol de una profesora, y no es así. Hay teclas que se ríen á veces de mis dedos, en vez de quejarse. Prueba de mi insuficiencia... Parece que la música tiene tantos amigos, como hay de corazones sensibles. ¿No cree V.?

—Así es. De mí sé decir que me deleita. ¿No piensa V. que es un consuelo para alegres y tristes, por más que los primeros aparenten estarlo siempre?

Brenda inclinó la cabeza con inquietud, guardando silencio. Parecióle sin duda que había aventurado mucho. Luego dió algunos pasos indecisa, y miró hácia la verja.

Raul avanzó unos pasos, á su vez, suplicando... Ella se detuvo temblorosa.

—Caen las sombras,—dijo el joven—y con ellas se aprestan las arpas del misterio; pero ninguna música como la de su voz, Brenda. He soñado, que hace años la oí... ¡No sé si solo será sueño!

Brenda volvió á acercarse con lentitud, callada, fijas en el joven sus pupilas de un azul sombrío, y en el semblante retratada una emoción indecible. La había conmovido aquella invocación al recuerdo.

—Y la oí al pasar, siendo yo adolescente; en hora en que nuestras almas abatidas sentían la cruel punzada de un gran dolor, como principio de prueba de su temple... Han

pasado los años, pero no se ha oscurecido la memoria: brilla el recuerdo, cual luce allí hermosa, la estrella del crepúsculo...

Brenda sofocó un suspiro, y repuso con acento dulce, lido y trémulo, alzando los ojos á la estrella:

—Sí... Pero hoy la noche está serena. No hay nieblas como entónces, ¿verdad?

—Cierto. Aquella era muy oscura y fatídica, sin piedad ni paz. Por otra parte, ¡noche bendita! pues en ella se reveló el secreto de un destino futuro...

—¡Calle V.!—prorumpió ella volviendo á un lado su semblante de lirio;—el recordar le enardece... Yo lloraba ¿y cómo no hacerlo, si me dolía toda el alma? V. estaba callado. ¿Por qué callaba V.? Fué bueno conmigo, y esto nunca lo pude olvidar.

—¿Podía yo acaso, ser malo? Ví á una niña sollozante, y acerquéme.

Tenia V. el velo de crespon que llevaba en la cabeza, todo lleno con la niebla. Pensé despues que así tendría de rocío en el corazon apenado; y cuando puse la mano en el mio, me persuadí que compartía con el ageno el mismo pesar profundo.

—Madre, murió esa noche.

—La mia tambien.

El seno de Brenda palpité con violencia, y más aun, cuando dijo con aire grave:

—Creí entónces, adivinar la causa de su amargura: tenia V. la cara amarilla, así como los cirios, lo que proviene segun dicen de estar junto á los que mueren... Esa noche fué muy cruel para mí. Comprendí recien entónces què estaba sola en el mundo; y despues que mi protectora me arrancó de allí, muchos meses trascurrieron sin que pudiese darme cuenta de mi destino... Pero ¿qué interés tienen estas cosas?

—¡Oh, mucho Brenda! ¿Puede V. dudarlo? Yo conservé siempre en mi memoria hasta el menor detalle de aquel suceso, y á V., á quien ví sufrir. ¡Cuán grato es reproducirlos ahora á la distancia!

La jóven se habia callado un tanto confusa é inquieta. Mas trás una breve pausa, balbuceó como impelida por un sentimiento de gratitud:

—Cuando las noches tenían niebla, yo me acordaba...

—Continúe V. —dijo Raul, observando que las mejillas de Brenda se teñían de rosa é inclinaba la vista quizás arrepentida de sus confidencias.

—Sí, me acordaba de su noble conducta en aquella ocasion, y me decia si ya no volveria á verle para expresarle mi reconocimiento.

—¿Por qué? Mi mejor satisfaccion fué la de volver á encontrar á V. en mi camino, tranquila, amada y dichosa. A poco recordé aquel trance, y reprodujose nuevamente en mi pupila la imágen de la pequeña huérfana. El acaso ó el destino nos puso entónces al uno junto al otro, errantes por la misma pena, como niños sonámbulos; hoy repite el mismo hecho en situaciones para ambos distintas, como si se complaciera en acercar dos antiguos y buenos amigos despues de algunos años de ausencia. Eso es todo: una conversacion triste interrumpida casi en la niñez, y reanudada en la edad adulta, bajo una faz más alegre y atrayente: una amistad vieja en nuestros corazones jóvenes que en ellos renace de improviso y los acerca...

Calló Raul; y los dos se miraron con asombro, sorprendidos de aquella aproximacion y de la naturalidad de sus actitudes y palabras, pensando quizás que era cierto que habian encontrado de consuno el último eslabon de un vínculo amistoso, perdido como el cable que se rompe, en lo hondo de los tiempos. ¿A qué atribuir si no esa confianza casi familiar, y por no decir íntima, que revelaban las menores frases y la conducta de cada uno? Ciertamente que un sentimiento nuevo, recíproco, más egoísta é intenso, parecia ya envolver sus almas en ese comun cendal que á todas aísla del mundo externo, reduciéndolo á un solo objeto, al reducirse toda la energia del sentir en limitado espacio, bajo la influencia cada dia creciente de la pasion. Notábase en sus ojos, en sus frentes, en sus labios los signos, manifestaciones y reflejos de un amor que nacia con fuerza, empezando por dominar los sentidos y por agitar los ensueños de la mente, dándoles un tipo, una imágen real, digna de elevarlos al rango de certidumbres venturosas. Las esperanzas é ilusiones de una nueva vida subjetiva temblaban, si se nos permite decirlo así, en las pupilas y en los labios de los jóvenes, cual s

temieran surgir á la luz; y al trascender estas vibraciones del sentimiento que venian de lo más hondo, parecia cangearse entre ellos el fluido misterioso que recorre los nervios — acaso con mayor vigor en una hora de emocion profunda.

El hecho es que los dos siguieron diciéndose cosas raras y mirándose con afan y deleite, como si hubiesen olvidado la hora y el sitio. En uno de esos instanfes, de una manera casi inconsciente, Raul posó su mano con suave tacto en la de la jóven.

Brenda sonrió, al retirar lentamente su mano, las juntó á la altura de su garganta con un movimiento pausado, púsose séria, y murmuró al fin con cierta agitacion, viendo pasar á Zambique gruñendo á corta distancia:

—En aquella noche no tuve temor alguno; pero hoy siento...

—¿Por qué esa inquietud, Brenda?

—No sé... ¿V. no se marcha?

—Si es una órden, sí.

La jóven dió unos pasos, restregóse las manos con ansiedad, volviolas á unir y las dejó caer hácia adelante, observando á Raul en silencio.

—Verdad,—dijo éste:—la sombra cae, y tiene que alejarse el rayo más hermoso que ha dejado el sol al morir.

Saludó ella con un movimiento seductor, casi infantil, y se alejó presurosa... Henares vió perderse su vestido color de cielo entre los árboles, y ocurriósele pensar en las hadas que nacen y se desvanecen al pálido rayo de la luna.

XVI

LA GLORIETA

El ensanchamiento de fronteras siguióse bien luego al primer avance. Dos dias despues, á la misma hora, Raul en vez de detenerse en el seto lo salvó tranquilamente, y enca-minóse meditando al centro del jardin en esa parte, con paso firme y sereno.

Habia visto á Zambique regando unos criaderos, al propio tiempo que modulaba á media voz uno de los aires especiales de su marimba. Esta circunstancia desvaneciendo sus escrúpulos, le impulsó tal vez á penetrar en el recinto con ánimo confiado. Zambique dominaba aquella zona, relegada exclusivamente á su cuidado y vigilancia.

Así que le percibió cruzóse el viejo negro de brazos, siguiendo la regla de sus mocedades cuando era esclavo— en presencia de sus señores. No eran de ménos valia los títulos del jóven á la gratitud y al respeto del liberto. Ya próximo á él, Raul hizole una seña, como indicándole que iba á entrarse en la glorieta.

Zambique halló aquello muy natural, y sonrióse, así que penetró en ella, prosiguiendo con sus tareas la interrumpida cántiga. Habia sentido desde algun tiempo atrás algo raro en la atmósfera y observado tambien que de esa rareza se resentia la reina, como él llamaba á la jóven. Para convenirse del fenómeno bastáronle algunas indicaciones inusitadas de Brenda que introdujeron ciertas variantes en su vida sedentaria, sin otras preocupaciones hasta entónces que el amor á sus bienhechores y el lleno de sus deseos y caprichos en lo relativo al cuidado de las plantas y seleccion de las flores.

La glorieta era un asilo poético. Varios cristales de colores defendidos por una red delgada de alambre, formaban la techumbre; las rejillas de madera en todo el circuito, aparecian escondidas totalmente bajo las hojas y las flores. Los últimos resplandores del dia teñian el interior con bellos reflejos, cada vez más ténues y macilentos, á medida que iban surgiendo las sombras. Veíase un banco de piedra pulida en uno de los ámbitos, de cuyos brazos se habian apoderado tambien algunos gajos de madreSelva como protesta en favor de su derecho al dominio. Respirábase allí un aire denso, impregnado de fuertes aromas.

Se encontraba Raul en una de las puertas, la que miraba al centro del jardin, cuando observó á Brenda, junto á un grupo de manzanos,—donde se habia detenido indecisa.

Recien entónces ocurriósele pensar que su osadia podia disgustarla, y hasta hubo de resolverse á abandonar la glorieta; sin embargo de que al venir allí habia cedido á la idea.

de que en luchas de amor el terreno ya adquirido se conserva, extendiendo la conquista, y llevando lo más léjos posible las fronteras de convencion, hasta hacer prevalecer las naturales, si algunas reconoce la pasion en sus irrupciones impacientes é irresistibles.

Pero, no tuvo oportunidad de realizar su determinacion ni de ponerse en pugna con impulsos de esa índole; pues la jóven con movimientos de infantil confianza fuése acercando, ya deteniéndose á aspirar ciertas flores del tránsito, ya girando al rededor de los medallones, como una falena juguetona que se complace al principio en trazar grandes círculos en torno de una luz brillante. En verdad que se aproximaba á la llama, cuyo calor sentia de léjos; y que diferia mucho de esas azul-verdosas, que no queman, y que se elevan en el aire con la tenuidad de un gas, en forma de lágrinas impalpables y luminosas.

Zambique, á pretexto de regar matas de pensamientos de múltiples matices que allá en un extremo solitario habia, —con más esmero que el que muchos emplean para mantener la frescura y lozania de los del propio espíritu, — parecia haber dirigido breves palabras á la jóven con momos expresivos y cierto júbilo mal disimulado. Despues, habia cruzado por delante de la verja sin que nada le dijese la reina, rezongando su música extraña, y volviendo á la faena con nuevo ahinco, si bien con el oido puesto á los rumores.

Brenda caminaba, moviendo de atrás para adelante un abanico que traia pendiente de la muñeca, y mirando á todas direcciones con tranquila continencia y aire melancólico.

Ya muy cerca de la glorietta recogió un poco el ruêdo de su vestido, enseñando el pié breve y correcto; puso el extremo del abanico en la mejilla, y siguió mirando en silencio hácia un lado, ondulante el pecho,—que en parte descubria cerca de la garganta el nacimiento de sus mórbidos y anacarados tesoros.

Fué despues de un intervalo regular que volvió la vista plácida y serena al jóven, que á su vez la contemplaba embelesado.

—V. no teme que lo riñan,—dijo, saludándolo con adorable gesto de reproche, y apartando nuevamente sus ojos.

Solo V. cruza el campo á estas horas, y se entra al jardin ageno, como si le negasen á V. flores...

—Imploro su gracia...

Solo yo puedo regar la flor-reina que en este jardin busco.

Brenda sonrió, dió un paso más, y abrió el abanico para agitarlo suavemente.

Raul fué retrocediendo con lentitud, fijos los ojos en ella, cual si pretendiera atraerla con el fluido poderoso que la pasion desenvuelve, acallando la palabra demasiado pálida para expresar sus profundos anhelos.

Brenda dió otro paso, á pesar suyo tal vez, echando el cuerpo hácia atrás, y reprimiendo un suspiro.

—¡Qué atmósfera embriagadora! exclamó Raul con esfuerzo, y una inflexion dulce é insinuante. Se respira como en un ambiente de sándalo, y el corazon es ahora un reloj que marca horas singulares, de esas cuyas impresiones se deben gustar, porque pueden nunca más volver...

Hermosa, esta pequeña escultura de mármol que sobresale en el pié de madera colocada sobre el banco. Simboliza al parecer un gladiador. Se ve que ama V. el arte...

¿No entra V., Brenda?... Querria que examináramos juntos esa miniatura.

Acerados músculos, ademan fiero, ceño que revela fortaleza de ánimo y resolucion de disputar la vida, como si en ese pecho estallara la esperanza, asomando á los labios con un nombre de mujer! Me seduce; pero no conozco al artista...

¿Servirá á V. para meditar alguna vez, este asilo, mi bella amiga? ¡Dichoso pabellon que habrá oido confidencias más gratas que sus perfumes! Aromas, silencio, blancos ensueños del candor: yo bien sé que han hecho aquí alianza secreta..., que el amor sin castidades es un simple lujo de los sentidos, y la mente solitaria dora siempre la misma realidad sombría.

¿Por qué no se aproxima V. más, Brenda? ¡Es tan delicioso este retiro! El sentimiento anhela brotar y expandirse para disputar su privilegio al encanto del asilo, y llevar al espíritu un consuelo contra la duda que le entristece... ¿No me permite V. que yo confie el mio á su cariño?

La jóven siguió avanzando, pálida y silenciosa... Se detuvo

de nuevo, rozando ya sus piés la entrada, para mirar hácia atrás, conmovida.

Volvióla bien pronto con rapidez al rostro de Raul, y apoyó el semblante en el marco, con tal expresion de suave ruego, que aquel quedó inmóvil y callado en el centro de la glorieta.

Los postreros reflejos del poniente se difundian á medias en aquel sitio y hacian resaltar el perfil de Brenda, rielando en su mejilla de azucena: húmeda estaba la pupila, ondulate el seno, entreabiertos los labios, y lleno de ansiedad el espíritu.

Raul retrocedió paso á paso, con aire grave y sumiso hasta la puerta del fondo; inclinóse, é iba á salir, cuando ella dijo dulcemente:

—¡No!...

—Y bien.

Brenda se entró en la glorieta, conservando una de aquellas nobles actitudes que cautivaban á Raul y le imponian.

Tendió él, sin embargo, el brazo con impulso irresistible; y aunque las blancas manecitas de la vírgen se juntaron trémulas, delante de él, no pudo ella evitar que su cabeza reposara en el pecho del jóven y que su frente sintiera el calor de su boca.

—Ese hálito ardiente no ha de marchitar las azucenas... Era para ungir una ilusion.

—Bien que lo he sentido. ¡Ay, temo que la queme...!

Hay un rumor. ¿Oye V.?

Los jóvenes guardaron silencio, de pié, y cogidos de las manos.

Poco despues, Zambique pasó por delante de la puerta, sin mirar, gruñendo su cancion africana, y derramando el contenido de la regadera sobre las plantas del sendero, guarnecido de bejuco. El exceso de los años habia hecho algo inseguro su andar; pero iba tranquilo y alegre como nunca, con el sombrero alto de felpa encima de la oreja izquierda, y desabotonada una levita sin faldones, que era la del trabajo diario. Fué su pasaje como el aleteo de un murciélagu, cuyo zumbido se desvaneci6 pronto.

Los jóvenes se miraron con aire de contento.

Brenda se desprendió sin esfuerzo, y arrancó una flor de madreSelva. La aspiró un momento, y dióselo luego á Raul, diciendo:

—Para señalar una página en algun libro favorito... Cuando esté viejita y sin olor, la dicha de este instante será tambien un pálido recuerdo.

—¡Oh, no! todas se marchitan, ménos la flor de la pasion.

¡Qué suave contacto el de ese cabello rubio en mi mejilla, y qué destello el de los ojos zarcos, que manan esencia de bondad! ¡Así!... Es muy grato sentir cómo late el pecho, y cómo su calor sube, para desvanecerse en suspiros. Hay fiebre en nuestras frentes y temblor en las manos; en sus labios se ha quedado una sonrisa tan dulce y cariñosa, que es en vano plegarlos, pues volveria á dibujarse...

Brenda le miraba de hito en hito, sonriendo en efecto, de un modo inefable, caída la cabeza sobre el hombro del jóven, en esa actitud de abandono y embeleso que acusa una absorcion de la voluntad por el sentimiento.

De pronto Raul acercó sus labios encendidos á los de ella, y al sellarlos con un beso ardiente, murmuró, como un ruego, lleno de melancolia y de misterio:

—¡Perdon, Brenda!

Al sentir la impresion, la jóven pareció salir de un éxtasis: rechazólo con suavidad, y dió algunos pasos fuera de la glorieta, como una sonámbula.

Oyó él luego, que decia:

—¡Perdon! ¿Y por qué?...

¡Ya es hora, adios!... ¡Del sueño con que empieza el amor, no se deberia nunca despertar!

XVII

EN LA CHOZA

Preocupado estaba Raul delante de planos diversos extendidos en su mesa de estudio, pocos dias despues de lo que queda relatado, y á la hora habitual de sus tareas.

Exigencias de su profesion le retuvieron toda la mañana en la ciudad, destinando unos buenos momentos á su amigo Bafil, con quien compartiera el almuerzo y mantuviese animadas conversaciones sobre asuntos de interés. Habia recibido Raul una carta de Rio Grande, en que la empresa constructora le pedia tratase de ponerse en viaje en esos dias, asignándole quince de espera á lo sumo, en virtud de haberse resuelto la iniciacion de los trabajos de movimiento de tierras y nivelaciones para fines de mes, y ser indispensable su presencia como director de los que debian practicarse en una zona determinada.

Se estaba á principios de diciembre, y desde luego podíanse aprovechar bien los dias de plazo acordado. Los amigos convinieron en realizar simultáneamente su respectivo viaje, para volverse á encontrar en Montevideo en la primera quincena de febrero, si como creia Zelmar no se oponia obstáculo alguno á su solicitud presentada á la Facultad, que contaba con el valioso apoyo de muy influyentes personas, en el sentido de abreviar el término en que deberia someterse á prueba. Laboriosa y difícil era esta por cuanto tenia que rendir exámenes parciales en varios dias consecutivos, y luego el general y de tesis, con arreglo á las severas formalidades que rigen el profesorado y consagran el título de hombre de ciencia.

Por su parte, Raul presumia verse libre en ese lapso de tiempo, prometiéndose multiplicar su actividad para conseguirlo. Sabemos bien que á este respecto, el propósito no podia ser más firme y sincero: á juicio del jóven, todo estribaba en la observancia de una especie de procedimiento logarítmico. La simplificacion posible en las operaciones más árduas y complicadas, con éxito completo, era á no dudarlo uno de los progresos matemáticos... especialmente en este caso, en que la regla debia tener dura aplicacion. Cierto es que en estos cálculos, el ingeniero no se preocupaba mucho de Neper, ni de los tabularios de Briggs ó Vlacq: sencillamente ponía su criterio científico al servicio exclusivo del corazon, verdadero logaritmo hiperbólico, tratándose de esas "medios proporcionales" que se llaman pasiones ó impulsos irresistibles, segun el mayor ó menor vigor del músculo noble.

De muchas cosas habian hablado los jóvenes, sin reserva, á no ser para las del sentimiento. Sin ofenderse el de la amistad, los demás pueden á veces replegarse delicadamente á semejanza de ciertos pétalos de flor, en extremo susceptibles—hasta tanto la mano cariñosa no adquiera la misma suavidad de la hoja. Con este motivo, Zelmar habia dicho, entre una y otra ocurrencia frívola:

—Me ocultas algo, porque noto que no eres el mismo...

—Y tú tambien.

Los dos amigos se habian reído en silencio, como una promesa tácita de descubrirse en oportunidad, sin insistir más al respecto. Como Raul recordase á Areba Linares, en uno de los giros de la conversacion, con el interés natural que inspira una persona de mérito, Zelmar habia replicado tranquilamente:

—Pronto la conocerás. ¡Oh, eterno femenino!... El lunes se baila en lo de Stewart, te refresco la memoria. Aparte de la mecánica insulsa de la danza, ¡qué gratos instantes de expansion! Me los reservo, y te aseguro que has de pasar por entre los tules y efluvios de mi jolgorio... Mira, Raul: que no te se ocurra abordar formalmente á Areba: te lo digo con la misma licencia con que me permito razonar el pastel por medio de esta copa de jerez viejo... Seria igual que tú echases tus rieles sobre un puente sospechoso... La habilidad estaria en que tendieras un hilo eléctrico que pasara por encima, rasando, de manera que ella sola sintiera el vibrante rumor del acero zaherido por el viento, sin recoger ni una frase que le diera luz... Ya me entiendes; ¡es un fondo que asusta! Muchas ingeniosas intrigas brotan de ella, mansas, casi imperceptibles, hilos de agua que nacen quien sabe en qué ojos escondidos de la tierra; pero Julieta Camandria es el órgano caracterizado, como si dijéramos el hilo fino y plateado convertido en rauda que salta bullicioso y golpea á la piedra del escándalo, hasta repercutir en la trompa más rebelde... ¡Deliciosa é incomparable Julieta! En lo que no puede revelarse, está su fuerte; el día en que no hubiera secretos, se moria de nostalgia... ¡Cuidado Raul, que ella ó la otra, se haga la ilusion de descubrirte alguno, ó de inventarlo al ménos, para rodear tu personalidad de una atmósfera ficticia!

Algo turbaron el pensamiento de Raul estas y otras frases, proferidas con la más marcada sencillez y amistosa afabilidad, y por largas horas conservó en el fondo cierta inquietud mortificante que no le era fácil desvanecer. Tentado estuvo de comunicarse con entera franqueza, á condición de que su amigo le aclarase los oscuros conceptos, que hallaban su espíritu tan bien preparado para engendrar dudas y sospechas; pero la discrecion, que era una de las calidades notables de su carácter, le aconsejaba guardar todavia algun tiempo el secreto que Bafil no tardaria, por otra parte, en adivinar ó descubrir, si es que ya contra sus designios, no habia levantado una punta del velo.

Agitábase el jóven ingeniero en estas ideas, doblando y extendiendo planos en su mesa, con una excitacion nerviosa que no le permitia aislarse y quedarse á solas con las rectas y curvas, líneas y cálculos, demasiado frios y rígidos para conformarse con el demonio interior ó familiar entretenido en los instantes de que hablamos, en bosquejarle paisajes con pincel de luz, encantadores y atrayentes, poblados de imágenes extra-terrestres de alas blancas que se movian esparciendo perfumes desconocidos al mundo, como las del ángel de Milton, en redor de otra imágen de cabellera luminosa, cuyos ojos parecian hechos con el azul profundo que resalta en ciertas noches sin luna, pero serenas y estrelladas del estio.

Y cuando por una volicion enérgica lograba que su vista percibiese clara y distintamente algunos puntos señalados en un mapa de la provincia brasilerá, sin perderse en la enmarañada trama de los rios, villas, ciudades, serranias, lagunas y accidentes, tan confusa y entretejida como una selva vírgen toda enroscada por lianas gigantescas,—entónces escribía algunas notas y apuntes, y buscaba en el estante con mano firme y cierta, textos de consulta y cuadernos de diseño, reconcentrado con toda gravedad en el helado tema matemático. Pero, á semejanza del jugador de ajedrez que coge una pieza por otra y la sienta, sin apartar la vista de aquella cuyo ataque se presume en la táctica del gambito, acontecióle una vez que sin mirar los rótulos para no distraerse de cierta asociacion de ideas, alargase la diestra con la firmeza que dá el hábito, extrayendo en lugar del que que-

ria, un elegante y lujoso volúmen impregnado de olor muy distinto al que exhalan los sesudos libros de ciencias exactas, por lo comun de encuadernacion sólida y prosaica como su contenido.

Lo apoyó sin poner atencion sobre la mesa, y cual si obedeciera al suave roce de sus dedos, abrióse el volúmen por la página en que debía, hiriendo entónces su vista una flor de madreselva en ella adherida por la última humedad de su jugo y la presion de las hojas; sin perfume y ya marchita, pero intacta y venerable como un recuerdo indeleble. ¡Indiscreto volúmen!

Contenia las poesias de Petrarca, el gran precursor del lirismo moderno y el estro más melódico del soneto, en cuyos versos el sentimiento del amor y la pasion del patriotismo se elevan á un tono que superan al gusto de su época. Se conocia al primer golpe de vista que sus páginas no habian sido vueltas con mucha frecuencia, y esto habria resaltado abriendo las poesias de Foscolo y de Leopardi que ocupaban el puesto inmediato en el estante; pero fuere casual ó de intento, la flor de madreselva distendida, habia dibujado su forma con tintes amarillos y purpúreos sobre una composicion que terminaba con estos versos:

Ove sia chi per prova intenda amore,
Spero trovar pietá, non che perdono.

No pudo ménos Raul de contemplar con placer el dulce recuerdo, y de fijar algunos instantes su atencion en los versos con marcado interés... Los planos se convirtieron bien luego en líneas confusas y perdidas, bajo la mirada vaga y pensativa; una de esas miradas sin expresion ni luz, en que los ojos parecen haber vuelto las pupilas hácia el interior del cerebro—absortas en algun cuadro de mágia esbozado en la cúpula y mantenido por un exceso de fluido nervioso, con todo el vigor del colorido y la frescura de las imágenes de un lienzo ideal.

Las manos inquietas empezaron por enrollar un plano; luego otro; despues el mapa; y por último cerraron el libro, despacio, con cuidado, cual si temiesen estrujar una ilusion.

Levantóse en seguida Raul, y estuvo mirando largo tiempo por la ventana.

Declinaba el día, nublado y ventoso. Ráfagas tibias, cual si hubiesen pasado por un foco incandescente, sacudían con ruido monótono y triste las ramas del ombú y se entraban veloces al gabinete, oreando la frente del jóven y haciendo remolinos en su cabello. Pero aquellas ráfagas, verdaderos resuellos de fuelle, solo se producían á intervalos, presagiando una calma profunda.

Apartóse él de allí.

..

Algunos minutos despues, cruzaba á paso lento la arboleda, y seguía á lo largo del seto, hácia la choza. Solo una vez puso los ojos en la quinta de Nerva, sin detenerse;— y lo fué para experimentar una impresion agradable. Brenda le habia visto desde el sendero de los manzanos. Daba el brazo á la anciana, y caminaba con la cabeza erguida y ese aire de severa dignidad que la mujer emplea para ocultar alguna sombra importuna, ó mirar de más alto algun detalle insignificante, para otros ojos que los suyos.

Pronto llegó Raul á la choza, en donde como de costumbre despues de medio día, habia resonado implacable la marimba. No estaba Zambique en ella, presumiendo el jóven que á esa hora se encontrara inclinado sobre ciertas plantas predilectas limpiando sus hojas y dispensándoles generoso riego. Sentóse en un banco rústico de madera, cuyos piés estaban sólidamente encajados en el suelo; y esperó.

Este banco se descubría apénas entre un enjambre de guías de enredaderas silvestres que envolvían al elevarse algunos de sus anillos en el glauso follage de los agaves, y dejaban flotar más de uno de sus extremos á merced del viento. Delante se mecían en sus tallos combados por el peso grandes dalias amarillas y punzoes, lujosas y sin esencia, como las frágiles vanidades. A la izquierda se abría una calle de eucaliptus que guiaba al estanque, formando allí una plazoleta circular, para extenderse más allá en línea recta hasta la gran puerta del edificio que daba paso á la quinta.

Calmábanse las ráfagas del este; el aire estaba denso y caliente, el cielo cubierto de nubes plomizas, y en medio de la siniestra serenidad reinante las golondrinas rasaban el suelo; volvían las abejas en tumulto á la colmena; y los pececi-

llos del estanque saltaban sobre la superficie, como aturdidos, anunciando de consuno próximos fenómenos atmosféricos.

Raul se encontraba demasiado sometido á las fuertes tiranías del sentimiento, las únicas que se soportan sin protesta y se arrastran sin humil'acion ni pena, para preocuparse mucho de lo que ocurría en las alturas, en esos instantes. Ansiaba ver á Brenda.

Por dos veces se asomó á la calle de eucaliptus para inquirir algo á la distancia, con el corazon palpitante, poseido de la impaciencia que hace rebosar al deseo y aumenta la excitacion de ánimo. No se veía su falda, en el sendero enarenado.

Así trascurrieron algunos minutos.

Decidíase á aproximarse al estanque, cuando de súbito su mirada irradió de satisfaccion, permaneciendo inmóvil en su sitio de espera.

Brenda acababa de aparecer seguida de Zambique, saliendo de entre los árboles por un flanco, más bella y seductora bajo aquel cielo gris y tristemente envelado, como si en su cabeza adorable llevase un nimbus luminoso que dorara todos los objetos alrededor.

Escapó al jóven una exclamacion vehemente y apasionada:

—¡Qué hermosa surges mi bien!

Oyóle ella, y avanzóse esbelta y levantada, con ese paso rimado y gallardo que descubre todo el pié y hace ondular la cabellera en el cuello de rosa y perla. Risueña, un tanto pálida y trémula, le extendió su mano, diciendo.

—Está vendada, no la oprima V. mucho. ¡Cuántos dias que no veía á V., señor Henares!

Cogió Raul aquella mano, cubierta en efecto en parte, por una pequeña venda, y sin pronunciar palabra la llevó á sus labios en un arrebató, que no le hubiera sido fácil reprimir. Quiso ella retirarla, pero él la retuvo, acercóla á su corazon y puso encima sus dos manos, mirándola con profundo deleite.

—¿Qué hace V.?

—Probar con esos latidos que la he extrañado yo mucho más.

—¿Más?... Si fuera cierto...

—¿Qué?

—¡Cuánta dicha! Como ahora está estuvo estos días el cielo para mí.

Raul acercó su rostro al de Brenda.

—Triste como vése el cielo, alumbra ahora un sol toda mi alma y la enardece.

Zambique sin mirar para nada aquella escena, inclinóse con la mayor calma, recogió un pico delgado de carpir, y pasó muy cerca de los jóvenes, lenta y sosegadamente. Para él, parecía no haber nadie allí.

Al entrarse por la calle de eucaliptus, cuando estuvo seguro de no ser visto, paróse temblando, dilatáronse sus gruesos labios con una mueca rara, cerráronse sus ojos, y brotó de su boca una especie de quejido ahogado. Restregóse luego con el brazo, empuñó el pico y siguió su camino, cantando su aire africano con una expresion extraña é indecible de melancolia y de contento.

En tanto, decia Raul con ternura:

—¿Cómo tuvo V. esta pena?

—No fué mucha, pero al principio me hizo sufrir. Ve a V. Cuido un jazmin con esmero: todos los días lo visito, y al siguiente de nuestra última conversacion, me acerqué á la planta temerosa de las hormigas. No habia ninguna; mas como viese una abeja de esta colmena que ahí tiene Zambique, haciendo destrozo dentro de un pimpollo, blanco que era una nieve, quise ahuyentarla, pues estaba yo en verdad enojada... y se estuvo quieta, ¡como si tal cosa! Entónces sacudí las hojas, y la abeja se posó aquí y me hizo sangre... ¿No ve V.?

—Sí, que veo... El cruel insecto creyó sin duda Brenda, que esa mano era una azucena; y más ha sufrido ella que la flor al perder esta tan solo el pólen de sus estambres.

—Así dijo el jardinero, quien pretendia para consolarme que era la reina del abejar la autora del delito.

—Celos entre reinas... ¿Y quién curó esa herida?

—El Dr. de Sélis, que vino más tarde. Aseguró que esto no era de importancia y que pronto estaría bien... Se ha ido el poco de fiebre.

¡Se pone V. triste!

—No...

—Si la flor no era para él—agregó la joven con acento candoroso. Mire V. La traigo aquí.

Y llevó la izquierda al seno, envolviendo al joven en una de sus miradas límpidas y serenas, que dejaba sin embargo traslucir un dulce enfado y un cariñoso reproche. El quedó contemplándola mudo y atraído como si en ella pusiera sus ojos por vez primera.

Tenia Brenda recogido el cabello en redor de su cabeza, hasta formar detrás nutridas madejas que rozaban el cuello en ondas, y despedían un perfume delicado; dejando al descubierto pequeñas orejas naturalmente encendidas por un suave carmin, sin adorno alguno. Vestía un traje de encaje crema con falda de volantes guarnecidos de cintas de otomano azul pálido; y de este mismo color era el lazo abolsado del cinturón. Plegábase á la cintura el elegante corpiño, haciendo sobresalir las modeladas formas de su busto esbelto. Las mangas ceñidas, y algo cortas, dejaban ver bajo sus adornos de blonda crema parte del brazo torneado, blanco y terso, sin la menor sombra que empañara la límpida transparencia de su piel. Se exhalaba de esta hermosa criatura como un eduvio sutil y embriagante de vergel, que iba á la cabeza y tentaba el vértigo.

Antes que Raul saliese de su abstraccion, alargó ella el brazo y le ofreció el jazmin, despues de aspirarlo en silencio. Cogiólo él con emocion, y Brenda, apartando lentamente la vista:

—Mejor es que nos veamos aquí,—dijo. En la glorietta se respira un aire demasiado aromático, y eso hace daño... Aquella noche no dormí bien... Sin duda por eso. Me dolían mucho las sienas, y los ojos se negaron á cerrarse. Mas ya pasó.

¿Y V., amigo mio?

—Seria casual, pero acompañé á V. en el insomnio...

—¿Ve V.?—repuso Brenda con un ceño adorable y una sonrisa incitante:—A mí me han quitado el jarrón de flores primorosas que tenia al lado de mi lecho, y no ha habido medio de recuperar tan grata compañía...

Raul no la dejó concluir. Arrastróla suavemente hasta el banco de madera, y al sentarse á su lado bien juntos, enlazado su brazo á la flexible cintura, balbuceó trémulo y febril:

—¡Te engañas, Brenda! tus párpados no se cerraron porque hubiese excitado el cerebro el ambiente de la glorieta... ¡Oh, tampoco á mí!... ¿Por qué no has dicho que el hada de tus ensueños virginales cesó esa noche de hablarte de los devaneos pueriles, y te inició en el primer misterio de una pasión profunda, ardiente, inmensa, que ya desborda en mi alma y me arrastra ciego á adorarte?... Mira en mi rostro, lee en mis ojos, palpa en el pecho jadeante, y sabrás por qué el más hondo y oculto anhelo brota de las pupilas; por qué late veloz la arteria y arde en las venas la sangre; por qué mi brazo hace estremecer tu tronco de hada, y mi labio encendido busca sellar con fuego en tu boca la eterna promesa de un santo amor. ¡Amor, dije! ¿Llevóse acaso el aura la esencia pura que dejé en aquella glorieta solitaria, cuando abrióse el corazón como una urna—única vez que se abre y toda escapa en el sentir primero!—para prodigarla en los altares de este culto cuya imagen celeste eres tú?

—La llevé yo—dijo ella con los ojos húmedos, tierna y enamorada, poniendo sus manos en el pecho del joven, respirando con fuerza y mirándole con hondo arrobamiento..

Yo la llevé... Era una esencia de fé más delicada que ninguna otra aroma, y la aspiré casi sin sentirla. Por eso, es verdad, no dormí; pero fuí dichosa. Tienes el alma tan noble—¡oh, yo bien lo sé, mi único amigo!—que esa ofrenda tenía que hacerme creer, palpar y bendecir. No me la quitarás nunca más, ¿verdad? No tienes por qué engañarme. Hace tiempo, cuántas veces me decía en las horas tranquilas ¿qué será de él? ¡Cuánto daría por volverle á ver!... Y en mis alegrías yo no te olvidaba, pues eso no era posible, que estaba siempre delante de mis ojos el que había enjugado mis lágrimas, ¿te acuerdas?... sí en aquella noche triste, oscura y sin consuelo. Pero aquel afecto no era como el que ahora llena todo mi sér, y me enajena, haciéndome pensar que dejaré de sentirlo con la vida.

—Y yo también, dulce Brenda, pues emoción mayor no habría fibra que resistiera. ¡Puedes creerlo! Si tu mirar penetrase en mi espíritu verías que ninguna ruina dejó allí otra pasión, de esas que secan la savia y matan en germen la esperanza de amar con la misma fé... Joven me fuí muy lejos á labrar con una carrera honrosa mi porvenir, dejando afec-

tos, amistades, recuerdos; jóven regresé lleno de ansias y alegrías, y bajo el cielo de la patria todo exhibióse extraño á mis ojos, todo lo que yo habia amado y mantenido en mi memoria sin sacrificar el menor detalle al olvido... Afectos profundos, amistades de los primeros años de juventud, extinguidos ó dispersos; ni una palabra ardiente, ni una sonrisa cariñosa de otros tiempos, asomándose á algun semblante como un consuelo á la amargura, de haber sido demasiado ingénuo gustando con exceso el placer de la vuelta, tan intenso como el pesar de la partida... Fieles solo fueron los recuerdos, esos que trasladan léjos el pensamiento, y presentan los años como jornadas de un segundo; conmigo volvieron, y al pisar la ribera renovaron con más fuerza los cuadros y escenas animadas—en sitios ya perdidos bajo zarzas y yedras... En uno melancólico refundiéronse todos, y al vagar por un sitio que poco se frecuenta, para consagrarlo trás una larga ausencia, esta memoria triste despertó otra inefable y dulce á tu presencia, compensándose así la pena de haber soñado en las simpatias é impresiones duraderas. Llevabas una corona que colocaste en una losa negra; tu presencia hizo latir mi corazon, y yo que siempre habia amado el pasado agradecí á mi propia fé, porque de su fondo oscuro venia la luz que irradiaria en mi porvenir. ¡Qué hermosas horas vinieron en pós!

De esta, mi bien, que parece precursora de dichosos dias no quisiera empañar con una duda el mirage del encanto...

—¿Una duda?

—Sí, y cruel... ¿Podrias tú disiparla?

—¡Oh, habla!

Y miróle ella con fijeza, estremecida, como si rompiendo los lazos del prestigio volviese de súbito á la realidad fria é implacable, que estrechaba los horizontes de su existencia.

—Anheló conocer,—repuso Raul con voz temblorosa,—si la noble dama que ha concentrado en tí sus cariños entrañables no ha buscado ya tambien preferencias á tu corazon...

Brenda dejó caer su frente en el hombro del jóven, guardando algunos instantes silencio. Su seno palpitaba con violencia. Cuando levantó el rostro, tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¡Lloras!

¿Te hice daño, acaso, Brenda?

—¡Ah, no! pero me recuerdas que al elegirte como dueño de mi suerte, contrarío intenciones tan puras, como santo y sincero es el amor que las inspira... Sabes cuán acendrado es el cariño que me profesa aquella á quien todo debo, y cuán grato está mi corazón á su bondad infinita; y lucha por inclinarme á otro que tú, no porque de ello dependa nada que afecte su posición ó su destino, sino porque así se lo aconseja aquel amor que me tiene y que yo retribuyo con todas las fuerzas de mi alma. Mas ¡ay! que ellas me faltan, y débil, solo las siento renacer á tu lado, ahora que sin ser dueña de mí misma, he llegado á comprender que no es la voluntad sino el sentimiento el que decide mi destino: ¡él me domina toda y ve amigo mío, cómo me aflige la congoja, y el llanto se agolpa á mis ojos sin que pueda contenerlo!

Raul escuchaba, pálido y agitado, estrujando en su mano izquierda un guante de hilo, y distraendo á cada instante en el vacío la mirada.

Trás una corta pausa, preguntó con cierta amargura:

—¿Luego es cierto, que ella no me estima? ¿No me engañaba entónces cuando presumía, sin que lo hayamos hablado nunca, que en esa casa todo, ménos lo que hace de ella un eden, era adverso á nuestra dicha?

Bajó Brenda la cabeza triste, suspirante, miróle tímida, apenada, y pasó sobre la de él su mano tibia y suave, sin desplegar los labios.

—Comprendo. Ningun título me recomienda á su valioso aprecio; pero, ¿qué importa? ¡Pueden conjurarse todas las adversidades sobre mí, y reunirse en mi redor enconadas y temibles pasiones siniestras que presiento, y cuyo origen adivino:—¡tú me amas!

¿No lo digiste?—Agrega ahora que no serás de otro.

—¿Lo dudas? siempre lo diré. Después de mi padre no conoció de cerca mi corazón otro hombre.

A estas palabras, reconcentróse Raul; lentamente llevó la mano al rostro, por el que se había esparcido una sombra que volviera adusto su ceño,—y pareció dominada la exaltación de su ánimo por alguna impresión moral, súbita y penosa.

De pronto, atrayendo hácia sí á la jóven, preguntó con acento breve y extraño:

—¿Cómo era tu padre?

Brilló un relámpago de orgullo en los ojos de Brenda.

—Jóven y hermoso,—dijo. Tenia el cabello muy negro, como el bigote, el mirar altivo, y la cara varonil, llena de expresion y energia. Siendo tú más jóven, me haces acordar á él...

Retumbó en ese instante el trueno á lo léjos, prolongándose el sonido en la atmósfera cargada y densa, viniendo á desvanecerse en débiles rumores sobre la choza. Conmovióse Brenda, y miró á Raul. Estaba éste pensativo, contraído siempre el ceño y la frente sudorosa.

Zambique apareció en la plazuela, con la cabeza baja y gruñendo.

Al verle, levantóse Brenda dejando sus manos en las de Henares, en delicioso abandono. Imitó Raul el movimiento, y las estrechó callado, con ternura.

—¡Hasta pronto!—dijo ella en voz baja y llena de emocion.

—Sí... Quisiera acortar las horas de soledad que vienen.

Movió Brenda la cabeza con aire resignado, y al alejarse la volvió por última vez para fijar sus ojos en el jóven, que sintió nuevamente la fuerza invisible del poder que ya le dominaba en absoluto.

El negro, mudo y respetuoso, echóse el pico al hombro y púsose á andar, guardando distancia. Las sombras se hacian más densas. Un vivo fulgor eléctrico le bañó de claridad azulada haciendo resaltar de perfil los rasgos de su rostro y su figura toda, extravagante y triste, confundiéndose luego en las medias tintas oscuro y misterioso, como un ente fantástico de los fondos sombríos de Rembrandt.

Raul se estremeció.

¿Por qué? El mismo no habria podido decirlo.

XVIII

UN SECRETO DE AREBA

En el salon de recibo alhajado con lujo y elegancia, de una hermosa casa situada en la calle de Ituzaingó, á las dos de un día sábado, paseábase meditabunda y un tanto inquieta la señorita Areba Linares, como si en verdad preocupase su espíritu algun pensamiento digno de serias y detenidas reflexiones. Con uno de sus brazos,—en parte descubiertos y de una blancura anacarada,—recogido bajo el seno, y la mano del otro en la mejilla, dejando flotar el extremo de una pulsera de filigrana de oro que lanzaba límpidos reflejos, caminaba á pasos breves, con aire grave y ese movimiento rítmico de cabeza lleno de gracia y majestad que unido á la mirada serena y altiva constituye un accesorio interesante del poder de seducción en las mujeres reflexivas é inteligentes.

Como de costumbre, Areba habja oido misa esa mañana en su capilla particular; pues la señorita de Linares tenia sus imágenes predilectas y su devoción sistemada, y practicaba el bien á manos llenas, más que por deber ó por hábito, cediendo á un impulso espontáneo y generoso de su naturaleza rica y original. A este respecto, la caridad podía enorgullecerse de una encarnación perfecta, y consolarse á la idea de que no era solamente en los bellísimos ángeles de mármol con alas color nieve, con que el cincel de los grandes artistas talla su tipo ideal, dónde debería buscársele, acabada, pródiga y magnánima. Areba tenia sus pobres. Únicamente á ellos les era dado hablar de su amor sincero y adorable. No podían decir lo mismo muchos hombres gallardos y opulentos, jóvenes y apasionados, que en vano esperaron de ella su limosna de honrosa preferencia en porfiadas lides. Para éstos, solo hubo, y reservaba, esas sonrisas de esperanza saturadas de ironía que ensanchan el horizonte al propio

tiempo que el vacío, y mantienen fluctuante é indeciso el corazón; les había hecho entrever quizás más de una vez, la posibilidad del triunfo, algo así como un ensayo de pasión que se anhela sentir, pero que está muy lejos de nacer,— entretenida en sondear caracteres, en medir los quilates de sus virtudes ó el enorme hueco de sus vanidades, en conglobar las excelencias morales de todos escogiendo lo selecto, profundo y duradero de cada uno, para formar el cerebro nutrido, vigoroso y completo que debía poner en un tronco de Belvedere. A fuerza de sondear y de reconocer la diferencia de los fondos, encontrando esponjas de vanidad en unos, perlas diminutas en otros, riscosos relieves en los más, llegó á familiarizarse con sus distinguidos admiradores hasta el punto de imponerles un sistema de expectativa muy adecuado á las circunstancias, que si bien no excluía la persistencia en las pretensiones, debilitaba al ménos el entusiasmo de sus impulsos.

Zelmar Bafil era tal vez entre ellos, el único que había merecido delicadas deferencias.

Devota y caritativa, Areba era sin embargo, un compuesto raro de calidades acentuadas y poco comunes: lo humano excéntrico. Bajo esta faz, su carácter resistía victoriosamente á la palabra banal, á la costumbre monótona y á las formas sociales consagradas; llenaba sus deseos por acto de conciencia, y aun cuando se doblegase alguna vez al ritual del uso, descubriábase siempre en su conducta el imperio de una voluntad que puede obrar aislada, como un poder invisible, merced á la posición que la afianza y sustenta.

El mundo aparece entónces como un excelente teatro de acción para el carácter, en estas condiciones; y ella lo sabía, pudiendo presentarse en él trás el escudo de una belleza que á los veintiseis años parecía haber adquirido brillo y fuerza admirables.

¿En qué pensaba Areba, en el momento en que volvemos á encontrarla?

Fácil es el presumirlo. El nombre de Brenda había asomado más de una vez á sus labios, que se habían vuelto á plegar en silencio. Esta historia íntima traía á concurso activo todas las facultades de su espíritu sagaz é inteligente, poniendo á la vez en agitación una sensibilidad tanto más

profunda y excitable, cuanto era de reprimida y sofocada por singulares genialidades.

En uno de sus paseos detúvose frente á un magnífico espejo colocado en el centro del salon, y miróse suspirando el tocado, que arregló ligeramente en alguno de sus detalles, llamando un poco más hácia adelante una pequeña onda negra de su hermosa cabellera. Hallóse bastante bien para ser nunca desairada...

Con todo,—se dijo con melancolia,—Brenda deslumbra. ¿Por qué negar que es una criatura deliciosa, capaz de hacerse querer á la distancia, aunque se oculte, con toda su sencillez? Se denuncia con el perfume... Sin provocar jamás, se la solicita: ¡envidiable virtud!

Reconcentróse luego con un gesto de disgusto, sentóse en el sofá, y siguió en su soliloquio:

Nada dice su corazon; es natural: le es indiferente. No se sacrifica, y hace bien: triste debe ser el entregar á un hombre por siempre cuerpo y alma, no sintiendo ni el deseo del contacto, á partir de lo que se afirma y parece lo cierto: que el amor es un altar y las demás pasiones sus gradas,—culto exquisito, delicado é indispensable, aunque solo se profese una hora en la vida. Horror causa el pensar en la existencia en comun, con quien una no quiere. Comprendo el suplicio... y el pecado. No se creen por lo general estas cosas, y hay error funesto. La virtud está en saber querer, más que en ser querida... y respecto á esto último, á ninguna falta su rayo de sol que la acaricie; pero rara esaquella que no tiembla si ella no ama!

¡Oh, la tendencia á amar, á soñar, á adorar; el afan intenso de sentir; la aspiracion ardiente de querer algo que sea tan bello como la misma ilusion y tan real como el fuego inextinguible que una vez siquiera nos devora y nos consume: hermosos espejimos de la mente calenturienta, que hace oír palabras de dulzura infinita, y gustar besos deleitables que ningun labio puede dar! ¡Bellas cosas!... La mujer de mi tiempo no ha nacido para gozarlas; y seria piadoso, si algunas fibras ella tuviera, que correspondiesen por ley fisiológica á otras tantas emociones morales,—el destruirlas de antemano, ó quemarlas con una piedra infernal. ¿De qué

le sirven? Para ansias y desvelos; y á fuerza de ansiar, pierde su encanto la ilusion deslucida y ajada por el beso encendido de la mente; ¡y la vida se acorta! Reinamos, se afirma: no es cierto. Los hombres se han encargado simplemente de dar otras formas y dorar el mueble viejo griego, romano ó árabe, segun las costumbres y los gustos: en el fondo, no ha habido para nosotras más que una sola época,—con variantes,—como un problema de juego complicado...

—El doctor de Sélis,—dijo un criado desde la puerta, interrumpiendo de súbito las reflexiones de Areba.

—Hazlo pasar.

Levantóse la jóven, y volvió á contemplarse en la luna, que al reflejar su imágen encantadora, reprodujo con toda fidelidad hasta la sombra de tristeza que nublaba su frente.

Sonrióse, murmurando con amargura:

¡Cualquiera supondria que es á éste á quien deseo!

Se volvió al ruido de pasos. Entraba el doctor de Sélis, en traje irreprochable de etiqueta.

Areba le tendió la mano con amable acogida diciendo:

—¡Puntual! Probará esto un hábito, bien plausible por cierto, ó un verdadero interés en iniciar la primera conferencia...

—No excluyo lo uno de lo otro, señorita.

—En este sillón, doctor... Hablaremos más de cerca. Ayer estuvo Julieta y me pidió le recordase la promesa de asistir á aquella su amiga que padece de dolores neurálgicos; y desde ya cumplo para que lo tenga V. en memoria.

—He tenido hoy el gusto de complacerla Areba, y puedo anticipar á V. que la molestia desaparecerá pronto, contestó de Sélis, sentándose.

—Yo creo,—repuso la jóven riendo,—que no ha sido precisamente el dolor lo que ha impelido á la enferma á reclamar sus auxilios; sinó el recibo del lunes, en la quinta de Stewart, que á la verdad es tentador como todos los anteriores. El plazo era corto, y habia que emplear la panacea; mayor satisfaccion para el médico cuando la vea entregada á los placeres de la fiesta, porque debo suponer que V. concurrirá...

—Si es indispensable...

—Así lo creo. Mas para ello, y en el propósito de favorecer los intereses en gestion, es necesario que V. influya

con la protectora de nuestra amiga Brenda. ¿Su restablecimiento no es ya casi completo?

—Por el momento, estoy tranquilo; nada me conduce á creer que los ataques se repitan con la frecuencia é intensidad de otro tiempo.

—Pues bien, la oportunidad es propicia, y ese hecho la proporciona. Convendrian en mi concepto, á la misma señora de Nerva esas horas de solaz, y estoy segura que no hesitaria en hacerlas gozar como otras veces á su pupila.

—Pondré todo esfuerzo en ese sentido. Pero, ¿está V. persuadida de que Brenda no hará objecion alguna?

—Parece absorberla la soledad... V. bien sabe que esta tiene sus atractivos y sus dulces fruiciones. La animaré por mi parte, aun cuando pienso que una simple insinuacion de su protectora bastará á decidirla.

Debe V. tener presente el peligro de aquel sitio. No hay mejor trazado de paraiso que la soledad... entre dos que se están contemplando á cada instante. Los árboles son buenos confidentes. Es del caso empezar á mudar de teatro, cuyos bastidores sean más conocidos.

—Me halaga V. mucho, Areba, al pensar que desde la entrevista formal y léjos del sitio de que V. habla, pueda yo influir decisivamente en el ánimo de Brenda, hasta el punto de disuadirla de sus frágiles ensueños.

—El no irá, si no va ella,—se decia interiormente la jóven miéntras el doctor de Sélis hablaba.

—Y mucho tendré que agradecer á V. su intervencion,—prosiguió él, come si adivinara su pensamiento,—que reputo obra de un desinterés digno y loable...

—¡Frágiles ensueños!—le interrumpió Areba, que habia sorprendido una sonrisa sardónica en los labios de Lastener;—con severidad califica V. las cosas del sentimiento, y sobre esto ya hemos departido otra vez sin uniformar opiniones. Verdad que yo no he disputado con el profesor, sinó con el pretendiente, y es del caso prevenir que sigo dirigiéndome á este último. Disculpe V., doctor, si me permito excluir á la ciencia pura de estos debates familiares; en materia de pasiones amorosas la cabeza es un testigo impertinente que perjura con toda impunidad sobre asuntos que al corazon atañen, y cuyo secreto solo él es capaz de

guardar ó de revelar entero en las explosiones del sentimiento.

Hay mujeres de organismo excepcional, por decirlo así,— dado que en el concepto del realismo contemporáneo, las virtudes de nuestro sexo son como Cornelias solitarias que han preferido guarecerse bajo la roca que soporta la caída, en vez de confundirse en el torrente mundanal que arrastra al abismo debilidades, vicios, abnegaciones y grandezas, todo revuelto ó adherido, como lo está la carne á los huesos, —pretendiéndose de aquí que es un hecho fatal é ineludible pecar de una á cien veces en la vida, y que aquel que en pecado no incurre, pertenece á un género extra-terrestre, sin rol alguno en la escala zoológica. He estado pues, en lo cierto, mi estimado doctor, cuando he dicho que las mujeres virtuosas, tan comunes en otras épocas, segun la historia, han llegado á convertirse en excepciones caprichosas en nuestros días, segun fallo del criterio positivista.

Mientras hablaba, Areba extendió el brazo y cogió un abanico puesto sobre un almohadon de raso, y lo abrió de súbito con ambas manos, clavando sus finísimas uñas rosadas en los calados del marfil.

—Y cuando un hombre de ese criterio,—prosiguió diciendo con aire reflexivo,—se encuentra con una excepcion de esa especie y que reviste las formas correctas y artísticas de una Brenda Delfor, el caso es de meditar, empezándose por reconocer que bajo la carne incitante y codiciable, el alma de una vírgen no es un monton de barro.

Los ojos pequeños y vivaces del doctor de Sélis relampaguearon, y una sonrisa esforzada contrajo su boca volteriana.

—Si así pensase acerca de ella,—respondió con mesura,—no habria hecho señorita la distincion que motiva nuestra alianza, y que segun veo no empieza con muy buenos auspicios para mí...

—¡Ya previne que hablábamos en confianza, doctor!— exclamó Areba con una risa nerviosa, y dándose aire con el abanico;—y debe V. imaginarse que estas no son sino ocurrencias de este mi carácter raro que usted ha calificado más de una vez de idiosincrásico... Desde luego, á partir de su manera de opinar, debemos conceder á Brenda un derecho

de eleccion incuestionable y una capacidad sensible, que muy pocos poseen despues de los diecinueve años.

—No lo dudo: es la edad en que una jóven recibe las emanaciones de un mundo que no conoce todavia, como caricias anticipadas de una dicha que se espera, y casi nunca llega.

—Consignemos ahora este hecho, — agregó Areba, asintiendo—ella ya ha elegido. ..

—¿Es segura la preferencia?

—Estoy convencida de no engañarme. Conoce V. al afortunado y puede juzgar...

De Sélis echó la cabeza hácia atrás, atusándose ligeramente su escaso bigote, en actitud de reflexion.

En seguida aproximó un poco más su asiento al sofá, y dijo con repeso:

—Hay que esperarlo todo del raciocinio y del consejo, entónces; ó desistir por completo de un imposible. Bien me represento el obstáculo de operar un cambio en los sentimientos de Brenda, desde que para producirse semejante fenómeno seria preciso que concurriese una causa ó razon moral tan poderosa, que por sí sola desvaneciera el prestigio de la pasion que la encadena á un destino que no es el mio; la coercion materna en caso que se emplease, no haria sino convertir su anhelo en honda herida...

—¡V. vé!—prorumpió Areba. ¿Qué importa entónces, que sea de oro el estileto que haya de sondar su seno? El dolor tendria que recrudecer, y empezaria á apuntar la úlcera...

Lastener de Sélis quedó mirándola, apoyada la barba en la diestra, como inquiriendo con sus ojos de visual fuerte y penetrante si la señorita de Linares se proponia pasarse al campo enemigo en evidente perjuicio de los intereses de la alianza.

Haciendo rápidos juegos con el abanico, concluyó ella por chocar suavemente sus varillas en el brazo del sillón; asumió un aspecto grave, y añadió á media voz:

—Está V. en lo cierto. Unicamente una causa poderosa transformaria el carácter de la pasion y haria quizás probable una inclinacion acentuada hácia V. Entónces Brenda, no seria ya el tipo de la poética majestad femenina que

reposa altiva en un corazón sano y entero; algo del aire frío del mundo habría debilitado el ardor de su fé y el vuelo de sus ideales de niña...

El problema estriba en hallar esa causa.

El doctor de Sélis que seguía con la mirada fija en Areba, acercó todavía su sillón, como si experimentase la influencia de un espíritu superior; y continuó escuchando en silencio.

El no ignoraba que desde la aventura del Prado, la joven había sufrido cierto cambio imperceptible en su modo de ser, para ojos que no fueran los suyos: y que el retraimiento de Raul Henares debía aumentar el despecho cuyas agujas mortificaban su sistema nervioso, induciéndola á asumir un rol activo en sus amores. El interés pues, era recíproco, y convenía dejar la iniciativa á Areba; una sentencia solamente tenía que recaer en los dos pleitos; y absolviese ella ó condenase, la desgracia ó la ventura alcanzaría en común á los dos. ¿Para qué contrariar en nada el plan que se proponía la joven? Abogaba por su causa y la propia: esta solidaridad fatal era una garantía de la rectitud de proceder, aparte de las ventajas que la habilidad femenina lleva sobre la de un hombre que no es amado. De Sélis había creído innecesario por el hecho, estimular los móviles que la agitaban: fría é indiferente en apariencia, la aliada que la suerte le ofrecía venía encelada y cavilosa, con gérmenes de pasión profunda; y una fina política le imponía dejar hacer. A la sólida armadura defensiva de una mujer de mundo, solo podía oponerse otra glacial y resistente como el acero,—y esta era una discreta reserva sobre el móvil que la arrastraba á la intriga. En esta disposición de ánimo, de Sélis confiado y tranquilo, acariciaba la creencia de un éxito conciliable con sus propósitos; la llama que ardía en el pecho de Areba y se reflejaba en ciertos raptos en sus pupilas, no tardaría quizás en predisponerla á los arranques soberbios de la pasión febril é impetuosa, que ya retorcia su entraña con el dolor del cielo. ¡Excelente lucha en que el aliado iba á disputar su rival, sin que á su vez, él se viera en el caso de soltar la brida á sus odios! ¿De qué medios se valdría? Lo ignoraba; pero tenía fé en Areba.

Así que de Sélis aproximó su asiento, la joven preguntó con la mayor naturalidad:

—¿No podría V. producir esa causa de ruptura seria, doctor?

—La ciencia no alcanza á tanto señorita, y me place confesarlo en triunfo de las opiniones de V.

—¡Vamos! eso me reconcilia un poco con las cosas académicas; aunque yo bien conozco, para honor de los médicos, que hay más de sistema que de sinceridad, en sus ideas respecto á temas de esta índole.

—Declaro también, Areba, que solo V. puede proporcionar el hilo como la heroína griega, y hacerme entrar sin la menor timidez en la oscura espiral, cuyo fin no veo.

—Me honra esa confianza,—dijo la joven sonriéndose de la manera que solía dar expresión extraña á su fisonomía. Hay tiempo para obrar, y no sabemos si en el fondo se revuelve algún minotauro dormido...

Mire V, doctor: yo tengo el medio de provocar un grave rompimiento.

De Sélis, que acababa de hacer un rápido fruncimiento de cejas, inclinóse con un interés que debiera calificarse de ansiedad, y preguntó solícito y un tanto sorprendido:

—¿Un medio? ¿Puedo suplicar á V. me lo revele?

—¡Ah, no!—contestó Areba reclinándose muellemente en el sofá. Es un secreto, que V. ha de permitirme reserve por ahora, como un arma desconocida que solo debe usarse en la hora del conflicto.

—No cometeré yo la falta de insistir; pero sus palabras me autorizan á alimentar una fé que decrecia por grados, y estaba á punto de extinguirse.

—Creo que V. haría mal en no seguir manteniéndola. Mi compromiso tiene, sin embargo, límites marcados, y en ellos me detendré cuando lo juzgue discreto.

De Sélis se inclinó, y púsose de pié para despedirse.

—Al retirarme llevo un consuelo, Areba: ¡lo agradezco con efusión!

—Estamos al principio, todavía. No olvide V. lo acordado en esta conferencia, mi estimado doctor.

Y tendiéndole la mano agregó:

--¡El lunes, en lo de Stewart!

—No faltaré.

Cuando de Sélis salió, la joven se incorporó suspirando y

volvió á sus paseos silenciosos, la vista baja y abstraída, una sombra de pesar en la frente y una zozobra inquietante en el espíritu.

¡Cuán cierto es—se decia, allá en el fondo de su alma perturbada,—que la mujer da todo y agradece, que forma la dicha, y es la que sufre!

XIX

EMOCIONES

Areba pasó á un gabinete pequeño, de mobiliario de nogal é impregnado como el salon de un ambiente balsámico, muy parecido al que se desprende del traje elegante y preferente de una mujer jóven, escrupulosa y delicada. Dificilmente podria objetarse el gusto ó la eleccion en los cuadros, bronce y libros que ocupaban en parte estantes de cortas dimensiones, colocados en los dos ángulos que daban á la galeria: reconocíase al primer golpe de vista en el conjunto, en la armonia y distribucion de los detalles, algo semejante al camarín de una artista de talento que se ha complacido en satisfacer en menor escala las exigencias caprichosas de su sentimiento estético. No todo era sin embargo, profano allí, resaltando en primera línea algunas pinturas magistrales de la escuela italiana, relativas á episodios del Evangelio, pasajes de la Pasion llenos de fuerza y colorido, de un mérito notable, cuya posesion podia explicarse como una justa recompensa concedida á la creyente fervorosa que ayudaba siempre á la caridad y al culto con dádivas valiosas, aun fuera del teatro asignado á sus bondades y mercedes. Aquellas telas habian sido enviadas de Roma. No faltaban el devocionario y algun otro libro de prácticas de iglesia, en el atril ó facistol de metal dorado, abiertos, en dos descansos de la pulida pirámide, como indicando á la

creyente sus deberes cotidianos de pensar y de obrar bien. Un rosario de grandes cuentas de marfil con la cruz colgante á un lado del facistol, rodeaba en varias vueltas un volúmen reducido de tapas de nácar y filetes de oro, puesto al márgen de las epístolas de San Pablo.

Era en este retrete solitario, interesante y odorífero donde veía transcurrir varias de sus horas aquella alma singular, llena de luces y sombras, mística en sus prácticas privadas, noble y generosa como los humildes y vergonzantes, suspicaz, fria y severa con los que aspiraban á poseerla, reacia á la tiranía de ciertos usos, contenta en su altivez dominante creyendo que ella bastaria á domeñar la rebelion de su propia carne y de su sensibilidad excitada, el dia en que su corazon reclamara herido su derecho á amar.

Parecia que esta víctima inocente del orgullo hubiese ya protestado, porque la jóven se sentia triste é inquieta.

Una vez en el gabinete, sentóse en una silla de hamaca, diciendo á su camarera:

—Advierte á Perea que puede venir ahora, y ordena se prepare el cupé para las seis.

Pocos momentos habian pasado, cuando apareció en el dintel, comedido y respetuoso, el Sr. D. Leoncio Perea, administrador de los importantes intereses de la señorita de Linares, de levita cruzada y mangas un tanto recogidas hácia el codo, como hombre que ejercita con sistema el brazo en el pupitre; cuellos rígidos acorazando la tráquea, y corbata negra de lazo con resorte. Cifraba este sujeto en los sesenta años, seco, acartonado y grave, con ralos cabellos casi blancos, barba de hebras cortas y gruesas, y nariz de guadaña, en cuyo extremo se asentaban firmes sus dobles ojos, cabalgando con familiaridad, como si en rigor formasen parte integrante de su fisonomia.

—¿Me trae V. el apunte de las últimas donaciones?—preguntó Areba, invitándolo á sentarse.

—Sí, señorita. Está en la página señalada en ese libro, donde todo se encuentra fielmente consignado, ingresos é inversion, por órden de fechas.

—Sé cuanto es V. de escrupuloso, Perea,—repuso la jóven paseando por los números una mirada distraida.

—Cumplo con mi deber.

—No es poco, D. Leoncio. Una cierta porcion de su conciencia en administraciones de primera magnitud, bastaria á salvar el decoro. Toda su conciencia salvaria el crédito, manteniendo reservas en la caja.

—Mucho me favorece V., señorita,—dijo el digno Perea, emocionado;—pero son muy pobres mis aptitudes.

—Ricas, al contrario, porque la austeridad nunca descarría, en tanto que el talento abusa de su mérito, ó la astucia sin cultura se apodera con toda sencillez de lo ageno, en épocas anormales.

—Entiendo. La señorita habla "políticamente", en que los dineros públicos se van en mucha parte por conductos particulares...

—¡Siento placer en visar esto, Perea! Me hace creer que en verdad soy buena.

—Todo el mundo lo dice.

Areba volvió á fijarse con indolencia en el libro. Aparecian en él sus dádivas á los menesterosos, partidas asignadas á las instituciones de beneficencia, á las obras de templos y á los asilos de huérfanos. El hospital tenia tambien su cuota reservada. La lista era larga é interesante, sin echarse en ella de ménos dos subvenciones especiales para escuelas privadas infantiles de ambos sexos.

La señorita de Linares cerró al fin el libro y preguntó:

—¿Quién es todo el mundo?

Removiése en su asiento el honrado administrador, tosiendo un poco nervioso y levantando los ojos al cielo-raso en actitud de recapitular concienzudamente. En seguida contestó algo confuso:

—Todas las gentes honestas, señorita... D. Jorge el boticario;—Mollejon, el dueño de la talabarteria de la esquina;—Potrilla, que tiene su comercio de lozas y cristales en la calle de Cámaras;—...Gavancho, el tendero habilitado;—la señora Estefania, de la casa de modas... Hum...

Y Perea hizo castañear los dedos, mirando al suelo en procura de otros nombres rebeldes á la memoria.

Areba, en cuyos ojos retozaba la risa comprimida, se apresuró á decir:

—Creo, D. Leoncio, que por todos esos conductos vienen á casa las drogas, monturas, porcelanas, encajes, blondas y

vestidos; así como los votos para un candidato oficial en las elecciones, muchas veces.

—Precisamente señorita; como en las cosas de gobierno, que son tan respetables siempre...

—¡La de los favorecidos!—repuso la jóven, como hablando consigo misma;—¡grande opinion y valioso mundo el de los traficantes, que cambian de conciencia por lo general, cuando se les retira el favor! La verdadera opinion, es la de aquellos que no lo reciben, sin incluir á los familiares. El mundo tiene más egoismos y perversiones, que virtudes, Perea.

El administrador que habia vuelto á mirar al techo, aprobó con la cabeza, guardándose bien de desplegar los labios. Se sentia atribulado.

—¿No ha habido hoy reclamo alguno de interés?

—Dos mendigos se presentaron, señorita, con carta sospechosa, é hice las averiguaciones preliminares, despidiéndolos, á fin de que se muniesen de otra más aceptable, en mérito de mis instrucciones y de aquello de que, á la sombra de la manquera fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha.

—Procedió V. bien, Perea. Ha de mediar razon para obtener gracia ó prebenda; que en estos países se asientan mejor los vicios y defectos de otros, que las virtudes propias. Hay muchos de esos lisiados fingidos que llegan á manejar arcas mayores, en otro órden de cosas, por obra de milagro.

—Alguna nueva tengo á más que revelar, señorita. Me consta por informes officiosos que Carlo Roveda, el viejo siciliano á quien la señorita favoreció con la sumaca *Madrepora* se encuentra muy enfermo desde su último viaje á Maldonado. Como sé cuánto él la estima y respeta, consigno la noticia...

—¡Pobre, el viejecito! ¿Es muy grave su dolencia?

—Parece que asumió carácter alarmante, cuando él supo que su hija se habia ido.

—¿La linda Cantarela ha abandonado á su padre? ¡Oh, qué triste es eso! ¿Está V. bien informado, D. Leoncio? ¡Me apena V. con esa nueva!

—Más lo estoy yo señorita, por haber dado motivo á ese disgusto,—dijo el Sr. Perea, haciendo estremecer, al hablar las gafas en su nariz. Del hecho no tengo duda.

Guardó Areba silencio, esparciéndose por su rostro una impresion de tristeza. Despues dijo, pensativa:

—No obstante, pasará V. por allí, y me traerá datos circunstanciados de todo lo que haya pasado y ocurra por el momento. Deseo enterarme bien D. Leoncio, y V. debe poner el mayor empeño en la averiguacion del asunto.

—La señorita será complacida.

—Quiero que sea hoy mismo...

El señor Perea se inclinó.

—¡Una historia oscura! Cuando una ménos piensa sufre desencantos Perea, y en la afliccion por lo ageno no hay tiempo para affigirse por lo propio. ¡Quién diria de Cantarela!

—Nadie hubiera pensado mal,—repuso aquel compungiendo el semblante afilado y rugoso.

—V. nunca se casó, D. Leoncio...

—Libre quedé por mala suerte, señorita,—dijo el honrado administrador, abriendo con asombro sus ojillos claros y apacibles.

—O por buena quízás,—replicó Areba con un suspiro y columpiándose en su asiento,—que solo una eleccion certera hace la felicidad, y la conserva. V. debió tener un buen golpe de vista, Perea, en sus mocedades...

Sacudió D. Leoncio sus escasos cabellos, asomando una fina sonrisa á su boca pequeña y fruncida, y contestó con seriedad:

—No lo creeria la señorita; pero la única vez que tenté fortuna, un hombre ojizaino fué más dichoso entrometiéndose á destiempo.

Miróle un instante Areba con atencion, y lanzó una carcajada vibrante y sonora que puso en conflicto la circunspecta gravedad del intendente, á pesar de serle conocidas las genialidades de la jóven.

Moderóse ella bien pronto, volviendo á su actitud melancólica; en tanto D. Leoncio pasaba delicadamente un pañuelo de seda por debajo de su nariz, un poco moteada en sus fosas por el rapé, y coloreada por rinalgia.

La señorita está hoy en vena de chancearse,—pensó él;—pero, yo mucho me engaño, ó ella no es la misma de hace un mes.

—Quiero dejar que V. aproveche sus horas, Perea,—dijo

Areba. No olvide las instrucciones recibidas, y lo mucho que me interesa el resultado de su pesquisa.

D. Leoncio hizo un ademán de seguridad, prometiendo el más estricto cumplimiento, y una respetuosa reverencia; retirándose luego con el paso medido y cuidadoso de aquel cuyas piernas ya flaquean, inflando los faldones de la levita en las corvas con rítmico movimiento.

Abstrájose nuevamente la joven en sus anteriores meditaciones, tratando de estimar el grado de ansiedad que en el ánimo del Dr. de Sélis habia producido, á no dudarle, lo abstruso del secreto; y lo que era aun más importante, el del rigor de las consecuencias que su revelacion podia originar en el período álgido de los envidiados amores. Esto la preocupaba seriamente. Una vez rotos los vínculos de la simpatia ¿quién podria reanudarlos, si el obstáculo era incontrastable? Partida la roca por un golpe eléctrico, sus bordes ya no se unen jamás, y poco á poco se deslie el volúmen en arena al embate eterno de las amargas olas. Debía, pues, sobrevenir la separacion imprevista y el alejamiento nostálgico y cruel.

De las ruinas hace la historia edificios; una obra de arte se reconstruye si de ella quedan los escombros y en la tradicion flotando el pensamiento del artífice, creador é imperdurable; el lienzo ajado y descolorido en que se vislumbra apénas una imágen, de pincel maestro, resucita en la mente admirada con doble vigor, si en sus rasgos principales no ha dejado impresa su injuria el tiempo; con la estatua de mármol mutilada que se arranca del seno de la tierra, renace entera y grandiosa la inspiracion de una época; la momia se preserva intacta, vieja de tres mil años; y recrudece cada dia el dolor de Laocoon, tan acerbo y profundo como antes lo imaginaron...

Pero, una gran pasion que deriva y escolla ¿quién puede volverla á arraigar y robustecer? Hay algo que no se rehace, ni revive, y eso—es una ilusion perdida. Recuerdos tristes solo quedan luego que la memoria alumbrá con su luz sin calor ni brillo, y destaca como siluetas informes, entre la niebla del pasado.

Sonreíase Areba al dar vuelo á su imaginacion, y hundíase más y más en devaneos ardientes, cuando el reloj dió-

las cuatro. Levantó la jóven su cabeza casi febril, y dispúsose á llamar; pero en ese instante previno su intencion la camarera, quien apareciendo en el dintel, dijo con voz tranquila y sonora:

—¡El caballero Raul Henares!

Volvióse Areba con viveza, como si hubiera oido mal, y poniéndose de pié, preguntó, sofocando su emocion:

—¿Quién?

Repitiósele el anuncio.

—Que pase al salon,—contestó con acento trémulo y débil.

Se fué acercando luego á pasos lentos, y la mano en el seno, á un espejo ovalado que adornaba la pared del fondo. Hallóse pálida en extremo. Sentia confusion en la mente y violentos latidos en el pecho. Es preciso componer este semblante,—se dijo;—nunca sufrí tal fuga de colores. ¡Ah!... Lo inesperado entrecorta mi aliento y me enflaquece el ánimo; pero ya pasará, Sr. Henares...

Momentos despues, con la cabeza inclinada ligeramente á un lado y un aire lleno de dulce dignidad, Areba se dirigia al salon de recibo.

XX

LA HIEL DEL PECADO

Zelmar Bafil habia estado varias veces en la solitaria casa de la ribera, que servia de refugio á Cantarela, despues de la entrevista que conocemos. A pesar de todo, íbase entibiando su afecto en el mismo grado en que aumentaba el de la jóven. Comprendíalo ella así con ese instinto certero que la pasion ardiente y tenaz sobrexcita y aguza en la mujer, y la predispone á nuevos esfuerzos, á otros halagos más seductores, y acaso á mayores sacrificios, que acepta y consuma resignada con tal de que no se evapore el entu-

siasmo primero por completo, ó se extinga la luz consoladora del amor. En este desasosiego triste, el corazón que se ha dado todo entero, sin reservar un solo latido para un afecto extraño al que lo absorbe y consume, no se explica cómo pueda exigírsele más, ni encuentra en su angustia acerba el secreto de hacerse más grande, más cariñoso y más avasallador. ¡Todos los vasos están llenos de pasión y desbordan!

..

Y ella, con el fuego de la juventud y el vigor de las primeras sensaciones, había exagerado su cariño hasta el punto de pensar á cada momento y de soñar siempre con él, como si nada existiese en el mundo fuera de ese culto sincero é inefable. ¡Cuánto debía, pues, dolerle el menor síntoma de frialdad ó de hastío de su parte! Algunos había notado con pena indecible; y por primera vez, quizás, meditó sobre la fragilidad de su suerte. Al acordarse de su padre, parecióle que ella no merecía su gracia; y halló entónces que aquella sería muy negra y cruel, el día aciago en que se retorciera desesperado su pobre corazón.

Trajo á la memoria otros días serenos. Aquellos en que aguardaba á su padre, pensativa é inmóvil al caer las tardes, sobre las peñas, mirando el mar y las blancas lonas de las barcas que cruzaban á lo léjos hinchadas por la brisa, como grandes aves heridas en el ala que levantasen su extremo hácia el cielo, flotando á merced de las corrientes.

Por entónces, los pescadores creían que ella empezaba á amar á Gerardo; y al levantar sus redes, se decían:

¡La playa está muda, triste y sin cantos, desde que él se fué!

Parecía, en verdad, que le fuera dulce,—suelta la trenza é inclinado el dorso, aspirando el alisio,—el poner sus ojos allá en el punto del horizonte en donde se escondió la vela. Una vez dió á Gerardo una ancla pequeña de acero, para que la llevase prendida en la gorra.

¡Lo quiere!—pensaron sus compañeros.

Y muchos días despues, observaron que eran ménos frecuentes sus risas juguetonas, y sus visitas á las rocas para escuchar como de costumbre el canto de los pescadores, cuando, recogidas las redajas, se reunían en la orilla, con las pipas en las manos, al rayo de la luna, á endulzar en armo-

nioso como la hora del descanso y del recuerdo. Coincidian estas faltas con las ausencias de Roveda y de Gerardo.

¡Es porque él no está!—murmuraban sus amigos.

Sin embargo, un día Marcelo dijo:—¡Creo que algun buzo anda detrás de la rica carolina! Otro de los pescadores agregó datos acusadores, sobre la conducta de Cantarela. La sospecha empezó á invadir los ánimos, á divulgarse, y á empañar la pureza de la jóven.

Ella notó por fin, que la acogian con prevencion, y más de una vez tuvo que sufrir humillantes desdenes. La atmósfera del barrio se habia hecho casi irrespirable; en cada rostro, un gesto de reproche, y en cada boca, una frase amarga. Sus horas discurrían solitarias, saturadas de acritud y llenas de fantasmas, en su silencio y misterio. La oscuridad del aislamiento, á solas con su Virgen,—á quien ya no elevaba por los que andaban en la mar sus plegarias fervorosas,—abria las puertas al genio de la tentacion, que concluía por vencer las dudas y disipar las tristezas. ¡Cómo latía con fuerza su pecho, y qué ensueños tan blancos la arrullaban al dormirse! Olvidábase de todo. En tanto hacíase en los hogares humildes el comentario de la caída, se hincaba el diente en su deshonra y se esparcía cal sobre los pobres amores de Gerardo.

Y los dias pasaron, y con ellos las resistencias del pudor...

Una tarde, decidió alejarse, para no volver. Asimismo la persiguieron las miradas de desprecio; pero ¿qué importaban? Ella se creía feliz.

Ahora que una convicción amarga, penetrando su espíritu la hacia echar de ménos en su amante el entusiasmo febril de los primeros tiempos, y la arrastraba á abismamientos dolorosos, sentíase débil ante esa nube de recuerdos; medíale la gravedad del pecado en el vacío hecho por el fuego de su delirio.

En ciertas elaboraciones del cerebro, el pensamiento que es su fruto, suele absorber, como es sabido, toda la potencia del órgano y condensar su actividad en una esfera estrecha, hasta el punto de producir un desequilibrio más ó ménos profundo, segun la intensidad de la causa ó afecto moral que lo motiva. El cerebro, entónces, desvaría ó se perturba; y si todas las grandes pasiones se acercan un poco á las faces multiformes

mes de la locura,—la pasión del amor llevada al paroxismo en una mujer sensible, puede introducir un desorden grave en sus ideas bastante á hacer difícil un diagnóstico diferencial entre una y otra. Por ese fenómeno habia pasado Cantarela, al principio, concentrando en un solo objeto toda su vida nerviosa; y fué preciso que en su auxilio viniera la conciencia triste de no ser como antes amada, para dar una trégua á su ardoroso afán y contemplar en muda congoja los estragos de su pasión infeliz.

¡El amor! ¡Cuánto cuidado esquisito en su crecimiento noble y cuánta ternura en su período álgido, para verlo desaparecer á un solo golpe de crueldad implacable!

Mansa y cariñosa recibe el agua del mar la altiva y ligera nave que se confía valiente al viento y á la aventura,—obra de lenta labor y de ímprobos esfuerzos, que lleva al frente un símbolo de fé y al costado el ánora de la esperanza;—pero surge de improviso la ola formidable que enturbia el transparente espejo, y disipa su azul de ilusión; y la nave arrojada á los cantiles, choca y se sumerge, llevando esperanza y fé al fondo del piélago bravío!

Pausa, y no enfriamiento de pasión; trégua breve y necesaria era sí la que hacia Cantarela á sus afanes, lastimada por los signos de indiferencia de su amante. En ese intervalo lúcido y tranquilo sintió los torcedores del pesar, al agolparse tumultuosas las memorias queridas; mas, muy pronto volvió á imponerse el profundo afecto, y borró todo remordimiento, á impulsos de los celos,—el mónstruo que el gran poeta inglés pinta, de verdes ojos, y productor del alimento de que él mismo se nutre.

El deseo durable y violento, exaltóse aun más con el aguijon inesperado. Ocurriósele recién á ella que Zelmara no era un oscuro barquero, sin otros horizontes que aquel en que el cielo parece unirse á las aguas; y lloró al pensar cuántas mujeres lindas lo querrian, ofreciéndole halagos y ternezas que ella no podia brindarle...

No fué ahora él, como otras veces, el que secó sus lágrimas, ardientes y copiosas; sino el enojo del celo—concentrado y siniestro. Por vez primera se quejó á solas de un dolor desconocido, punzante, agudo, cual si hiriesen á mansalva su entraña más noble de improviso, robándole la quietud y

el sueño. No de otra manera la aguja de acero sepultada en las carnes, fina y sutil, que camina errante por el cuerpo á través de los tejidos, llega á hincarse de repente en fibra vibrante y demasiado sensible, arrancando un grito de dolor.

Bajo la influencia de tales torturas morales se encontraba una noche Cantarela, en el pequeño gabinete cuya ventana daba á la costa. Tres dias hacia que no veía á Zelmar; y si bien esto no podia causarla extrañeza, dada la conducta observada siempre por su amante, en esta ocasion acrecentábase su angustia con la doble nueva del viaje proyectado, y de la enfermedad de Roveda.

El gabinete estaba en tinieblas. Por la ventana abierta penetraban agradables ráfagas de brisa de la ribera; y un rayo de luna heria el semblante de la jóven, indolentemente reclinada en su asiento,—inmóvil y silenciosa.

Muy cerca, de pié y con los brazos cruzados, dibujábase la figura de la suave y melíflua Leonides, ménos antipática en la sombra, que velaba discretamente sus verdugones y alifafes, á la vez que la expresion cínica de su rostro convertido en máscara por el colorete.

Hacia momentos que conversaban, algo de interés, á juzgar por la actitud de Cantarela, en cuyo ánimo parecian sucederse las emociones violentas con un rigor implacable.

Rompiendo el silencio que por un instante habia guardado, la jóven preguntó:

—¿Decia V. que el mal no era grave?

—Eso me aseguraron, hija mia. No tienes porque afligirte tanto, pues se le asiste con mucho esmero. Nada le falta. Ayer de tarde estuvo el Sr. Perea, que tú conoces, en casa del patron Carlo, y prometió todo género de recursos en nombre de la señorita de Linares.

—Sin embargo, yo debo ir...

—¡Imprudencia! ¿Con qué objeto, niña? Las cosas están tirantes, y podrias ocasionar algun disgusto sério que alcanzase de veras á todos los que por tí se interesan. Reflexiona que no te perteneces, y que tu conducta tendria que desagradar tal vez, al caballero Bafil, cuya generosidad supera á la misma ponderacion... Lo demás, en último resultado, ha de ser satisfactorio, sin necesidad de que tú hagas acto de presencia. Advierte tambien que en el barrio hay ojeriza,

que sus pobres gentes te tienen hinchada y todavía te muerden con envidia, como era de colegirse una vez que te apartases de la atmósfera llena de vapores de pescado en que ellas vegetan.

Cantarella movió la cabeza tristemente.

—No me hacia V. esas observaciones cuando iba en mi busca, en otros días... ..

—Cierto que nó. Pero nunca fué innoble el oficio de obviar dificultades entre dos que se quieren; y en obsequio á la dicha suspirada, natural era que yo solo consultase tus deseos y los de aquel rico señor que se consumía por poseerte, sin tener en cuenta lo que barruntase la tribu de barqueros. Así sucedió que, por acto de voluntad propia, te decidiste á cambiar de condicion,—prefiriendo con buen gusto y mejor juicio un domicilio por otro, que allí los peces muertos únicamente abundaban, y aquí relumbraban las joyas, y las monedas excedían á los peces en cantidad respetable, por obra del cariño, que no de las manos, sin privaciones ni sudores; pues el beso amoroso, hija mia, vale más cuando gana corazón y bolsa, que el trabajo triste y duro de arrancar agallas y tejer redes, en veinte años.

La jóven la miró con desprecio, callada y altiva. Despues, apoyando la barba en la mano, dijo irritada:

—El amor me arrastró hasta aquí, no el interés. ¡Honrado trabajo el suyo,—traficar con corazones! Parece que hubiese sido el de toda su vida; y bien sé que de este comercio ha sacado V. lucro. Si fuera V. madre, quizás la hija antes de nacer se enviciara en sus entrañas; y al ver la luz, mamara ya el secreto de perderse. Calle V. su infamia, si no ha de dolerle mi vergüenza; ni confunda el vicio corrompido que las joyas deslumbran, con el primer pecado á que un grande amor incita y que él solo absuelve.

Leonides secóse el sudor sofocada, y reprimiéndose, repuso con acento hipócrita y meloso:

—No hay que envenenarse la sangre, hija mia, por palabras dichas sin intencion de ofender; pues no puedo olvidar que te debo merecimientos y agasajos, por estima y por gratitud. Es preciso que te reportes, porque unas más que otras en el mundo, somos víctimas de nuestras mismas debilidades,—y á nadie enrostrar las tuyas podemos, sin que sintamos á la

vez que se nos sube la culebra á la garganta, y nos muerde en la lengua...

Levantóse Cantarela con ímpetu, y fuése en silencio, sin mirarla. Sufrió un gran dolor.

Sin detenerse ni volver el semblante, con las sienes ardiendo y el ademan convulsivo, alargó el brazo, señalándola la puerta.

Una vez en la pieza cercana, en donde ardía á medias una lámpara, cambióse llorando, sus chapines bordados con unos zapatos elegantes; cubrióse en parte la cabeza y cuello con una manta ligera, de un modo rápido y febril; deslizó de uno de sus dedos, sobre la mesa, un anillo con brillante y záfiro, recuerdo de Zelmar; y enjugándose el llanto, salió resueltamente á la calle.

El sereno cantaba las once con voz llena y robusta, en la acera, haciéndose oscilar en el pavimento el vivo chorro de luz de su linterna. Junto á él pasó Cantarela veloz como una sombra.

El guardian nocturno volvió la cabeza, alumbrándola por detrás; compúsose la garganta y murmuró:

—¡Buena estampa, y malos pasos!

Oyóle ella, pero siguió su camino impasible. Se iba acostumbrando á las palabras duras y á los improperios hirientes, ya sin fuerzas para cohonestarlos por la amarga conciencia del deshonor. ¡Cuántas cosas sombrías en su pobre cerebro! Caminaba bajo una excitacion profunda, atropellándose, tropezando con las piedras, doblando las rodillas en cada desnivel del afirmado, estremeciéndose ante las sombras sospechosas y al escuchar el escarceo de las olas en las toscas que parecían hablarla de una historia triste con su música extraña. Sus penas de amor, el deber filial, el aprecio perdido—todo esto abatía el vigor de su temperamento en aquella hora—retratando en su mente las imágenes de un hombre amado que no era ya todo de ella, de un anciano enfermo cuyo nombre mancillaba, y de otros seres que la quisieron pura, y que ahora ni el recuerdo de esa pureza conservarían. Había sido desterrada tal vez, de toda memoria. Así como uno que ha muerto ignorado, trás de una vida infame, sin dejar dos ojos que le lloren. Y en esta exageracion de su dolor, la jóven se detenía temblando, volvía sobre sus pasos, y tornaba á

andar agitada, con más fiebre, comprimiendo sus suspiros, y sintiendo que allí en el fondo de su alma parecía formarse un vacío más grande que la inmensidad de la noche...

Más pronto de lo que ella creía, llegó á la casa del viejo pescador. De la puerta entreabierta salía alguna claridad. Dos hombres estaban junto á ella, en la vereda, apoyados en la pared, fumando en silencio y sosiégo. Pronto reconoció Cantarela en ellos á Marcelo y Carolo, y se detuvo á pocos pasos, emocionada é indecisa. Parecieronla sus siluetas las de dos espectros mudos, lúgubres y amenazadores, envueltas en una humaza espesa y fantástica. Gruñó un perro de aguas allí cerca tendido, dando con la cola en la piedra.

Marcelo se adelantó, cogiéndole por una oreja con suavidad, y diciendo con la pipa en la boca:

—¡No hay que gruñir á la señora, Bayro! Pronto olvidas los respetos.

—Buenas noches...

—¡Las dé Dios!

Carolo mordió su pipa, mirando á la costa, sin moverse, la gorra caída sobre la sien; y añadió con acento frío y sarcástico:

—La Vírgen la acompañe, aunque ya no es hora de bordejear.

Cantarela avanzó hasta el dintel, temblando; y se detuvo de nuevo.

—¿Por qué no entras?—preguntó Marcelo, volviéndose, con voz ruda.—¡Ahí está!...

—Sí, pues,—arguyó Carolo arrojando una bocanada de humo, y dirigiendo su vista de soslayo á la jóven.—Nadie la priva de entrar.

—¡Parece que te comiera un gusano el corazón, pez sin escamas!

Ella dió unos pasos maquinalmente, lastimada y llorosa; y vióse en la pieza de las redes que tan bien conocía.

La vela de la imágen estaba encendida, y reinaba en el interior un profundo silencio.

A su entrada, un hombre se levantó de la banqueta de un extremo, con los brazos sobre el pecho. Tenía el semblante color de bronce, ájado y marchito, sin duda por los insomnios; el pelo largo y negro abierto al frente, cayéndole con descuido

por detrás de las orejas; y la estatura elevada, de formas vigorosas y fornidas, apenas encubiertas por un pantalon de hilo crudo, una camiseta á cuadros de algodón, una faja solferino y unas botas fuertes á media pierna,—á propósito para andar sobre el guijarro y la conchilla. Un pañuelo de seda plomizo anudado al cuello, y formando triángulo sobre su dorso—escapular de atleta, completaba su traje tosco de labor, sin colores vivos ni fútiles adornos.

Este hombre miró á Cantarela con un aire huraño, retraído y taciturno, y la barba clavada en el pecho que oprimia con sus dos brazos musculosos.—Ella dejó caer la manta á la espalda, elevando trémula la mano y volviendo despacio á un lado la cabeza, para fijar sin brillo sus ojos en el suelo.

La habia concluido de imponer aquella figura apuesta y bizarra, melancólica y severa, en cuyas facciones viriles parecian haber dejado burilada una dureza salvaje, las peleas oscuras y heróicas con el huracan y las olas. Cantarela sufrió una impresion de miedo y de terror; y dijo al fin, balbuciente:

—¿Puedo verlo, Gerardo?

El pescador irguió la cabeza lentamente al éco de aquella voz llena de ruego; y observó recien quizás, que el hermoso rostro de quien le hablaba tenia un color terroso, el párpado caido, el mirar vago y los labios secos. Conmovióse de una manera visible.

La puerta de la habitacion del enfermo estaba entornada; y en ese instante podíase percibir un leve murmullo de voces de personas que conversaran muy bajo, como evitando perturbar el sueño del paciente. Estos diálogos cortados y monótonos en la penumbra, junto al lecho de un enfermo grave, sugeridos por la duda, la impaciencia ó el afan oficioso de los extraños, transformados en medicastros infalibles, que remedan letanias de misa de alba, y se susurran al oido entre suspiros de ansiedad y presentimientos fúnebres, llenando la pobre atmósfera del doliente con alientos y bostezos interminables, ruidos de faldas inquietas y toses importunas,—á la par que se concentran en su semblante desencajado miradas repetidas y fastidiosas que parecen anunciarle que ninguno daria por su vida ni una hebra de cabello; todos aquellos misteriosos rumores, anticipos á veces

de rezos de agonizantes ó preludios de la hora final, indicaron á Cantarela que allí habia comadres del barrio, aplicando acaso al envés las recetas científicas ó discutiendo la competencia del facultativo con una formalidad cómica é irritante.

Si bien el estado de su espíritu no la permitia este género de apreciaciones, bastóle saber que eran manos extrañas y cuidados ajenos los que atendian á su padre, para sentir que su sangre afluia con mayor violencia sofocándole el corazon y golpeándole en las sienes, en medio de sordos zumbidos y contracciones musculares.

Cuando volvió á elevar sus ojos abrasados hácia Gerardo, todo su cuerpo se estremecia como una caña. Habia en su cara una sombra de desvario.

—Duerme,—contestó secamente el pescador.

—No importa... ¡Esperaré á su lado que despierte!

—A tu vista, su malse aumentará.

—Verás que nó... ¡Por esa Virgen adorada!

—Ya no alcanza á ella tu ruego, ni la invoques. El patron Carlo dice que tú nunca le amaste.

—¿Eso dijo?... ¡Oh, nó! Si no lo quisiera tanto no habria yo venido llorando con una gran puntada aquí en el pecho que me tuerce y parte la entraña sin piedad... Si cometí delito era aparte de amarlo siempre, porque no fui jamás perversa,—que yo quise con mi ventura la de él...

—¡Dichosa te crees!

—En mi misma desgracia. ¡Pobre de mí!...

—Verdad. Aquellos dias serenos de las playas eran ménos felices, porque para serlo tú era preciso que regalaras tu inocencia y perdieses el rubor, de modo que no limpiase tu alma toda la sal de las aguas.

—No reproches la pérdida de lo que nunca fué tuyo, que ese derecho es solo de mi padre... De él busco el perdon que me niegan todos, aunque nadie tiene títulos á concedérmelo; pues de mis desvios solo yo soy la víctima—como dueña soy de la carne miserable que dí al placer de mi querido...

—Nunca cae por el anzuelo sino manjar sabroso para el plato de los ricos... ¡te han gustado bien! ¡Y tienda uno la red corbinera con confianza para atraer el cardúmen, mientras escoge la mejor presa el tiburon azul que nadie espera,

y por casualidad viene allá por el cabo, rompiendo la malla y dando el chapuz! ¡Buena pesca, por el infierno!... Los asaltos por sorpresa no dan tiempo á que el arpon vaya derecho á la entraña; y juro lo hubiera hecho entónces, porque yo creia que podia ser el querido fiel y bueno de la humilde pescadora, tan linda y tan impura!

Y el marinero levantó crispado el puño, con un gesto de ira y de desprecio.

Cantarela, ya vencida por tan fuertes emociones, vaciló, y fué á caer prosternada ante la imágen, lanzando un grito agudo y desgarrador.

Momentos antes, en la habitacion del enfermo, tres mujeres allí reunidas, esmeradas y diligentes, despues de abrigar los piés de Roveda y arreglarle la almohada,—releian una receta que llevaba al pié la firma del doctor de Sélis, creyendo entenderla á la perfeccion—á la luz de una mariposa; y comentaban en voz de secreto la sabia medida adoptada por la más experta de las tres como remedio eficaz, la cual habia consistido en la aplicacion al pecho del doliente,—sin que el médico lo hubiese sabido, pues el experimento solo duró algunas horas,—de un emplasto especial de yerbas y hojas de algáceas de una virtud prodigiosa, á falta de una mandrágora infalible.

A ella atribuian las solícitas enfermeras el período de calma en que parecia entrar Roveda. Mas, para asegurar mejor el éxito, era necesario poner al relente el emplasto que ya habia sido retirado, á la claridad de la luna; y quemarlo en un horno al dia siguiente, hasta reducirlo á cenizas.

Objetaba á esto, con la mayor gravedad, una de las mujeres, que el temperamento usado hasta entónces, se diferenciaba sustancialmente del propuesto en cuanto prescribia que el emplasto debia quemarse en una llama de vela de cera despues de dejarlo al sereno toda una noche, á la influencia del cuarto creciente.

La tercera preopinante añadió por su parte, con acento sentencioso, que ella creia tambien que de esa manera únicamente podia extirparse de raiz el "daño" que habian echado al patron Carlo en el café, ó en la pipa de fumar; pues no estaba ella muy firme en si el espíritu ó ánima mala:

hubiese entrometídose con el líquido ó el humo, aunque estaba segura que habia picado en el riñon al hombre.

Con este motivo y en defensa de las dos tésis ó de sus proposiciones accesorias, trabóse un parloteo precipitado y empeñoso—mezcla de arrullos de palomar y de enjambre de avispones, cuyo diapason se elevaba ó decrecia por intervalos asumiendo el tono de la gresca ó de la armonia, segun las peripecias de la disputa ó el mayor ó menor grado de terquedad en el absurdo, de que aquella asamblea,—como hay muchas,—hacia para el enfermo cuestion de vida ó muerte. El interés particular de cada una en el debate, y el ofuscamiento producido por la viveza de las réplicas, no permitió á las buenas vecinas poner atencion á las ocurrencias de la pieza próxima; y fué necesario que el grito doloroso de Cantarela llegase hasta ellas, para llamarlas al órden.

Carlo Roveda abrió los ojos, dando un quejido ronco, é incorporóse un poco sobre los codos, con la boca abierta, hundidas las carnes, lívido, —y ese aire de azoramiento súbito que causa, como una conmocion eléctrica, lo inesperado y lo imprevisto.

—Alguno llora ahí,—dijo en voz muy baja y débil.

—Parece que es Cantarela...

—¡Ah!...

Trás esta exclamacion casi ahogada, Carlo Roveda dejó caer la cabeza poco á poco hasta encontrar apoyo; y sus ojos se cerraron. Recorrió bien luego su semblante una crispacion nerviosa, y no tardaron en asomar bajo los párpados ajados y violáceos, deprimidos en el fondo de las cuencas, dos de esas lágrimas que escapan sin lamento, y que vienen de lo más hondo; cual brotan del tronco añoso y decrepito—herido en las fibras más ocultas—espesas y vacilantes, raras gotas de la última savia que lo sustenta.

—*Povera fanciulla!*—murmuró.

Quiero verla.

Las tres mujeres se miraron un momento en silencio: el caso era grave y afligente. Cambiaron luego opiniones en voz baja.

—No merece eso, la indigna,—dijo una.

—Ella le echó el "daño",—añadió otra.

—Va á sofocarlo con sus humos,—susurró la tercera; cua-

rentona, biliosa y llena de pecas. Prefirió el lujo al crepido de aserrar espinazos y aletas; y es capaz de entrarse vestida de terciopelo, con todo el calor que nos ahoga...

Abrióse de golpe la puerta...

Penetró Cantarela sin fijarse en ellas, muda y ligera como un fantasma, arrastrando su manta, y descompuesto el cabello, el mirar sostenido y firme—sin pestañeo, las manos juntas contra el seno, amarilla, ojerosa,—como empujada por el delirio.

Las enfermeras se retiraron en silencio sobre la punta de los piés...

Tendióla en sosiego el viejo pescador la diestra, que ella besó en medio de arranques y sollozos; para levantar luego la frente, y decir con acento de intenso dolor:

—No me odies... ¡Cuán quebrantado estás! Yo vengo á acompañarte y á servirte... Tú eres bueno, padre, y yo una infeliz que te he ofendido sin maldad en el alma, ciega de amor que se me entró en el pecho sin que lo llamara yo—ardiente y voraz como un fuego que la lluvia no apaga,—si del cielo como ella viene... Me quema la llama y la culpa me tortura—¡mira padre, cuánto soy de infeliz!.. Todos ponen un poco de amargura á mi suplicio y echan vinagre en las llagas y con rencor me maldicen,—cuando ¡triste de mí! me ennegrecia la existencia cavilando—en la hora horrible en que solo tú podías renegarme, por lo mismo que me diste con ella esta fuerza de sentir y estas ansias de querer...

—¡Ninguno te compadece!

—Ninguno. Todos me rechazan y desprecian y son más duros con mi suerte mísera que con cien pecados propios,—cual si ella sola bastara á expiar los agenos yerros... Tú sí, padre, tú puedes maltratarme y herirme, que el ser me diste que yo deshonor ¡ay, bien lo sé! pero ellos nó ¿verdad? que libre vine al viento de la playa como una pobre gaviota, y como ella libre posé la planta en el lodo y manché el plumage, sin deberme á otro que á tí...

—Y á la virtud, también.

—Sí, á uno y otra falté, yo lo comprendo; pero una tarde me fascinaron padre, la mente, y enloquecí de ilusion. Arrancarme el amor no puedo sin apagar el fuego de mi sangre, que es la tuya. Hazlo tú si lo puedes... y no me aborrezcas.

—¡No!—repuso el viejo con una voz semejante á un hálito, poniendo la mano temblorosa sobre la cabeza de su hija.
¡Yo te perdono!

Cantarela experimentó una inmensa emoci6n de júbilo, y las lágrimas se agolparon á sus ojos. Reclinó en seguida de suspirar su semblante en el pecho del enfermo. La mano callosa seguía posada en su cabeza, y por dos veces se estremeció sobre ella de una manera extraña.

Largos momentos pasaron.

En la pieza próxima, las mujeres hablaban en un lenguaje vivo y exaltado á intervalos, y parecía ser Cantarela el objeto de aquella excitación. Esta oyó, á pesar de su situación de ánimo y de la languidez profunda que se había apoderado de todo su cuerpo como una somnolencia abrumadora, que una decía:—¡Ella acabará con él!

La frase la hirió, apercibiéndose recién entonces que la mano del viejo pescador pesaba como un plomo sobre su cráneo. La apartó dulcemente; el brazo estaba duro y rígido. Acercó su mano al pecho y no latía. Levantóse de golpe, espantada, y lo miró al rostro profiriendo más que una queja—un alarido; y dando una vuelta sobre sí misma, se desplomó inerte.

Carlo Roveda tenía la cabeza caída hácia atrás, dejando al descubierto todo su cuello; los ojos semi-abiertos fijos y dilatados; la piel dura y fría de una lividez profunda; la boca contraída por la última sonrisa; el labio cárdeno:—inmóvil, tieso, casi helado. Estaba muerto.

XX

EN EL SABAO

En la noche del lunes, plácida y hermosa como casi todas las noches del estío bajo un clima templado, y cuya serenidad llena de aromas difiere poco á veces de las calmas tro-

picales,—los elegantes salones de la casa-quinta del señor Tadmor Stewart, en el camino de la Agraciada, daban cabida á una brillante concurrencia, ávida de esas emociones y placeres que reservan siempre un secreto de deleite, aun cuando hayan sido con frecuencia saboreados. Por eso la imaginación de la juventud con su poder ingénito de forjar ilusiones en pós de los mismos desencantos y contrastes, olvida pronto las inútiles fatigas y devaneos de otras horas idénticas, dora las que vienen con nuevas perspectivas, y las sueña preñadas de deliquios y sorpresas inefables, como en un cuento de hadas. Los adolescentes bañados de perfumes, acicalados y erguidos, risueños y ricos con sus vibriones de ideales, lozanos como esperanzas que han de deshojarse pronto á manera de rosas pálidas; las vírgenes que recién se inician en las corrientes mundanales, bellas y púdicas, con los labios entreabiertos por una sonrisa perpétua,—al ménos mientras dure su inocencia casta,—y ansiosas de vivir en continuo deslumbramiento en una atmósfera de luz, encantos y armonías,—al ménos mientras no haya fenecido su primera ilusión, como un colibrí léjos de su medio ambiente —¡ah! para unos y otras esas horas son todas de dicha que han de gustarse por entero y sin reservas, primicias de la edad que nadie puede disputarles, que ellos se merecen, y el mundo no les niega,—en cambio de los candores de la infancia y castidades del espíritu con que pagan al principio sin saberlo, su entrada triunfal al teatro de la vida. No tienen penas que dejar fuera, silenciosas y enlutadas; ó que llevar en en el corazon herido, bien ocultas, aunque puncen por asomar al semblante bajo la forma de una arruga ó de una lágrima: desplegan sus alas de mariposas teñidas con los matices preciosos de la mañana y penetran en el recinto en pós de lo que brilla, de las esperanzas luminosas vestidas de flores y perlas, y giran gozosas y entusiastas envueltas en una nube embalsamada y embriagadora que intoxica dulcemente, y hace despues echar de ménos el voluptuoso placer de aspirarla. Son la pureza, la sencillez, la coqueteria incipiente, el ideal en su pristina hermosura, que festonean y adornan los salones, á manera de ángeles blancos los relieves, ó finísimos calados los arcos aéreos ó guirnaldas de azucenas los frisos de jaspes admirables; exhibiéndose con;

galanura, palpitando, desprendiendo de sus alas un effluvio delicioso, mezcla de ensueños de niña y de anhelos de mujer, que atrae y cautiva á los organismos exigentes, cuyo refinamiento de gusto no es otra cosa que una reversion tardía y desesperada hácia los primeros apetitos y delirios, actividad que concluye por donde empezó, pero ya sin los arrebatos y el vigor proporcional al incentivo.

En presencia de esta ronda ó farándola poética y gentil, en la que comunmente descuellan bustos artísticos, cinturas delgadas, piececitos seductores, y actitudes provocativas,— el jóven que ha pasado de los treinta años se duele no ser paje ó doncel, y la calvicie llora con un ojo las sensaciones que penetran por el otro, como ráfagas ardientes del tiempo antiguo que vinieran implacables á sacudir con toda impunidad sus flojas fibras.

Como en todo baile, una falange así nueva y risueña se agitaba en redor, y se confundía con otra más séria y madura, formándole un marco de inocencias y primaveras—en casa de Stewart.

En este segundo elemento, de más intencion y esplendor, as ideas y sentimientos revestían otro carácter. El placer era medido, calculada la eleccion, artísticas las actitudes, meditado el concepto, suspicaz el criterio, prevenido el ánimo: escenario en miniatura de la comedia social, de diálogos fugaces, encuentros rápidos, accion correcta, intrigas ingeniosas y golpes invisibles. Allí estaba la astucia en manobra, bajo rostros frios é indiferentes en apariencia, á manera de reptil que revuelve sus anillos y asoma su lengüeta por detrás de la cariátide de mármol y estaban las pasiones profundas, que arraiga y aumenta el tiempo, que labran surcos, y concluyen por someter la voluntad á sus arranques indomables. Era un pequeño foco en que se concentraba mucho de lo que la vida enseña; aglomeracion de fuerzas y de peligros, solo perceptibles para el ojo experimentado, que harian sentir escozor inmenso á un corazon entero, pero novel en el arte de expresar lo contrario de lo que ambicionara. El amor, el pesar, el despecho, el odio, el interés, el deseo, la incertidumbre, la venganza, el triunfo, la calumnia, la perfidia—todo tenia en él sus manifestaciones estudiadas y oportunas, claras para el agraciado, el vencedor ó la víctima;—que un baile

es siempre motivo de cita para resolver problemas en otra parte insolubles, fortalecer ó destruir vínculos, crear afinidades y simpatías, y animar la acción un tanto monótona de ciertos dramas íntimos que cada hogar cuenta por decenas.

De este punto de vista, la faz psicológica de un baile reviste algún interés; el espíritu de la sociabilidad trasciende para el observador atento, que puede leer en los semblantes las impresiones y reflejos de la fisiología nerviosa, por decirlo así, que á ellos se agolpan sin prévia consulta á las voluntades, convencidas de un absoluto señorío tal vez sobre la carne que sentimentalizan y exaltan en los paroxismos de la pasión. Así se concibe que algo más interesante que el giro vertiginoso, y más original que los gestos y frases obligados, —se descubra en un baile de brillo aristocrático un aspecto no visible á todos, en el que, como en un cristal de roca se retratan de cuerpo entero y con fisonomias muy distintas á las aparentes, multitud de danzantes de ceño adusto, momo diabólico ó aire enamorado, segun el grado de los celos, del adulterio ó del amor que los preocupa y absorbe. Ese lado que no se ve, es como un drama que se oculta detrás de la comedia.

¡Cuadro animado y deslumbrante el de multitud de parejas arrebatadas por un vals caprichoso de Strauss ó excéntrico de Chopin! Las cabezas que al moverse resplandecen á los rayos de luz, á favor de los diamantes ó de los polvos de oro y plata, esparciendo al pasar una esencia que solo la mujer despide; los trajes de rasos y sedas que se rozan y crugén modelando formas esculturales, y cuyos colores selectos se destacan en el torbellino como enseñas de ilusión y de conquista; los ojos que destellan una luz más noble que el brillante y las sonrisas que prometen ó se mofan con más elocuencia que el lenguaje, cruzándose veloces y fugitivas, á semejanza de zic-zags eléctricos en un cielo estrellado; las frases entrecortadas y joviales que se confunden con exclamaciones extrañas y palabras misteriosas en medio del vértigo,—cual si solo en medio de él debieran pronunciarse esas palabras que en otrora quemarian los labios; el ambiente tibio que cien alientos y emanaciones forman y que renueva por las ogivas otro saturado de denso aroma, manteniendo el mismo grado de fiebre que concluye por abatir los en-

tusiasmos del sensorio; los contrastes inesperados que sombrean rostros de una parte,—y de otra, las reconciliaciones que denuncia júbilo rumoroso, en tanto cruzan por el medio ocurrencias chispeantes ó réplicas banales de personajes que no ven ni aman otros seres que á sí mismos; todos estos episodios, estos detalles, este mareo del conjunto, estos delirios contagiosos que ácrecen la espuma de los espíritus alegres y alivian los pechos oprimidos, ofrecen en verdad una feria de virtudes, de egoismos y de pasiones que aduna por breves horas el placer efímero, y que desata luego la realidad amarga—condenando á la laxitud el cuerpo y á febril soliloquio el instinto reflexivo. Queda entónces en la mente, algo parecido al dorado polvo y á los ramos marchitos y á los girones de blancas gasas esparcidos sobre la alfombra,—cuando no algo semejante á las corrientes de luz, de fluidos magnéticos y de sutiles perfumes que atravesaron la atmósfera confundidos.

La mujer experta y hábil que no ha conseguido ofrenda alguna, se resigna.

A pesar de su experiencia del mundo sufrió emociones en el primer instante, al decidirse á concurrir una vez más al teatro que le era bien conocido,—y cual si nunca las hubiera gozado!... Acá blondas y encages, allí polvos y aromas, acullá aderezos, flores y guantes.... ¡un laberinto en el tocador y la alcoba! La nueva reunion empezaba como siempre, prometiendo mucho, aunque concluyese por no conceder nada. Cosa muy idéntica á un novio de circunstancias. Había que ir: sin embargo, la costumbre es una segunda naturaleza. ¿No iban solterones de colmillo duro, de guante lila y corbata color crema? El caso era obligado; y era preciso hacer carrera. ¡Quizás le reservara esta nueva fiesta una sorpresa agradable de impresiones duraderas y de final de azahares!

Despues... un poco de frio en el corazon, laxitud en el organismo, flores destrozadas, y... ¡esperar mejores tiempos!

No falta un sub-género distinto. El de las mujeres ligeras con polizon de vanidades y pendientes falsos, pero hermosas y arrogantes, que conservan gratas impresiones, aunque nadie las haya disputado en la feria, se han rozado con

las distinguidas y privilegiadas, trasponiendo las gradas de diferencia; han vivido largos minutos en la misma atmósfera del alto linaje y del buen tono, y se retiran contentas. Su orgullo está satisfecho, y resérvanse para el comentario y las confidencias, esas opiniones tan parecidas á las de críticos de entre-suelo, que á su vez se asemejan á mordiscos de felinos.

¡Cuán diferentes los móviles y deseos de las doncellas que se estrenan, y se lanzan aleteando en el jolgorio de sin igual ventura, que dura lo que las noches blancas!...

Todo esto podia admirarse, observarse y preverse en el magnífico baile en que penetramos entre las vibraciones de la orquesta, en la hora de su apogeo, cuando más radiantes se ostentaban las bellezas en la fiebre del entusiasmo, y rodaban sobre la alfombra, bajo sus plantas, nardos y jazmines como primeros despojos de la lucha.

Terminábanse unas cuadrillas. Ocupaban el centro del primer salon dos parejas que atraían irresistiblemente todas las miradas, y que al interés de otras veces, unian ahora el de la novedad, por la presencia de Raul Henares, cuyo nombre habia servido de tema á los comentarios de anteriores dias con motivo del grave percance que comprometió la vida de Areba y de su amiga Julieta. El joven acompañaba á Brenda, y tenia á su izquierda á la señorita de Linares y á de Sélis.

Julieta habia logrado conquistarse á Zelmar Bafil de caballero, á pretexto de que éste debia hacerle la presentacion de su amigo Raul, como ella lo deseaba: en medio de un intervalo, de modo que todos los ojos presenciasen la escena, en un paso complementario—en tanto descansaba la orquesta,—como aparte grave é interesante, ante el que ninguno podia mostrarse indiferente. Verificóse así el acto, con todo el aplomo de un diplomático por parte de Zelmar, y acompañamiento espontáneo de sonrisas y murmullos en las filas. Quedó satisfecha Julieta hasta el punto de arrastrar á su compañero al frente, sin darse la pena de consultarlo. Zelmar se conformó filosóficamente, pensando que el cuarto de hora agrio se compensaria bien con la vecindad del flanco. Areba, en cuyo semblante se pintaban

frecuentes inquietudes y desazones, originadas por el envidiable embeleso de Brenda y Henares, que parecían estar solos en medio de aquel centro de expansiones y alegrías,—tuvo un momento de hilaridad que reprimió sin esfuerzo, aun cuando llegó á producir escozor en Bafil.

Parecióle que Areba guardaba para él algunas severidades.

Pero el caso era que, aparte de ese incidente, Julieta, sin dejar de ser elegante y lujosa y dama de cascabel por la calidad del aderezo y del brocado, lucía esa noche un traje singular, como arrancado del tapiz, cuyos colores contrastaban con el moreno subido de su rostro y el lunar más oscuro todavía, con que un hada maléfica la obsequió desde la cuna. Esta circunstancia de detalle,—si bien ella no estilaba modas de antaño,—puso en evidencia un capricho, contribuyendo á provocar en la misma Areba un arranque de buen humor.

Zelmar se apercibió por primera vez, que su compañera tenía algo de egipcia,—esa noche más que nunca;—y tentado estuvo de hablarla de los cocodrilianos y cisnes negros del Nilo Azul, como de cosas familiares. Pero recordó que Julieta fuera de ser en extremo susceptible, había recibido una educación enciclopédica; y guardóse bien de provocar una disputa de dudosos resultados.

Ya concluidas las cuadrillas, Julieta se detuvo en su paseo junto á las columnas de mármol jaspeado que dividían en dos compartimentos el salón, sitio favorecido por grupos de damas y caballeros distinguidos; y dirigiéndose á Zelmar, dijo con marcada intención.

—Parece que la simpatía de su amigo Henares hacía Brenda Delfor se acentúa; y que hay riesgo de que él sea el agraciado exclusivo de la reina del baile. ¡Esta crónica tendrá mucho interés!

¡Sin embargo,—prosiguió bajando la voz y procurando atraerse la atención de los grupos,—dicen que hay seria oposición!

Bafil se encogió de hombros, y arrastró dulcemente á su compañera lejos de aquel sitio. Empezaba á compadecer á Raul.

—He calificado, con justicia en mi concepto, reina de la fiesta á la señorita de Delfor. Convenia tambien que lo declarara ahí, para advertir de su hinchazon chocante á Tula, esa rubia pálida que estaba reclinada en una columna, fria como una piedra, insustancial y vanidosa, hasta pretender para sí todos los laureles, con sus ojos de plomo deslucido y sus cabellos de mazorca. V. la conoce. ¡Carga con su aire majadero!

—¡Oh, crueldad!

—Es lo exacto. Cuando canta en el coro, va toda de tules y muselinas blancas con las trenzas flotantes, para asemejarse á las imágenes sagradas; en el paseo, maneja los caballos briosos con pretensiones de un Byron con polleras y quiere ir siempre á la delantera; en el teatro se cuaja de brillantes y se viste de azul otomano, con humos de Validé insuperable; y en el baile, ya la ve V., disputando á Brenda la superioridad, ella que es incapaz de interesar con su trato á un hombre de mérito, y que solo dice vaciedades y fruslerias suficientes á desilusionar en un minuto á un soñador con cara de flautista... Siquiera una, sin ser tan agraciada, dispone de ciertos atractivos sin afectacion. ¿No le parece á V.?

—¡Quién lo duda!—exclamó Zelmar con mesura. La elegancia resalta más en V.; el cuerpo de ella es incorrecto y difícil de disimular; el de V. es airoso y serpentiforme, por naturaleza. Luego, la sal solo es patrimonio de las morenas, las rubias, las Ofelias, las Margaritas, no son más que pastas de harina fina sin azúcar, que los poetas sazonan con lagrimones de dudosa transparencia. ?

—Me place oirlo hablar así,—dijo Julieta con coqueteria; bien se conoce que V. va en pugna con el criterio vulgar. Y ahora he de decir que mucho se habla de las predilecciones de V. respecto á Areba—permitiéndome regañarle con este motivo por su reserva con las amigas antiguas.

¿Hay algo de cierto?

Zelmar volvió á encogerse de hombros, sin que se alterase en lo mínimo su semblante inteligente y varonil.

Animóse Julieta, golpeándose la falda con el abanico.

—Ya es tiempo, caballero Bafil, de que V. se preocupe

un poco de la seriedad de esos rumores, para confirmarlos ó desvanecerlos.

Zelmar asumió un aspecto grave, y respondió con acento enfático:

—En la tabla rasa de mi espíritu, no he grabado aun ninguna imagen de mujer.

—Muy metafísico está V.,—repuso la jóven, frunciendo el labio con ironía.

—Por el contrario,—harto práctico. Me conservo, simplemente. Vea V.: lo mismo puede decir aquella su amiga, la de los dolores neurálgicos...

—¡Ah! es terrible con su jaqueca, y por eso abusa de las perlas de trementina.

Zelmar levantó la nariz, con aire malicioso, murmurando:

—Nada dije á V. del fuerte olor de violetas que he sentido al pasar por su lado...

La jóven, desconfiada y prevenida siempre contra las ocurrencias de su compañero, habia vuelto el rostro hácia la puerta que daba al jardín,—apénas vió el gesto.

—Vuelve Areba con el doctor de Sélis,—dijo. ¿No ha notado V. lo animado de su conversacion? Parece que trataran asunto de importancia. Y ¿qué se ha hecho nuestra pareja del frente en las cuadrillas? No la distingo en este salon.

—¡Ah, la preciosa Brenda! Está bien acompañada, y debe encontrarse en la sala del ambigú... ¡A buen seguro que no ha ido á probar nada de lo muy delicado que allí se exhibe

—¿Ya tuvo V. ocasion de verlo?

—Ningun hombre de mundo, Julieta, inicia la danza sin permitirse antes dirigir una visual sobre lo que más tarde ha de ser excelente restaurador de sus fuerzas.

—¡Qué prosa!...

—Sólida y sustancial. Invito á V. con un hojaldre de jamon.

—Muchas gracias... Estoy casi segura que el compañero no tendria tiempo de obsequiarme.

—Verá V. que á todo podrá atenderse... Aquello es un primor aderezado como en casa de sibarita, que hace pensar en el comedor de Cleopatra, todo cubierto de rosas hasta la

altura de una vara, segun dicen los egiptólogos. Decídase V. por el hojaldre.

—Puede V. tomarlo en mi nombre, aparte de una buena dosis en el suyo; mas, ahora, que le he sorprendido un visage de hastio y sueño,—¿por qué viene V. al baile?

—No lo crea V., interesante Julieta; me siento con placer á su lado... Pero, si he de ser franco, ví hace un momento abrir la boca con la mayor delicia á aquella señora anciana, que está en el confidente de la izquierda; y nada causa más envidia que un bostezo, aunque el mio fué un barrunto...

Con que iremos, mi encantadora Cleopatra...

—Le tengo advertido, caballero Bafil, que no le permito confianzas, ni comparaciones odiosas. Está V. hoy pesimista en extremo, y sin apartar la vista de Areba y de Sélis, como si algo le fuera en ello...

Felizmente aquí se aproxima mi compañero para la mazurka, que me resarcirá de sus momentos, y á quien haré confianza de cosas muy interesantes que reservaba para V.

—Oh, cuánto lamento esta circunstancia que me priva...

¿Quién es?—agregó interrumpiéndose, al oido de la jóven, viendo acercarse al candidato.

Miróle Julieta con enfado, y dijo:

—Un poeta de delicadeza suma, y de dotes muy relevantes, que no se acuerda para nada del jamon y del pastel cuando va con una dama.

—Al papamoscas le llaman boyero.

—¿Qué dice V.? ¡Tiene reputacion hecha en todos los círculos!—replicó Julieta enconada, y moviendo la cabeza de modo que agitose trémula la flor de su tocado y ondularon sus crespos flequillos al viento de su cólera.

—¡Oh sí, conozco su fama! dijo Zelmar con mucha flemma. No haga V. caso de una broma.

En ese instante se acercó un jóven solicitando su pareja. Bafil desprendió suavemente su brazo, mirando de soslayo y por encima del hombro á su libertador, con aire compasivo.

Dióse vuelta Julieta, ya risueña, y haciendo un ademan de amenaza con el abanico:

—Si olvida V. caballero Bafil, el compromiso de bailar

las primeras cuadrillas, olvidaré también el mío de narrar á V. una crónica importante.

Zelmar, que se habia quedado en actitud de cortesía, entretenido en dar vueltas á la borlilla de un guante, no pudo ménos de sonreirse, y decirse:

No recuerdo haber incurrido en tamaña ligereza. ¡Esta mujer es capaz de arrastrar al pecado á ese inocente!

Buscó en seguida á Areba con la mirada. Encontrábase la jóven en un grupo, del que formaban parte Brenda, Raul y de Sélis. A la derecha, en un divan forrado en seda color granate estaba la señora de Nerva, cuyo semblante mármóreo, casi transparente, parecia revestirse por intervalos de sombras, como si mantuviese en su interior una lucha de opuestas impresiones. El vestido negro hacia más intensa la blancura del rostro. La expresion de sus ojos era fria y severa, y los tenia fijos en Henares y en Brenda, quien experimentaba algo semejante al desaliento de la angustia á cada encuentro con aquella mirada rígida, honda y persistente. Ella sabia que los enojos de su protectora nunca salian de ese lenguaje mudo, elocuente en su mismo mutismo; y se habia acostumbrado á interpretarlo y comprenderlo, de modo que jamás los labios vertiesen un reproche. En esta ocasion parecíale á la pobre niña que ella habia cometido un gran pecado, á juzgar por la extraña é inusitada luz de aquellas pupilas ya débiles y cansadas: y en su zozobra, dirigióse en silencio á Raul, como impetrándole una gracia, que en el fondo solo era una pena para los dos.

Penetróse bien el jóven de ese malestar, á que él no era ageno tampoco, sintiendo cómo se infiltraba en su espíritu la corriente fria que dominaba el grupo, cual si en rigor hubiera allí uno de más; y apresuróse á colocar á Brenda en el extremo opuesto del divan, respetuoso, callado y atento.

Al inclinarse para volverse, observó que la señora de Nerva habia hecho un movimiento muy vivo hácia atrás, clavando en él con nueva fuerza su vista. Sintió encenderse entónces en su mente, como un fuego fátuo que giró por su cerebro para desvanecerse muy pronto sin dejar rastro alguno, una reminiscencia vaga é indecisa...

¡Verdad que no comprendo!—hablóse á sí mismo con extrañeza.

¡No se digna invitarme!—dijose á su vez Areba contrariada, viéndolo alejarse.

Y lo siguió mirando hasta que él desapareció por una de las puertas que daban al jardín, con ese aire de despecho y de enojo reprimido que realza el semblante de una mujer hermosa.

De improviso oyóse una voz alegre:

—¡Señorita llaman á lanceros!

Era Zelmar quien habia hablado.

—Cierto, que son con V.,—repuso Areba pasando su brazo al del jóven, y mirando á de Sélis de una manera significativa. Doctor, la demanda aumenta, y no es del caso quedarse sin la reina.

Sonrióse Zelmar al oír las últimas palabras, pronunciadas en acento suave é intencionado, y dijo volviendo á otro lado el rostro:

—¿Qué se habrá hecho Raul? Es parte obligada del cuadro, y hay que citarlo á comparecer.

—Fuése hácia el vestíbulo que da al jardín,—respondió Areba disimulando su contento, y observando de soslayo que Brenda tendia á de Sélis su mano estremecida.

—Es de suponer que no haya ido á filosofar, y sin ser importunos haremos reclamo de su persona.

Nada contestó Areba; y encaminándose al vestíbulo, decía el jóven con cierto tono que no le era peculiar:

—¡Cuánto me congratulo de que V. no haya puesto en práctica su resolucion de no asistir á este género de fiestas!

—¿Por qué?

—Por mis íntimos contentamientos.

—¡Ah!... Si he de ser franca esta vez estuve débil. Luché, pero inútilmente. Hubo al fin que desalojar el ánimo de tristes preocupaciones, lo mismo que se espantan los mosquitos con el plumero, por una rendija de la ventana; y aquí me tiene, encontrándome al paso con los personajes, las fisonomias y las escenas de siempre,—aun cuando los buenos amigos saben romper la monotonía con momentos muy agradables.

—Creo contarme en ese número, si no es excesiva pretension, Areba...

Volvióse la jóven para cerciorarse si la otra pareja seguia sus pasos; y ya fuera del salon, convencida de que así era, y paseada una mirada inútil en busca de Raul,—dijo en voz alta:

—Es delicioso el ambiente que aquí se respira; y manifiesto con franqueza mi deseo de que posterguemos los lanceros, y descendamos al instante al jardin.

—¡Excelente idea! Se ven muchas parejas en los senderos.

Brenda y de Sélis que venian á pocos pasos, bajaron la corta graderia de mármol en pós de la señorita de Linares y de Zelmár. Caminaban en silencio, y como abstraídos.

El jardin, al frente, ofrecia un aspecto fantástico: globos chinoscos, bombas de cristal, luces venecianas de caprichosas formas, unidas por hilos metálicos á las ramas ocultas modelaban en el espeso follage bellos pabellones de cien colores. Algunas linternas de intenso reflejo, colocadas en el interior de los grandes árboles con los lentes vueltos á los surtidores, convertian en mil chispas de rubíes, záfiro y topacios las menudas gotas,—improvisando fajas transversales rojas, blancas ó azules, segun el color de los lentes reflectores, cual iris espléndidos en media noche.

Oíanse rumores de voces y alegres risas entre los árboles, como gorgoros de pájaros que se anticipan á la aurora ó sueñan inquietos en las ramas. Desarrollábanse por allí escenas más variadas que las del baile.

Hermosos bosquecillos se sêguian á los cuadros de plantas de la plazuela; y uno de ellos venia á concluir en ángulo agudo sobre la misma, formando dos calles profusamente iluminadas, una de las cuales concluia en un pequeño lago con puente de piedra.

XXII

ESCENA EN LA AVENIDA

—Seguiremos por esta avenida de la derecha,—dijo Areba, mirando para atrás.

La de la izquierda está más solitaria, como para un secreto...

—A la verdad,—repuso Bafil, dejándose llevar por su compañera, y fijando en ella una mirada ardiente,—que yo me siento con disposición de revelar alguno. ¡Esta noche no se parece en nada á mis otras noches!

—No pocos de los que en el baile se encuentran, amigo mio, pueden decir lo mismo. De todas las noches mal dormidas y peor empleadas, quizás esta sea la única excepción, porque siquiera se ofrece como trégua para retemplar el espíritu con satisfacciones y goces morales, de que solo se acuerdan aquellos que los han desdeñado, cuando los placeres bajos y los deleites obtenidos con mengua de la inocencia y del amor, les advierten que la copa se ha agotado, y que es preciso refinar el gusto para mantener la ilusión que rebajaron al nivel de las seducciones indignas.

Me refiero á varios de los que ahí están,—continuó Areba con sorna. Parecen contemplarse á sí mismos, sin tener para nada en cuenta sus impurezas.

—¡Sensualismos en cuerpo y alma!—arguyó Zelmar.

—Habrás V. visto que también hay poetas, que no dicen nada que se parezca á versos. Todos temen comprometerse. Ya no es el tiempo de antes, de ingenuidades y estrofas. Si V. abandona á uno de esos soñadores en una selva, será capaz de cantar en loor de las mismas espinas, que otros nos suelen ceñir en las sienes; pero colóquelos al lado de una mujer de corazón, y ya los tendrá mudos como un arpa

rota, como si la poesia no más que emana de nuestro sexo les atrofiara el númen, y les matase la palabra en la raiz.

—Son inmigrantes de la altura: en materia de amor, se alimentan de infusorios.

Con que...

—Están otros que no son poetas, bien lo habrá observado V. Peor aun. Me fastidian hombres que, aparte de eso, tienen cabezas de chingolo. Creen que bastan los bigotes, para ser varones. No los saca V. de la mecánica del baile. Mueven las piernas y apenas los labios, y la razon es obvia: se imaginan que en la gracia de la pirueta estriba el secreto del prestigio.

—¡Tallas de chorlito! Iba á decir...

—No por esto se figure V. que hablo de todos. Salvo las debidas excepciones. En esto de hacerse querer las pretensiones son muchas, y los méritos pocos. Para sacar aquí un candidato,—me deslizó no hace una hora Julieta al oido, yendo del brazo de un escribano respetable,—seria preciso votar con fraude.

—¡Oh, inconsolable Julieta!

—No se burle V., que en rigor decia verdad; hay muchos entretenidos en desperdiciar sus años. Con este motivo la recordé que ella hacia mal en tener aficion tan loca para embalsamar pájaros,—que así hace Julieta con sus ilusiones; y entusiasmo tan grande por una rana que toca el violin, firme sobre dos piés, y que ella enseña á todos, sin apercibirse que esta es una imágen fiel del solteron que se solaza á solas,—¡como hay tantos en nuestro pequeño mundo!

—¡Cierto que solazarse á solas con un violin, es una iniquidad... Vea V., Areba, yo estoy resuelto á no ser comparado con una rana; y me siento con disposiciones excelentes para abordar el problema con toda madurez. No sé porque en este momento mismo el corazon se impacienta, como si una influencia muy cercana perturbase la normalidad de sus funciones.

Areba miró para atrás, sonrióse y apoyó con más fuerza su brazo en el de su compañero, que se habia callado.

—¿Qué más?—preguntó con aire seductor y levantándose un poco la falda con ademan regio.

—Que me siento apasionado de veras, mi bella amiga, é

impelido de una vez á manifestarlo; porque tengo aquí en el fondo del pecho un ánsia profunda y en la mente excitada, una imágen que supera al comun de los humanos, y se identifica con sus aspiraciones secretas...

—¿Será acaso,—le interrumpió la jóven friamente,—una mujer hermosa de tipo hebreo, con ojos y cabellos muy negros, cintura de junco, melancólica, pero ardorosa é ingénua que... tal vez no está aquí?

Turbóse un poco Zelmar; mas luego repuso con firmeza.

—No conozco ninguna de tales calidades. Aquella á quien yo me refiero, se encuentra á mi lado.

Areba dejó oír su risa armoniosa, y abriendo de golpe el abanico, interrogó con mucha gravedad:

—¿Cuándo se recibe V. de médico, amigo mio?

—¿Tanto interesa eso á V.?

—Mucho, ciertamente. Necesito de sus servicios profesionales en bien de mis protegidos, y quiero que sea V. el médico de casa. ¿Desagrádale acaso, esta proposicion?

—De ningun modò, y agradezco desde ya efusivamente ese honor. Marcho en breve á Buenos Aires para obtener el diploma, y quedar en seguida á las órdenes de cliente tan distinguida.

Y sintiendo aún Bafil la acritud y la dureza singular del tono empleado por la jóven, agregó con acento simpático y triste:

—¿Por qué me hace V. sufrir, Areba?

Puso ella un dedo en los labios, y se detuvo creyendo percibir ella en la parte opuesta la voz del doctor de Sélis.

—Volvamos en busca de Brenda,—dijo. Es preciso que no se califiquen nuestros actos de inconveniencias.

Las dos parejas se habian separado cuando bajaron al jardin, al llegar al ángulo formado por el bosquecillo; siguiendo de Sélis por la avenida de la izquierda, é internándose en ella, antes que Brenda pudiera apercibirse de la separacion, entre la concurrencia que animaba hasta allí la plazoleta.

De Sélis habia ido revistiéndose de resolucion á medida que el sitio se hacia poco á poco más solitario; Brenda era presa de un malestar visible, y de vez en cuando volvía el

rostro hácia el camino recorrido, como presintiendo una escena penosa.

Habia hecho alguna insinuacion de regresar sin ser atendida,—en presencia de árboles altos y hojosos que aparecian más tupidos por las enredaderas que culebreaban en todas direcciones ó se exhibian como prolongados setos de siempreverde, doradas ligeramente por el resplandor de escasas luminarias esparcidas acá y acullá cual enormes coleópteros, inmóviles en los troncos. Los mil brillos rutilantes de la altura, y la atmósfera en calma, el silencio majestuoso, apénas interrumpido por rozamientos de élitros de grillos campestres, y uno que otro trino aislado cuando una ráfaga leve producía murmullo entre las hojas, á manera de suave beso robado al sueño,—daban un aspecto solemne á aquel lugar, adonde llegaban flébiles y perdidos los ecos de la fiesta, permitiendo oír las estridulaciones misteriosas, y las trovas ténues y suspirantes de la noche. Lucian en la yerba de los flancos los lampíridos verde-dorados, que cantara Klopstock, y en gran número giraban otros en el aire como una lluvia de meteoros diminutos, que concluian por sembrar primero de chispas fosforescentes las copas altivas, y bajaban luego á confundirse amantes y encelados, con las lentejuelas de oro del manto de esmeralda. Alguna vez de la parte del lago, salian notas roncadas de los palmípedos—preludios de fagot,—que anunciaban el alba; y se estremecía el pequeño mundo invisible bajo su capa de césped y rocío, cual si pasara sobre él algun mensajero alado, modulando risueño el himno de la aurora.

Brenda sintió de súbito el frío de la soledad, toda trémula é inquieta. Su brazo empezó á resistirse por momentos, y al fin se detuvo con firmeza.

—Hemos avanzado mucho,—dijo conmovida,— y tiempo es ya de regresar.

—Deseo enseñar á V. las bellezas del lago que está allí cerca, y que ha atraído también su concurrencia... ¡Por qué esa obstinacion! ¿Tengo acaso la desgracia de no inspirarla confianza, Brenda?

—Este lugar está desierto, y no me agrada. Bien ve V. que estoy afligida. Volvamos...

—¡Oh! el sitio es escogido, como para almas enamora-

das,—replicó de Sélis, con pasion. Nada tema V. ¿Por qué tan cruel conmigo? Yo pensaba que en su pecho ya habia hallado un eco mi perpétuo ruego,—y bien lo merece el grande amor que V. me inspira. ¿Habré de consumirme estérilmente en mi propio fuego, ó habré de esperar que su corazon acepte con la misma vehemencia la ofrenda del mio?

—¡No diga V. esas cosas ahora que me siento estremecida, por favor!... Esos árboles tan altos y tan negros... ¿Y no siente V. ese canto triste?...

—Por favor, digo tambien, Brenda, ¡un instante más! ¿He cambiado de figura hasta el punto de despertar en V. un sentimiento de repugnancia ó de terror?

—No es eso... pero no me encuentro tranquila aquí.

¡Ruego á V. que regresemos!...

—Antes ha de disipar V. las angustias que me devoran, aunque sea con una sola frase de cariño,—dijo de Sélis con acento concentrado y ademan febril.

¡Cese V. de ser inexorable!

—Si yo nunca le quise mal...

—¡No: otra cosa es la que deseo,—exclamó de Sélis airado, y cogiendo con fuerza la mano yerta de la jóven;—quiero su amor, á eso aspiro hace tiempo, á eso anhelo con todo ahinco, y ahora exijo una palabra final que mate la zozobra cruel, ó que destroce de un golpe mi corazon. Hable V., y brote de su boca una esperanza ó una repulsa, que yo no puedo vivir en la duda, más amarga que un tósigo letal, y más mortificante que su desprecio; y sus labios han de abrirse en este momento solemne, que va á decidir del mio y de su propio destino, ó el vértigo se apodera de mi cerebro y no respondo de mí mismo!...

Brenda vió llena de pavor una llamarada siniestra en el rostro del doctor de Sélis, que se acercó al de ella, desencajado y lívido,—y sintió en su mano un estrujamiento enérgico y doloroso.

Quedóse más blanca que un lampo de nieve, y expiró una queja en su garganta, que pareció anudarse con un anillo de hierro.

—¿Nada dice V.?—prorumpió de Sélis excitado y violento, sacudiendo aquel junco fino y endeble, como pudiera hacerlo

un austro impetuoso. ¡Ah! no ignoro la causa de esta actitud sin piedad, helada y soberbia... Conozco que fuí imbécil en pretender arrancar de su pecho la pasión que por otro hombre alimenta; pero él no será más feliz, porque trataré de abrir un abismo insondable entre los dos, porque él no será suyo ni V. de él, mientras la amargura que agría mis entrañas inspire mi pasión desgraciada, bañándola en la hiel negra del odio mientras yo sienta irresistibles ansias de poseerla y de no permitir que otro se goce en mi dolor!

La joven demudada, temblorosa, con los párpados caídos y el seno palpitante, parecía no escuchar nada.

¡Cuán bella surgía de las sombras, con su traje de baile y su cabellera undosa y reluciente de angélica aureola!

De Sélis la atrajo de la cintura, clavando en su semblante de lirio una mirada ansiosa y lasciva.

La tentación se dibujó en su cara descompuesta; dilatáronse sus labios delgados para dar paso á una sonrisa maligna, y le agitó algún pensamiento lúbrico... ¡Aquel simple espasmo le prometía la impunidad, y él estaba dominado todavía por el vértigo!

Pero de pronto, como si en rigor sintiese en su sopor la proximidad de un peligro, y el aliento de una pasión sinistra é impura, arráncase Brenda de los brazos que la oprimen con un movimiento enérgico, aléjase algunos pasos tambaleante, vacila, cae de rodillas, uniendo sus manos y lanzando un sollozo ahogado.

De Sélis avanzó mudo y sombrío, presa de una agitación extrema. ¡Qué funesto delirio bajo su cráneo!

En ese instante, entreabriéronse las ramas inferiores de los árboles, abatidas vigorosamente; y un hombre se lanzó al sendero, con la cabeza descubierta, pálido y ceñudo.

Toda esta escena fué breve, rápida, sin intervalo sensible entre el pensamiento y la acción.

Brenda se alzó con un grito de suprema alegría al reconocer á Raul, y corrió á refugiarse á su lado, temblando, extenuada, casi sin fuerzas; y él la apoyó la cabeza en su pecho, diciendo con una calma que envolvía profundo desprecio:

—Nada tienes ya que temer.

—¡Había estado V. escuchando!—exclamó de Sélis con aire

iracundo y cruzándose de brazos, como para contener un arranque agresivo.

—El acaso me colocó ahí,—repuso Raul en voz baja, breve, incisiva;—y he oído sin desearlo ni quererlo. ¡Feliz casualidad que me hizo testigo de la infame aventura! Quedo advertido de los prodromos de su demencia y aguardo desde ahora el cumplimiento de las amenazas, para darme el triste goce de ver ahogar sus instintos en la baba de su propia locura!

De Sélis quiso abalanzarse colérico: una nube de sangre se agolpó á sus ojos. Henares alargó el brazo acerado y nervudo.

—¡Ni un paso más,—añadió con fiera, —ó no respeto el sitio y trasciendo el vergonzoso episodio con mengua de su nombre!

Y estrechando de nuevo la cabeza de Brenda, que se había puesto de por medio desolada:

—¡Así!—dijo vehemente y enconado;—¡así! como en aquella noche en que te hallé llorando á la puerta de ese que está delante, cuando de él implorabas auxilio para tu madre moribunda; cónocele, si ya no lo has adivinado: ¡ese era!... ese fué, el que sordo á tu ruego sollozante se negó á asistir á la enferma que agonizaba en el aislamiento; y ahora que lo sabes...

—¡Ah!—exclamó Brenda, con un grito herido, volviendo sus ojos asombrados á de Sélis y afirmándose con crispados dedos al brazo de Henares.

La inesperada revelacion había hecho reaccionar todo su sér, esparciendo por su fisonomía una expresion dura y rígida, que dejó el llanto pronto á brotar pendiente de sus párpados, como gotas que congela de improviso una ráfaga helada.

Lastener de Sélis inclinó la frente, y fué retrocediendo con lentitud, torva la mirada y los brazos caídos. Zumbaba en su redor un enjambre de recuerdos.

—¡Y ahora que lo sabes,—prosiguió Raul implacable,—castiga su osadía, confundéndolo con tu repulsa!

De Sélis sonrió de una manera sardónica al oír estas palabras, levantó el brazo con ademán convulso y siniestro,—y alejóse silencioso hácia el lago.

Volvíanse de allí, á paso lento, algunas parejas.

Pocos minutos despues de esta escena, Brenda y Raul se encontraban en la plazuela con Areba y Zelmar.

La señorita de Linares sufrió una impresion violenta. La sorpresa embargó al principio su voz, é hizo divagar sus ojos por todas partes, cual si en alguna pudiese descubrir la clave del secreto que de tal modo sobrecogia de súbito su ánimo. Ningun indicio, sin embargo, la dió luz.

¡Qué bien afirmó la alidada!—se dijo, con estupor.

Bafil, por su parte, abrió cuán grandes eran los suyos con el más profundo asombro, y no pudo ménos de murmurar, riendo sin escrúpulo:

¡Es un colmo salir al jardin sin compañera, y volverse del lago, nada ménos que con la reina del baile; y un colmo mayor el del doctor de Sélis, que ha hecho una gran perdis, antes de empezarse los lanceros!

—¿Me explicarás, Raul—dijo luego, en voz alta,—el origen de este enigma?

Areba estrujó su fino pañuelo de batista, febril y nerviosa. Se sentia sériamente contrariada.

—No reviste el hecho tal carácter,—contestó Henares sonriendo, reposado y tranquilo. Habíamos acordado con la señorita del Delfor formar pareja para el primer vals de Chopin, que se siguiese á los últimos lanceros; y de una manera casual nos encontramos en la avenida del lago, cuando resonaban ya en el salon aquellas armonias. Me apresuré entónces, al reclamo, y Brenda defirió galantemente, así como su compañero, el doctor de Sélis, que abdicó de un modo delicado el derecho de restituirla á los salones.

Mordióse Areba los labios con gesto de incredulidad..

Brenda está pálida como una muerta,—pensó. ¿Qué habrá ocurrido?

—¡La señorita de Delfor con el caballero Henares!—dijo de improviso una voz á su oido, llena de curiosidad y sorpresa.

Volvióse Areba, encontrándose con el rostro cetrino de Julieta, que se habia abierto paso entre otras muchas parejas que llenaban aquel sitio. Traia á remolque á su jóven poeta.

—Ví salir del salon las dos parejas, y me supuse que buscaban trégua en el jardín, que está tan delicioso. Si he de ser franca, tuve envidia y me lancé á mi vez...

Pero, ¿qué pasa Areba? ¡Estas cosas raras! Confieso que me desorientan. No veo aquí al doctor de Sélis.

Y señaló la hermosa pareja que caminaba delante, cambiando frases en acento muy bajo, sin preocuparse al parecer de otro mundo que el reflejado en las pupilas de dama y caballero.

—De todo quieres hacer problema, Julieta—respondió Areba con una sonrisa afectuosa. Lo que resulta sencillamente del hecho, es que mi querida Brenda está en alza, y se la disputan con ahinco. ¡Estoy segura que ha de llevar fuertes impresiones de la fiesta!

—Ya se ve... Me felicito por Tula.

¡Qué callado va el doctor Bafil!

—A la verdad, iba juntando los extremos de esta delgada red cuyo tejido se aprieta por momentos, mi enciclopédica amiga;—por más que todo parezca muy natural, como dice Areba.

Y sin dar oídos á una ocurrencia picante de Julieta, se dijo:—¡Es preciso ponerse en guardia! Areba misma está prevenida contra mí, y mucho me temo que Raul y yo seamos las víctimas expiatorias del amor y del orgullo.

Subian ya la gradería marmórea que en forma de herradura daba acceso al vestíbulo. Por las puertas y grandes ogivas del frente, brotaban raudales de claridad y armonías mezcladas al bullicio entusiasta y atrayente de las voces y risas sonoras. El baile duplicaba sus encantos y seducciones, á medida que avanzaba con el alba la hora de la partida, como si recién entónces se pusieran en juego los ocultos resortes del deseo reprimido, y se abriesen las válvulas de la expansion y del contento.

Areba invitó á Brenda á pasar al tocador, lanzando á Raul una mirada escudriñadora y sostenida.

Una vez allí oprimió la mano de su amiga, fria bajo el guante, y la dijo con un acento indefinible:

—Estás muy pálida, querida amiga. Arregla tu semblante,

y reprime un poco las palpitaciones violentas que agitan tanto tu seno.

Aquí tienes una esencia delicada que te hará bien. Tú sufres ¿no es verdad?

—No, mi buena amiga; no tengo motivos de malestar, y te agradezco el afectuoso interés. La fiesta está muy brillante y me deleita... Ya sabes que me es fácil palidecer, y que soy algo nerviosa.

—No tanto: ¡aspira!—repuso Areba, rozando su pecho con el de la joven. ¡Cómo golpea tu corazón! Alguna cosa triste te ha sobrecogido y la congoja ha dejado un rastro notable en tu frente y en tus ojos, tan bellos. ¿Ya no me quieres?

—¡Oh, siempre! ¿Por qué lo dudas?... Pero nada tengo. Tú eres la que pareces no ser la misma, mi hermosa Areba... y yo no sé si te hice algún daño sin quererlo.

—¡Ninguno!—murmuró Areba estremecida. Yo deseo tu dicha. Deja que te arregle las flores del cabello.

Y la besó suavemente, con su boca llena de calor. Brenda sintió en su mejilla, todavía helada, como un botón de fuego.

En tanto, Zelmor, aguardando de pie con Raul junto á la puerta, decía á su amigo:

—Mañana hablaremos. Ya es tiempo de que seas franco; por mi parte lo seré. Has hecho una aparición con ruido; todos los ojos investigan; se susurran misterios, y algo preveo de complicado en lo futuro. Hay que prepararse.

—Bien.

—Me consuela el hecho de que no hayas dado en un árbol con el cráneo de Lastener de Sélis,—pues lo veo cruzar por los intercolumnios con la bellísima Tula. Eso prueba que procedes con admirable discreción y que el plan es matemático. Si te apercibes que la señora de Nerva tiene fija su vista en nosotros, en tanto conversa con el señor Stewart, te penetrarás de la conveniencia de que abandones á Brenda, inmediatamente de su salida del tocador. Algunas frases recogidas al acaso, me han prevenido un poco de lo que ocurre; lo demás, lo adivino. Convendría que cambiáramos de compañeras; aunque muy solicitada, Areba hará de tí absoluta distinción.

—Acepto.

En ese momento aparecían las dos jóvenes del brazo, en el

dintel; radiante la una y fascinadora la otra, con sus vestidos colores rosa y marfil, de correcta armonia con el tipo de belleza peculiar á cada una. Brenda estaba más tranquila; Areba, impasible.

Varios caballeros esperaban allí cerca su turno, con la impaciencia propia de la vanidad comprometida.

Zelmar se apresuró á decir:

—Ha concluido el vals, Brenda. Reclamo ahora su favor, si es que V. se ha dignado reservarme un lugar en su programa.

Los jóvenes se miraron; pero la hesitacion duró poco. Sonrióse Areba, y Brenda dió su brazo á Bafil.

Raul se habia acercado á la primera, quien sin poner en ello atencion, se excusaba graciosamente con otros solicitantes. Despues volvió el rostro con aire risueño, y tendió su mano al jóven en silencio. Henares comprendió que no se habia ocultado á Areba la causa de la evolucion; y aparte de eso, experimentó á su pesar la misma emocion de otras veces, aunque más acentuada ahora, al sentir en su brazo el contacto del de ella.

En su pasada visita á casa de la señorita de Linares, de forma, breve y discreta, efectuada como un deber de cortesania, á que habíalo obligado una manifestacion de gratitud, —los cumplimientos y frases se mantuvieron dentro de los límites de una política fria y reservada. En el instante actual, y en medio de los entusiasmos del baile, fácil seria que el concepto encubriese mayor intencion y el amor propio alcanzara á rozar susceptibilidades mal encubiertas.

La interesante pareja, confundándose en el núcleo selecto, sin tomar parte activa en la agitacion de la danza, mantuvo diversos diálogos animados. Manifestóse Areba dulce y afectuosa, con esa gracia llena de encanto con que reviste sus menores gestos, una mujer que aspira á conquistar la simpatia de un hombre de mérito, poniendo de relieve la faz más brillante de su espíritu y apelando á los recursos secretos de la seduccion, cuando no del amor que la conmueve y ansia por surgir, estremeciendo sus fibras y sus labios á cada palabra ó á cada aliento.

En uno de sus paseos, cambió un saludo con Lastener de

Sélis, y observó la fisonomía de su compañero. Raul habíase conservado inalterable y grave.

Ella lo llevó á una ventana abierta, que daba al jardín. Paróse delante, y apoyóse con languidez y abandono en el brazo de Henares, aspirando una flor que habia en parte deshojado distraida. Llevaban ya algunos momentos de silencio. De vez en cuando, notaba el jóven que ella ponía en los suyos sus ojos rasgados y luminosos, con esa expresión profunda y melancólica que envuelve todo un poema de esperanzas y desencantos: y sufría los vagos estremecimientos que provoca la proximidad del misterio ó del peligro. La cabellera de la jóven, casi rozando sus mejillas en cada movimiento lento y voluptuoso, exhalaba un suave bálsamo que iba al sentido en inhalaciones sutiles; y alguna vez sintió como una llamarada de fiebre, cuando Areba volviéndose de frente al salon con lentitud, sin abandonar su brazo, se acercó bien á él y miró por arriba de su hombro, suspirante, —dejando á una línea de su vista el rostro anacarado, y los labios húmedos, rojos y entreabiertos.

Quiso desviarla; pero ella sin moverse, y ciñendo con más fuerza su brazo, lo miró en las pupilas con un reflejo intenso de amor y de despecho, obligándole á incendiarse en su luz y á empalidecer bajo la influencia de la emoción. Siguiéron los dos callados. Aquellos segundos no eran para la mente. Irradió de placer el semblante de Areba, y de pronto, dijo, con acento tan ledo y suave como un hálito:

—¿Se acuerda V. del tordillo negro?

A esta pregunta que pareció arrancarle de un sueño, Raul experimentó una sacudida, algo semejante á un desgarramiento interior; y trasfiguróse su rostro por completo. Areba se alarmó, y se puso pálida; agregando solícita y con un fondo de tristeza:

—¡Nunca creí que mis palabras producirían tal efecto! Dígnese V. disculparme, si fui imprudente... Me refería al lance del Prado.

—¡Oh, no!—repuso Raul pasando la mano por su sien.

Usted es la que debe perdonarme... No he podido reprimirme, pues sus palabras evocaron en mi memoria lejanos recuerdos, muy distintos á aquel que ellas tendían á despertar.

—¡Singular coincidencia!

—Verdad...

Me acuerdo, Areba. Grande fué mi dicha, de poder merecer desde entónces el aprecio de un espíritu delicado y noble.

Removiéronse los labios de la jóven en silencio. Luego, dijo:

—Era lo ménos que podia dispensarse, al autor de accion tan generosa.

—¿Lo ménos?

—Sí. Las mujeres llevamos siempre muy léjos nuestra admiracion ó gratitud: para un momento de verdadero sacrificio en el hombre en nuestro obsequio, solemos reservar años de... dulce recuerdo.

Raul se puso pensativo. Ella lo atrajo hácia sí, y echó á andar despacio. El jóven podia sentir los latidos de aquel pecho turgente, algo más precipitados que lo natural; y descubrir en Areba un signo inequívoco de pesar hondo y dominante, mezclado á su gesto de altivez.

Preocupábale la frase que habia motivado su sobresalto, y con ella el episodio del pasado, que cada dia revestia nuevas formas en su espíritu.

Areba continuó silenciosa un intervalo regular, hasta que levantó nuevamente los ojos hácia él, viendo cruzar á Brenda con Bafil, por medio del salon.

—Incomparable como una diosa está la huérfana,—dijo.

Parecióle á Raul que la última palabra envolvía una ironía cruel y sangrienta; y un segundo estremecimiento agitó todas sus fibras. Sobre esta palabra recalcó Areba, dejándola caer como una plómada en el ánimo del jóven. Observó él tambien, que su compañera no era ya la misma: un aspecto glacial habia reemplazado de súbito, al aire simpático y afable, en su rostro de líneas esculturales. Apeló entónces, á las energias de su carácter, para ahogar la penosa impresion é imponerse el silencio,—recordando las advertencias de Zelmar.

Felizmente, aquel estado violento de su espíritu duró poco. Muchos eran los admiradores de la señorita de Linares, y Raul fué muy en breve reemplazado. Areba le estrechó la mano consagrándole una sonrisa, y manteniéndose inmóvil, en tanto él se apartaba algunos pasos para retirarse.

Media hora despues, cuando el sarao tocaba á su fin, Julieta se acercó á Areba, trayéndose á priesa, como de costumbre, á su compañero, que era esta vez una persona séria y flemática, ya entrada en años, del cuerpo consular, con un distintivo rojo en el frac y un lente en el ojo izquierdo. Este caballero trataba de mantener su aplomo y su tiesura en el remolque, evitando poner el pié en las faldas de raso, y haciendo respetuosas cortesias, en tanto su pareja tirándole de la muñeca, se abria camino por entre la concurrencia.

Julieta se inclinó al oído de su amiga, con los ojos brillantes y el aire misterioso, diciéndola:

—Mañana te contaré lo ocurrido en la avenida... ¡Estoy bien enterada! Me dió datos Casilda, que volvia del lago delante de otras parejas, y pudo oír cosas de sumo interés... Pero, ¿has visto los aires de Tula, del brazo del doctor de Sélis? ¡Va hecha una alcorza!

XXIII

TRES CARTAS

Horas despues del baile, del que salieron juntos, los dos amigos departian sobre sus cosas íntimas en la casa de campo de Raul, bajo la influencia todavia de las recientes y opuestas impresiones. Comentaron ya sin reservas, los hechos que afectaban á uno y otro, se expusieron creencias y certidumbres, buscóse el secreto de dudas y contradicciones aparentes; y por natural encadenamiento de ideas, trataron de sondar agenos planes é intenciones.

Zelmar creia, en lo concerniente á Raul, que sus propósitos debian perseguirse por los mismos medios empleados hasta el momento: el caso era arar hondo en el corazon de la jóven, antes que adquiriese forma séria la oposicion manifiesta de la señora de Nerva, á sus amores, y se extendiese á

mayor radio el rol activo que parecia desempeñar Areba en el drama doméstico. Lo demás, debia reservarse al tiempo. No dejaba de preocuparle, con todo, el móvil secreto que compelia á aquella, á asumir esa actitud.

—Veo oscuro, eso—agregaba mirando á su amigo.

—Así es,—habia respondido Henares, con gesto caviloso;—yo tampoco me doy razones. Trataré sin embargo, de averiguar si algun hecho de mi vida pasada, aparte del que te he referido, tiene alguna conexion estrecha con la historia de la familia de Brenda.

—En cuanto á Areba,—proseguia Bafil,—me explico su conducta en esta emergencia, por los impulsos de una pasion violenta hácia tí, contra mi antigua opinion, á su respecto. Esto no obstante, recuerda la sospecha que te insinué; despues del lance en el Paso del Molino, y que tú consideraste inadmisibile. En la pasion que ha nacido en su pecho, sin poder expandirse, en ella reconcentrada y escondida, privada de desarrollo, como el feto que ha de nacer para morir con el primer vagido, entra por mucho el amor propio lastimado. En medio de sus rarezas y caprichos originales, estoy seguro que nunca pensó en el fracaso de su primera eleccion: la has herido en mitad de su soberbia, y debes precaverte. Una mujer de estas condiciones, desairada, centuplica sus fuerzas, para hacerse sentir aún en la hora en que te creas á solas con el pensamiento. Contribuiré por mi parte, á tu defensa. Confieso sinceramente, que me siento arrastrado á quererla; y que, por ello, me confundo con los pocos que dicen: á repulsa obstinada, pretension pertinaz. Por el instante, nuestro estado de ánimo es idéntico: ambos sentimos, pero no somos felices; yo no soy el preferido, y aquel en quien ella piensa, no puede pertenecerle. Los dos corazones se agitan en el vacio, con la diferencia de que el mio está prevenido, y puedo á voluntad reprimir sus arranques; mientras que el de ella se debate ya dominado é inquieto, sintiendo en las dos aurículas el escozor de un dardo, y tarde ó temprano el corazon lacerado y abatido, se rinde, aunque valga toda una guardia vieja. La diástole, todavia es mesurada en mi músico, educado con sistema; en el de Areba, han de ser mayores las dilataciones. Persistiré, pues, en el intento contra tu embozada enemiga, y á serte franco, he de excederme á mí

mismo. Sabes que un obstáculo me encela, sin hacerme ilusión tampoco sobre el éxito: llevar un ataque contra cuadros dobles, fué siempre en milicia un lance sério; pero, no se me oculta que, apoderarse de un corazón de mujer que ha elegido tipo, aunque sea para soñar con él de aurora á aurora, es empresa más difícil, si esa dama siente, piensa y quiere como esta hechura de ángel rebelde. Lucharé con brio. ¡Hermosa victoria sería la mía, sobre su orgullo!... Necesito de ciertas satisfacciones psíquicas, con sabor de extraordinario; porque en verdad, estoy cansado de reunir apuntes de frágiles amorios, para mis memorias del Parque de los Ciervos. Esta mujer se me impone, y parece que yo no la conmuevo, ¿no te recuerda una serpiente irisa-da, fria y fascinadora?

Me dejaria estrujar entre sus anillos. Confío en que tu indiferencia, en último resultado, ha de agregar, por reaccion forzosa, buena dosis de energia á la que mi pasión acumulará.

Tú eres el dichoso, á fé mia; y es prudente que te apresures en la proyectada obra de tus desmontes, puentes y terraplenes, para concluir en seguida esta campaña. Del lance con de Sélis, no te preocupes; estoy convencido de que por ahora no tendrá consecuencias, porque así conviene, en mi concepto, á los intereses del damnificado: conserva, sin embargo, la guardia, pues en oportunidad puede hacértelas sentir, con rigor de cirujano. Entre tanto debemos aprovechar el tiempo, que el día de nuestra marcha se aproxima. Para entónces habrá cacharpalla y brándis, te lo prevengo. Sabes que eso está de moda. ¡Libaremos una copa, por tu dicha, y por la de todas las buenas almas que han solazado á más de uno, en nuestra vida libre!

Largos momentos mantuvieron el diálogo los jóvenes, concertando proyectos y planes de conducta, adecuados á las circunstancias; y separáronse al fin, sin haber disipado por completo las dudas ó malas impresiones, que respectivamente sintieran en la pasada noche.

Cuando Raul quedó solo, al reproducir en su mente las confidencias de Zelmar, apercibióse recién de su fondo de acritud; y llegó á persuadirse que su pasión habia adquirido un incremento y desarrollo, en vano disimulados. Areba,

parecía haber vencido, sin desearlo tal vez, por la sola influencia de sus méritos, ó la arrogancia de su carácter: este triunfo, sobre un hombre de las calidades de Bafil, que hacia gala de *reirse del mundo*, con mejor título quizás que otros que lo dicen, mientras pasa y repasa por su corazon envuelta en la sangre una pena negra, haciéndolos llorar en las tinieblas como débiles mujeres,—indicaba un grado de superioridad indiscutible que podria concluir por absorberlo y desarmarlo. Muy diferente era este sentimiento imperioso, á las fragilidades de su Parque de los Ciervos, como él calificaba de una manera pintoresca sus aventuras galantes; una resistencia fria y severa habia bastado á hacerle desconfiar del temple de su fibra. Henares pensó que, desde ese momento, su amigo no se pertenecia.

El recuerdo de Brenda, le aisló bien luego del pesar ageno. Acercóse á la mesa, despues de meditar algunos instantes, y trazó varias líneas sobre un pliego pequeño. Era el anuncio de su próxima partida, delicadamente advertido, con mezcla de reminiscencias gratas, y designacion del dia en que contaba estar de regreso. Sus deberes profesionales le llamaban léjos; pero él suponía que la distancia y el tiempo acercaban más los corazones, para aumentar á la vez el placer de sus ansiedades: el reencuentro de los que se aman, equivalia á una doble prueba y á un supremo deliquio. Antes de partir, queria verla. El esperaba acogida para esta súplica, pues no debía confiar á la esquila, lo que con más sencillez podia expresar el labio.

Releida la esquila, parecióle bien; y en el instante se propuso hacerla llegar á su destino. Abandonando, desde luego, el gabinete, dirigióse á la quinta, pues suponía que le seria fácil ponerla en manos de Zambique, á quien siempre se veia cerca del seto.

No le percibió, en los lugares de costumbre; pero, en cambio pudo divisar á Brenda, dando el brazo á su anciana protectora, y acompañada del doctor Lastener de Sélis. La señora de Nerva parecia enferma y andaba con lentitud. En presencia de aquel grupo, pensó Raul que la jóven debía haber ocultado á la anciana, como él lo habia supuesto, el episodio de la avenida. El mismo apíomo del doctor de Sélis, denunciaba que éste habia asistido, seguro de esa discre-

cion. No le era posible al jóven observar á la distancia lo que revelaban las tres fisonomias, y por consiguiente deducir el género de impresiones que podia imperar en cada una de las personas del grupo; mas, sí, le fué dado convencerse, por ciertas manifestaciones y actitudes de la enferma en su paseo, que la afeccion que padecia estaba léjos de perder su tenacidad grave y alarmante, debiéndose atribuir acaso á la anterior velada, su sensible desmejoramiento. En su nobleza de ánimo no se le ocurrió pensar que aquella vida podia extinguirse en breve tiempo; solo agitóse en el propósito de aproximarse á ella, en ocasion que no creia muy lejana, para expresarla sentimientos que debian, en su concepto, desvanecer una preocupacion infundada y adversa á su persona.

Zambique apareció de improviso, por la línea de agaves del fondo; aun cuando de su aproximacion fué Raul advertido un momento antes, por una especie de gruñido sordo, con que el liberto traducia sus notas y frases de marimba. Traia al brazo un cesto de mimbres, casi lleno de fresas ó frutillas blancas y rojas. Con su irremplazable levita sin faldones, su sombrero alto de felpa sin ala y abatido, que temblaba en el cráneo como un morrion de pelo, y su pipa de yeso detrás de la oreja, el honrado Zambique no parecia preocupado más que del suelo en que sentaba su planta callosa y vacilante.

El jóven le salió al encuentro, junto á unos árboles del seto, y le dijo afablemente:

—No pasan los años por tí, Zambique.

¿Son para tu reina, esas frutillas?

—Sí señor.

—¿Me permitirias colocar este papel en el cesto, de modo que sola ella lo viese?

—¡Ah, sí señor—repuso el negro, riendo ingenuamente, con el sombrero en la mano, y poniendo el cesto al alcance de Raul.

Este disminuyó en lo posible el volúmen de la carta, doblándola y oprimiéndola entre los dedos, y luego la colocó en el cesto, agregando:

—Yo confio en tu lealtad, Zambique, y en el amor que profesas á tu reina. ¡Mira que no la hagas llorar!

El viejo liberto tendió en silencio la mano temblorosa,

removió un poco las fresas hasta ocultar debajo el billete, miró á Raul con aire de respeto y humildad, y fuése, sin desplegar los labios. Parecia muy conmovido.

Henares por su parte, se volvió por una calle de guindos y durazneros que terminaba en aquel sitio, algo más tranquilo y satisfecho.

En ella le alcanzó Selim, con una carta.

Conoció por su cubierta, que era del directorio de la empresa de Rio Grande.

En ella se le pedia precipitase su viaje á la mayor brevedad, invocándose la razon de haber desistido dos de los ingenieros, del contrato, y ser por el hecho indispensable su presencia para la iniciacion de los trabajos de la línea, cuyos rieles debian echarse en una época prefijada é improrogable. Ofreciánsese las facilidades necesarias á fin de prevenir todo género de impedimentos, y se confiaba en que pondria el mayor esfuerzo personal de su parte, en sentido de una determinacion inmediata y decisiva.

Si bien esta carta contrariaba un tanto sus proyectos, Raul se resolvió á partir al dia siguiente, aprovechando la salida del vapor *Rio de Janeiro*, que hacia escala en Rio Grande y Porto Alegre. Al efecto, esa misma noche dió principio á sus preparativos de viaje; y anunció á Zelmar la circunstancia imprevista, que le obligaba á modificar el plan trazado.

En medio de sus arreglos, sorprendióle la visita de Zambique, que era portador de un billete. Debia ser la contestacion anhelada.

No se equivocó. Brenda le escribia. ¡Cuán agradable emocion, la que precede á la lectura de la primera esquila de una mujer que se ama!

La abrió, ya á solas. En esa carta, dulce, sencilla y tierna, Brenda Delfor se condolia de la próxima ausencia, y deseaba para su amigo las más envidiables satisfacciones. Podia alejarse sin zozobra, pues ella guardaria su fé, y aquel cariño que nada podria debilitar, enseñreado como lo estaba de su corazon. Suplicaba, sí, que el regreso no fuera tardio; pues algunos presentimientos extraños la tenian inquieta. No deberian verse hasta entónces: su protectora no se encontraba bien de salud, y aparte de eso, algo habia ocurrido,

que ella no queria ocultarle. La señora de Nerva, penetrada de su estado de ánimo, la habia llamado á confidencias, con noble solicitud; y ella, léjos de rehusarse, tuvo la dicha de revelárselo todo, sin omitir otros detalles, que los que se referian al doctor de Sélis. Su conciencia la absolvía; la confesion, por lo mismo, no podia quemarla los labios. ¿Cómo resistirse, tampoco, á exigencia tan justa? Bajo otro concepto, sus revelaciones podian contribuir á modificar los opuestos designios de su protectora. Esta, nada habia dicho, limitándose á oirlas en silencio; pero creia que hubiese sufrido por ello gran pena. ¿Seria ella, la causa de su actual quebranto? Teniala esta sospecha, muy pesarosa y triste; con todo, confiaba en la eficacia de sus ternuras y desvelos para desvanecer aquella sombra de disgusto y malestar. Concluia, Brenda, su carta, expresando que esperaria resignada la vuelta del viajero; para cuya época su goce seria indecible, si él se dignaba acercarse á su venerable bienhechora y vencer los escrúpulos, cuyo origen no conocia, y la llenaban de penosos pensamientos.

Varias veces leyó Raul el billete, con cierto contento íntimo. Persuadióse de que podia partir sin dudas ni vacilaciones; tenia en sus manos una de las más elocuentes pruebas de ser amado;—que una mujer púdica y bella no escribe nunca á otro hombre, que á aquel á quien ella ha enseñado á leer previamente en el fondo de su alma, y concedídele el privilegio y la gracia de vencerla!

XXIV

DEL TOCADOR AL CUPÉ

Abnegacion sincera, denuedo estóico, intrepidez tranquila como si se tratase de una actitud de conquista ante una mujer hermosa: esto es poco comun, y por lo mismo envidiable y atrayente. Comprendo ahora, porque mi ánimo, de

suyo prevenido, se exalta y admira, á pesar de todo... ¡Inclina el corazón de veras! ¿Cómo explicarse, sinó, aquel cariño virginal, intenso al héroe sombrío, en el drama de los celos, cariño que á su vez suscita un amor salvaje en la dura entraña del león célibe, embriagado hasta entónces con el aroma del desierto y el humo de la gloria?... Prueba de que para un alma exigente, el amante debe ser entero; pero algo más que el negro paladin. Voluntad firme é inteligencia superior: ¡qué carácter profundo! Únase á eso el modelo anatómico, aunque el rostro no sea bello, y se obtendrá un tipo soberbio esculpido en carne; por dentro y fuera al varón fuerte, capaz de ese amor humano, ardiente, generoso, que desborda y palpita, arrastra y subyuga, haciendo gozar y sufrir con la poesía encantadora, y la fría realidad del mundo. Debieran ser muchos los hombres así, en esta tierra ardorosa é inquieta, donde he nacido: uno he encontrado á mi paso en un minuto de peligro, no sé si para persuadirme de que no me engañaba al soñar que lo encontraría algún día, tal como lo había anhelado en mis horas silenciosas, ó para convencerme de que al suspirarlo con tanto ardor, estaba yo lejos de constituir el ideal de su mente. Compulsamos siempre las fuerzas propias, para tentar una victoria sobre el mérito ó el carácter que nos cautiva; pero, rara vez incluimos en el inventario ese algo incomprensible y fatal que interviene en el génesis de la pasión, ajeno á nuestra voluntad, y que viene á ser el primordio de la lucha en que se goza á la idea de ser una dominada y vencida!...

Así pensaba Areba, una tarde, de pié delante de un espejo dándose la última mano á su peinado. Hacia poco que había dejado el baño, y respirábase á su alrededor una atmósfera saturada de esencias. Concluido el arreglo y el adorno de su persona, en traje de paseo, entreteníase en llamar leves y graciosas ondas de su negro cabello hácia la frente tersa y blanca, con esa natural coquetería de la que confía á los detalles el rol de encarecer el conjunto. Estaba muy hermosa. Zelmar la habría hallado insuperable. Más de una ocasión compúsose las cejas, y miróse la dentadura; concluyendo por anudar de una manera airosa en su cuello enhiesto de extrema blancura, una cinta muy delgada de terciopelo negro, de la que pendía una pequeña cruz de oro.

Dirigióse despues á la ante-sala y allí permaneció algunos instantes en actitud de espera. Miéntas se calzaba los guantes de estacion con cierta impaciencia visible, su mente en incesante actividad seguia pidiendo materiales á la memoria y coordinando extraños pensamientos.

Mucha fué su conmocion,—se decia,—en la noche del baile, cuando le recordé el episodio de los tordillos negros. ¡Se comprende! Lo trabaja la conciencia. Me singularicé á propósito, y la alusion llegó al fondo, de un modo repentino é inesperado. Tentaremos los últimos esfuerzos, ahora que parece ya estar él prevenido. ¿Cómo hacer para que el doctor de Sélis gane terreno?... El asunto puede complicarse de un momento á otro, y sobrevenir un desenlace imprevisto y fatal, dada la aventura de aquella noche, en la avenida del lago; porque en definitiva, los dos pretendientes no han hecho más que postergar un encuentro, de suyo inevitable, que haya de dirimir violentamente, acaso, la doble cuestion de amor y dignidad... Esto, seria muy grave, y estoy muy léjos de desear que él arriesgue su vida, que me es tan cara como puede serlo para Brenda.

Areba volvió de pronto el rostro, al ruido de pasos. El señor Perea apareció en el dintel, saludando con mesura y respeto. Como viese que Areba se encontraba en disposicion de salir, apresuróse á dar un paso atrás, diciendo:

—Volveré en otro instante, señorita...

—No, D. Leoncio: hablaremos de pié.

¿Tiene V. algo de nuevo que comunicarme, en lo relativo á mis instrucciones?

—Sí, señorita. Con arreglo á ellas me trasladé hoy á la casa del finado Carlo Roveda, para atender á vista de ojos, las necesidades de su hija. Parece que las gentes del barrio han llegado á compadecerla un poco, á causa de hallarse enferma y abatida.

—¡Pobre Cantarela! ¿Qué la aqueja?

—Dicen que fiebre, y mucha, desde el dia en que murió el pescador; de manera que no ha sido posible trasladarla á otro sitio. Delira á cada hora.

—Es preciso que la asista un médico de confianza, Perea; y ya sabe V. que el doctor de Sélis lo es de la casa. Provea

V. al caso, sin perjuicio de una recomendacion particular mia... ¿Tuvo V. ocasion de verla y de oirla?

—Sí, señorita. Hablaba cosas de trastorno.

Areba quedó un instante en suspenso. Luego agregó:

—Yo deseo verla, D. Leoncio, Quizás, esta misma noche; y V. me acompañará.

¿Se atribuye su dolencia á la muerte del padre, exclusivamente?

Perea hizo un gesto muy grave, acomodándose los espejuelos en mitad de la nariz; y contestó:

—Parece ser, señorita, que hay por medio un amorio desgraciado, y que la han requebrado con perfidia, como acaece en estos tiempos.

Mordióse el labio la jóven, murmurando, cual si hablase consigo misma:

—¡Hazañas de Bafil!... Es cierto. Caso frecuente D. Leoncio, en estas como en épocas antiguas, y siempre que haya corazones excesivamente tiernos y apasionados. Por lo general, la mujer no ha de variar, mientras el hombre no cambie; una dependencia absoluta perpetúa los infortunios, ó los prepara... ¡Qué crueldad inútil! ¿No lo cree V. así?

—Es un evangelio. Abundan los mancebos llenos de impudicia, que atacan á la debilidad con arte diabólico...

—Aunque la víctima se esconda entre las redes, Perea. Tienen olfato de felinos, los que cuando una vez gustan de carne fresca y rosada, constituyen un peligro permanente. ¡Lástima grande que no haya para ellos trampas especiales!

—Verdad que no existe escondrijo que valga, señorita; todo lo husmean esos libertinos. El progreso del siglo no ha hecho mucho, á mi parecer, por un invento eficaz...

—Por el contrario, ha facilitado los refinamientos, á juzgar por lo que ocurre todos los dias, hasta incitar al saboreo del fruto ageno... En sus buenos años, D. Leoncio, las mujeres no usaban escote, ni exhibian la garganta del pié; y los novios solo se permitian besarse en la punta de los dedos, allí donde se sentian los últimos estremecimientos de la palpitacion.

—Muy cierto. Se hacia el amor á dósis, con todo recato. ¡Oh, la educacion era correcta! En el templo, el velo discreto; en el paseo, los ojos bajos y pudorosos; en el baile, nada de roces inconvenientes. Con las reservas necesarias, andaba

mucha virtud por el mundo. Las visitas tenían su hora y término fijos; de sobremesa se rezaba el rosario; al toque de ánimas, la plegaria; la malilla y el dominó, á las nueve; los enamorados cerca de los ancianos, para oír sanos consejos. ¡Ah, mi respetable señorita! De aquella moral solo quedan vestigios.

—Muy rigurosa era. Bello tiempo me pinta V., aquel en que los jóvenes no eran capaces de juntarse los labios, ni á hurtadillas, siquiera para chupar un poco de miel, con el mismo derecho que la abeja ó la avispa. Un algo desabrida, se andaba esa virtud... ¿Nunca vió V. una liga ceñida á una pierna hermosa, Perea?

Ruborizóse bastante D. Leoncio, tosiendo con dificultad y pestañeando con alguna agitacion. Estaba escandalizado.

Areba le miraba á través del velo que cubria en parte su rostro, con sus grandes ojos luminosos, llenos de malicia. Tal vez Perea, al experimentar fuerte temblor en su flaco cuerpillo, se condolia en ese momento de no ser un mancebo de boca encendida como roja flor, para contestar debidamente á aquella graciosa y gentil burlona; pero, la verdad es que por su pensamiento honesto no pasó nada que pudiese traducirse como un principio de pecado. Viéndole poco ménos que aturdido, en el penoso conflicto de mentir ó de declarar con franqueza que él no habia diferido mucho del gusto de los demás, la jóven salió en su ayuda, preguntando con aire sério:

—Nada me ha dicho V. sobre ese sujeto D. Evo Lampo, que recomendé á V. viese.

D. Leoncio respiró lentamente.

—Me disponia á informar á V., señorita, acerca del particular. Tuve oportunidad de verle hoy, y háme prometido venir mañana á la hora indicada, para ponerse á las órdenes de la señorita.

—Bien. No olvide V. de prevenirme de su llegada, en el acto. Lo hará V. pasar á su escritorio.

Y como Areba se dispusiese á salir, dando por terminada la conferencia, apresuróse el señor Perea á retirarse.

Miéntas recorria la galeria el digno administrador, iba diciéndose medio confuso:

¡Líbreme Dios de conjeturas vidriosas! Pero, ¿qué puede

ocurrírsele á la señorita, con un sujeto de las entretelas, dobleces y bastardias de Evo Lampo?

Areba, en tanto, condoliéndose interiormente de la suerte de Cantarela, por quien siempre se interesaba, hacia al bajar las gradas una especie de proceso de la vida de Bafil. Diver-
sas eran las proezas que lo comprometian, con circunstancias agravantes.

Sin salirse del juicio sumario, vióse pronto la jóven en la vereda, en momentos en que llegaba al sitio su amiga Julieta, moviendo á todos lados la cabeza y el abanico, con un gesto estudiado parecido á sonrisa, sin duda para disimular un poco el volúmen de su labio inferior de esponja, y los párpados bien levantados, para que sus pestañas,—que eran negras y crespas como las cejas,—aumentasen á distancia con su sombra, el tamaño de sus ojillos vivaces y escudriñadores.

Areba la saludó afablemente, invitándola á subir.

—No, mi querida amiga,—apresuróse á decir Julieta;—me detengo solo á saludarte. Veo el cupé con la portezuela abierta. Voy hasta casa de Casilda, á quien debo visita. La costumbre me ha hecho pasar por aquí, sabes que mis itinerarios son fijos; y al efecto me vine por la calle 25 de Mayo, que debiera llamarse de Artigas. Conoces mi tema, y sobre él inculco siempre á mi respetable padre para que influya en sentido de modificar la nomenclatura. El amor localista ante todo, y el buen sentido por delante. ¿Por qué denominar 25 de Agosto á una calle, en vez de Libertad, y á otra 28 de Julio, en vez del Juramento, lo que es más corto y expresivo? Sobre esto venia meditando, cuando al llegar á la esquina de Ituzaingó, me encontré con Guma. Me detuvo un instante la muy andariega, y conversamos sobre tópicos muy distintos, á salto de cabra... ¿Sabrás que el caballero Raul Henares marchóse hace tres dias al Brasil, y que su ausencia durará un mes? Muchas cosas se dicen acerca de sus relaciones con Brenda Delfor, y se susurran misterios graves. Todos creian que tú serias la preferida, y con este motivo las nuevas ocurrencias han desorientado á las atisbadoras, que se reputan muy certeras é infalibles en sus opiniones... Por lo que á mí afecta, nunca yerro en mis juicios: ahora mismo decia á Guma que las vecindades de campo, en las condiciones de los dos jóvenes, traen por consecuencia

amores de pájaros, y citas de ramas ó en la espesura, como quien no quiere la cosa... Tú ves, Areba, que aquel incidente en la quinta de Stewart, de que te hablé, pone al descubierto el secreto de monja, que guardaban tan bien, y en que se envolvían los dos enamorados: ¡imposible parece que las impropiedades no se trasluzcan de aquí á poco!... ¿Qué opinas tú?

—¡Qué borbollon, Virgen santa!—exclamó Areba rompiendo un silencio estudiado, y riéndose con la mejor voluntad. Aun no tengo pruebas de los hechos que me relatas, y me son necesarias para abrir juicio discreto. Soy enemiga de las conjeturas y de los prejuizgamientos...

—Yo tampoco prejuizo; pero hay presunciones vehementes. No falta quien dude; fundándose en que tú, que tan íntima amistad tienes con Brenda, nada has dicho.

Areba púsose séria y repuso:

—Pues que no quieres subir, pasemos al zaguan por poco que sea lo que tengamos que conversar.

¿No lo crees conveniente?

—Como gustes. Distráeré á tu tiempo, cinco minutos.

Las jóvenes entraron, deteniéndose al pié de la escalera de mármol.

—Agregan,—siguió diciendo Julieta,—que la oposicion de la señora de Nerva á esos amores es muy pronunciada, y que tú estás en el secreto... ¿Es tan grave, por Dios? Te aseguro que ardo en deseos de enterarme... Soy franca, contigo, porque tú nunca los guardas para tu amiga. ¡Veamos, mi adorada! Una punta del velo, no más...

Miróla Areba, risueña, arreglándose un extremo del que le cubria en parte el rostro, y respondió, poniendo su pequeña mano en el hombro de Julieta:

—Estoy tan afanada como tú en conocer á fondo, lo que ocurre al respecto. Que ellos se han encontrado, al azar, se han dado las manos y han creado un vínculo de simpatia ó amor, no me queda duda; y todo esto es muy natural. Tambien es cierto que la señora de Nerva no gusta de la eleccion de su pupila, porque es sabido que siempre fué su designio, —en el que creo persiste,—prepararla un enlace con el doctor de Sélis, quien de mucho tiempo atrás ha logrado atraerse toda su estimacion. ¿Por qué no atribuir á esta sola

causa, la razon de su conducta? Si acaso no fuera esa, yo trataré de inquirir la verdadera; y te hago promesa de revelártela... cuatro horas antes que se conozca en ningun círculo social.

Ya ves,—añadió Areba, con uní tono ligeramente irónico, á la vez que cariñoso,—que no es mucho el término indicado, y que ha de promediar, entre el conocimiento de la noticia y su divulgacion.

—Todo por decirme bachillera...

—¡No, así!

- -Me reconozco algo curiosa, y me agrada estar en todos los enigmas y acertijos sociales, para no aparecer indiferente al tema hebdomadario ó quincenal en los salones; pero, no hasta el punto que algunos me atribuyen... ¿Sabes lo que ha dicho el atrevido Zelmar Bafil, á quien se la guardo? Que yo era la bocina de la intriga.

Rióse Areba.

—Ya le conoces el buen humor; raro seria en él un dia melancólico. Estuvo ayer á despedirse.

—Sabia que se marchaba.

Pidió órdenes por tarjeta, y ayer mismo partió. No ignoras que va á recibirse de médico. ¿Con qué, vino á despedirse?

—Sí, siempre me dió pruebas de aprecio. Su relacion no es de hoy:

Mordiósse los labios Julieta, con mal reprimido arranque, replicando:

—Es muy descortés con otras amigas... ¡Ahora se me ocurre, porque me moteja con epítetos inusitados! Yo he sido una de las que han difundido que te galantea en vano, pues que no podias perdonarle su afirmacion, de que toda la iniciativa del lance en el Paso del Molino, se debia exclusivamente á su amigo Raul Henares.

Una sombra rápida pasó por la frente de Areba,—así como esas que proyectan en la superficie del agua tranquila, nubes desgarradas, que arrastra veloces el sudoeste.

—Ya ves,—dijo. Tú le provocas, con motivo infundado, en mi concepto. A nadie he dicho, si yo lo amo ó no.

—Se supone lo último, sin embargo. Mas, avanzaría, acerca de versiones... pero, me lo reservo por el momento.

Julietta pronunció estas palabras con cierta malicia que daba á su semblante una expresion particular, pasando sus dos manos por el talle para deshacer alguna arruga del traje, y disponiéndose á irse. El doble sentido en sus frases, tenia el inconveniente de disminuir de un modo ostensible, la poca gracia de su rostro. Areba se penetró del alcance de la frase, y en vez de contestarla con la rapidez y concision que acostumbraba, rompió á reir con su risa más armoniosa, tendiéndola la mano, y acompañándola hasta la puerta.

Allí, Julieta se volvió, diciendo con mucha gravedad:

—Entre tanto, querida, veremos cómo destruye el doctor de Sélis los efectos de la revelacion de Henares, la noche de la aventura... ¡Aquel sí, que fué episodio oscuro! Te advierto que el caso está previsto en el código penal, que consultamos con mi padre, pues él mismo no tenia muy fresca la memoria... ¡No olvides la promesa!

El reloj de la catedral daba las cinco.

Despidióse Julieta, y Areba quedó un instante en el umbral, fria y pensativa. Felicitábase no haber confiado nada de importancia á la jóven; pues sus planes y proyectos no habian tenido aun, sinó un principio de realizacion. El viaje tan imprevisto como oportuno de Henares, y el alejamiento de Bafil, iban á permitirle obrar sin inquietudes. El doctor de Sélis debia recuperar, á favor de esta ausencia, y del secreto, acaso, de que ella era poseedora, el terreno ganado sin mayor esfuerzo por su rival; de lo contrario, la campaña estaba perdida irremisiblemente. ¡Gran ventura sería la de Areba, si su habilidad en este drama íntimo, en que ella desempeñaba un rol de trascendencia, puesto que su corazon estaba envuelto en los hilos de la intriga,—lograba destruir un afecto quizás profundo, y aislar la personalidad de Henares de manera que, en su desaliento, buscase al fin las ternuras indecibles que para él reservaba en el fondo de su pecho, y trás el escudo de su altivez! Ardua era la empresa; mas, ¿por qué no luchar?...

Areba tomó asiento en su cupé, diciendo al cochero:

—¡Quinta de Nerva!

XXV

CONFIDENCIAS

A aquella misma hora, en la casa-quinta de la señora de Nerva, Brenda Delfor, despues de haber acompañado á la anciana largos momentos en el patio, hacia su paseo de costumbre hasta el estanque y la choza, ya algo más tranquila sobre el estado de la enferma. La dolencia, declinando sensiblemente, tendia á desaparecer.

Caminaba la jóven por la larga calle de arena del centro, reproduciendo en su memoria las impresiones sucedidas desde un mes atrás. Tenia la mente serena y el corazon sin congojas, sin duda porque sobre él llevaba á manera de talisman, la carta de Raul. El baile en casa de Stewart; sus conversaciones con Henares; el episodio con de Sélis; la actitud suspicaz y extraña de Areba; la enfermedad de su protectora; la partida de Raul; y otros incidentes pasados, entretenian sucesivamente su pensamiento y la inclinaban á meditar con calma. Despues del suceso con el doctor de Sélis, la repugnancia instintiva que hácia él habia sentido siempre, habia tomado cuerpo y prevenídola para lo futuro. Sin embargo, en las reiteradas visitas que posteriormente hiciera de Sélis á la quinta mostróse ella inalterable, la misma que otras veces, comprendiendo que esto halagaba á la anciana viuda. Creia la jóven que no seria compelida á un sacrificio, nunca, por razones diversas; la escena del lago debia haber persuadido á de Sélis de la inutilidad de sus esfuerzos, aun cuando su conducta actual autorizase á sospechar de sus designios; y las revelaciones que ella hiciera á su protectora de su amor por Henares, parecian haber modificado los propósitos adversos á su destino, á juzgar por el silencio guardado desde entónces por la señora de

Nerva. Las causas de amistad y estimacion al doctor de Sélis, no eran tan poderosas que indujesen á aquella á persistir en un enlace, opuesto á su dicha. Aparte de esos motivos ¿qué interés podia intervenir en la consumacion de un acto tan violento, y cuyas consecuencias no pudiese ella, tal vez, sobrellevar resignada? No lo concebía. Nunca pensó tampoco Brenda en un cálculo egóista de parte de su noble bienhechora, al concertar una union incomprensible; ni ocurriósele en ningun momento la idea, de que ella llegaria á ser poseedora de una gran fortuna, á la muerte de la anciana.—Con todo, el móvil que inspiraba á ésta, revelaba algun misterio. ¿Qué pensaria ella, de Raul? El concepto que se habia formado del jóven, no parecia muy favorable, y así lo ponian en evidencia ciertas demostraciones elocuentes de que Brenda no habia podido ménos de condolerse. ¡Un misterio!...

Así preocupada, Brenda se detuvo, con la mano en la mejilla, frente á una calle lateral que concluía en el seto, y desde donde se divisaba la casa de Raul. La tarde era tibia y serena. Ni una oscilacion leve en las altas copas cónicas de los álamos, ni un susurro en el ramage espeso y umbrio de los bosquecillos; el aire denso y templado, oreaba apénas la frente. La jóven miró largos momentos la casa solitaria, y el ombú gigante, que extendía sus brazos hácia la ventana del gabinete cargados de racimos verde-mar: todo le pareció melancólico y triste. ¡El no estaba allí! ¡Aquel árbol inmóvil, enorme, aislado, con sus ramas inútiles para el fuego, pero cuyas hojas alivian las heridas, y cuya sombra mitiga los efectos de un sol abrasador, simbolizaba bien la soledad! Brenda siguió adelante, suspirando.

En las cercanías del estanque halló á Zambique, ocupado en remover la tierra de los bordes del sendero. Al verla, el viejo negro se incorporó, abandonando la azada, y ciñéndose su abierta carmañola negra de trabajo, que tal simulaba la raida levita de recortados faldones: una sonrisa plácida entreabrió sus grandes labios, juntando los últimos verrugones que adornaban su frente y entrecejo, y se quedó mirándola en una actitud de éxtasis profundo.

Le hizo ella un saludo cariñoso con la mano, y fué á

sentar en un ancho tronco de eucalipto, que habia sido cortado por su base.

Allí se entabló entre los dos un diálogo de frases breves y cariñosas sobre asuntos familiares, sin excluirse las plantas, el riego, la poda, las flores y las aves. Zambique se revelaba locuaz y decidior en estos coloquios con Brenda, estimulado por la dulce benevolencia de la jóven. Era esta, acaso, la única excepcion á su regla de sobriedad y de silencio. Ella se complacia en hacerle hablar y sonreír; de manera que era dia nublado para el liberto, aquel en que no veía á la reina. Tan blanca y tan linda, producíale el efecto de una vision de luz, destacándose del verde de los árboles, con alas de abeja y rostro de imágen bendita. Se habia figurado así, á los séres que no eran de este mundo. Muchas veces, en presencia de ella, arrancaba á un jazmin del Cabo que él habia plantado y cuidaba asiduamente, uno de sus botones á medio abrir, níveo, delicioso, embriagador, y miraba la flor primero y el rostro de su reina despues, cual si comparase el grado respectivo de encanto ó de belleza: en seguida movía la cabeza, con una mueca singular, y mudo, arrojaba con desprecio el boton sobre la planta. Brenda le reñía suavemente. Zambique seguía su faena, refunfuñando contra el jazmin. En otras, cuando la jóven hacia oír el piano, él se paraba frente á la ventana del salon, que daba á la quinta, y allí permanecía hasta haberse extinguido la última nota. Parecíale entónces que en el intervalo de música, todos los pájaros habian enmudecido. ¿Valian, acaso, más que sus dedos, sus arpadas lenguas? Cuando supo que el mancebo, á quien él tanto debía, hacia pensar á su reina, era feliz en creer que los dos se habian fabricado expresamente para refundirse; pero, ¡cuánto le dañaba la idea de que ella llegase á abandonar sus jardines!

En la tarde de que hablamos, Brenda le dirigió algunas preguntas relativas á Raul. Y al hacerlo, con fé y abandono, asaltóla el pensamiento de que aquel mísero sér, gozaba de un privilegio que ella no habia concedido á Areba. ¿Por qué? La jóven se sentía perpleja. En diversas ocasiones hubo de revelárselo todo; pero un impulso secreto desvió su intencion y no llegaron á ser confidencias, las esperanzas que aleteaban con alborozo en los asilos de su alma. Desde la

noche del baile, Areba empezó á inspirarla temor; ¡y no tardó en adivinar el origen de sus alarmas y desazones! Triste era para Brenda, su derecho á ser envidiada, especialmente por una amiga de corazon; mas no era suya la culpa, ni por eso debia ella dejar de quererla. ¡Ay, cuando el amor viene envuelto en su íris de ventura, cómo huyen los afectos que uno deseara retener! El vacío se hace en rededor, hasta donde alcanzan los haces luminosos; y desde léjos, observan todos los ojos penetrantes esta dicha nueva, á que aspiran los pechos sin amores, y que recuerdan con tristeza los corazones ulcerados.

El pobre Zambique inválido, negro, senil, ruina humana que no tardaria en desmonorarse por completo al menor empuje de cualquier borrasca de la vida, era el único que recogia y guardaba los desahogos, las puerilidades y los fervores de aquella pasion contrariada, tanto cuanto parecia ser de irresistible y profunda. Por eso la jóven, hallaba más grato que el soliloquio, el diluir sobre aquel ente fiel, oscuro y silencioso toda la claridad de su ilusion. ¿No habia sido él, el testigo mudo y discreto de las primeras entrevistas? Hablábale sin zozobra; tenia ella la llave del sepulcro de piedra.

Zambique satisfizo las preguntas que le hiciera Brenda; y despues narró el hecho, por el cual debia á Raul la existencia.

La jóven le escuchó con interés, fijos en él los ojos, sin interrumpirle en sus patéticas manifestaciones.

Luego volvió á interrogarle, con cierto orgullo, mezclado á un goce íntimo:

—¿Fué eso, en un combate?

Zambique contestó afirmativamente; y entreabriendo los labios hasta descubrir la caverna de su boca, imitó con un ronquido la voz del cañon, para oprimirlos despues, y remedar el silbido siniestro de las balas.

—¡Noche de Navidad!—exclamó en seguida. En esa brega, niña, murió el coronel Delfor.

Brenda fué acometida de un estremecimiento; y por algunos instantes respiró con pena. Pasada esa emocion, púsose grave y pensativa. En verdad, en ese dia, hácia años de la muerte de su padre. Cogió, meditabunda, una ramita, y entretúvose maquinalmente en trazar una fecha en la

arena. Después extrajo de su seno la carta de Raul para releerla despacio.

Zambique empuñando su azada, volvió á la tarea, acompañándola en voz baja con uno de sus monótonos aires africanos.

En tanto, minutos hacia que el cupé de Areba se había detenido frente á la verja.

La jóven se encontró con la señora de Nerva en la galería, en su silla de hamaca como de costumbre, aspirando el aire puro y libre que le hacia tanto bien. Estaba su rostro bastante demacrado, con huellas visibles del último quebranto, é indicios á la vez de una absoluta decadencia. Con todo, se sentía con ánimo y excelente espíritu.

Areba se enteró de su estado, siempre solícita y cariñosa, congratulándose de hallarse por el instante á solas con ella.

La anciana viuda mostróse amable y contenta. Aquella visita le era muy grata en todo tiempo, pero aun más en esa hora. Quería oirla y hablarla también, sobre su asunto de interés predilecto, aprovechando la corta ausencia de Brenda.

—El corazón me ha dejado en paz, hace dos días,—agregó luego:—el mal está ahí, yo lo conozco; y aunque no tengo mucha fé á estas mejoras, hoy me encuentro en extremo tranquila.

Después de un breve cambio de palabras afectuosas la señora de Nerva pasó á hablar de su pupila.

Con este motivo, puso en conocimiento de Areba la confesion de Brenda sobre su pasión por Raul Henares, sin omitir detalle alguno; confesion dulce é ingénuá, que no la había cogido de sorpresa dados los precedentes que eran de su dominio; pero que, á pesar de todo, no había dejado de atribularla y entristecerla de una manera penosa. La sinceridad de los propósitos que abrigaba sobre el porvenir de la huérfana, se estrellaba contra aquella revelacion elocuente de una naturaleza apasionada, que no parecia ya dueña de sus impulsos. Sintióse sin fuerzas, para hablarla en tono severo.

—Siempre creí,—prosiguió la anciana,—que el doctor de Sélis, por la estima en que le tengo, era un buen partido para mi pupila, y que ésta se mantenía un tanto fría é indi-

ferente, por razones que muchas veces no se explican las jóvenes, cuando un hombre de bellas prendas no les ha dado motivo de odio ó repugnancia. Ahora, natural es que modifique mis pareceres, en posesion de datos que no exigen prueba. Afígeme el hecho de un desengaño completo para el doctor de Sélis; pero más grande es mi angustia, al pensar que Brenda, á quien tanto quiero, vive ignorante acerca del verdadero móvil que me ha inducido y compele á contrariar sus amores.

Nada opuse á sus confianzas. Mis palabras habrian podido ser imprudentes, y hasta crueles, por el estado de su ánimo. Aquella incertidumbre de que hablé á V., acerca de la identidad de la persona de ese señor Henares, detuvo mi lengua y acalló la voz interior de mis recuerdos; sin embargo de que insisto en que mi memoria no me engaña, como no me engañara el presentimiento que me asaltó la primera vez que le ví.

Areba, que habia oido con suma atencion lo que precede, trás una breve tregua de silencio, dijo con calma:

—V. estuvo en lo cierto. Todas sus presunciones al respecto, han sido confirmadas por ese sujeto de que hablamos, y que se encontraba en el establecimiento de campo de V., refugiado y oculto, desde muchos dias antes á aquel en que ocurriera el lance sangriento.

—¿Ha tenido V. con él alguna entrevista?—preguntó la anciana, incorporándose, con ansiedad.

—Sí, señora. Mañana debo celebrar una segunda, para la que lo he invitado, á fin de que esclarezca ciertos puntos dudosos, y se ratifique en todas sus conclusiones. Me parece un sujeto de pocos escrúpulos y de menguado espíritu, á juzgar por su amor á la dádiva; pero, creo que en este delicado asunto dice verdad, pues que corrobora, sin ampliar ni omitir detalle alguno, la relacion de V.

Pienso arrancarle su declaracion por escrito, como testigo ocular. Despues de esto, creo que nos hallaremos en actitud de usar del secreto, en la forma que juzguémos más acertada.

—Luego, ¿no me equivoqué en mis aprensiones?—volvió á interrogar la señora de Nerva con viva expresion en lo,

ojos, y como dudando todavía de la rigurosa exactitud de los hechos.

—¡No queda la menor sombra de duda!—respondió Areba, con acento trémulo y agitado.

¡Raul Henares fué el matador de Pedro Delfor!

—¡Oh!...

Esta exclamacion salió del pecho de la protectora de Brenda, como un grito de angustia ó de dolor inconsolable, acentuada y vigorosa, en un arranque que era síntesis completa de preocupaciones ardientes, de deberes sagrados y de memorias queridas.

En pós de ese arranque, cubrióse su cara de una palidez profunda, y quedóse muda y abismada, cual si hubiese asomado la cabeza á la boca de una sima, de donde surgiera el espectro lívido y sangriento de Delfor, recordándole su trágico fin.

Siguióse una pausa prolongada, en que las dos damas se reconcentraron en sí mismas, para medir tal vez la magnitud y severas consecuencias del hecho.

La anciana habia apoyado la cabeza en el respaldo, fija la vista en las copas de los naranjos, con un aire desolado y triste, oprimiendo con sus manos arrugadas y temblorosas los brazos de la silla.

Areba se habia recogido, como abstraída, moviendo uno de sus pequeños piés, cruzado sobre el otro, y alzando á ratos sus ojos al semblante de la señora para examinar las nubes que en él se esparcian y disipaban por momentos.

Al fin, rompió ella el silencio, diciendo en tono de convicción:

—En cualquier caso, será preciso revelar el hecho.

—¡Es verdad!

—Los sentimientos morales, un escrúpulo respetable de conciencia, los impulsos naturales de la sangre, el culto de los recuerdos, y más que todo eso, el predominio del deber en un espíritu culto, delicado y sensible á los afectos y memorias de la familia, aniquilada por un hado adverso, no dejarán de influir severamente sobre Brenda, y hasta provocar una reaccion favorable, aunque entregue su pobre alma al dolor en el primer período del desencanto.

—¡Qué decepcion cruel!...

—El caso es duro, verdad. Mas ¿qué hacer? La pasión gana camino con una celeridad pasmosa, y no da tiempo á prevenir mayores males en un corazón vírgen que se entrega por entero. Ahora que Henares está ausente, es la oportunidad de preparar un desenlace lógico y necesario. Nuestra querida Brenda sufrirá lo indecible, convengo; pero al fin ha de resignarse. La nieve puede quemar en parte la flor, y eso poco importa, si el cáliz queda intacto.

—Sí, hay que decírselo...

Y la anciana movió á uno y otro lado su cabeza, con un gesto de amarga pena.

¿En qué momento?

—Deje V. que yo proceda. Prepararé su espíritu con la prudencia posible; que en toda afección seria, al período álgido ó á la crisis, deben preceder siempre pequeños sobresaltos é intermitencias naturales á su proceso. Y, ¿qué sabemos? Al final, pueden surgir con lo inesperado, la paz y el consuelo.

—¡Cuánto tendré que agradecerla, Areba! Yo me siento débil...

—Repose V. en mí. Cuando ella sepa que él mató á su padre, el golpe no será tan rudo que llegue á romper sus fibras. El secreto está en templarlas, con sucesivas emociones.

Sucedieronse nuevos instantes de silencio.

La señora de Nerva, con los ojos muy abiertos y el labio caído, parecia como absorta en una contemplación ideal. La joven volvió á su reposo, dándose aire dulcemente con su abanico de marfil y raso blanco, y poniendo oído al canto de los canarios, que llenaban con sus trinos armoniosos todo el espacio del jardín.

En esos momentos, presentóse Brenda.

Cambiáronse con su amiga los cariñosos saludos de siempre, y lamentóse la joven de no haber sido advertida antes de su llegada, para gozar de la hora entera de su presencia.

Pero en medio de sus naturales transportes y efusivos afectos de la intimidad, no pudo Brenda ménos de observar en la fisonomía de su protectora huellas de emociones demasiado recientes, que llenaron de sospechas su espíritu, induciéndola á creer que alguna relación existía, muy sensible y

estrecha, entre ellas y sus preocupaciones morales. Los presentimientos de la joven eran fundados, según se ve, y si bien ella no había adquirido persuasión alguna al respecto, involuntariamente pensó en su padre y Raul.

¿Qué vínculo misterioso podía ligar á esos dos seres en su mente?

No se daba cuenta; mas, tenía muy grabada en la memoria la relación de Zambique, cuya existencia salvara Raul, el mismo día y en el mismo combate en que sucumbió el coronel Delfor.

Desprendiéndose del relato que Zambique había figurado en las filas de su padre; y que herido é indefenso, ya á punto de perecer á manos de enemigos implacables, un joven oficial enemigo se había interpuesto para evitar un crimen inútil. Luego, este joven oficial, generoso é intrépido, estaba entonces en el campo opuesto al de Delfor!...

Llamando á sí sus recuerdos y vinculándolos con los del episodio, cuando entraba al jardín en el momento á que nos hemos referido, Brenda venía diciéndose con seriedad melancólica:

¿Por qué me preguntaría una vez Raul, cómo era mi padre?...

De esta reflexión la apartó la presencia de Areba. El aspecto de su protectora, sin embargo, grave y taciturno, en aquel día aniversario de la muerte de Delfor, la impresionó vivamente. ¡Llegó á apercibirse de que ciertas nubes empujaban á extenderse en el límpido azul de sus ideales!

XXVI

CANTARELA

Dejamos á la joven pescadora, caída y sin conocimiento, delante del lecho en que espirara de una manera suave y tranquila Carlo Roveda, en altas horas de una noche.

Su grito de suprema angustia, al palpar la lúgubre realidad, atrajo inmediatamente al aposento mortuario, las personas reunidas en el de las redes; quienes, olvidando en ese instante sus prevenciones y severidades, coincidieron en el impulso espontáneo de lamentarse por el muerto y de compadecer al infortunio.

Levantaron, pues, el cuerpo inerme de Cantarela y lo colocaron en su propio lecho, en la pieza del fondo, por ella abandonada hacia tantos días: la pobre ribereña volvía á ocupar en medio de un espasmo, lo que creyera dejar tal vez para siempre, en medio de un delirio. Dos ó tres mujeres del barrio, de buenas entrañas, provistas de asafétida y vinagre, y de un celo laudable, emprendieron la tarea de restablecer su salud.

A pesar de esos esfuerzos y cuidados, Cantarela solo recobró los sentidos, para ser muy pronto presa de una fiebre ardiente, que le duró en su intensidad, hasta cinco días después de la muerte del pescador. Las fuertes emociones y amarguras que habían abrumado su organismo, produjeron al fin sus efectos, entregando su cerebro al vértigo y al delirio.

El mal solo empezó á ceder, cuando hubo consumido sin piedad aquel cuerpo hermoso, á grados, lentamente, después de una serie de intermitencias peligrosas.

Zelmar Bafil se había embarcado para Buenos Aires, ignorando este suceso. Antes de hacerlo, acudió á la casita de la ribera, y allí fué informado de la salida brusca de Cantarela con motivo de la enfermedad de su padre. Limitóse entonces, á dejar en su gabinete, una esquila de adios, prometiendo corta ausencia, y partió. Este billete no llegó á manos de la jóven, que solo tenía noticia del viaje en proyecto.

Reinaba en el barrio esa atmósfera de tristeza y de pesar que cunde muy pronto, tras un suceso luctuoso, á manera de una bruma opaca y resistente por muchas horas, al calor solar. Los espíritus se sentían abatidos, y habían cesado en parte las murmuraciones y censuras crueles, ante los nuevos episodios desagradables.

En una de sus últimas excursiones por la ensenada de Santa Rosa y los Bajos de Solis, á la pesca de bogas, Gerardo fué acometido de un mal sério, que se renovó distintas.

veces en lo sucesivo, y que concluía por dejarle lívido é inmóvil despues de frecuentes sacudimientos y espasmos. Esto alarmó á sus compañeros, que nunca le vieron enfermo. En una de estas ocasiones, Gerardo cayó del combés al fondo del barco, en medio de convulsiones violentas, con las pupilas contraídas, la respiracion difícil y un poco de espuma en los labios. Los pescadores tuvieron que sostener una lucha vigorosa con aquel organismo de acero, que se movia con la furia de un pez potente herido de una lanzada.

Ya habia pasado por él el aura epiléptica.

En el brioso corazon del pobre jóven, todo lleno de una pasion férvida y fatal, parecia haberse roto una válvula. El corazon anda como un barco contra el viento,—habia dicho Marcelo aterrado, al poner la mano en el pecho del timonel. Y se habian vuelto al fondeadero, taciturnos, angustiados, bajo el peso de presentimientos fúnebres.

Bien pronto, sin embargo, en estos ataques repentinos, Gerardo recobraba su estado normal y reiniciaba sus faenas, quejándose tan solo de alguna languidez y de dolores en los músculos. Sus compañeros no le referian nada de lo acaecido, manifestando verdadero júbilo ante sus rápidas reacciones.

El se informaba todos los dias del estado de Cantarela; y solia permanecer largos momentos en el cuarto de las redes, con los brazos sobre el pecho, escuchando desde allí las palabras incoherentes que la enferma proferia en su delirio. Despues bajaba á la costa, y se unia á sus compañeros dispersos sobre las rocas, plateadas por la luna.

Una noche lloró como un niño, tirado en la arena, sintiendo en su cráneo la caricia suave de la honda amarga, que venia escarceando á deponer en la playa su orla de espuma. Aquel beso frio del mar, ahogó sus sollozos, y absorbió las lágrimas.

¡Qué yertos los labios de las hadas marinas!

El habia soñado que una vez lo besó Cantarela, con su boca coralina cuajada de perlas, dejando en la suya el calor de un áscua; y al pensar que todo eso era mentira, alargaba el puño hácia el abismo, barbotando roncós juramentos... ¡Maldecia de su suerte negra!

Los pescadores le sorprendieron otra vez, con los pié

dentro del agua, caminando como un sonámbulo á lo largo de la ribera; y lleváronle entónces al sitio en que antes se reunian para cantar en coro sus melancólicas playeras.

Ocurria esto en la noche designada por Areba, para su visita, de regreso de la casa-quinta.

En ese dia habia declinado algo la fiebre que consumia á la jóven pescadora, entrando ésta en un período de reposo. El doctor de Sélis se presentó al oscurecer, y prévio un exámen prolijo de la dolencia, prescribió el tratamiento enérgico que debia detener con eficacia sus estragos en caso de una recaída grave. Cantarela hallábase en una especie de sopor, caidos los párpados, marchitos y ardiendo los labios, como las sienes. Su lindo rostro, de hermosa criolla, mostraba hundidas las mejillas y surcados los ojos por curvas de un azul oscuro; de su boca seca y entreabierta salia una respiracion corta y agitada, y de vez en cuando, alguna palabra vaga y sin sentido, entre alientos de fuego.

No obstante, á cierta hora abrió los ojos, sintiendo un grande alivio; y encontróse con Areba, de pié y silenciosa junto al lecho, que la miraba con un aire noble y compasivo, puesta la mano en la cabecera, cual si en rigor abrigase un interés profundo por su suerte infeliz.

Esta aparicion inesperada, conmovió á la enferma, que al principio dudó de su realidad.

Estaba léjos de saber que actos personales semejantes, eran propios del carácter original y extraño de aquella dama austera, á cuyas larguezas debió su padre el sustento, y á quien habia visto en otro tiempo deslizarse en su hogar pobre como una sombra bendita, para esparcir en él, con ánimo piadoso, gérmenes de paz y de ventura. Ahora, aquel ángel tutelar de sus dias de inocencia, perdonando tal vez lo que todos condenaban inflexibles, venia en sus noches de expiacion y de duelo á derramar en las anchas heridas esencia pura de amor y de piedad. ¡Cuán grata aparicion, blanca y serena, en la hora tristísima del anonadamiento de las facultades reflexivas y morales, bajo el peso formidable de cien dolores! Allí estaba, de pié á su lado, jóven, bella, opulenta, altiva, digna representante de las altas clases, en una actitud de extrema bondad y filantropia, la misma mujer que tendiera á sus padres la mano llena de beneficios, velando siempre

desde léjos por la oscura existencia de los humildes. ¡Había que convencerse! No se encontraba ella todavía, sola en el mundo.

Así, clavó en Areba sus ojos brillantes, mirándola atentamente, algunos segundos. Separándolos luego con languidez, murmuró muy quedo:

—¡Gracias!...

¡Qué feliz debe ser un ángel como V.!

Una sonrisa triste vagó por los labios de Areba.

—No hables,—dijo dulcemente,—que eso no hace bien, y has de sufrir mucho.

—Ahora, nó... Estoy débil, pero sin llamarada en la cabeza... ¡Qué buena es V.!

Nunca me han hablado así... desde que mi madre murió.

Cantarela cerró los ojos, con un gesto amargo.

Areba guardó silencio.

Empezaba á oirse un canto cadencioso y lejano que parecia elevarse de la costa al ritmo de las ondas, entonado por voces robustas y sonoras, cuyas notas llegaban altas á intervalos en alas de la brisa, ó se perdian á la distancia en débiles rumores, como los de una serenata en la mar.

La enferma dió un suspiro, y sacando su mano enflaquecida, hizo un movimiento de súplica pidiendo á Areba sentase.

Así que ésta accedió, Cantarela la impuso en frases breves, ardientes y sinceras,—aunque entrecortadas y confusas, deteniéndose á cada instante,—de su historia de amor, y de los pesares hondos cuyo rigor inexorable no bastaba á debilitar su pasión por Bafil. Despues, pareció resignada.

Areba concretóse á aconsejarla el silencio y la quietud, luego de oirla con grave continente y deslizar algunas palabras de consuelo, en las que parecia ir oculta una intención firme y resuelta, de no abandonarla á su mísero destino.

Poco despues, se despidió, haciéndola promesa de verla de allí á algunos días, y de enterarse con frecuencia de su estado. Ella atenderia á todo, durante su enfermedad.

El señor Leoncio Perea disertaba, entre tanto, sobre industrias extractivas en el cuarto de las redes, con dos mujeres viejas, muy versadas en materia de pesca.

Una de ellas aseguraba que nada era tan difícil, como el

coger un pez ya entrado en edad, que se hubiese llevado más de dos anzuelos, y roto otras tantas la red de jorro. Cebado y con extremo amor á la vida libre, al llegar á viejo se le endurecen las agallas, de modo que pueden romper un quinto anzuelo, si de ellas llegara á prenderse por casualidad.

Era un pez mañoso y escamado.

—¡Me vienen con indirectas!—pensó D. Leoncio.

Asintió, con un grave movimiento de cabeza, ofreciendo un polvo á sus interlocutoras, y sorbiendo otro á su vez, ante una absoluta negativa; y luego dijo: que en su tiempo, habia suma dificultad en coger corbinas negras, en la misma Punta Brava, sin que antes los tales pescados se diesen de golpes contra las toscas, hasta quedar la carne inservible. De este modo, nadie las apetecia, y la persecucion habia cesado por completo. Era bocado poco exquisito.

La aparicion de Areba cortó este diálogo curioso. La jóven cambió algunas frases con aquellas dos mujeres, que la hablaron llenas de respeto y admiracion; y salió en seguida, con Perea. Ya en la calle, detúvose un momento, antes de subir á su carruaje, y dijo, como obedeciendo á una preocupacion que la habia distraido:

—¡No cantan, ya!

—Cierto, señorita, — contestó D. Leoncio. Ha callado la gente de mar.

—¡Qué triste y expresiva, esa playera!—murmuró Areba.

Callaron en lo mejor. Entre esas voces había alguna hermosa y sentida, que parecia lamentarse.

—Así es,—repuso Perea, que no habia distinguido una mejor que otra. ¡Una voz extraordinaria!

—¿Qué timbre?

—Me pareció de bajo profundo.

Reprimióse la jóven para no reir, y sin agregar palabra más ocupó su asiento en el cupé, designando á su acompañante, el del frente. Hasta el instante de partir el carruaje, estuvo ella con el oido atento á los rumores de la ribera.

Pero, reinaba completo silencio.

Era que, en medio de su coro tierno y sencillo, los pescadores habian sido sorprendidos por un incidente doloroso, momentos antes.

Gerardo, presa de un acceso terrible, habia caido desde la

peña que le sirviera de asiento, y revolcándose en los guijarros de la costa; cambiando por un alarido, la inflexion dulce y argentina de su voz, y sometiéndolo á ruda prueba la fuerza muscular de sus más robustos amigos.

¡Cuadro extraño y misterioso, á la claridad de la luna, entre las piedras y al borde de las aguas, el que formaban aquellos hombres en grupo rodando por el suelo, como un solo mónstruo de muchos brazos y cabezas, que subian ó bajaban en tumulto, siempre en compacto peloton, entre gritos sor-dos y enérgicos, cual si disputasen la vida á dentelladas y contorsiones furibundas en el pendiente de un abismo!

XXVII

LOS RECUERDOS DE EVO LAMPO

Al otro día, por la mañana, la señorita de Linares encontrábase en su gabinete de labor, muellemente sentada en un diván, y entretenida en hacer pasar por entre sus finos dedos un rosario de marfil, con cruz de oro. Muy temprano, como de costumbre, habia oido misa en la catedral, en el fondo de una nave solitaria, en donde tenia su facistol y silla de reclinatorio, acolchada, y de alto respaldo. Tambien, siendo día de ciertas prácticas invariables de su culto, habíase confesado con el obispo, contrita y respetuosa. Pero, no eran estas confidencias, que mueren sin eco bajo las anchas bóvedas, ni las absoluciones obispaes las que podian absorber su espíritu en la hora de que hablamos: de lo que ocurriera ante el tribunal de la penitencia, en su confesion auricular, no hacia memoria.—La vida, con sus hechos positivos, sus severas realidades y sus pasiones tumultuosas, se entraba en su mente envuelta en la luz de la mañana, para advertirla que habia pasado el minuto, estéril para otros, de pensar en lo

extra-humano; y así, era cierto que no vagaban por sus labios los últimos ruegos de la oracion en semi-tono, cual última espiral del incensario ante una imágen; sinó pensamientos mundanales llenos de acritud y tristeza que al bullir en su cerebro, la hacian hablar en voz alta, como si ella tratara de buscar en el sentido de la frase la verdad de la intencion. Lógico es creer que sus ideas del momento, se vinculasen de una manera estrecha con otra especie de confesion, que ella debia oír en breve, de labios de Evo Lampo, el sujeto que habia presenciado el episodio de la muerte de Pedro Delfor.

Con la cabeza inclinada hácia el hombro izquierdo, por habitud, el gesto grave, y su vestido negro bien ceñido al talle, de modo que luciesen sus correctas formas,—Areba esperaba con alguna impaciencia á este personage, á quien diera cita, en el interés de que disipara la menor duda posible, acerca del acontecimiento luctuoso.

Pronto la anunciaron su presentacion.

La jóven dispuso que lo hicieran pasar al gabinete, sintiendo cierto íntimo goce, que se reflejó sin disimulo en su rostro de ángel herido.

Algo debemos decir aquí, sobre este sujeto, aunque sú personalidad solo se exhiba para desempeñar un rol accesorio. Con todo, en nuestro concepto, no carece de interés.

Evo Lampo era uno de esos tipos que despuntan de agudos y que á su desvergüenza deben siempre la facilidad de medrar, en las mismas situaciones difíciles y angustiosas. Tenia la conciencia maleable y dúctil, como el metal fino. Los rasgos prominentes de esta persona extravagante, predisponian muy en su disfavor á primera vista, y la hacian antipática en extremo; rasgos de fealdad poco comun, aumentada por una perpétua expresion maligna, y un ceño de insolencia osada.

Mediana estatura, movimientos de hombros continuos, que suplían la jiba de Rigoletto,—por razon de similitudes accesorias y complemento típico,—ojos negrillos, llenos de malicia, nariz torcida, casi inverosímil, mordida en parte por la viruela què habia burilado en su semblante penínsulas y continentes; lóbulos aplanados, sobre los que caian algunos rutillos negros, á manera de racimillos de sauco; barba corta, labios recogidos, y esas arrugas extrañas que la

intencion cínica cincela en la carne á fuerza de imperar en el cerebro, y de traducirse en momos, morisquetas y visages burlones; lo mismo que la piel de cabritilla, al perder por el uso su tersura, calca las uñas, nudos y puntas de huesos de las manos. Véase ahí, de cuerpo entero, á Evo Lampo. No se crea por esto, que era un personaje en extremo vulgar. No carecia de dotes. Con más suerte que el héroe de Le Sage, habia recorrido y explorado todo género de profesiones, hasta lograr adherirse á un excelente empleo. Simple oficinista muchas veces; concurrente asíduo á los despachos, otras, en busca de oportunidades; visitante de redactores y cronistas de diarios, como éco autorizado de opinion; amable órgano de elogios y ádulaciones serviles, en las salas de gobierno; trompa de órdenes de los poderes de circunstancias, fuesen ó nó, éstos, régulos ó dictadores; mantenedor del chiste y de la broma bizarra en los festines oficiales ó en las mesas revueltas de los calaveras; periodista declamador; miembro obligado de los clubs turbulentos; agente indispensable de policia secreta; comisionista de escritorio modesto y empolvado, con puerta á la calle; procurador de una honradez intachable, en su propio concepto; proveedor grave y sesudo en los momentos calamitosos, para explotar bien la veta de circunstancias; comodin de las antesalas, en donde sabia entretener á los dependientes de ministerios con historias sabrosas, para abrirse luego paso hasta el secretario de Estado ó el gobernador, con todo desembarazo — como quien lleva el capital fijo en su aire y figura;—todo esto habia sido y habia hecho Lampo, con más ó ménos fortuna antes de afirmarse en terreno sólido, de igual manera que un molusco largo tiempo soliviado por las corrientes, logra al fin adherir su dura membrana á la rocaprotectora.

Así, Evo Lampo habia conseguido muchas veces, beneficios y holganzas, por medio del chiste y del gracejo, cotizándose sus ocurrencias á mejor precio que las del talento sério y pensador. "Hacer retosar la risa en todo el cuerpo, y dar azogue á los sentidos", era profesion harto lucrativa, para que él no la ejerciese en oportunidades, y se abriera el camino de las simpatias y de los favores.

En otros tiempos, segun la historia, hacian lo mismo aquellas entidades de cabeza enorme y tronco de enano, de bir-

rete y talabarte, borceguíes y guanteletes, ya obesos, ya sin vientre, espaldas de escuerzo, rostro cínico y osado, contrahechos y diformes:—mezcla híbrida de risas y rabias, frutos del consorcio de la satiriasis y del tubérculo,—hinchidos de orgullo en la medida de su quinta sangre negra, que eran sin embargo, como pensamientos alegres de los señores melancólicos; caricaturas del dolor que hacían el dolor pasable, puesto que así se exhibía en carne y hueso, no para llorar sino para hacer reír; estériles moños lanzados á la lucha de la vida, cuyo peso soportaban no obstante en sus jibas, repletas de humor negro, en tanto caían en desgracia y se anulaban las personalidades de hierro. Estos personajes se han ido trasformando con las costumbres, y hasta perdiendo la corcova, por seleccion, pudiéndose apénas distinguirlos entre la muchedumbre. Pero, si ha cambiado la fisonomía, persiste la esencia; y por ahí vagan muchos, sin destino.

Nuestra entidad, era uno de ellos.

Con ingenio, y ciertas disposiciones naturales, él, como tantos de su especie, no tenía la culpa de los extravíos de juventud. La educación que se le diera en un hogar lleno de preocupaciones, vanidades y ridiculeces, obligóle, ya hombre, á darse una segunda educación, que solo conservó de la primera el hábito ó prurito de reírse del honor ajeno, á fuerza de haber servido él mismo, mucho tiempo, de blanco al sarcasmo y al ludibrio de los demás. Vengábase cuanto podía, sin esfuerzo y sin remordimiento. Le servían de armas ofensivas sus propias amarguras, y no le hacían mella los rudos golpes de la reprobación y del desprecio.

Acace así, que, cuando el alcohol acompaña constantemente á la sangre en su circulación, en un organismo que ya no puede vivir sin excitarse, concluye por interesar todas las entrañas, desde el hígado al cerebro, inhabilitándolas para toda función que no sea la de la costumbre viciosa. Pues algo semejante produjo en sus sentimientos de hidalguía y dignidad,—si alguna vez los tuvo,—esa lucha formidable del número, que acabó por el atrofiamiento y la insensibilidad moral, destruyéndole poco á poco las fibras que pudieran representarlos y transmitirlos, en el órden fisiológico.

De esta manera, Evo Lampo se había constituido en personalidad aparente, para una indignidad cualquiera, ó acto

indecoroso. Delatar, le era tan fácil como encubrir lo ilícito, siempre que la recompensa alcanzara á la importancia de la denuncia, de la traicion, del espionaje ó de la intriga. De estos hongos, crecen muchos en las humedades de los bajos sociales.

Tales tachas podian oponerse al testigo que venia á constatar la identidad del matador de Pedro Delfor; pero justo es advertir que en su declaracion, no adulteró ni en el menor de los detalles, los hechos ocurridos en una época ya remota.

Decirse puede, que en ménos tuvo el huevo que el fuero. Estuvo verídico, fiel y correcto.

Julieta Camandria, en caso análogo, habria llevado el rigor de las fórmulas hasta preguntarle si le comprendian las generales de la ley.

Areba limitóse á comparar los datos suministrados por el testigo con los de la señora de Nerva, hasta deducir una perfecta conformidad en las deposiciones, y adquirir absoluta certidumbre de los hechos.

Una vez en su presencia, pidióle que refiriese nuevamente el lance; y la explicara la causa de encontrarse él en el establecimiento de campo de Nerva, en ese dia.

Evo Lampo, reconcentrándose en sí mismo, con aire grave, pensó que era llegado el momento de justificar ante todo su conducta de entónces; y en ese propósito, contestó con acento reposado y tranquilo, apoyando en la mano la barba:

—Razones de un órden privado, me indujeron desde el principio de aquella guerra á prescindir de un rol activo, aun cuando mis naturales ímpetus pugnasen con ese criterio, aconsejándome con vehemencia que ciñera el sable. De por medio habia causal defuerza; y era esta la de una promesa solemne hecha á mi señora madre,—ya finada,—de no marchar nunca á combate oscuro y sin bandera, en que se matase por el solo prurito de violar el quinto mandamiento.

Aparte de ese deber filial, respetable, que yo no podia desoir sin pecar de cruel é indigno, concurrían otros motivos poderosos, que al rozar mis firmes convicciones, las advertian de no incurrir en claudicacion denigrante; los cuales motivos, se fundaban en el sabio precepto de no quitar ni poner rey, y de estarse á la expectativa, cuando las simpatias

no arrastran de por sí, á las filas de uno ú otro bando, para servir de blanco al cañon.

Tosió, aquí, Evo Lampo; repantigóse con aspecto muy sério; y sabiendo con quien hablaba, aventuró una frase canónica:

—La causalidad expuesta, me absuelve á cautela, por lo ménos.

Areba permaneció callada.

—Pero,—prosiguió él,—lo que ocurría en mi foro interno, importaba poco al beligerante que resumía el poder, y fui perseguido de un modo implacable para que prestase mis servicios en sus filas. Se buscaba una máquina, y no un partidario convencido. Consecuente, entónces, con mis resoluciones y principios incommovibles, no pudiendo expatriarme, procuré refugio en la misma campaña sublevada, por aquello de que al peligro, se le burla en casa, y sirviómeme de asilo seguro por muchos días, el gran edificio de campo de la respectable señora Orfila de Nerva, grande alma, honra de su sexo, —sin agravio á la presente,—á quien la gratitud ha elevado altar en mi pecho.

Allí estaba esa dignísima dama, cuando se libró en las cercanías la batalla, y se produjo el episodio de mi referencia. La refriega fué muy dura, de casi todo el día, y dejó llenos de sangre los surcos. Desde el ventanillo alto de mi habitación, próximo á un balconcillo que correspondía á la de la señora propietaria, y desde donde se dominaba la misma extensión de campo, podían verse por encima del monte, el ribazo opuesto del arroyo y las sinuosidades del terreno.

Alguna vez asomé la cabeza, atraído irresistiblemente por el belicoso son de los clarines; y en ese momento pasaban por el frente balas encadenadas, con ruido de grilletes.

—¡Temeridad, hacer muecas al peligro!—observó la jóven con sorna, fijos sus ojos en la extraña nariz del narrador.

—No tanto,—repuso éste, en el acto;—pues los proyectiles rodaban ya por el suelo, con desgane, trabándose el uno al otro, como piernas de ébrio, ó consortes que resisten y se arrepienten del vínculo indisoluble, á media jornada de la capilla.

—¡Ah!—exclamó Areba, sin apartar la vista de la nariz

torcida y hoyosa;—creí que pudiera V. haber sufrido allí algun desperfecto.

Continúe V.

—El caso es, que al caer la tarde de aquel día caluroso,—como ya he tenido el honor de informar á V.,—apareció de súbito, sujetando el caballo transido, junto al paso del arroyo, que estaba muy cerca, frente al edificio, un jóven oficial que venia al parecer del campo de batalla, con ánimo de vadearlo á priesa; y acaeció esto, en momentos que por la parte opuesta, montado en un tordillo negro de arranque y corvetas,—de esos caballos que gustan de la pólvora y del rumor de las trompas, como los dragones viejos,—se dirigia al vado otro militar, con divisa contraria, bizarro y apuesto.

El uno era Raul Henares; el otro Pedro Delfor...

—¿Qué aspecto físico y edad tendria entónces, el primero? —preguntó la jóven, interrumpiéndole con interés.

—Veinte años, más ó ménos; poca barba, de complexion récia, cabello negro, perfiles enérgicos y acentuados, aire atrevido y mucho garbo. Traia espada y pistola, al arzon.

Le reconocí al instante, pues habiamos sido compañeros de aulas, en estudios secundarios. Era el mismo Raul Henares de la clase de latin, enamorado de Ovidio hasta saberlo de memoria,—librejo que nunca pude pasar, refractario como yo era al idioma muerto, así como la Eneida, otro libritin intraducible para un estudiante de buen gusto,—por lo que el presbítero Giralt, mi respetable profesor, solia lanzarme alguna frase mallorquina, que más bien queria significar mamacallos, que otra cosa lisonjera.

—¿Y bien?

—Al lance iba ahora, precisamente, distinguida señorita. Las reminiscencias agradables se me agolpan profusas, y me desvian del relato, lo mismo que los árboles cargados de frutas sabrosas, cuando uno va por un camino carretero.

Sucedió, pues, que estando ya el jóven en la pequeña barranca que daba acceso al vado, la señora de Nerva, temiendo un choque funesto, cuyas consecuencias podia presenciar como yo, desde el balcon en que se encontraba hacia momentos,—hízole señas repetidas y dirigióle la palabra varias veces, llena de profunda zozobra, para que volviese sobre sus pasos.

Aunque Henares se detuvo para mirar al balcon con extrañeza, no accedió al angustioso ruego de la anciana; y picando su caballeria, se lanzó al paso sin recelo. El coronel Pedro Delfor entraba á su vez, por la parte opuesta, armado de lanza con banderola, que denunciaba á lo léjos su campo y filas, mejor que una cimera. Tal vez el tumultuoso tropel de algunos regimientos que corrian dispersos de este lado del arroyo, precipitó á Henares á cruzarlo sin vacilar; el hecho es, que en mitad del paso, ni muy largo ni muy angosto, tuvo lugar el encuentro, resultando mortalmente herido el coronel Delfor.

—¿Fué leal la pelea?

Evo Lampo se acarició suavemente la nariz, y extendiendo luego la mano, dijo con acento seguro y cierta cómica entonacion:

—Y sin preámbulos, señorita. Pedro Delfor cargó sobre su adversario, clavando espuelas, y logró hundirle su lanza en el brazo izquierdo; pero, para su desgracia, Henares no fué arrancado de la silla, y pudo éste hacer fuego sobre él, poniéndole la bala en la frente de una manera artística y correcta, por demás. El tordillo negro dió un balance, y arrancó hácia la casa, arrastrando de un estribo á su ginete muerto, que solo abandonó en una enramada donde se entrase ciego y despavorido, abatiendo todo cuanto encontró en su furiosa carrera. Raul Henares desaparecia en tanto por la ribera opuesta á toda brida, hácia el campo de la pelea, desangrándose, sin duda, porque la moharra de Delfor, segun yo ví, habia entrádose en su carne sin consideracion alguna.

—Luego ¿fué Delfor, quien hirió el primero?

—Así es, si no me traiciona la memoria, que nunca la tuve mala, señorita; excepcion hecha de su rebeldia en estudios de lenguas muertas y de ciencias exactas. Lo que en ella está en depósito, solo sale á luz cuando conviene.

—Convendria por ahora,—replicó Areba pensativa,—que todo lo hablado volviese á la oscuridad y al secreto, conforme á las estipulaciones propuestas y mutuamente aceptadas.

—A este respecto, seré de piedra.

—Por lo demás, mi administrador está encargado de entenderse con V. y de cumplir el pacto fielmente.

—Quedo muy reconocido á sus bondades, que son ya pro-

verbio para el comun de las gentes; pues á la mano pr6vida y r6gia de tan nobil6sima dama, debe su consuelo todo un enjambre de menesterosos.

—A prop6sito—dijo Areba, sin atender á las palabras de Lampo;—desearia que V. consignase por escrito lo relativo á este asunto, de un modo claro y conciso, y lo pusiera en manos del se1or Perea en breve tiempo.

—¡Perfectamente!—respondió Lampo, de pi6, y haciendo una cortesía. Vendrá en estilo lapidario.

Y notando que la se1orita de Linares no parecia dispuesta á prolongar mäs aquella entrevista, pidi6 con el mayor respeto permiso para retirarse, ofreciéndose en todo lo que pudieran ser estimables sus servicios en lo futuro.

Areba le despidió con un ligero movimiento de cabeza, desde el divan en que le habia escuchado, observando sus frecuentes cambios de fisonomía é inflexiones de voz.

Cuando él hubo salido, despues de una tercera reverencia, pens6 la j6ven que aquella debia ser la 6nica vez, quizás, que un ente semejante hubiese sido verídico.

Cay6 luego en meditaciones serias.

Faltaria oír á él,—se dijo, al fin.

De todo se desprende que el lance fu6 fatal, inevitable, digno, sin sombras para los dos. El defendió su vida. Fu6 afortunado. La buena estrella de ent6nces, sigue brillando con un esplendor nuevo. Es querido. Mat6 al padre, sin saber de quien lo era, ignorando que de esa planta sali6 la flor de su amor, que él acaricia ahora, pensando hacerla feliz, y ser á la vez dichoso. ¡Bella ventura! Destruído el tronco, se encuentra á la vuelta de los a1os con un vástago tierno y hermoso, una mujer delicada, dulce, capaz de comprenderlo y estimarlo; se miran, se hablan, se sonrien y se apasionan sin esfuerzo, inocentes del secreto que hubiese abierto antes entre ellos el abismo de una tumba, y que ahora puede al descubrirse poner á prueba las conciencias y retorcer el corazon. ¡Qui6n sabe! El drama va á su desenlace: esperemos.

Cuando Brenda, la deliciosa Brenda, llegue á saber de esta historia, ¿qu6 mirada para el amante, so1ado y querido, brotará de sus ojos tiernos y azules, hasta ahora ávidos y brillantes por el fuego de la pasi6n? ¿qu6 frase de sus labios, donde él ha posado los suyos en dulce deliquio, träs una nota

ardiente de amor intenso, sin ajarlos al encenderlos? ¿qué gemido de su alma, blanca y pura, cuando levante el recuerdo excitado un fantasma en su conciencia, pálido y sangriento, que la ofrezca su sudario frío para aplacar el ardor del corazón?

No sé. Pero hay ciertos escrúpulos superiores al criterio de una felicidad exclusivista, que están en la sangre y vienen de herencia, y se imponen tiránicos en el realismo de la vida. Basta uno de esos escrúpulos para rozar las pasiones é instintos enérgicos que duermen en el fondo de toda naturaleza, é increparlos hasta el odio ó la venganza, en hora oportuna; que hay de sobra con un grano de cal viva para poner en ebullicion, y enturbiar en su copa cristalina el agua pura y trasparente. ¿Qué llegaría á pensar la huérfana?

XXVIII

EL ÚLTIMO RÉGULO

En uno de los más hermosos días de enero, por la mañana, Brenda Delfor recorría el jardín separando con cuidadosa eleccion las mejores flores de sus múltiples plantas, que echaba en un canastillo de mimbres pendiente del brazo, casi lleno ya de variados y ricos ejemplares. Debía ocuparse ella misma de la confeccion de una guirnalda, destinada á Areba, con aquel esmero y arte delicado, que su amiga habia tenido motivo de admirar otras veces.

Con sus trenzas recogidas negligentemente, y un sombrero de pajilla semi-cubierto de tul celeste, con las alas abatidas á los lados, y sujetas por una cinta, de modo que preservasen de los ardores del sol,—la jóven iba de uno á otro lado, afanosa y diligente, cortando tallos y aspirando aromas, antes

de arrojar sus víctimas al cesto. Creía justo gozar de las primicias, en compensación de sus afanes.

La Sra. de Nerva no había abandonado aun su dormitorio, cuyas ventanas se abrían al jardín.

Brenda, aprovechándose de aquellos instantes, que de otro modo habría consagrado á la anciana, ponía apuro en concluir la tarea. Para andar más rápida, dejó el canastillo en el sendero que conducía á la gran puerta de la quinta; y preocupóse de escoger rosas, entre las más bellas, y gajos de narcisos dobles.

En esa agradable labor, la sorprendió Zambique, lujosamente vestido, como ella nunca lo hubiera soñado.

El viejo liberto se exhibía bajo una transformación completa,—pues era día de Reyes,—y él, el monarca con mejores títulos y más amplias prerogativas, entre los de su raza.

Presentóse erguido, merced á un corsé que daba tiesura y firmeza á su esqueleto; risueño y alegre, y como esperando de su reina una lisonja ó una gracia inocente.

Al principio, la jóven se asustó sin poderlo evitar, ante la extraña figura que se ponía á su vista, de una manera inesperada; pero, apercibida en el acto de que aquella no era una visión, exclamó, sin separar los ojos del antiguo esclavo, é incorporándose de súbito en un arranque de júbilo y placer:

—¡Zambique! ¡Estás deslumbrante!

Y la jóven golpeaba sus manos, llena de entusiasmo y contento, corriendo hácia él, para mirarle más de cerca los galones y bordados, y ponerle en el ojal del frac, como una traviesa aturdida, un gran clavel rojo, que arrancó al paso para obsequiarle.

El viejo libertó, la dejó hacer inmóvil, con su sonrisa de máscara, balbuceando frases cariñosas que parecían gruñidos.

Después, sacó de entre las solapas una carta pequeña, como la mejor retribución á los halagos de su reina; y fué silencioso á depositarla encima de las flores del canastillo.

Brenda, que seguía con la mirada ansiosa sus movimientos, adivinó al instante la procedencia de aquel billete, y lanzóse veloz al canastillo, cogió la carta y la ocultó en su seno, poniendo encima sus dos manos, cual si temiese se perdiera;

y quedándose quieta, blanca, trémula, azorada de tanta dicha:

—¿Quién te la dió?—preguntó, respirando apénas.

—Selim.

—¡Ah!...

¿Y hoy es para tí, día de jolgorio?—siguió la jóvez, procurando reprimir los violentos latidos de su pecho.

—Fiesta grande, niña. Iba á saludar y á pedir permiso al ama.

—Luego lo harás. ¡Qué gusto va á tener madre, Zambique! Pareces un brigadier arrogante y soberbio. Yo te doy licencia para que te ausentes hasta la hora que desees, que ella no te ha de reñir por eso, bien lo sabes. Yo quiero que goces mucho y me lo cuentes todo, luego al regreso, que vendrás aquí á recibir mis parabienes y regalos.

Con esta autorizacion, el honrado liberto salió ufano y satisfecho, saludando militarmente á su reina y haciendo sonar la vaina de su espada en las baldosas con eco marcial y sonoro. Brenda le siguió mirando, hasta que desapareció, entre raptos de ingénua y graciosa alegría; sin notar que, durante la escena, se habia abierto un postigo de la ventana de la señora Nerva, y cerrádose sin ruido, en ese momento. Alguien habia estado observando desde allí.

En rigor, el fausto del viejo negro, llegó hasta levantar rumores entre el resto de la servidumbre.

Nunca habia él, desplegado tanta pompa.

Vestia Zambique traje sério y de parada, compuesto de prendas de un general retirado que de ellas le habia hecho en tiempos finados donacion graciosa, para su uso en dia solemne como el de Reyes. El donatario procuró siempre conservarlas ilesas contra polillas y humedades; de manera que podia exhibirlas, si no intactas, con alguna decencia.

Llevaba entorchados en un frac militar de coronel mayor de paño oscuro, que habia perdido mucho de su frisa en varios sitios, y no desprovisto de algunos remiendos en pequeñas ranuras; pero muy presentable todavia, mediante unas fricciones con té y caña convenientemente hechas por debajo del alto cuello y costados. Relucíale la botonadura con escudos de relieve, sin abollones ni cardenillo. Las charreteras que adornaban los hombros no eran de lana ó de estambre,

—sino de canelones gruesos y fornidos de gusanillo de oro en diez vueltas trenzado, sin desflecós ni manchas grises, merced al cuidado de su dueño que las limpiaba siempre con suma proligidad. Podia observarse, á este respecto, que el cepillo delgado y la tiza en polvo habian convertido en espejos las lentejuelas y botones de todo el uniforme. En los dos extremos del cuello, forrado en su interior de paño rojo, se destacaban primorosos bordados y hojas de palma. Por encima del uniforme y del chaleco blanco de piqué con botoncillos de vivos reflejos, ceñia su talle de gran esqueleto una faja de seda deslucida azul y blanca, y sobre esta ajustaba un cinturón elástico á listas, del que pendia un espadín de empuñadura de oropel y nácar, con vaina de metal amarillo, y dragona respetable.

Los pantalones blancos se habian echado á perder, y reemplazádolos Zambique con una bombachas de paño color sangre, provistas de anchas franjas de oro, que se escondian con las piernas dentro de botas de grandes campanas, con borlillas, y espolines de bronce. En cuanto á la cubierta, él habia preferido al sombrero de dos picos de plumas matizadas y escarapela, una gorra de torta un tanto levantada por delante, con galon de dos pulgadas, visera de charol y filete dorado.—Cubrian sus manos guantes de hilo de bastante holgura. En vez de collarín severo, llevaba en el pescuezo un pañuelito de borra de seda; y aparte de las condecoraciones y cintillos del pecho—de origen desconocido,—lucia orgullosamente en el ojal del frac, como adorno indispensable, el clavel rojo de su reina, en estrecha compañía con una ramita de albahaca.

Con este traje inusitado y estos atavios fastuosos, el viejo liberto podia considerarse como un personage tripartito: dragon de los piés á la cintura, mariscal de campo de la cintura al cuello, y de aquí para arriba—retinto comodoro.

Zambique creia correcto imitar en los movimientos y modales á los prototipos del género; y por ese motivo marchaba con aplomo y dignidad, magestuosamente, con ese aire de grandeza plebeya que descubre al instante su origen, en el modo de afirmar las plantas, ó en los afollos del frac en las corvas, ó en la sandunga de las caderas, conforme al ritmo musical de los bailes de academia. Salíasele, andando,

el zancajo para un lado y la rótula para otro. Su figura atraía la atención, y á su paso se aglomeraban los ociosos, diciéndose unos á otros, muy seriamente:

"¡Es el rey de Mozambique!"

El honrado negro, que esto oía, levantaba un poco más los hombros, balanceándose al compás de sus piernas, y sacudiendo el brazo derecho, de manera que el codo se moviese en ángulo con la regularidad de un péndulo. Parecía dirigirse á comandar en jefe una batalla.

En algunas se habia encontrado, en calidad de soldado en el batallón de libertos de Zufriategui, durante las gloriosas guerras de la independencia, y de sargento segundo, á partir de la acción de Yucutujá. De esta y otras, conservaba en su piel recuerdos indelebles; cinco cicatrices de bala y lanza, certificaban bien su foja de servicios. En el último combate á que asistiera, revistando en caballería de extra-muros de Montevideo, un pequeño casco de metralla habíale alcanzado en la cabeza y derribádole sin sentido en un barranco. Fué entónces, segun se verá despues, que la intervención de Raul salvó su vida.

Este héroe oscuro y olvidado, como tantos, bien podia darse una vez el placer, siquiera fuese en día de Reyes, de vestir algunas horas un uniforme lujoso y dorado. Con ello á nadie ofendia, y simplemente podria recordar á los cronistas imparciales y concienzudos, que á pesar de haber él recibido cinco heridas graves, en épocas en que se cargaba el fusil á baqueta, y se mordía el cartucho, y de ser pulcro y honesto como la misma probidad y el honor mismo,—pues á pié firme las recibiera todas en línea,—no habia logrado pasar de sargento segundo, en sus rancias y peligrosas campañas.

Ahora se veía con charretera en vez de gínetá, por obra de circunstancias, y muy dispuesto á hacer honor al rango. Tomó á lo serio su papel con el mismo derecho que otros en el mundo, por identidad de causas concurrentes; y se infló.

El hecho es que dentro de su uniforme, se sentia soberbio y se hacia la ilusión de igualarse á un caudillo.

Acometíale en ese día, algo muy semejante al delirio de las grandezas.

Fué iluminándose poco á poco; apareciéronsele más lúci-

dos los recuerdos, y excedióse á sí mismo, en la fuerza del raciocinio. En su cerebro endurecido se reflejaron imágenes de hombres que fueron semi-dioses armados de lanzon ó sable, tan espantables como fantasmas de fuego, que acaudillaron gentes y dispusieron de mil vidas impávidos y serenos, quemando todo á su contacto, lo mismo que un árbol encendido hace arder y estallar todos los demás árboles del bosque. Comparábase con alguno de ellos y se creía con idéntico prestigio, pensando que la piel de los poderosos podía cambiar como en diversas serpientes de su país nativo; es decir, á la cáscara gruesa, pálida y deslucida de escamas duras, sucederse otra de brillantes colores y reflejos, que hiciera más señores é imponentes á los hombres de valor.

A pesar del encallecimiento de su masa encefálica, Zambique infería que este cambio debía haberse operado en él, como acaece en el injerto, el apareamiento ó proximidad sensible, ó en el cruzamiento para conservar un distintivo; fenómenos que al fin convierten al boton de rosa en mosqueta, la gallina batará en blanca, el conejo manchado en negro y el raton libertino de apéndice, en tucu-tucu, que es rabeñ. Sus hábitos y tareas de criador le habian dado cierto sentido práctico acerca de la seleccion, ya fuere esta natural ó inconsciente.

En su fausto y posicion del momento, hacia memoria de que nunca llevaron tales galas y arreos magníficos, los soberbios de la campaña que él habia visto en sus dias de grandeza, sobre caballos briosos, negros como la noche y cola blanca,—ó blancos como el alba y cola negra,—vestidos de humildes ropas y preseas, prefiriendo poner todo el lujo en el rendage y la montura, con corona de cuero de tigre y boleadoras de marfil ó plata, robustos y forzudos, de ceño siniestro, barba cerrada, abundosa melena, brazo de guayabo y puño gordo de dedos cortos, con pelos á veces y uñas de tocadores de guitarra, siempre adherido á la lanza; ginetes, bravos, mal avenidos, temerarios, indómitos, duros en la pelea franca y valiente hasta meterse los rejonés en el alma, sin encomendarse antes á la Vírgen, siquiera por respeto ó devocion.

Verdad que, prescindiendo del esplendor de los arreos é insignias, él no se andaba por montes y sierras sobre los lomos equinos como aquellos hombres descomunales, señores

de espuela y banderola, en busca de temerosas aventuras. Pero, ahí estaba el secreto. Llegar á la alta dignidad que investia aquel, y cambiar de forma á favor de las circunstancias, sin otro esfuerzo que el de decidirse á desempeñar el rol que le asignaban, y mostrarse imponente en su córte de carnaval.

Con este motivo, olvidóse por algunas horas de las diferentes transiciones de su suerte; de esclavo á liberto, de liberto á soldado, de soldado á sargento, de sargento á jardinero y criador de plantas: que ante todo, era rey de pura estirpe é hijo de sus obras, y con él rezaba el principio de que "las virtudes adoban la sangre, y en más se ha de tener y estimar un humilde virtuoso, que un vicioso levantado".

Así, forzando en exceso su entendimiento, muy grave iba Zambique, á ocupar su asiento en el carruaje detenido por los setos en la calle más próxima. Le esperaban allí otros reyes nubios y congos, si bien de menor categoria ó rango, que con él tenían que pasar á saludar los altos mandatarios en el palacio de gobierno. No le preocupaban tanto los asuntos de su reino, como la apostura y el aire que debia asumir cuando la tropa de servicio le rindiera los honores de ordenanza; y el estilo especial á emplearse en la conferencia con el primer magistrado de la nacion. Estos eran puntos capitales. Tenia que debatirlos con los suzeranos, y adoptar al efecto un temperamento definitivo.

Al pasar por delante de la casa-quinta de Heñares, se detuvo.

Pensó que un deber de gratitud le imponia la obligacion de saludarlo en primer término, y de ofrecerle sus servicios reales sin reserva. La oportunidad era excelente, para retribuir actos magnánimos; y resolvió aprovecharla.

Subió la escalinata de mármol con arrogancia y un gesto de proteccion, que puso asombro en el ánimo de Selim, parado en el vestíbulo. Zambique cogió el espadin por la mitad de la vaina, y dió una tos, sin dejar de mirar al doméstico, con aire magéstoso.

El cambujo incomodado, abrióse de piernas y echando atrás la cabeza, preguntó con gravedad:.

—¿Qué se ofrece, mojíganga?

—Vengo á saludar á su merced el capitan,—contestó Zambique, un poco picado.

—No está. Cuando vuelva le diré que estuvo su alteza... Deseos me dan de hacer andar la almohaza.

¡Véanle la facha!

Selim, cruzado de brazos, rompió á reir con estrépito, mostrando una dentadura de lobo de un esmalte extraordinario.

Zambique habia dado un paso para retirarse; pero al sentir la pulla, se volvió con dignidad, diciendo en voz cavernosa y trémula de cólera:

—¡Cambujo bozal!

—¡Cállate negro!

Zambique dióle la espalda sofocado, y fué refunfunando:

—Culpa de la laya de morena que se juntó con el gorrino, y lo parió...

Las magestades nubias, impacientes, se habian acercado entre tanto con el carruaje para ahorrar camino á Zambique. Traian un regular cortejo de curiosos de las cercanias, y de pilluelos que zumbaban en derredor del vehículo como un enjambre de moscardones. Este honor solo se dispensaba siempre á los payasos de los circos, á los volatines llenos de escamas relucientes, y á los toreros de trajes vivos y deslumbrantes—cuando subian al coche que debia conducirlos á la plaza de lidia. En esta ocasion, la costumbre tropezaba con una novedad poco frecuente, y la incluia en el programa de los atractivos que se gustan sin erogacion pecuniaria. De manera que la voluntaria y bulliciosa cohorte se iba engrosando por momentos, á pesar del polvo de la via y del ardoroso sol pendiente como un horno en su meridiano, cuyos rayos caian verticales sobre las cabezas amenazando su lluvia de fuego con ataques fulminantes y repentinas congestiones.

En realidad, las extrañas figuras y atavios de los príncipes ó reyezuelos negros, eran alicientes bastantes á justificar la afluencia del vecindario, aunque en parte acostumbrado á análogas escenas y parecidos cuadros en otro orden de espectáculos públicos, en plena calle ó plaza. Uno de estos personajes, á falta de bicornio ó de morrion con crin, ó de bonete de pelo, llevaba sombrero alto de felpa con una pio.

cha, y uniforme de teniente coronel de caballería; otro, algo más correcto, tenía hundido hasta las orejas uno de dos picos, con presilla dorada y pluma blanca, pantalon del mismo color con franja y sable muy curvo á la cintura, ceñido sobre faja granate. Dos iban de diplomáticos con el mismo aire de de los que sirven de ministros á todos los gobiernos, vestidos de negro con distintivo en los ojales, corbatas y guantes blancos, bien compuestos y espigados, no sin cierta gentileza de prosapia.

El proto-monarca era Zambique, por la edad y la estirpe, y el mismo arreo militar. Tan alto rango le venia de herencia, no por eleccion; en esta clase de soberanias, la voluntad del todo refluye á la parte, y se adhiere, sirviendo de vaina al sable.

Bien distribuidos los asientos del carruaje, parti6 este hácia la ciudad, con destino á palacio.

Desde ese momento, hasta las cinco de la tarde, Zambique fué el objeto de obsequios y demostraciones especiales en todos los barrios, donde se celebraba la fiesta del dia, con regocijo y estrépito.

Las marimbas resonaban por doquiera, en esos barrios, en los determinados sitios de reuniones, atrayendo numerosa concurrencia de color; y pocas veces estas ceremonias extravagantes, que van desapareciendo por completo, revisitieron un carácter tan singular, el sello originalísimo, la pompa abigarrada, el entusiasmo delirante, de las fiestas presididas por Zambique. El pasó sus buenas horas entre aquella atm6sfera de humo y fiebre, acompañando con palmoteos los instrumentos de música y la algazara del baile, que se hacia en ruedas y en cuclillas, al son de cánticos desacordes y plañideros, en medio de inhalaciones extrañas y polvo sutil, que formaba bajo los techos deprimidos, densos torbellinos ó espirales dantescos; se permitió dirigir ocurrencias galantes á las mujeres vestidas de borra de seda y adornadas con flores en la cabeza y pecho, de colores vivos, que ellas lucian airoosas y ufanas, como las plantas del tabaco sus pintorescos ramilletes rosados entre acres perfumes; recorrió en ciertos lugares de los suburbios regular número de habitaciones estrechas, pero bien arregladas, cuyas paredes grises se veian cubiertas de grabados grotescos, cru-

cifjos de madera é imágenes en repisas con luminarias de colores y jarrones de barro llenos de siempre-vivas y claveles, y en donde se exhibia al niño Jesús en cuna de mimbres provista de ajuar de algodón, entre luces y flores caprichosas; posó sus dedos en las mejores marímbulas, sin hallar ninguna tan templada y sonora como la suya, haciendo oír sus aires africanos con admirable eco de rugidos, en lo hondo de una caverna; tomó parte en las danzas principales lleno de un ardor juvenil, y libó para su mala suerte, diversas copas de licor, en otras tantas estaciones de su marcha triunfal, pecando de intemperancia.

El cerebro del monarca, que sentia ya los efectos de una fuerte insolacion, fué entónces presa de la fiebre. Sus acompañantes notaron, al caer la tarde, que las verrugas de Zambique aumentabán de volúmen; y esto era en él, un signo grave. Resolvieron en consejo, volverlo á su choza; y así lo realizaron, despues de las cinco.

Zambique, sin embargo, creyóse con fuerzas suficientes, al llegar, para cumplir con el ama, como él llamaba por antigua costumbre á la señora de Nerva.

El no debia recogerse á su choza, sin saludarla, aunque se sintiera enfermo.

Despidió, pues, á sus compañeros á la entrada de la casa-quinta, muy reconocido á sus bondades y dirigióse al patio, con la mayor firmeza posible en el andar, la gorra en una mano, y apoyado con la otra en el espadín, para mantener el equilibrio que iba perdiendo por momentos.

La señora de Nerva se encontraba en su silla de preferencia, en la galeria, seria y meditabunda. En su noble semblante se reflejaba alguna pena, que no provenia tal vez de su afeccion cardíaca, y sí, más bien, de la preocupacion moral que la dominaba cruelmente. La escena ocurrida por la mañana, entre Brenda y Zambique, y especialmente el detalle de la carta, cuyo origen no podia serle desconocido, mantenia en agitacion su espíritu. Ella habia presenciado todo, desde su dormitorio, de una manera casual, al abrir uno de los postigos de la ventana, y sorprendíose de una manera agradable á la vista de Zambique con áquel raro traje; impresion que se desvaneció muy luego, cuando le vió una

carta en la mano, que pasó al canastillo, y de este al seno de Brenda. Las prevenciones de Areba la asaltaron entónces.

Zambique, pues, habia escogido mal momento para ofrecer sus respetos. Su señora le reservaba un trance amargo, que debía ser el último para él. ••

Apénas ella le vió, sumiso y humilde con todas sus galas pomposas, y disponiéndose á balbucear algunas de las frases favoritas que guardaba para los instantes en que queria arrancar una sonrisa de capño,—extendió el brazo con imperio, señalándole la puerta que daba al campo.

—¡Véte de aquí!—prorumpió colérica, encendido el rostro y agitada en extremo.

Zambique hizo un ademan de asombro, dando vuelta á su gorra con inquietud febril. En vano trató de hablar. Su lengua no obedeció. Hincháronse aun más las verrugas de la frente, y todos sus miembros se agitaron con fuerte temblor. ¡Era la primera vez que el ama le hablaba así!

La señora de Nerva se indignó de verle todavía en su presencia; aumentándose su iritacion por grados, irguióse casi en el asiento sofocada sin servirse de sus brazos, y en un arranque de enojo le arrojó al rostro su pañuelo hecho un ovillo, exclamando:

—¿Qué esperas ahí, estafermo?

Zambique dió una vuelta sobre sí mismo, aventuró algunos pasos inseguros, tendiendo las manos, como herido de un golpe en la cabeza, inclinó esta sobre el pecho, lo mismo que un penacho de graminea quebrado por el viento, lanzó un sollozo ronco, doloroso, y fuése tambaleando, á tropezones, cogiéndose en los bejucos con los espolines, aturdido por el doble dolor que parecia romper todos los nervios de su cerebro, velaba sus ojos y zumbaba en sus oidos con rumor siniestro.

Algo percibió Brenda, de su gabinete, y salió pálida y afligida, acercándose á la anciana con los ojos muy abiertos, preguntando:

—¿Qué le has dicho á Zambique, madre?

—Nada de particular, hija mia... Este negro viejo se está echando á perder.

—¡Ay! yo algo oí, madre. ¡Si supieras cuánto él te adora! Por tí diera el pobre dos vidas.

—Siempre fué bueno y fiel,—dijo la anciana conmovida. No te disgustes por esto, mi corazón. Vé tú misma, y consuélale.

La jóven echó los brazos á su cuello, con ternura, y la besó en la frente.

Corrió en seguida á la quinta, en donde se detuvo para mirar en todas direcciones.

Zambique iba léjos, cerca del estanque, moviendo los brazos, cual si quisiera en sus rápidos voleos asirse del aire, á falta de firmeza en las piernas.

Sembraba el camino con sus prendas: habia dejado los guantes de hilo sobre las yerbas de un flanco, el espadín con sus tiros, cerca del eucalipto, la gorra de torta suspendida en un barrote de hierro de la verja que circua el estanque, en donde se habia apoyado sin duda, para tomar aliento, y más allá un ramo pequeño de rosas y resedá que traia para Brenda como un recuerdo de sus triunfos.

La jóven echó á andar en pós de él, triste y llorosa, inclinándose á recoger esos objetos, y clamando á veces, en tono de enfado unido á dulce afecto:

—¡Zambique! ¡Zambique!... ¡Espérame!

Pero, el liberto seguia su marcha difícil, sin volver el rostro, no oyendo quizás aquella voz tan querida. Un extremo de la faja de seda, que se le iba descifnendo, le colgaba por encima de los faldones, arrastrando en el suelo su borlon dorado.

La jóven, al mirarle, tuvo un presentimiento amargo y aceleró sus pasos, murmurando llena de pena.

—¡Pobre Zambique!... Buen amigo mio; yo no quiero que te mueras... Acaso he sido la causante de tu mal momento, y debo consolarte. ¡Espérame!

Así diciendo, Brenda reunia en una mano á modo de panoplia arma y atavios, y con la otra enjugaba sus ojos cuajados de llanto.

Zambique llegó á la choza arrastrando los piés, sin fuerzas, con las sienas ardiendo y el cerebro torturado por una congestion terrible. Cuando se echó en la banqueta circular, apenas pudo reclinarse en el madero; y quedóse con los brazos tendidos, casi sofocado por el corsé que oprimia su tronco, y con un dolor en el cráneo, agudo é implacable. Mar-

tirzábalo la luz, tenia el rostro y los ojos inyectados de sangre, la boca seca, entrecortada la respiracion; escalofrios frecuentes, recorrían sus extremidades. El pobre monarca nadaba en el abismo del vértigo. Todo anunciaba en él una pronta terminacion. Despeñábase de la cumbre de su grandeza, sin que nadie presenciase su agonía, á semejanza de la piedra que se derrumba de lo alto de un cerro, para perderse en lo sombrío del valle solitario.

¿Nadie? No.

Una figura de ángel surgió de pronto en el dintel; forma encantadora y bella que no era engendro de su delirio, y hácia él se avanzaba blanca y vagorosa, entre esplendores que no le ofendian como la luz del sol.

Cerró los ojos; algo parecido á una sonrisa dilató sus gruesos labios, y balbuceó apénas, en instantes en que un grito de angustia heria el aire:

—¡La reina!

Brenda retrocedió paso á paso, con la vista fija y desolada, dejando caer los diversos objetos que traía en la mano; atravesó la plazuela, traspuso de súbito con pasmosa rapidez la distancia hasta el estanque, en donde ella habia visto, al pasar, dos peones de la quinta, hízoles señas de que viniesen, y les señaló la choza, trémula, muda, vencida por la congoja y ahogada por las lágrimas.

¡Ella nunca pensó, que los séres que amaba pudiesen morir!

Los dos peones se lanzaron veloces hácia la choza, presintiendo un suceso grave.

¡También ellos querían á aquel pobre Zambique, tan inofensivo y humilde, objeto de sus burlas amistosas, siempre que se cruzaba al paso con su sombrero alto de felpa y su levita sin faldones, callado, respetuoso, mísero, huraño, desabrido, para otros que su reina, empuñando la azada ó la regadera; ó cuando hacia oír su marimba en las horas más ardientes del estío en concierto con las cigarras importunas, los insectos zumbadores y las alegres golondrinas que formaban con sus nidos bajo el alero, en redor de la choza, estrecho círculo de inocencias y de amores palpitantes!

Cuando llegaron, el cuadro les impuso con su solemne colorido. Reinaba en la choza un silencio de muerte.

Zambique estaba en el suelo, sobre un costado, las manos,

juntas, sin brillo los ojos, los labios blanquecinos, contraídos los miembros, en una inmovilidad absoluta,—dentro de un gran marco de luz que arrancaba destellos á su uniforme y difundía en su semblante lívido, ya ménos negro, intensa claridad.—El pobre rey de un dia, era cadáver.

XXIX

S O S P E C H A

Hasta muchos dias despues de este suceso, no pudo Brenda resignarse, ante el vacio que dejara Zambique en su vida retraida y solitaria. El pobre liberto habia sabido granjearse buena porcion de su cariño, y llegado á constituir para ella un confidente y un guardian mudo, dócil, fiel y discreto de sus amores.

Entristecíala, en esos dias, la profunda inquietud de los lugares apartados, donde en otras horas resonase con estruendo el instrumento musical de Zambique; y no se atrevia á llegar á la choza abandonada y fria, que se levantaba como una vivienda africana en el confin de aquel oásis, única en su estructura é inhabitable en lo venidero. Parecióle un panteon cerrado para siempre, que nadie debia violar.

La señora de Nerva sintió tambien, sinceramente, el triste suceso; y dispuso que el cuerpo de su antiguo servidor fuese conducido al cementerio del Buceo, y depositado en un sencillo sepulcro de piedra, construido con ese objeto en el pequeño sitio de su propiedad.

La señorita de Linares, que habia excitado los celos de la anciana contra el infeliz Galeoto, como ella le llamaba, condolióse del hecho; sin dejar de pensar que esta primera víctima del drama—la más inocente, sin haber dejado de ser

por eso peligrosa,—había desaparecido en hora oportuna de la escena. Ya Brenda no iría á la choza ni al seto de los agaves, en los crepúsculos, pues que le faltaba su fiel custodia negra; y se contentaría con mirar desde léjos la zona intermedia, de la quinta á las playas, sin ánimo para aventurarse en los oscuros bosquecillos.

Una tarde, sin embargo, la sorprendió en el seto donde cayera la perdiz moribunda, de pié y apoyada en el banco de piedra, fijos los ojos en la extension de mar, que de allí se percibia azul y serena. Seguía acaso con su mirada melancólica, el derrotero de algun buque á vapor que salía de valizas, perdiéndose poco á poco detrás del horizonte; ó con ansiedad suspirante, la de otro que se dirigía al puerto, remontando veloz la inmensa curva lejana y tendiendo sobre su estela, en el espacio transparente, una ancha faja de humo, color de plomo. Pero, las más de las veces eran barcos de pescadores que surcaban á todos rumbos, infladas las velas; quizás el de Gerardo, que recogía la red tendida hácia la costa del levante para volver al ancladero y plegar el paño, en la hora de la puesta, inquieto y caprichoso en la virada cuanto debía estar de nerviosa y febril la mano del pobre timonel.

—Piensa en Raul, y aguarda su pronto regreso,—se decia Areba, al observarla en aquella actitud contemplativa.

Mucho de cierto tenia esta sospecha. Henares prometia á Brenda, en la carta de que fuera portador Zambique, y que ella habia leído multitud de veces encontrándola en cada una nuevos encantos y emociones, una rápida vuelta de aquella hermosa tierra del Brasil llena de prodigiosos paisajes, que subyugaban sus sentidos, solo para aumentar las ansiedades de su espíritu y los impacientes impulsos de volverla á ver. Añadia que esto no podia demorar; y á más, la agradable noticia de que se presentaria inmediatamente de su llegada en la casa-quinta de la señora de Nerva, aprovechándose de la circunstancia feliz de ser conductor de cartas para ella de dos hermanas políticas, residentes en Porto Alegre, donde las conociera en una de sus excursiones. Creía él que su lectura seria muy grata á la anciana viuda, por referirse á recuerdos que se ligaban á la vida de su esposo. La carta concluía con algunas de esas expãnsiones ardientes

y apasionadas, propias de los que aman, que significan lo mismo en todas las lenguas, y que aun habladas ó escritas en todos los idiomas, siempre tienen la elocuencia vehementemente del cariño y la originalidad especial de quien lo siente y sabe hacerlo acrecentar en otra alma, á través de la distancia y del tiempo.

De ahí que Brenda contemplase la mar lejana, con más interés que nunca, forjándose ilusiones á la vista de cada nave que aparecía de repente y cruzaba la zona, para ocultarse al momento trás el verde marco que formaban las arboledas de las quintas, como en los cuadros diorámicos; y anardecendo su imaginacion con la sola idea del deleite que el regreso de Raul le reservaba. Nada más bello que el ensueño que la fantasia de la mujer dora, en sus dias de espera, y que al anticiparle el goce de las fruiciones de la existencia real, depura el placer, le exorna con detalles preciosos y lo aleja de sus fuentes naturales, hasta trasformarlo por completo y reducirlo á dulce y engañoso halago de una vida superior á la positiva y verdadera.

Estos mirages se disiparon á la aproximacion de la señorita de Linares. Brenda abandonó sus paisages celestes, súbitamente impresionada por una ráfaga fria, de esas que á cada hora llaman á la realidad y recuerdan que la existencia es lucha severa en que triunfan siempre las pasiones mejor dirigidas. Púsose sobre sí.

Venia Areba un poco agitada y seria.

En su conversacion estuvo llena de reticencias y misterios. Habia estado hablando con la señora de Nervé desde media hora antes, sobre paseos, fiestas y bailes con la intencion de entretenerla, pues la habia encontrado bastante marchita y ensimismada.

—Y á propósito—dijo—¿hace mucho tiempo que estás aquí?

Brenda reveló inquietud.

—¿Por qué me lo preguntas, Areba?

—No te alarmes. Deseaba saber eso de tí, porque he creido observar en tu protectora nuevos síntomas de la dolencia que parecia extinguida, y seria prudente precaver que se acentúen.

—¡Ay, y yo que la dejé tan bien!—exclamó Brenda afligida. ¡Corramos allá! ¿Crees que pueda ser eso grave?

—No diría tanto. Sin embargo, no ignoras cuanto ha sufrido de su enfermedad al corazón, que parece ser la que se renueva. Conversando conmigo se quejó varias veces, y me manifestó su temor de ataques más violentos que los anteriores. Bien pudiera juzgarse ésta, como una presunción infundada; con todo, á su edad proveya cualquier novedad debe infundir recelo y cuidado.

Manifestóse Brenda muy pesarosa y triste.

Sin decir palabra, cogió el brazo de su amiga suspirando; y juntas, encamináronse rápidamente á la casa. En un instante recorrieron el sendero central.

Cuando las jóvenes entraron, la señora de Nerva que aun permanecía en el corredor, acababa de ponerse de pié con intencion de pasar á su dormitorio. Se sentia en realidad desazonada, y con alguna fatiga.

Brenda corrió á su lado, prodigándola suaves caricias y ofreciéndola su apoyo. La anciana la miró con ternura, diciendo:

—Estoy un poco indispuesta, otra vez... Pero no te aflijas por eso, hija mia, que no ha de tener importancia.

—Así me dice Areba, madre—contestó la joven apenada; —pero yo quiero que te recojas, hasta que el médico disponga. Este malestar que sientes, me disgusta aunque nada sea de grave. ¿Cómo quieres que no me aflija, si á los pocos minutos de dejarte buena y tranquila, te encuentro demudada y con fiebre? Vas al lecho ¿verdad?... ¡Yo te lo ruego!

Era tan dulce y persuasivo el acento de Brenda, que la anciana no opuso objecion alguna.

Una vez en su lecho, parecieron disiparse los amagos de recaída á las solícitas atenciones prodigadas; y un sueño oportuno y reparador se sucedió á las perturbaciones del momento.

Esto llevó calma y alegría al ánimo de Brenda, que estaba en extremo desasosegada y nerviosa. Para no interrumpir el reposo de la enferma, llevó á su amiga á la habitacion contigua, en donde podian hablar á media voz, sin recelo, invitándola á sentarse á su lado en un divan, puesto al frente de la ogiva que se abria al jardin.

Suspiró allí, como aliviándose de un peso mortificante; y dijo, en medio de ese goce fugitivo que invade al espíritu al

desvanecerse una zozobra, y devuelve su luz á los ojos y su calor á la sangre:

—¡Qué dicha! Se ha dormido de un modo apacible y halagador, respirando sin esfuerzo. Bien decias que no habia porque alarmarse tanto.

Areba contestó con un movimiento de cabeza, volteando sin cesar suavemente el abanico.

Después de una corta pausa, en la que habia estado meditando, fijó la mirada en su amiga, diciendo con tono reflexivo:

—Estos amagos se han seguido muy pronto á la última crisis, en la querida señora, y podria suponerse que en ellos influian causas morales desconocidas.

¿No crees que algun afecto de ánimo contribuye al mal, precipitando su reaparicion inesperada?

Brenda se estremeció.

Sin volver la vista y reprimiendo su emocion, repuso:

—Tal vez. Pero la aqueja desde mucho tiempo atrás, con la misma intensidad, siempre. La muerte de Zambique la disgustó, y yo temí por su salud en los primeros dias...

—Otras circunstancias, quizás—insistió Areba—sin ser eso, y que pudieran relacionarse contigo.

—¿Conmigo?—interrumpióla Brenda, con vehemencia é inquietud pintada en el semblante.

—Yo no sé, pues que tú nada me has dicho,—repuso Areba acentuando sus palabras. Solo he aventurado una frase.

—¡Ah, no!—dijo Brenda, turbada y sobrecogida por una angustia indecible, al propio tiempo que lastimada en lo más vivo. Incurres en un grave error, si supones que alguno de mis actos pueda ocasionarla tan grande amargura.

—No he querido avanzar eso precisamente; aun cuando no se me oculte que tú eres la preocupacion tenaz de la señora de Nerva, y que por lo mismo, ella haya notado en tus sentimientos una tendencia contraria, acaso, á la felicidad que te desea.

Areba pronunció estas frases con alguna acritud.

La jóven la miró con dignidad, y esa expresion enérgica, que el carácter más dulce sabe comunicar al rostro en momentos de excitacion.

—¿Y bien?—preguntó con firmeza.

—Habria estado entónces yo, en lo cierto, al inferir que de

las preocupaciones sobre tu suerte emanaban sus tristezas profundas. Aunque no me lo hayas revelado, sé tanto como ella lo que pasa en tu corazón; sin otros antecedentes, bastaría para denunciarte, tus dulces emociones en el sitio en que cayó la perdiz moribunda.

Estaba yo allí ¿te acuerdas?

--Sí—dijo Brenda, en el mismo tono firme y resuelto;— ¡allí estabas!

De este amor, cuyas menores escenas parece conocer, he impuesto á quien todo lo debo en mi orfandad, sin que de sus labios saliese un reproche que obligase mi gratitud á un sacrificio, ó por lo ménos, la pusiera en conflicto con la pasión que arde en mi pecho. ¡A tí, nada dije, es verdad! Pero ¿crees que en mi afán ardiente, no he deseado cien veces depositar en tu cariño todas mis alegrías y secretos, como un tesoro que solo se entrega á quien bien se ama y estima? ¡De ese impulso espontáneo, sincero, dulce, me ha apartado sin embargo otras tantas, algún pensamiento triste, alguna sospecha amarga, cuyo origen no conozco, de no ser acogida con una indulgencia digna de mis expansiones! Que no me engañaba, acabas tú de indicármelo en tus frases, en el tono de tus confidencias, en tu susceptibilidad herida, cuando yo ménos debía esperararlo. ¿Es acaso, un delito amar? Responda de ello mi corazón que sintió, antes que yo pensase. Si el objeto de esa pasión,—que con ser grande é intensa no entibia otros afectos entrañables,—fuese indigno de mi culto, ya habría recogido la dolorosa confidencia de labios de mi bienhechora; y, ¡cuán afigente me es recibir de los tuyos un reproche que ella no intentó lanzarme!

—¡No eres justa, Brenda!—profirió Areba, en un arranque de cariñosa reconvención, que ella sabía fingir admirablemente. Yo he estado lejos de afirmar lo que imaginas; mas á pesar de mis fervientes votos por tu dicha, no debo halagarte con frases banales, ni hacer ahora una defensa de mis sentimientos, que tan mal interpretas. Concretándome pues, al hecho principal, ¿ignoras acaso, que tu protectora te deseaba á de Sélis por esposo, y que resiste á Raul Henares?

El rostro de la huérfana se cubrió de una gran palidez, que dejó en transparencia sus nervios azules, al oír aquel nombre querido en boca de Areba.

—No me lo ha dicho—murmuró con los labios trémulos,—pero lo adivinaba, y siempre supuse que su resistencia desparecería cuando él viniese. Así que le conozca, ella llegará á quererlo, porque es noble, abnegado y bueno.

—¡Quién sabe!—repuso Areba con un aire de despecho y de misterio. Los motivos pueden ser poderosos.

Brenda la miró fijamente en las pupilas, levantando su bella cabeza airada, y preguntó llena de una emoción profunda:

—¿Crees que puede haberlos, en contra de aquel que por tí expuso su vida, en un arranque de sublime desprendimiento?

Los ojos de Areba resplandecieron de pronto con un fulgor extraño, y agitósele el seno violentamente, como si aquellas palabras hubiesen ido á remover todas las pasiones encadenadas por la altivez y el orgullo, en el fondo de su alma; contrajo la ironía su boca pronta á despedir á manera de dardo emponzoñado una frase cruel é irreparable, y movióse de arriba abajo su cabeza con un ceño duro y siniestro de leona encelada, que inspiró temor á Brenda. Pero, haciendo un esfuerzo sobre sí misma logró dominar, con la voz de su gratitud y de su amor desdeñado, el escozor agudo de los celos que sugerían á su mente terribles sarcasmos; y limitóse á responder con acento incisivo y penetrante:

—¡Sí! Razones dolorosas: ¡barrera insalvable, tal vez!

Al oír esto, Brenda se levantó llena de sorpresa, la mano puesta en la mejilla, la vista clavada en Areba, excitada, confusa, cual si aquella frase hubiese suscitado en su cerebro cien ideas y recuerdos.

En ese instante, el doctor de Sélis apareció en el umbral.

XXX

EN LAS COSTAS

Dirijamos ahora, una mirada á la ribera.

Pasado un mes, desde el primer dia de su enfermedad, Cantarela fué sintiéndose con fuerzas, acentuóse la mejoría, volvieron á llenarse sus mejillas descarnadas, los colores hermo-searon el rostro, y abandonó por fin el lecho para recuperar muy en breve todo el vigor de su juventud. En los primeros dias de convalecencia no quiso salir del interior del pobre hogar, complaciéndose en recorrerlo á paseos lentos y monótonos, callada y mústia, sin una lágrima ni una queja. La accion benéfica de Areba se habia hecho sentir en él con frecuencia. Marcelo solia acompañarla, compasivo, en tributo á su antigua amistad con el viejo pescador; y ella compensaba esa conducta con humilde afecto y las únicas sonrisas que entreabrian sus labios. En la última visita, el doctor de Sélis prescribió el ejercicio, indicando á la jóven la conveniencia de cortas excursiones por el rio ó las pesqueras, siempre que saliesen botes de la costa. Le eran necesarios aire puro é impresiones. Cantarela, sin embargo, no se habia resuelto á ello. Inspirábale temor y tristeza la simple vista de la ribera y de las aguas, teatro de sus primeros años juveniles y amores desgraciados. Las rocas eran como recuerdos informes y sombríos, que renovaban en su cerebro débil, escenas que quisiera olvidar. Junto á ellas la habian vejado en otro tiempo, y mostrádole el puño las mujeres descalzas y remangadas de la orilla. Gerardo debia vagar tambien por allí, mudo y fatídico, amarrando barcas y revisando las redes; ó recorriendo el interior del casco de *La Madrepora*, de cuyo aseo él cuidaba con preferencia. Este pequeño y airoso barco que la jóven veia algunas veces, desde el ven-

tanillo del cuarto de las redes, columpiándose al suave vaiven de la marea, recogida su vela de polacra en el mástil enhiesto, en forma de huso de hilandera, con una faja blanca sobre la línea de flotacion, y un gallardete ahorquillado de lanilla azul con una letra inicial roja en el centro, acariciado en lo alto por el aliseo,—recordábale los días tranquilos de los derroteros atrevidos, cuando casi lamiendo con su borda la espuma bullidora, hinchado el velámen y crugiendo el aparejo, dócil la caña á la mano de Gerardo, partia veloz la golondrina de mar dejando en su camino luminosa estela adonde bajaban entre notas estridentes las aves de las costas. La sombra de su padre se dibujaba entónces en la proa, viejo, activo é infatigable, tirando de los cabos y atendiendo á la vela, hasta perderse la vision en el sinuoso litoral del oriente.

Pero, nada la perturbaba tanto como el recuerdo de Zelmar, cuya conducta habia herido profundamente su corazon y disipado todos sus míseros ensueños. Cantarela tenia tambien su fondo bravo, sus instintos ásperos y temibles de carácter hereditario, junto á aquellas pasiones vehementes de abnegacion y de amor que la habian arrastrado á entregarse sin reservas. Ciertas ideas y planes siniestros la absorbian, por instantes. En otros, divagaba pensando si ella no seria injusta; y formábase el propósito de volver á la casita de la ribera, arrojar de allí á la odiosa Leonides, á quien ya no podria ver sin repugnancia, y esperar resignada el regreso de su querido, con cien caricias imaginables. El volveria tal vez, á amarla como antes, en presencia de los nuevos incentivos con que ella se reservaba reavivar sus deseos. Mas, pronto recaía en las dudas y desesperaciones crueles; en la idea constante y amarga, de que Zelmar necesitaba de otras mujeres, de otros gustos, otras satisfacciones que ella no podia proporcionarle en su humilde esfera. Cegábala entónces una cólera sorda, que estremecia sus carnes flácidas aun, y daba á sus ojos un reflejo color de sangre. Un pensamiento de venganza concentraba todo su sér, y el odio subia hasta su boca para brotar entre frases saturadas de veneno.

En ciertas noches de estrellas, tibias y azules, dejaba el ventanillo con los ojos llenos de lágrimas, é iba á arrojarse de rostro en su lecho, entre hondos quejidos, revolviéndose trascible con el furor de una pantera. Las que la escuchaban

no se atrevían á acercarse, temiendo un acceso de demencia, por efecto de una renovacion del mal y del delirio. Pero, á estos arrebatos violentos seguíase una calma profunda, y un sosiego semejante al marasmo: Cantarela se quedaba quieta y silenciosa, con el cabello desprendido y enredado, cuyas hebras secaian de la piel sin esfuerzo al arreglarlo, lácias y sin brillo. El sueño venia bien pronto á devolver sus fuerzas al organismo, y el reposo necesario al espíritu abatido.

En una hermosa tarde, apacible y sin celages, Marcelo, el buen amigo de Carlo Roveda, adusto y tosco, pero leal y sincero, invitó á la jóven á un paseo en su barca hasta el sitio en que se habia tendido la red corbinera. Ella se rehusó al principio, excusándose con vaguedades y frases sin sentido. Marcelo, por primera vez, se mantuvo firme en insistir, invocando en su apoyo lo ordenado por el médico, y la necesidad de un completo restablecimiento; añadiendo que, en eso de hacerla gozar de los aires puros del agua salada, era en el único que le reconocia tino al médico. Habia estado muy sabio. Sobre el líquido elemento se respiraba un viente-cillo sin mezclas, que parecia venir del fondo, con olor á marisco, que daba contento al ánimo y fuerza á los pulmones.

Cantarela concluyó por ceder, sin expresar la menor alegría, de una manera voltaria é inconsciente.

En esa tarde, la ribera presentaba un aspecto muy risueño y pintoresco. Veíanse esparcidas á lo largo de la costa, muchas mujeres de caras redondas y coloradas, con las polleras levantadas hasta las rodillas y las piernas desnudas, ocupadas unas en lavar ropas en las pequeñas cuencas de los peñascos, llenas de agua de lluvia; y otras en tender redajas en las mesetas de piedra y hacer inspeccion de corchos, relingas y plomadas, sirviéndose de los vértices de los ángulos agudos que formaban las rocas con sus erizadas excrescencias, para suspender los extremos, y revisar las mallas. Regular número de criaturas descalzas y desgredadas, con calzones sostenidos por tirantes y camisas en parte flotando al aire, alegres y bulliciosas, corrian en bandas por la orilla con los piés en el agua, ya escarbando la broza y reuniendo fragmentos de madera, ya persiguiendo á los cangrejos negros y rosados que abrian sus pinzas amenazadoras al

buscar refugio en sus secretos asilos, ya á las medusas pesadas y torpes que el agua arrastraba á la arena en mansas ondulaciones.

Los de mayor edad entre ellos, desprovistos de ropas, se arrojaban á la parte honda de cabeza, desde una peña algo sumergida, unos en pós de otros, formando un conjunto de piés en la superficie que se agitaban en círculo entre la espuma para desaparecer y resurgir por momentos, hasta que salían las cabezas sonrientes y sacudíanse las cabelle-
ras, celebrándose con alegres risas las burlas y juegos entre dos aguas. No pocos, se entretenían en escoger las más lindas y caprichosas conchas y piedrecillas, que tentaban con sus colores la vista á través del líquido transparente. Los ménos, sentados con gravedad en las peñas entrantes, botaban barquitos de madera ó carton; y alguno, más paciente y reposado, se mantenía atento á su caña de pescar, fijo el ojo ansioso y vivaz en el corcho, por si picaban las sardinas.

Al pasar Cantarela, acompañada de Marcelo, un grupo de mozas frescas y rollizas que cerca había, suspendió su faena, y todas se incorporaron poniéndose las manos sobre los ojos en forma de viseras, para evitar los resplandores del sol, agitadas y curiosas, mirando á la convaleciente de arriba á abajo con aire de malicia, y cambiándose entre ellas irónicas frases. Más lejos desde el fondo de una concavidad abierta en las peñas, no faltó alguna que profiriese un sarcasmo en voz hiriente, mostrando con el puño el brazo remangado. Uno de los pequeñuelos traviosos, cesando de súbito en sus diversiones, exclamó con mucho asombro:

—¡Mira! ¡La Cantarela!

El resto de la cuadrilla quedóse en suspenso, poniendo cada uno sus manos juntas detrás, en actitud de contemplación, como si se tratase de una cosa rara y extraordinaria.

Cantarela llegó hasta la barca con la vista baja, el paso lento, é insensible al parecer, á aquellas demostraciones de menosprecio. Solo allí, á un metro de las aguas, experimentó un estremecimiento notable, y volvióse hácia Marcelo, interrogándole con la mirada. Mostrábase indecisa, con un poco de fatiga, falta de ánimo y cavilosa.

El marinero la ayudó á subir, diciendo:

—Siéntate ahí, á popa, que es más cómodo. De aquí á cinco minutos, estoy de vuelta.

Trás estas palabras, el pescador se dirigió rápidamente hácia la rampa, en busca de algunos útiles de pesca, recogiendo á su paso ligeros murmullos.

De entre unas rocas, á cuyo pié habia estado sin duda sentado, salióle Gerardo al encuentro, y le detuvo. El aspecto del pescador parecia tranquilo, y su voz revelaba perfecta calma.

—Te he visto pasar con Cantarela,—dijo. ¿Adónde la piensas llevar?

—Se ha resuelto á paseo, hasta las pesqueras de la Punta. Como necesita de aires la triste, me he avenido en embarcarla, con algun trabajo.

Gerardo pensó un momento, y repuso:

—Ocupa tú mi barca, y déjame la tuya.

—¿Con la carga?

—Sí. De otro modo no habria motivo. Deseo hablar un poco con ella, y tú debes complacerme.

Marcelo se acarició la barba cana, preocupado, diciendo luego:

—Tú habias prometido no ir hoy á las pesqueras, y todos estábamos en ello muy conformes, porque tu salud no anda bien hace dias. ¿A qué exponerse, y en esta ocasion del diablo? ¡Maldita idea la que tuve!

—Fué buena, al contrario, y te la agradezco tanto como ella. Mi cuerpo está sano y fuerte; y si los aires de la mar vienen bien al débil, igual provecho han de hacerme á mí, caso de que algun daño leve tenga.

—Sí,—replicó Marcelo, pasando la mano por debajo de la gorra, que echó un poco sobre la frente.

Pero el caso es que yo me he comprometido á acompañarla, á la hija del viejo Roveda...

—Te disculparé, y no ha de serla tan repugnante mi presencia.

—¡Oh! por eso, no digo... Mas, tú no puedes embarcarte, Gerardo; y despues, es sério desplegar velas en la boca de la tormenta...

—No temas. Te esperaré en la pesquera, sin novedad. Y

mira, ya es tiempo: veo que Carolo desata el cabo de su barca, allá junto á la canaleta.

Marcelo lo miró con aire de duda y desconfianza, rascándose la nuca; y moviendo la cabeza lleno de contrariedad, siguió despacio su camino, murmurando palabras ininteligibles.

Gerardo, por su parte, fuése á pasos lentos tambien, hácia la playa, sigiloso, ceñudo, huraño, cual si presintiera una mala acogida, ó las congojas rudas de un encuentro á solas.

Deslizábase sin ruido sobre los guijarros, deteniéndose de vez en cuando, con los ojos clavados en el suelo, como á escuchar los latidos de su pecho y los gritos interiores de su alma conturbada.

Al pisar la playa, volvió á detenerse, ya cerca de la barca, sumergido en honda reflexion.

En aquella playa habia nacido su esperanza de ventura, allí habia muerto y estaba sepultada, como el áncora rota en que apoyaba su pié, hundida en la arena batida y cubierta sin cesar por las mareas. Al contemplar ese despojo, pareció sentir una conmocion profunda, que dejó blanco su rostro, algo, semejante á los extremos arrebatos de rabia terrible, que concluia por asomar á sus labios en forma de espuma,— como si en la rota áncora viese la fiel imágen de su corazon partido. Instintos encontrados trabáronse en lucha sorda bajo su cráneo; una nube de sangre veló sus ojos; vaciló en avanzar, temiendo llevar su planta al borde de una sima insondable; pero, bien pronto, ahogando una especie de aullido, pasóse la mano por la frente cubierta de sudor, aspiró con ansia el aire puro de la ribera, y poco á poco fué serenándose, hasta adquirir cierto dominio sobre sí mismo. ¡Cuán fatídicas eran, aquellas llamaradas espantosas de sus pasiones!

De súbito, dirigiendo la mirada vaga y torva á la superficie de las aguas, para observar si las surcaban ya los botes— notó que estaban aun desiertas, y encaminóse resuelta, mente á la barca de Marcelo.

XXXI

LA RED CORBINERA

El mar estaba tranquilo, terso, quieto como una costra de hielo; la barca inmóvil, con los remos caídos á las bandas; la atmósfera tibia y serena. Allá en lo alto, entre sus ondas de luz, vagaban con las alas tendidas en círculos magestuosos algunas grandes gaviotas de pico dorado, cuyas notas vibraban claras y sonoras en el espacio límpido y sereno.

Cantarela se habia sentado en una banqueta, junto á popa, de espaldas á la playa, débil y abatida.

Con el índice en los labios y la vista en la línea del horizonte, dejó trascurrir largos minutos, sin apercibirse de la demora de Marcelo.

Parecia absorta en la contemplacion de aquellos dos espacios azules, que la línea ideal confundia, como una alianza de profundidades y misterios, entre el abismo y el vacío; pero, en realidad, estaba ella mirándose en su interior; donde tambien coincidian por otra línea ideal las soledades de su alma, con lo incierto de su destino. Su organismo trabajado por la dolencia, y su cerebro combatida por tantas emociones, la hacian pensar sin consistencia, de una manera extraña y fantástica, cual si todavia las visiones de la fiebre cruzasen veloces, de vez en cuando, así como cruzan las últimas rachas de una tormenta renovando en el ánimo del marino los horrores del conflicto.

¿Se habria olvidado de ella, Zelmar? ¡Qué hermoso se le aparecia el seductor, en medio de sus penas! Quizás, á su regreso se arrepintiera. Si no fuese así... ¡qué cosas horribles pasaban por su cabeza! Se sentia tentada del delito. Un ángel negro, que habia visto en sueños, la habia ofrecido una vez

una redoma de cristal, con un licor rojo, y una espina afilada y aguda, en forma de cuchillo.

De repente se estremeció todo su cuerpo.

La maroma se habia desprendido del aro, y entrádose un hombre en la barca, que apartóse en el acto de la orilla, trás un empuje rudo y calculado.

Cantarela se puso lívida, y quedóse inmóvil, sobrecogida por una sorpresa profunda.

Aquel hombre, era Gerardo.

Estaba pálido, nervioso, la vista algo nublada y lánguida. Echóse la gorra atrás, y empuñando los remos, en silencio, azotó las aguas imprimiendo á la barca un impulso poderoso.

La jóven se levantó tambaleante, y alargó el brazo, mirando angustiada la ribera; que se alejaba por momentos. Quiso balbucear un ruego, y no pudo. Juntó las manos, despacio, temblorosa, y alzó sus ojos al pescador con una expresion tan triste y suplicante, que éste dejó caer los remos, un momento, y mirándola, más pálido aun, dijo con suavidad:

—Siéntate. Vamos á recoger la red corbinera, no muy léjos, allí donde han de reunirse las otras barcas; y pronto daremos vuelta.

Cantarela se sentó, más tranquila.

El pescador pasó por su frente un extremo del pañuelo que llevaba ceñido á su cuello robusto; y callado, rígido, volviendo la espalda á la jóven, dió expansion á un intenso sollozo, levantando el puño al cielo.

Cantarela volvió á temblar.

Gerardo oprimió con fuerza los remos, y la barca siguió deslizándose con pasmosa rapidez, hácia el levante.

A intervalos, él se inclinaba á una de las bandas, disminuyendo el esfuerzo, como si se sintiera languidecer por grados. Despues proseguia la maniobra con nuevo ahinco. Cantarela observaba el acompasado movimiento de los brazos y de las palas, sin desplegar los labios; la invadia una zozobra inmensa, y pensó que nunca habia ella sospechado un tormento parecido. De pronto, ya muy apartados de la orilla, Gerardo volvió el rostro, cubierto siempre de una palidez extrema, y murmuró:

—Marcelo me pidió que lo disculpase. Tenia que guiar otra

barca, que ha de juntárenos en breve. Me dijo dónde estabas, y allí vine...

¿Te ha disgustado esto?

—¡Oh, no!...

Una sonrisa esforzada se dibujó en los labios del pescador, que siguió bogando con brio, alguna distancia.

No muy lejos de la costa, por la parte del este, y delante de la embarcacion, veíanse ya cerca varios botes solitarios, de que partian los cabos que sujetaban la red.

Gerardo condujo la barca á un espacio intermedio, y largó los remos.

Enjugóse las sienes, y pasóse por la boca el pañuelo, respirando con ansia las emanaciones salinas. Luego, dijo:

—Yo queria acompañarte. Marcelo se oponia, porque no estaba yo hace dias bien de salud; pero insistí... El verte y hablarte, con ser una amargura, se me hacia grato. Tú te pareces á un cuchillo que está en la herida, hasta el mango; y que al salirse, se lleva tambien el último aliento. Por eso te miro con placer, y no quiero arrancarte de la entraña que has partido, y te acaricio, para que me dejes vivir un poco más.

—¡Por favor!

Gerardo fuése adelantando paso á paso, y se sentó junto á ella, sin responder. Su cabello lacio, largo y negro le caia sobre la frente y ojos, húmedo y enredado, velando la mirada torva y huraña. En su semblante todo, varonil y enérgico, se esparcia espesa sombra de horrible desaliento.

Hallóle Cantarela, desfigurado, melancólico, fatídico, no pudiendo ménos de experimentar fuertes sensaciones de inquietud y congoja.

Por doquiera la extension desierta, la soledad, el silencio, solo interrumpido á ocasiones por el leve ruido de los alegres saltos de los pececillos, en torno de la barca: ningun indicio se ofrecia que anunciara aun, á la distancia, la venida de los otros pescadores.

Dirigióse entónces, con la vista desolada hácia la costa, que se perdia en curvas á lo largo del lontananza con sus orlas de arenas y peñascos; alcanzando á distinguir sobre la loma verde que se destacaba detrás, una que otro ginete lanzado al galope, cuya figura concluia por desaparecer en las

laderas de las cuchillas, al son quizás de algún aire alegre de la tierra. La luz del sol, viva y deslumbrante, doraba los trechos de playa circundados de granitos, quebrándose en el manto de intensa blancura que en los médanos formaba con su plumage, una legión de gaviotas. Sobre una res muerta en la barranca se abatían los gavilanes en grupos, disputándose los sitios de preferencia en el festín, entre lúgubres chillidos.

¡Ninguna esperanza por allí!

Al frente, en la línea del horizonte, distinguíanse puntos oscuros á flor de agua, que desfilaban en batalla mar adentro, que eran manadas de delfines, escoltados por algún álbatoro vagabundo; y muy cerca, á pocos metros de la barca, se veía cierto hervor extraño y continuo que ampollaba la superficie, como si debajo se deslizaran fugaces, chocándose en tumulto multitud de peces, de los que más de uno surgía del elemento, brillando con lúcidos destellos en el aire, para sumergirse de nuevo en rápido chapuz.

Por un instante, creyó Cantarela que Gerardo observaba con interés los progresos de aquel desórden submarino; pero, notó bien luego que no era el enjambre turbulento, con su rica variedad de especies, lo que embargaba su ánimo.

El pescador la había mirado con fijeza obstinada por entre el pelo revuelto semejante á un giron de luto; y ella había sentido el rigor acerbo de aquel duelo, al recordar su propia desventura.

¿Por qué creer que su pena era mayor?

Gerardo sacudió la cabeza, cual si quisiera imponerse al amago de un vértigo; y dijo, al fin, con acento de amargura:

—Sabes cuanto te amé...El pobre timonel soñaba siempre contigo, aun bajo la niebla de la borrasca y el rebramido del trueno; linda estrella que alumbrabas la misma noche oscura y el derrotero del barco, allá en el agua profunda del cabo, jugando en ella como una platija de oro... ¡Mira que yo era crédulo y torpe!

Se acercó más á la jóven, sacando el busto fuera de la borda, y poniendo su mano curtida, trémula en ese instante, sobre las rodillas de Canterela. Ella puso las suyas en su brazo, separándosela con un movimiento brusco y enérgico.

La mano cayó pesada á un flanco, y un relámpago de ira brilló en el semblante del pescador.

—Este aire del mar te hará bien,—añadió, reprimiéndose.

Te siento estremecer... No tengas miedo. En la tormenta que está en mi cabeza, no hay ningun rayo para tí; que todos ellos me han de partir el alma, sin dañarte.

Y la miró, febril y sombrío. Sus palabras eran lentas y fatigadas; su expresion estúpida y salvaje.

—Ganas tengo de darte un beso...

De tus ojos sale una luz, parecida á la que viene á veces de lo hondo del agua.

¿Por qué los bajas?...

¡Si tú supieras, como algo se me ha roto dentro, y quiere saltar por los mios, como los peces de esa red!... que nunca he sentido esta ánsia de llorar, sin poderlo, cayéndose el llanto en las entrañas, cual espíritu fuerte que se enciende y me quema el corazon...

—¡Gerardo, por piedad!—prorumpió Cantarela, con voz ahogada y conmovida.

No obtuvo ya respuesta. La diestra del pescador se alzó lentamente, abierta y sudorosa, para volver á caer con el peso del plomo sobre la falda de la jóven.

Ella miró aquella mano con terror.

El rostro de Gerardo fué poco á poco demudándose. De improviso trás una violenta sacudida, sus párpados se cerraron, y la cabeza cayó sobre el pecho, vencida al parecer, por un dolor agudo. Sucedióse un temblor, y luego una especie de letargo.

En medio de profundos sobresaltos, y fúnebres presentimientos, Cantarela tocó su mano. Estaba fria.

Volvió entónces, á llamarle, con un grito de angustia; Gerardo continuó mudo é inerte.

—¡Qué horror!—exclamó á voz herida.

¡Y nadie viene!

Nada en efecto, habia cambiado en el solitario panorama; el resplandor del sol se dilataba en la superficie en inmensa llamarada, y en la altura, se cernian los audaces cormoranes, repitiendo sus monótonas quejas como una música funeral. La vista casi extraviada de la jóven, alcanzó sin embargo, á percibir dos puntos negros, hácia el sud, que eran sin duda

los barcos de Marcelo y Carolo; pero, cuán léjos se veían todavía. El auxilio iba á llegar tarde.

¿Qué pasaba por Gerardo? Ló ignoraba; no sabia que su mal extraño, era efecto de la pasion infeliz, y que aquel desvanecimiento siniestro era prólogo de una tragedia.

Presintió, no obstante, alguna cosa espantosa, y arrepiñtióse de aber accedido á embarcarse. ¡El abismo parecia abrirse á sus piés!

Llamó á Gerardo, por tres veces, frenética, y arrojó á su semblante lívido un poco de agua amarga.

El pescador, en ese momento echó atrás la cabeza, lanzando su gorra al mar; las pupilas se contrajeron, dobláronsele los miembros con fuerza y los músculos adquirieron la dureza del hierro, crugió la dentadura cual si desmenuzara un vidrio, y su mano derecha levantándose temblorosa y crispada, se asió del cuello de la jóven, con la presion de una tenaza.

Cantarela lanzó un quejido sofocado, y fué atraída vigorosamente.

Ocurrió, entónces, algo pavoroso.

El robusto cuerpo de Gerardo, presa de convulsiones epilépticas, dió un salto en la banquetta, levantando con él á la infeliz que se agitó desesperada en el vacio; y ambos rodaron con sordo golpe, al fondo de la barca. Allí, la lucha fué lúgubre y horrible. Gerardo se habia mordido la lengua dando un rugido; de sus labios violáceos brotaban bocanadas de sangre y espuma; los dos cuerpos se revolvían entrelazados, chocándose con furia en los maderos, y la mano poderosa seguía ceñida á la piel, como un resorte férreo, bajo las contorsiones supremas de la víctima, por cuyos ojos fuera de órbitas y abierta boca, parecia escaparse la última esperanza.

Con todo, ella habia sentido renacer sus fuerzas en aquel lance espantoso; y obluetaba con una energia increíble, pretendiendo arrancar con sus dos manos del cuello, los dedos acerados. Pareció de pronto, que iba á seguirse una ligera trégua, al combate horrible.

Pero inmediatamente, trás de un segundo de sosiego, Gerardo alcanzó en medio de convulsiones formidables la banquetta, arrastrando á Cantarela; cogióse de la borda con la nuca, hasta hacer inclinar la barca; su tronco atlético formó

como una arcada de puente, y á un empuje de los piés apoyados en el fondo, entre las barras del lastre, los dos cuerpos cayeron al mar.

No se oyó ningun lamento. Grandes burbujas surgieron de la superficie, en medio de círculos concéntricos; y momentos despues, recobraba su aspecto sereno al agua profunda.

Seguian, en tanto, aproximándose los dos botes tripulados por cinco pescadores. En uno de ellos venían Marcelo y Carolo. Estos apuraban la marcha, hundiendo con vigor los cuatro remos, cuyas palas al levantarse deslizaban una lluvia de vívidos cambiantes al resplandor solar; halaban, uno sentado y el otro de pié, sin darse trégua, como si hubiesen distinguido á lo léjos la lucha y el desastre, impacientes y sudorosos. Y así era, en efecto. Ellos habian presenciado la caída, con su vista de álbátros, y un grito de estupor habia escapado de sus pechos. Vieron tambien agitarse en el aire el vestido de Cantarela, como una vela suelta, y sobrenadar luego un segundo, siempre adherida al cuerpo del formidable timonel. ¿Cómo llegar á tiempo?

—¡Gran naufragio!—barbotó Marcelo rugiente.

—¡Hala por los remos!—aulló Carolo sofocado

Y la barca arrollaba las aguas con la velocidad de una ráfaga. Los que bogaban detrás oyeron la voz, desplegando al unísono pujante esfuerzo. ¡Afan estéril!

Carolo y Marcelo llegaron los primeros á la barca de Gerardo, que se habia mantenido inmóvil, junto al bote estacionario. Estaba este inclinado por la banda de babor, como atraído hácia el seno de las aguas; el cabo unido á la relinga de la red aparecia fijo y tirante, los grandes corchos correspondientes á la cuerda de cáñamo, hundidos á una profundidad considerable, é iguales boyas de otros costados, en todo el largo de su línea, se sumergian por intervalos, cual si las mallas soportasen el peso de una roca. En la banquetta y lingotes de hierro de la barca de Gerardo, podian verse manchas de sangre revuelta con espumas.

Ante aquellas huellas terribles, los pescadores se miraron consternados, y Marcelo, cruzándose de brazos, lanzó un especie de alarido.

Carolo que se habia quitado las ropas, miró el agua.

Los aguamares con sus babas blancas y rojas, flotaban

por doquiera en el haz apacible: ni un indicio denunciaba el sitio de la inmersión. El pescador con todo, púsose la mano en el cráneo, y se lanzó á lo hondo como una saeta.

De la segunda barca, cayó otro cuerpo al mar.

El resto quedó en silencio, abrumado el ánimo por la catástrofe, fijos los ojos en el líquido agitado, cuyos remolinos se extendieron hasta el centro de la red.

Momentos despues, los dos pescadores reaparecieron en la superficie. Carolo volvió á sumergirse; el otro subiése al bote, con desaliento. No habia encontrado nada, sino peces en tumulto.

La ansiedad crecia; cuando de improviso, Carolo surgió de nuevo junto á la barca, despidiendo agua por boca y fosas. Traia la vista irritada, y venia pálido en extremo.

—¡Ahí están!—dijo con acento lúgubre.

Marcelo aprestóse á desvestirse; pero, el pescador lo detuvo con una seña. Se entró en la barca, respirando con fuerza algunos instantes; y agregó.

—No es preciso... Vamos á recoger la malla.

Minutos despues, los pescadores callados y sombríos; retiraban la red con lentitud, estrechando el círculo con las barcas, sin preocuparse del enjambre de brótolas y lenguados que ascendia aleteando y revolviéndose en medio de los más brillantes reflejos. La red debió aglomerar un número mayor de peces, que el que aparecia á la vista; pero, la caída de los dos cuerpos hundiendo una de las relingas, habia facilitado la fuga de las corbinas. Hubo que extraer la pesca, en parte, y que dejar libre una gran porción de ejemplares pequeños de aquella fauna moteada de oro, plata, rubí y violeta, para asir los cadáveres de Gerardo y Cantarela.

La mano terrible no oprimia ya la garganta de su víctima; pero los dos cuerpos estaban unidos: los brazos de Gerardo estrechaban contra el suyo el busto de la jóven, que tenia el rostro escondido en su cuello y suelta la profusa cabellera negra; hasta envolver la cabeza del desventurado como un fúnebre crespon.

XXXII

REVELACION

Raul Henares tomó pasaje en Rio Grande para Montevideo, tres dias antes de que se produjeran los hechos que quedan relatados.

Sus trabajos profesionales habian obtenido buena acogida y si bien recién iniciadas, las obras quedaban en vias de gran desenvolvimiento bajo la direccion secundaria de otros ingenieros, en la parte que á él correspondia en el contrato y que se limitaba á una corta, pero difícil y árdua zona.

Más de un mes empleó en estas tareas laboriosas, sin flojedad ni decaimiento, conciliando los afanes del trabajo penoso con las halagadoras perspectivas de un porvenir lisonjero.

Desmontar, nivelar, echar puentes, desecar lagunas, trepar collados, esca'ar cumbres, cegar torrentes, horadar granitos, flanquear sierras, al golpe incesante y transformador del hacha, del pico, de las máquinas de fábrica, confundiendo el sudor caliente de los rostros y de las manos con la humaza de la hulla y el vapor de las calderas, en esa actividad febril y vertiginosa que abate en cada árbol del bosque viejo un siglo de vida vegetativa; que burla al abismo apoyando en sus riscosas pendientes los estribos del pasaje de hierro; que lleva al valle salvaje el despertar de otra aurora, y el ruido de ruedas más rápidas que los potros soberbios y los gamos de sus malezas; que hace irrupcion en las montañas arrastrándose paciente por sus desfiladeros, en forma de inmensa culebra de acero que alargara su cabeza hasta el nido de las águilas y de los buitres; que hiende moles y descuaja espesuras para que entre por vez primera con la luz del sol, el correo misterioso y formidable del mundo que piensa, anda,

reacciona, combate, transforma, avasalla, utiliza y proyecta á la distancia los rayos de su foco poderoso; todos estos esfuerzos, estas empresas audaces, estos prodigios de la humanidad luchando con el obstáculo y abriendo puertas anchurosas á la corriente de vida que desborda, en el campo de una naturaleza ubérrima—cuya savia salta á chorros, á la menor presión, de las fecundísimas mamarías,—eran fuertes estímulos para su espíritu elevado, que veía en la existencia personal, en otra escala, los mismos períodos de fiebre, las mismas batallas rudas, los mismos sacrificios y abnegaciones, cuando ella desea obtener la realización de sus ideales íntimos por complemento de victoria, y esa plácida ventura á que se aspira como último premio, en pós de la lucha ardiente, que determina y precisa sus rumbos fatales con el triunfo ó la caída.

Trabajó pues, con fé y ardimiento, fortalecido con la convicción de que era preciso poner á prueba todas las fuerzas del cerebro y del músculo en la lucha despiadada é implacable, que es levadura de virtudes,—para gustar sin mezcla de penas, un poco del placer de la vida. Y volvióse contento, lleno de esperanzas, henchido de nobles ambiciones, á aquel su bello país, que lo atraía ahora con la magia de un encanto y la realidad de un ensueño.

Confiaba encontrar en el regreso de esta segunda partida, aquellas gratas ilusiones y goces que no hallara al volver de Europa. Deparábaselos el amor, ya que no las amistades nacientes, ó la estimación de los extraños, adquirida por sus méritos: la escena aparecía diferente, ornada de atractivos seductores á los ojos de su alma, sin aquellos tintes oscuros y vagorosos de otros días, después de una larga ausencia. Las costas que la nave recorría, rumbo á Montevideo, exhibíanse ahora bajo un aspecto nuevo y encantador para su imaginación apasionada, y complaciase en contemplar con secreto deleite bajo la tolda sus relieves caprichosos, sus cabos y puntas avanzadas, sus coronamientos de fantásticos peñascos, sus empinados cantiles, sus playas blancas y movibles cordilleras de arena, sus islotes de piedra en que se agrupaban los lobos marinos al amor del sol, sus lejanas lomadas verdes y serranías azules, detrás de la línea de roca viva que lamía el olage espumoso y turbulento. Volaba entonces su espíritu

hasta los sitios queridos, despues de resbalar su mirada por la costa, las colinas, las crestas de los montes, ansioso de anticiparse el placer de la grande emocion suspirada, y sonriéndose á la idea de que la dicha estaba á un paso, lo mismo que para los ojos parecia estarlo aquel horizonte lleno de luces y colores.

Estas impresiones fueron haciéndose más dulces y agradables, conforme avanzaba la nave é iba descubriéndose entre los celages de la tarde la bella península en que se asienta la ciudad natal. Delineábase con su enorme mole de edificios entre contornos dorados y celestes, empinada con osadia en las alturas, como para inquirir allende el horizonte el derroterode los buques que traen semilla de progreso, pólen de artes y porvenir de razas, é indicarles las latitudes privilegiadas y puertos de arribada forzosa, en donde el mismo derecho inviolable protege y ampara la virtud y el trabajo, y la libertad fuerte en sí misma, respeta y saluda á todas las banderas del mundo. ¡Cuán hermosa se le aparecia ahora, á través del prisma de sus ideales, esta ciudad erguida y risueña—promesa de oro en el grande estuario, que incita al navegante á internarse en busca de pródidos y ricos dones en los rios gigantescos, como una sonrisa de la fortuna aquende la soledad de los mares! Contemplábalas con esa dulce fruicion del que se aparta de las cosas transitorias y abriga fé en las lecciones del tiempo; y presentia en ella un vasto emporio, cabeza de regiones, que debia animar quizás con el soplo de su vida, en los misteriosos años del futuro.

Cruzábanse así, patrióticas visiones con sus ensueños apasionados, á medida que la vista iba dominando el conjunto y distinguiendo los detalles; brillante panorama, al principio, realzado por los cuadros y paisages de las quintas y jardines de los contornos entre cuya verde espesura se destacaban aéreas moradas blancas; algunas torres, luego, conos enhiestos, iglesias dispersas, campanarios atrevidos, airosos miradores, fugaces agujas aquí y acullá diseminadas entre millares de azoteas; despues el cerro, con su morrion de almenas y su faro de eclipses, solitario gigante que enseña á lo léjos su ojo de fuego, burlando las celadas tenebrosas de la bruma y el escollo; el anfiteatro en seguida, con su vasto cinturón de edificios, árboles y palacios de veñano, visibles á través

de un bosque de mástiles y vergas que cubrían la rada, balanceándose al ritmo de la marea; al frente, los fuertes murallones y el viaducto de la playa, por donde se deslizaba la locomotora con su flotante cimera de vapores y sus resoplidos de dragon formidable; y más al fondo, el montículo legendario en cuya cumbre se asentaron gloriosas banderas de guerra, punto estratégico de sitios desoladores, teatro de salvas y dianas de victoria, donde se batieron veinte ejércitos en duelo á muerte y se desplegó á cada lustro aciago el pabellón negro de las luchas civiles. Pero este cuadro panorámico por hermoso que fuera, no habia logrado agitar tanto su corazon como el paisaje bello y risueño de las colinas, al naciente, que dejara á sus espaldas al doblar las puntas del mediodia; lugares caprichosos de vegetacion lujuriente y suelo de arenas que refresca el viento de las orillas, donde la naturaleza parece conservar sus rasgos distintivos en medio de los mismos esfuerzos del arte, llenos de sombra y callada soledad, aunque animados y luminosos para él, por el encanto que les prestaba su blonda y virginal Armida. Ella, Brenda, estaba allí, y esto solo era lo bastante para que revisitases á sus ojos magestad, poesia y colorido. ¡Cuánto ansiaba el delicioso momento devolverlos á ver!

Apénas desembarcó, dió orden al cochero de conducirlo sin demora á su casa-quinta. Contra la costumbre proverbial de los áurigas alquileres, éste hizo volar su vehículo por los rieles del tren del Este, y no se detuvo hasta llegar á la verja, obligando su pareja á una carrera para él fabulosa. Raul le compensó con largueza.

Todo estaba en orden en la casa-quinta, desde la sala de recibo al gabinete de estudio; nada podia observarse á la escrupulosidad de Selim. El fiel doméstico experimentó gran satisfaccion por el regreso, é impuso á Raul minuciosamente de las ocurrencias,—como él decia,—sin excluir la del fallecimiento de Zambique, que describió con vivos colores, y su visita, horas antes del desgraciado suceso. Con este motivo, añadió en su pintoresco lenguaje, que desde aquel dia, abundaban los perdigones en el baldio, sin duda porque los ecos de la marimba no les ponian ya miedo.

Lamentóse el jóven de la fúnebre nueva; más aun, al pensar en la pena que el hecho habria causado en el ánimo de

Brenda. ¡Sobrábanle á él motivos para destinar un sitio de preferencia en sus afecciones y recuerdos al buen Zambique!

Informóle tambien Selim, que la correspondencia de Rio Grande habia sido entregada en el acto de su recibo; y entre otros datos, la noticia del próximo regreso del caballero Zelmara Bafil de Buenos Aires, segun anuncio transmitido por su criado de confianza, que habia recibido órden de esperarle en el muelle, en la siguiente mañana.

Mucho complacieron á Raul estos informes.

Apénas se restauró de las fatigas del viaje y húbose cambiado de traje, resolvióse trasladarse á la casa-quinta próxima, munido de las cartas á que hiciera referencia en su esquila á Brenda.

No podia decidirse á aplazar aquella visita, tan interesante para él, de la que se prometia dulcísimas impresiones. Era tiempo de definir una situacion que podria hacer la inercia intolerable, y complicar otros sucesos inesperados: los propios impulsos de su amor le llevaban adelante, despues de una trégua demasiado larga para las impaciencias del corazon.

A pesar de todo, dirigióse no exento de dudas y de extrañas ideas á casa de la señora de Nerva; preocupacion fundada en los móviles secretos que inducian á ésta á resistir á sus amores.

Al aproximarse á la verja exterior del edificio sintió precipitarse los latidos en su pecho.

Por entre los primeros pilares, pudo percibir una gran parte del jardin; y aquellos sitios tan queridos, que en nada habian cambiado, los árboles altos é inmóviles, la poética glorieta, los bancos de piedra pulida, los bustos marmóreos entre el follage, los senderos de brillante arena de las playas, las flores meciéndose al arrullo de las auras tibias, la fuente con su pez de greda, los verdes festones de bejucos, los criaderos vestidos de galas irisadas, en torno de los que solia deslizarse la falda blanca ó celeste de Brenda, por las tardes, —hablaron á su espíritu con el lenguaje de otros dias, llenándolo de reminiscencias é ilusiones adorables.

Las dudas y pensamientos importunos se desvanecieron. Solo quedó una imágen, que bien pudiera ser luz, aroma y melodia en el circumambiente de sus ideales. No nece-

sitaba más para los raptos de su mente, contenida por hábito y tendencia,—á pesar de las afirmaciones de Bafil,— dentro de los límites de ese amor humano, sin extremos arrobamientos místicos; pero férvido, generoso, profundo, capaz de las grandes acciones y sacrificios que dignifican y enaltecen la vida.

Raul siguió avanzando con más ánimo y brio, en pós de estas alternativas y entusiasmos, propios del estado de su espíritu.

Dos carruajes veíanse frente á la verja. Este detalle no dejó de preocuparle un poco.

Asaltóle entónces la sospecha de algun incidente extraordinario.

Precedámosle algunos momentos, en su visita.

De pocos dias atrás, en realidad, á partir de aquel en que Areba insinuara en el ánimo de Brenda una cruel sospecha, la anciana guardaba el lecho, llegando á inspirar nuevamente su salud sérios temores. Parecia aproximarse una crisis peligrosa. El acendrado cariño de Brenda y su inagotable fuerza de celo, constituian el gran consuelo de la enferma en su quebranto; aunque los torcedores de una pena honda desgarraban implacables el corazon de la pobre niña, adquiriendo sus incertidumbres las formas más negras y fantásticas en las largas y frias horas de vigilia. Dividíanlo grandes y distintos afectos, carísimos amores que empezaba á cubrir lo oscuro impenetrable, al flotar sobre ellos la duda con sus pliegues siniestros, sin que la fuera dado confiar á la que tanto veneraba, por el momento, las expansiones íntimas de su acerbo dolor.

La súbita aparicion del doctor de Sélis, durante su diálogo con Areba, y cuando ella se disponia bajo la influencia de la ruda emocion que la causaran las últimas palabras de su amiga, á precipitarse en brazos de la anciana para arrancarla con el ruego la clave del horrible secreto, previno una escena tocante y conmovedora; y ahogó ella sus lágrimas y acalló su pena resignándose á esperar con la vuelta de aquella salud querida, el regreso del ausente amado.

Esos dos séres eran su único culto. Ante las revelaciones misteriosas de Areba y su actitud apasionada, casi irascible é hiente, deseaba no pensar, no creer, no recordar, reprimir el

vuelo de su imaginación y la actividad febril de su inteligencia que pedía á su memoria, infatigable, materiales de un pasado ya lejano con que iluminarse entre las tinieblas del enigma. ¿Sería que Areba amaba á Raul, y quería robarla su dicha? ¡Amarga duda! ¿Cuál sería aquella barrera insalvable á que ella aludiese en su despecho, levantada por una suerte impia, como una amenaza de perdurable desventura? ¡Terrible incertidumbre! Esta última pregunta, hablando consigo misma, mantuvo por largas horas en excitación su cerebro; el secreto se hacía de instante en instante más oscuro y temible, y ante él llegó á cerrar los ojos, como sucede cuando amaga un vértigo en la altura que domina á un precipicio.

En su imaginación herida llegó á reflejarse alguna vez con todos sus detalles y accidentes la última escena con Raul, el banco cubierto de enredaderas frente á la choza, el pasaje de Zambique, la emoción y palidez de Henares cuando la preguntó "cómo era su padre", el ceño adusto y triste de su semblante al satisfacer ella su deseo; y en armonía con estas reminiscencias, la conducta de la señora de Nerva para con él, sus recelos, sospechas y resistencias silenciosas, la actitud recogida y llena de misterio de Areba: todo esto se agolpaba en tumulto á su mente y se desvanecía pronto, para dejar su sitio á nuevas memorias é inquietudes.

¡Cuán diferentes preocupaciones, qué opuestos pensamientos, qué encontradas emociones, qué proyectos insólitos y luchas sin tregua en el fondo de su conciencia!

¿Había, acaso, algún genio adverso envenenado el aire de su soledad?

Sentía en su cabeza un peso que la agobiaba y la abatía, privando á los ojos de su brillo y á la piel de su rosa admirable; y en el seno un escozor sin alivio, persistente, dilacerante —cruel efecto de sus insomnios y torturas morales.

En todas partes se notaba su presencia, y la servidumbre que la veía agitarse de continuo y andar inclinada, silenciosa abstraída, conculjó por someterse al influjo del contagio difundiendo en la morada hermosa una gran nube de pesar y de tristeza. Si ella, que era el encanto de todos los ojos y el tema de todas las lenguas, había perdido su alegría, ¿qué ánimo podía aparecer contento y feliz mientras la septua-

genaria al recobrar su salud, no volviese á su pupila su esplendor de primavera?

En la tarde de que hablamos, encontrábase la jóven á la cabecera del lecho de la enferma pasándole cariñosa su blanca mano por las sienas, en el ánsia de que disminuyera la fiebre que consumia aquel cuerpo frágil y endeble.

Areba estaba cerca, callada y quieta en su asiento, con un brazo apoyado en el velador y la mano en la barba, en actitud de recogimiento.

El doctor de Sélis, á la espera de la hora de una junta con otros dos facultativos, habia salido hacia momentos, y se paseaba impaciente en el vestíbulo, moviendo á uno y otro lado la cabeza, cual si sostuviera con la ciencia un debate grave, en nombre de la duda y de lo imprevisto. La digital purpúrea, ¿qué podía contra el vicio orgánico?

En la habitacion de la enferma, semi oscura, reinaba ese silencio que en determinadas horas parece imponerse á los mismos insectos alados, que zumban en el aire.

La anciana habia tenido un rato de reposo. Al despertar, nombró á Brenda.

Contestóla ésta, con dulzura:

—Aquí estoy. ¿Qué me quieres, madre?

—¡Ah!—murmuró ella mirándola con los ojos muy abiertos y una expresion indefinible.

Los dirigió en seguida á Areba.

Esta se apresuró á preguntar con cariñoso interés:

—Siente V. algun alivio ahora, ¿verdad?

—Un poco, felizmente. No tengo la cabeza pesada y débil como anoche... Este corto sueño ha sido sin embargo bastante intranquilo.

—La fiebre tal vez, madre—dijo Brenda, acariciando solícita entre las suyas una de las manos de la enferma. No debes hablar mucho que eso puede agravarte.

—En este instante, nó; y quiero aprovecharlo en todo lo posible... El sueño fué extraño, como propio del delirio; pero de él no recuerdo nada con lucidez, sinó un detalle interesante.

—¿Cuál?

—Que hablaba con tu padre, sobre aquel que le quitó la da.

Brenda experimentó una fuerte conmoción, y sus mejillas palidieron.

Areba hizo un ademán de ansiedad.

—Eso me induce á hacerlo ahora, contigo—continuó la anciana con la voz trémula, sin apartarla vista de la huérfana;—por el cariño que te profeso y por esa memoria para tí querida y venerable... Consuélame la idea de que no tienes queja de mí, y de que me quieres siempre con la misma ternura.

—¿Podías dudarlo, madre mía?—balbuceó Brenda ahogada por las lágrimas.

—Ya ves que no. Pero anhelo desvanecer en tu ánimo cualquier duda, sobre mis intenciones acerca de tu porvenir.

—¡Oh, qué cruel estás!—dijo Brenda con acento de dolor:—yo te suplico me dejes ahora concentrar en tí mis afanes y cariños... ¡Olvida lo que me afecte, por favor!

—¡No! Es preciso que me escuches—replicó la anciana temblando, con los ojos muy animados y el ademán febril. Lo exige mi conciencia.

—¿Tu conciencia?—exclamó la huérfana estremecida como un tallo de lirio á una ráfaga violenta.—¡Oh! ¿Qué significan esas palabras en tus labios, madre mía?

Brenda hizo esta pregunta llena de sorpresa y de zozobra. Habíanse abierto cuan grandes eran sus ojos azules que, fijos, inmóviles, empezaban á reflejar los fenómenos de una honda tribulación. Aquellos lejanos recuerdos, aquellas frases extrañas, aquellas palabras significativas ó intencionadas, por lo ménos, en aquel instante triste, introducían el sobresalto en su ánimo, poniendo á prueba la delicadeza de sus fibras. ¡Parecía empezar á comprender!

Areba aproximóse, á una seña de la enferma.

Esta oprimió una mano de Brenda contra su pecho, cual si quisiese atenuar con su suave roce los golpes rudos y tenaces del corazón; y empezó á hablar agitada, nerviosa, llena de verbosidad, como si deseara al precipitar sus palabras, arrojar cuanto antes de sí un peso intolerable.

—Hasta hace poco tiempo—dijo—fué mi deseo, desinteresado y cariñoso, que tú contrajeses enlace con el Dr. de Sélis, presintiendo que mi vida no podría prolongarse mucho; sin que este deseo, debiera interpretarse jamás como una violen-

cia moral ó una imposición indigna del grande afecto que te he prodigado siempre... Después que me revelaste sin reservas el estado de tus sentimientos, y las ilusiones que abrigas, respecto de otro amor que vino á tí fatalmente, no podía yo insistir en mis propósitos, y preferí guardarsilencio para no marchitar quizás de pronto aquellas, con vanos disgustos y pesares... al ménos, mientras no adquiriera la certidumbre de ciertos hechos que consideraba y juzgo deber de conciencia no ocultarte...

Detúvose un momento: estaba un poco fatigada, con el rostro ligeramente encendido y la mirada brillante.

Brenda, por cuyo corazón pasaban fenómenos inexplicables, hizo un ademán de ruego, conteniendo el llanto; pero ella, después de un fuerte suspiro, siguió diciendo:

—¿Cómo podía yo obligarte? Dueña eres de seguir los naturales impulsos de tus sentimientos... ¡Nosotras, las ancianas nos hacemos á veces la ilusión de poderlos dirigir sin pena ni esfuerzo! Es una ficción con que nos halaga la experiencia, esta memoria triste inseparable del frío de los años... La juventud vive de pasiones, y hay que dejarla horizontes y ensueños; pero debo instruirte de cosas de otros años, mi querida Brenda, para que las medites á solas y decidas de tu suerte sin hacerte violencia, despreocupada y libremente; y he de referírtelas no solo para mi satisfacción propia, sino también en homenaje á la memoria de aquel cuyo retrato colocado junto al de mi esposo,—su amigo fiel é inseparable,—contemplas tú todos los días con cariñoso respeto.

Así diciendo, la enferma tendió el brazo enflaquecido hácia uno de los retratos en tela, pendientes de la pared del fondo.

Brenda siguió el movimiento, con otro rápido de su cabeza.

—¡Mi padre!—profirió, dominada por una emoción profunda.

—¡Sí, Pedro Delfor!—dijo la anciana con tono grave y solemne,—que hace años sucumbió en un lance de guerra. Tú recuerdas bien el suceso, origen de tu orfandad. No ignoras tampoco que una circunstancia casual me hizo testigo de la sangrienta aventura... ¡Conservo aún grabadas en la memoria las facciones del matador!

Se calló otra vez, clavando en la jóven su vista turbada é

inquieta, en que parecían reflejarse todas las congojas de su ánimo.

Brenda sintió helársele la sangre en las venas: miró á su vez á la enferma con una expresion de desvario, casi atónita, y exclamó en medio de fuerte zozobra:

—¡Madre querida, concluye por piedad!... ¿Qué relacion existe, entre esa muerte y mi amor?

La anciana ahogó en su garganta un ronco sollozo, clamando rígida y angustiada:

—¡Yo nunca te dije quien le mató!

—Y ¿quién fué, Dios piadoso?—balbuceó Brenda retrocediendo un paso, con las manos tendidas hácia adelante, y pintado en su rostro el más vivo sentimiento de terror.

La enferma incorporóse de súbito en el lecho llamándola á sí, con los labios trémulos y violáceos, como pidiéndola que viniese á compartir con ella su amargura, y mientras Areba silenciosa y conmovida enlazaba con su brazo la cintura de la jóven, dijo ella, imponiéndose por un esfuerzo supremo á su pena indecible:

—Le conoces. ¡Se llama Raul Henares!

A estas palabras, Brenda arrojó un grito herido, llevando las manos á su pecho, cual si allí hubiese entrado un dardo de fuego; y arrancándose desesperada de los brazos de Areba, agitóse vacilante y ciega, presa de un vértigo, y fué á caer de rodillas frente al lecho, posando en él su cabeza, que sacudió con los últimos estremecimientos de un dolor agudo y horrible.

A aquella voz desgarradora, la anciana postrada por el esfuerzo se desplomó en los almohadones lívida y sollozante, murmurando frases ininteligibles y misteriosas, como esas que vagan por los labios ya incoloros y secos en la hora de morir.

Areba, perpleja ante este cuadro afligente, corrió al fin veloz á la galeria, dando paso á las sirvientas que á su llamado acudian en tumulto, y de allí al vestíbulo, en busca del doctor de Sélis.

Minutos antes, Raul Henares habia salvado la gran puerta de rejas que daba al camino.

Algo sucedió entónces que es de oportunidad referir.

La presencia de Lastener de Sélis, operó en él una trans-

formacion repentina. Desechando todo escrúpulo, atravesó con firmeza el sendero y subió las gradas.

El doctor, que se paseaba con la cabeza descubierta, impaciente y agitado, se detuvo al verle venir, haciendo un brusco movimiento de sorpresa. La visita, á no dudarlo, era inopinada.

Mas reponiéndose bien pronto, cruzóse de brazos, y esperó.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus finos labios, animando su fisonomía con una expresion de placer singular. Aquel encuentro parecia propicio á sus planes de desagravio y de amor. La fatalidad arrastraba á su adversario en horas solemnes, á un trance amargo y duro, de cuyas consecuencias dificilmente podria librarse, y que debia herir sus fibras en lo más hondo, envolviendo su conciencia de improviso en la túnica encendida del remordimiento y de la desesperacion. El despecho y el celo que bullian en el fondo de su sér, sin nublar la vision clara de su espíritu, prometíanse un triunfo incomparable. Su rival bajaba al terreno de un modo inesperado, y en hora solemne para la huérfana, que en ese instante ante el lecho de la enferma, presentia tal vez un nuevo y grande infortunio.

Raul fijó en él su mirada al poner el pié en él vestibulo, firme y sereno.

El doctor de Sélis se mantuvo quieto, mirándole á su vez, la diestra puesta en los labios, cual si buscasse detener la explosion de sus resentimientos; y volviéndose de lado, dijo, procurando dar á sus palabras una entonacion reposada y fria:

—Llega V. en un instante, solo útil á la ciencia.

—Lo deploro,—contestó Henares reprimiendo una fuerte sensacion. Pero eso me estimula á no desistir de mi propósito, aunque el caso sea grave...

—¡Por demás! Lo singular del hecho, es que bastaria á la anciana enferma el anuncio de su visita, para que se produjera en ella una crisis funesta.

—¿Es el facultativo el que me hace una advertencia discreta, ó es el pretendiente que intenta lastimarme?

El jóven acompañó la pregunta con un ademán vehemente,

y un sobresalto que no intentó disimular, dirigiéndose á la entrada.

De Sélis, sin contestarla, dió dos pasos hácia la puerta, diciendo en tono helado y grave:

—Apele V. á lejanas memoriás, que es posible duelan á V. recuerdos.

Raul se paró, irguiéndose altivo.

—Ninguno de ellos me avergüenza—contestó, midiendo á su adversario con una mirada enérgica y resuelta. ¡Lo propio fuera, que jamás hubiese puesto V. aquí la planta!

—¿Por qué?

—Su conciencia lo dirá.

—¡Error! Al lado de la que empaña la suya, mis culpas leves se disipan.

—¿No será V. víctima de una torpe alucinacion?

—Léjos de eso. Lavó V. en su mano una mancha de sangre, pero en su memoria quedó otra indeble!

—¡Aclare V. esa frase!—prorumpió Raul con asombro, y conteniendo apénas los impulsos de su cólera.

—¡Fácil es!

Tenia de Sélis el color de la cera y creeríase que hincaba sus uñas en la piel, conteniendo un arranque violento. En sus labios morados no habia desaparecido la sonrisa esforzada é irónica del primer instante.

—La prueba de lo que una tradicion oral cuenta, está aquí; y tiene á más por testigo el hecho en que ella se funda, á una anciana venerable.

Al expresarse de este modo, de Sélis llevó la mano al pecho, en donde sin duda guardaba el memorandum de Evo Lampo, exigido á éste por Areba.

Un recuerdo luctuoso cruzó entónces por el cerebro de Raul, y una nube negra por su vista.

—¿Qué afirma, la tradicion?—profirió, sin reprimir un arranque de ansiedad mortal.

Su adversario se alejó un paso exclamando lleno de vengativo encono:

—¡Ella afirma que en el vado de un arroyo, el coronel Pedro Delfor, padre de Brenda, murió á manos de Raul Henarés!

Raul retrocedió,—así como aquel que recibe en el pecho

ancha herida, ó un golpe de maza en mitad de la frente, y se tuerce levantando, con la mirada, crispado el puño hácia el cielo;—y al golpearse aquella con extrema violencia, lanzó una gran voz:

—¡Fatalidad!

—¡Sí!—prosiguió de Sélis, con ensañamiento cruel,—¡por ahí le entró al padre la bala, dirigida por la mano del que ahora pretende la posesion de la huérfana, como un derecho ó despojo ópimo de la victoria!

Raul se alzó desencajado y convulso, sacudiendo la cabeza con ademan imponente, y se lanzó con ímpetu sobre él, gritando de ira y de dolor:

—¡Calle V., ó le arranco la lengua!

Por un movimiento simultáneo, de Sélis se abalanzó á su vez, al proferir una interjeccion enérgica, y los rivales, cogidos de los brazos con rencor fiero, se miraron lívidos, frenéticos, implacables, buscando aniquilarse, con el solo fulgor siniestro de sus pupilas.

De súbito, resuena la voz de Areba, alterada y llena de congoja:

—¡Doctor de Sélis, urge su presencia! ¡Acuda V. pronto!

Trás de estas palabras, la jóven apareció en el vestíbulo con la rapidez que imponen los casos graves y la agitacion propia de una hora de angustia.

La escena que allí se desenvolvía, la impuso y sobrecogió, arrancándola un grito de espanto y de sorpresa.

Este grito contuvo á los adversarios.

Los brazos cayeron de improviso; los dos hombres se apartaron ceñudos algunos pasos y miráronse silenciosos, una vez más, con una expresion de concentrado encono, encelados y sombríos.

Al fin de Sélis entróse mudo y sin color, moviendo inquieto los hombros,—cual si en ellos se hubiesen posado dos zarpas poderosas y desgarrádole las carnes.

Areba le dejó pasar, callada, transparente de emocion, colocándose entre él y Raul, que se habia descubierto un instante, y daba un paso para alejarse.

Ella le miró al rostro, página viva de los tormentos que dominaban su alma varonil, y en su alma se confundieron vehementes é intensos el amor, la admiracion, el despecho,

los celos, el enojo, para sucederle despues, otra, con un reflejo de pesar y de tristeza infinita.

Raul se detuvo.

Areba se acercó más á él, con esa audacia adorable que la pasion concede, y que estimula un gran dolor extraño. ¡Cuánto daria ella, por restañar la cruel herida abierta en aquel noble pecho!

Alverla aproximarse, con los ojos puestos en los suyos, y un aire de profunda simpatia, suave, pálida, bella, emocionada,—el jóven intentó sobreponerse al peso de su desventura, y, descubriéndose de nuevo, dijo con acento bajo, tímido y triste:

—¡Séame permitida una pregunta, por favor!... ¿Es para Brenda, ese auxilio que V. ha reclamado?

—No,—respondió Areba con premura, y acallando todo sentimiento de despecho ú orgullo;—es para la señora de Nerva, cuyo estado inspira séria inquietud.

—Gracias y perdon, si he osado detener á V. en este momento de conflicto; pero su bondad me dió ánimo. De regreso de un largo viaje, aquí vine para cumplir un grato deber, ageno á lo que ocurría, y muy distante de pensar que la suerte me reservase un amargo sinsabor. Me aparto, sin cumplirlo; y al hacerlo, agregó á mi desdicha propia la penosa certidumbre de que aquí se sufre, y se presiente un suceso irreparable.

Alzó en seguida sus ojos á Areba,—que le contemplaba turbada y suspirante,—y añadió en tono de melancólico ruego:

—Si de labios de la enferma recogiera V. mi nombre envuelto en un trágico episodio, ¡oh, que no se me condene en absoluto! siquiera en nombre del principio de justicia que permite su descargo al reo.

¡Sea V piadosa!... ¡Del sacrificio que me impuso un destino adverso, al arrancar con mi mano la vida á un hombre, en época apartada, la conciencia no me acusa, aunque el corazon protesta lacerado, y llena mi alma toda con sus gritos de dolor!

A estas palabras, inclinó Areba su cabeza, uniendo las manos y ahogando un suspiro; cual si aquel hondo duelo

hubiese encontrado en ella un éco intenso y conmovido las fibras más sensibles de su sér

Saludó Raul, y de allí apartóse con la frente baja, un brazo recogido sobre el pecho y el otro doblado hácia adelante, turbia la vista, el cuerpo erguido y rígido, cual si todos sus músculos en accion conservasen aun la actitud agresiva del primer momento.

Vióle ella alejarse, con un sentimiento de profunda pena; irse anonadado, sin haber gustado el placer inefable de una entrevista con la que amaba, como un pobre viador á quien se arrebatara el último consuelo;—y cuando él se detuvo un segundo, sin volver el semblante, en la puerta de la verja, oprimióse á ella el seno con amargura y desaliento.

¡Ni una mirada! Por primera vez las lágrimas saltaron á sus ojos, y al rodar, cayeron en sus labios como gotas de fuego.

XXXIII

LOS DOS AMIGOS

El golpe, como se ve, habia sido rudo y terrible:

• Muchas horas pasaron, antes que Raul pudiera recobrar la calma y el reposo necesarios para darse cuenta del hecho y de sus consecuencias ulteriores.

¡Cuán tristes las primeras que se siguieron á la revelacion!

La noche fué de velada, llena de sombras, de fiebre y de pesar. Los abismamientos interiores se sucedieron en série no interrumpida, á cada excitacion nerviosa, lo mismo que acaece en los dias de duelo y de quebranto. Todas las ilusiones que habia acariciado en la ausencia, todas las esperanzas dulcísimas que la pasion fomenta y la fantasia engalana, surgian y revolaban en la boca de la sima en que se hundia

su pensamiento atormentado, para desaparecer fugaces á cada asomo de la amarga realidad de su destino.

En el fondo de aquella sima, no ménos oscura y honda que un espacio insondable, vió agitarse la sombra muda y fatídica del padre de Brenda, que se alzaba lenta, y manchada de sangre, para ahuyentar de su cerebro los ensueños de ventura; y luego, en los bordes, con las manos tendidas y demudado el semblante por una inmensa pena, la blanca imagen de la huérfana, que pedia al fantasma le revelase un nombre...

Acordábase despues, de la escena en el cementerio, de la fecha inscripta en la piedra negra del sepulcro de Pedro Delfor, de su encuentro con la jóven, y de la impresion que su presencia causara en el ánimo de su protectora,—renovada la noche del baile en casa de Stewart. Estas reminiscencias iluminaban su espírtiu, á intervalos; hasta que otras, más lejanas, acudiendo en tropel, concluian por vencer toda duda acerca del sangriento episodio, de que él fuera protagonista. Ante ese convencimiento íntimo, doblegábase su ánimo al peso formidable del recuerdo, y desvaneciábase la más humilde esperanza de piedad y de perdon.

¿Podria ella, acaso, imponerse al hecho tremendo; á la ley moral que lucha con el sentimiento en las profundidades del alma, al que vulnera cuando no domina, y provoca las reacciones severas que postran y abaten los organismos delicados, como aja y marchita la escarcha en noches serenas las corolas más altivas?

¡Y él! ¿Qué podria exigir al amor casto y puro, amargado por la certidumbre absoluta de ese hecho, ú ofrecerle en desagravio, que no fuese una corona de azahares adornada de crespon?

¡Habia que rendirse á una realidad inflexible y abrumadora!

¡Ah! Fácil era al ingeniero inteligente y hábil, vencer los obstáculos de la naturaleza, corrigiendo sus formas y modificando su estructura; abrir caminos á través de las moles de granito haciendo bóveda inmensa de una montaña; lanzar hilos por encima de los esteros y boscajes espesos y hundir cables hasta donde no alcanza el furor de las tormentas; descender audaz á la mina ôscura, á las criptas

pavorosas y á los declives de los torrentes, donde apoyar un machon de fábrica; desviar las aguas de un rio, ahondar su cauce y convertir con su riego en suelo fértil una pampa desolada; hacer palacio aéreo de lo que fué choza humilde y espléndido parque de la floresta virgen; improvisar vergeles llenos de floescencia, vigor y fecundidad allí donde nunca creció un arbusto, y como á un golpe de vara mágica, erigir monumentos al trabajo y á la industria que difundan en contorno el calor de las fraguas y la fiebre de los talleres: fácil era todo esto, á la audacia y á la iniciativa del talento. Pero ¿era posible reanudar los lazos de una pasion que la adversidad destruye ó abate, como al echarse sobre él un puente, se unen los bordes de un precipicio, ó vuelven á ligarse arrancados al abismo de las aguas los extremos de un cable que se rompe?

En la triste imaginacion de sus amores, halagábale la idea de que ella lo querria siempre como él la querria, aunque nunca más pudieran encontrarse.

¡Parecíale que en estas líneas paralelas del sentimiento, la regla matemática se imponia en rigor de una manera inexorable!

Felizmente, Raul tuvo un verdadero momento de goce y satisfaccion como trégua á su amargura, en ese dia. La visita de Zelmar,—cuyo regreso habia él olvidado en medio de sus desazones,—vino á confortarle y á ofrecerle la ocasion, tan rara, y por lo mismo tan preciosa, de conceder ensanche y desahogo á su espíritu, sin temor de que se perdieran sin éco sus confiancias graves, en el vacio que el criterio egoista é indiferente abre sin escrúpulo ni reserva al pesar ageno. ¡Ya era esto, bastante! Su espíritu por firme y seguro que fuese, necesitaba expandirse y proyectarse, buscar en esa amistad sincera y noble, cuyos caracteres distintivos parecen irse perdiendo de dia en dia, al paso que asume mayor rigor la lucha por la vida y los instintos hereditarios, refinándose, reemplazan á los sentimientos grandes y elevados,—las inspiraciones puras y felices, que la tirania del dolor no permitia sugerir á su propia inteligencia.

Zelmar se presentó contento, casi radiante, abrazando efusivamente á su amigo, inquiriendo con interés el éxito

de su empresa, y mezclando á sus preguntas impresiones personales, llenas de gracia y colorido.

Raul lo acogió con alegría y emocion, significándole en sus elocuentes pruebas de afecto, cuán grato le era el volverle á ver en esos momentos, tan nutrido de buena savia y animado de tan envidiables satisfacciones morales.

—No te equivocas, mi querido amigo,—decia Zelmar;—efectos de la vida porteña, que si en mucho difiere de la parisiense, tiene en cambio su sabor original. Pero, no está ahí precisamente la causa de este estado especial de nervios que te sorprende; hay varias concurrentes, y á fé que muy dignas de apreciarse!

—Te escucho con placer.

—Mis exámenes, en primer término; éxito completo: notas excelentes: felicitaciones honrosas de la mesa: tesis de sensacion: diploma de suficiencia, adquirido á todo rigor, sin balbuceo ni dudas en la prueba. Así lo dijeron, y aunque me esté mal, yo te lo repito en confianza. Te aseguro que nunca supuse tal denuedo en mis fuerzas.

—Jamás dudé de tu triunfo.

—Los encantos y placeres de la gran ciudad, en seguida; ciudad de agitacion perpétua, de intercambio enorme, de millones circulantes, de vitalidad absorbente, de atraccion insaciable, foco de cultura y de esplendor intelectual nativo, centro de clases que la fortuna gradúa y la igualdad protege, englobamiento de razas laboriosas y fuertes, diversidad de lenguas que se refunden en el idioma democrático, ancho asilo de costumbres de todos los climas y latitudes, condensadas en un grande espíritu nacional que evoluciona y deriva, utilizando los mismos desechos y brozas que arrastran las corrientes migratorias en la gran fábrica de la transformacion, y cincelando pacientemente el tipo singular del porvenir, en ese prodigioso conjunto de materiales vivos, soldados por la libertad y el trabajo, que se llama cosmopolitismo... Pero, mira Raul, á fuer de caballero: por arriba de todo eso, están sus mujeres, como están las agujas sajonas y torrecillas elegantes por encima del conjunto arquitectónico sólido y chato de los barrios populosos. ¡Oh, las porteñas! Tú las conoces. Cultura, gracia, donaire, atractivo, seduccion, aticismo, todo ello encuadrado hasta

en los rostros feos, ¡que los hay, por vida mia! como si allí fuese atributo indispensable de la juventud, lo que en otras partes la naturaleza niega á las mismas hermosuras. Bellezas arrogantes, en plenas actitudes para disputarse el premio en concurso, que subyugan al pasar, y no se olvidan grabándose en la mente como imágenes sobre acero. De bustos interesantes, y de cabezas encantadoras ¡qué torbellino, en un paseo por Palermo! Contemplándolas una vez desde un montículo del parque ocurrióseme pensar que en esas figuras graciosas, agitándose á una en espiral de ricas carrozas y soberbios troncos, la delicadeza del gusto estaba en el exámen recíproco de adornos y semblantes, sin voces ni risas, ni otro rumor que el sordo de los rodados. En cuanto á estaturas, te diré: escasas palmas, muchos lirios de tallo elegante y esbelto, no pocos arbustos lánguidos; pero en general, donosura, espiritualidad, gusto esquisito para apartar al ojo observador de los defectos y concentrarlo en la faz saliente de los méritos.

—Veo que vas desertando,—observó Raul, que hacia momentos esforzaba una sonrisa.

—No creas; y en prueba de ello, vengo á mi tercer razon de regocijo que es la primera en grado de importancia: la buena acogida de Areba. Acabo de saludarla; nunca la hallé tan afable, tan comunicativa y llena de promesas. Baste afirmar que mi esperanza se ha confortado, mi fé robustecido y elevádoseme la mente al poético devaneo: el recibimiento fué, más que cordial y amistoso, intencionado y sentimental. Lamenté un detalle: la presencia de Julieta. Estuvo agresiva, rebotante de malicia en sus preguntas y ocurrencias. En justa represalia, pude haberle narrado el sueño que en la noche anterior me solazó en mi camarote; pero, me tenia Areba demasiado entretenido, para darla el placer de una réplica. En realidad, amigo mio, hasta ese sueño me habia predispuesto á dudas y sospechas graves: cerrado apenas el párpado, en altas horas, exhibióseme primero Julieta, disfrazada de india, con plumas de loro en la cabeza y cintura, carcaj lleno de flechas con curaro y hacha de piedra, á propósito para derribar un jaguar de un solo golpe. Si bien esta vision me hizo gracia, y me distrajo, á pesar de sus gestos y vaticinios acerca de lo que me reser-

vaba el regreso, lo cierto es que no sucedió así con Areba, la cual se me representó silenciosa y fatídica, con una pluma de ave en la cabellera, el pié sobre sandalia y la pierna desnuda,—como la Güendolen de la leyenda de Scott,—invitándome á beber en un vaso de plomo cierto líquido extraño. Parecíame que estábamos en máscaras, á juzgar por los detalles; y en rigor, son pocos los días que nos separan de aquellos, en que muchas caretas de carne, graves, tersas y falaces todo el año, sudan libremente sus rubores bajo los de seda. El hecho es, que esta parte interesante de mi sueño no dejó de impresionarme, cuando al reproducirlo en mi memoria, tuve en cuenta la conducta de Areba desde la noche del baile, artificiosa, suspicaz y prevenida. Y ya lo ves: ¡me he encontrado con un cambio notable! Reputo de excelente augurio para nuestros amores esta nueva campaña, en que empiezo recogiendo lauros, ó por lo ménos marcadas simpatías de parte de quien no las prodiga fácilmente. Para tus cosas íntimas, importa mucho que esta potencia se incline de mi lado, pues de esta manera los grandes peligros se neutralizan. ¿Sabrás que ahora soy su médico de confianza?

—Es eso muy honroso para tí, y te felicito de veras, Zelmar. Tales distinciones de parte de la señorita de Linares significan elocuentemente, ó una promesa muy agradable, ó un designio oculto, dado que ella se determina siempre por los extremos. El término medio no parece entrar nunca, en sus resoluciones prácticas.

—Así es. Pero ¿un designio oculto? no creo...

Hablóme de un reconocimiento médico que debía practicarse esta tarde en el cadáver de una mujer, pidiéndome me prestase á acompañar á de Sélis y otro facultativo en la autopsia. Segun sus informes, se trata de un crimen misterioso por las circunstancias que lo rodean, y en cuyo esclarecimiento la justicia se preocupa con excesivo celo. Añadió,—interrumpiendo á Julieta, empeñada en demostrarme cuán enterada estaba siempre de las tragedias de amor,—que la víctima habia sido uno de los seres infortunados á quienes ella protegía; y que la interesaba vivamente el triste drama en todos sus pormenores, por lo que se habia permitido hacer esfuerzos en sentido de que yo interviniese

en el reconocimiento, con éxito satisfactorio. Manifestó que mi regreso no podía, pues, haber sido más oportuno, y que empezaba por utilizar mis servicios en un caso que la afectaba hondamente. Léjos de rehusarme, agradecí la distincion, prometiendo instruirla mañana en todo lo relativo al suceso de la muerte de su infeliz protegida..

Pero, me estoy apercibiendo Raul, que tu semblante denuncia algo anormal!

Esa palidez, ese gesto de disgusto, esa mirada lánguida, esa tristeza en el sonreir, esa concision en el hablar, esa actitud en fin, de encogimiento y de reserva, me indican que tú sufres...

—Y no te engañas. Algunas horas llevo ya de dolorosa tribulacion y de increíbles abismamientos.

Zelmar le miró con sorpresa y asombro.

—Me he contenido. en lo posible, para no interrumpir tus expansiones, feliz al oirte relatar con entusiasmo los primores y emociones de la vuelta, que yo tambien soñé tan llena de encantos y nutrida de promesas, desvanecidas á un soplo de aciaga suerte. Pues que me interpelas, y adivinas lo que en mi interior ocurre, no debo seguir callando, y he de confiártelo todo. Siento necesidad de hacerlo, y te ruego me escuches.

—Estoy ansioso, Raul,—repuso Zelmar aproximando su silla, y disponiéndose con verdadero interés á recoger sus confidencias. Mas, ante todo dime ¿es de tus amores que se trata? y esto pregunto, porque en casa de Areba, donde hallé reunidas selecto número de damas, nada pude sorprender que tuviese atingencia contigo ó se refiera á Brenda. Aunque aguarda... ¡ahora infiero! Julieta hablaba á media voz, á priesa y casi febril con algunas de esas damas, mientras yo lo hacia con Areba; sus flechillas bañadas en curaro atravesaban la sala diestramente dirigidas. Luego aquellas me observaban con cierto disimulo y extraño aire de discrecion, y hasta de impaciencia, agregaré, como si mi entrada al salon hubiese interrumpido el relato de una grave historia. ¡Me explico porque los semblantes revelaban tan distintas impresiones, y fluia misterio de los ojos y corrian frases singulares en el círculo! Empiezo á sospechar que fueran el tema tus amores, es decir, lo sen.

sacional y reciente, que otros comentan, expurgan y critican antes que aquel á quien afecta haya podido penetrarse bien, muchas veces, de la importancia ó trascendencia de sus actos.

—Tal vez. No sería eso tampoco de extrañarse; lo que voy á referirte no es ya un secreto, para los que pudieran interesarse en conocerlo. Cuando el rigor del destino abruma, nada escapa á los vientos de la publicidad, ni el sollozo íntimo que se confía al silencio y á la noche. De tal modo las grandes alegrías ó los grandes infortunios de un solo sér, traen consigo mismos un rumor que al propagarse, se entra en todas las almas, y despierta cien ecos, como el cuerpo vivo que al rodar de lo alto de una montaña,—arranca con sus voces en las concavidades y vacíos, lo único que el desierto puede dar, en su alivio: ¡inútiles y vagas repercusiones!

Sincero, apasionado, henchido de esperanzas, de ilusiones y de fé—¡cual se está una vez siquiera en la vida!—yo he sido á mi regreso, ese viajero que pierde pié en la cumbre al fin de la ímproba jornada y vése arrastrado en la caída, sin fuerzas ni voluntad para asirse á los arbustos espinosos que cubren el áspero declive.

¿Recuerdas, que más de una vez hemos departido acerca de la causa que podia obrar en el ánimo de la señora de Nerva, para hacer oposicion á mis pretensiones?

—¡Sí!

—Pues bien, de esa causa he de enterarte ahora.

En la ausencia no dejó ella de preocuparme, sin conseguir sin embargo dominar mi espíritu, que dividia su actividad entre las atenciones propias de mis tareas, y las memorias del amor, en las horas de descanso, bajo la tienda del campamento.

Pero lo cierto es, que fué indispensable una escena violenta, á mi regreso, para que yo me apercibiera del error en que vivia, y de la poca importancia que habia dado á aquella conducta, ó al móvil que la aconsejaba. Me penetré recién del alcance de la duda ó incertidumbre que me asaltó alguna vez, y deseché luego, cuando al recordar uno de mis hechos pasados—precisamente el del fatal secreto,—creí descubrir

en él, cierta relacion misteriosa con los sencillos recuerdos de Brenda, sobre la muerte de su padre.

¿Podía yo, acaso, por vagas presunciones rendirme á la terrible evidencia de haber causado su orfandad? ni ¿cómo esperar, en mi tranquilidad de espíritu al respecto, que más tarde de Sélis me arrojara el apóstrofe de matador, firme y resueltamente?

—Luego, ¿eso era cierto?—preguntó Zelmar con estupor, recalcando en cada una de sus palabras.

—Amarga verdad,—dijo Baul, resignado y triste:—hace años, en un lance de la guerra civil, lance singular é inesperado, yo dí muerte á un adversario, cuyo nombre he conocido recién ahora: ese adversario era el coronel Pedro Delfor, padre de Brenda.

Zelmar se quedó aturdido, mirando á su amigo fijamente, sin desplegar los labios. ¡Parecía aquello extraordinario é inaudito!

—Por qué causas, y en qué sitio, lo sabrás pronto,—continuó Henares.—Antes quiero referirte lo acaecido ayer en casa de la señora de Nerva, adonde me trasladé dos horas despues de mi llegada á Montevideo. De ese instante, data este enorme pesar.

Bafil recobró su serenidad, y fuése recogiendo en sí mismo, callado y sério, como sucede cuando se someten todas las facultades del espíritu al estudio de un tema árduo y complicado.

Su amigo hizo un fiel relato de los hechos, que él escuchó atentamente.

Así que hubo concluído, Baul agregó:

—Debo ahora enterarte del episodio, que á través de los años, viene á ejercer tan grave influencia en mi destino. Deseo que lo conozcas en todas sus circunstancias y detalles, y lo juzgues con la mayor severidad de conciencia, si consideras que así debes hacerlo,—desligándote por un momento del estrecho vínculo amistoso que nos une. A nadie lo he revelado, y serás tú el único que lo recibas en confidencia.

¡Cuán lejos estaba yo de imaginarme en la época en que se consumó el hecho,—sin mayor trascendencia entónces,—que él llegaría á decidir de mi suerte en lo futuro, como si constituyera un delito expiable y ominoso!

Después de meditar mucho sobre ese suceso, he inferido la situación difícil del que escribe historia al ligar circunstancias y escenas separadas por el tiempo, que coinciden y se traban para poner de relieve el espíritu y tendencias de una época, sin confundir las causas primitivas con lo derivado, y dar la razón de episodios dramáticos, cuando no de hechos extraordinarios, que hagan surgir del olvido las pasiones de los hombres, más poderosas á veces que las ideas. La verdad, que es su luz, suele perderse en los fondos ya sin ecos del pasado; y ¡cuánto tino y sagacidad debe emplearse, al ahondar y escudriñar!

—Algo análogo sucede al anatómico, —observó Bafil, como hablando consigo mismo;—que busca en labor delicada y paciente, y logra al fin coger con la pinza, entre carnes trituradas y deshechos tejidos, el extremo de la arteria que desangra.

—Sí,—prosiguió Raul, reuniendo sus recuerdos;—paso á buscar el perdido eslabon, trasportándome para ello al tiempo de los entusiasmos ardientes, ó edad en que nada se rehusa, cuando una grande ilusión de la patria, pura y radiante, llena todo el espíritu de ideales y de ensueños—y confunde en estrecha alianza las últimas inocencias del niño con las primeras pasiones del hombre.

Pero, ante todo, lee estas líneas que escribí hace años, y que he hallado entre mis papeles.

Así que concluyas, reanudaré el relato.

Y Raul dió á su amigo unas cuantas páginas manuscritas, que en la noche habia colocado en la mesa, después de pasar por ellas su vista con precipitación febril.

Zelmar las desdobló silencioso, y se puso á leer:

XXXIV

EL EPISODIO

Epocas singulares aquellas, de agitacion y de conflicto, acompañadas siempre de hermosos espejismos é imágenes

de luz, en que la ardiente juventud confia en la eficacia del sacrificio cruento y sueña con la grandeza de una patria, concebida fuera del campo asignado á la realidad; tiempos azarosos de combate, en que no son extraños los que van al encuentro y en que una sola bandera, flameando en ambas filas, recuerda al patriotismo que ella ampara para todos á su sombra, el mismo derecho al aire, á la tierra y al fuego!

En una de esas épocas nos encontrábamos, y se desenvolvía un drama sangriento; grave querrela de familia, conflicto entre hermanos que la razon no habia podido dirimir y se relegaba al juicio de Dios,—no á semejanza de dos paladines, en los cantos de la epopeya, que embrazando la adarga se acometen y pelean vestidos de bronce, sin levantarse las celadas, por la sola dignidad de la cimera; sinó cara á cara, en nombre los unos de sinceros extravios, y los otros, dé castos ideales y nobilísimos ensueños.

Todo el país ardía en guerra.

Ibase á dar una nueva batalla.

Los contendientes habian concentrado todos sus elementos para esta accion decisiva, y detenídose lo indispensable para aguzar sus armas, como aseguran hacen los leones con sus garras al salir de las cavernas. La misma fiebre, el mismo celo, idéntico corage, todo presagiaba un choque formidable, y venian el uno hácia el otro, los ejércitos ora á marchas forzadas en columnas paralelas, ora deteniéndose ó retrogradando en batalla, en busca de un teatro adecuado á la tragedia.

En ciertos lugares, el repliegue, ó la contramarcha de flanco se hizo difícil, y la evolucion cesó.

El panorama, á todos rumbos, era alegre y sonriente: la tierra gorda y negra, ofrecia el grano de la abundancia, sus sabrosos frutos la vegetacion arbórea, franca hospitalidad la mansion del labrador. Parecia aquella la region del trigo.

Un arroyo, frangeado por ligeros hoscages serpenteaba al pié de las cuchillas, destacándose en forma de hilo plateado en pequeñas planicies, y perdiéndose en los declives y hondanadas—para presentar á lo léjos en algun llano de cultivo su doble feston de talas, sauces y espinillos en caprichosas isletas. En otra direccion, distinguíanse árboles solitarios junto á moradas humildes, doradas mieses, caminos de

agaves, grandes parvas amarillentas y ganado doméstico esparcido en terrenos de pastoreo. La paz, la tranquilidad y el trabajo reinaban en aquellos sitios, hasta la llegada de los ejércitos; enormes culebras de anillos de acero, que debían dejar á su tránsito surcos más profundos que los del arado, llenos de un riego de sangre viril y generosa.

En parajes semejantes, ya acosado por el cañon, dió el frente uno de los ejércitos, como el paladin que midiese campo y sujetara el corcel, haciendo crugir, al volver cara con fiero estridor, todas las piezas de su armadura.

Nada más imponente y magestuoso que el movimiento de las columnas en su desfile final, y en la formacion de la línea, cuando desliziéndose por retaguardia de la cabeza ó avanzando de frente en perfecta alineacion, fusiles al hombro, en sus cujas las lanzas, empujados los cañones, desnudas las espadas, desplegadas las banderas, batientes los tambores—las dos masas preparan el encuentro llenas de fé y de brio, buscando el plano donde harán pié firme hasta destrozarse con el plomo y el acero.

Tendiéronse ambos contendientes formando paralelas; batallones al centro y fuertes baterias de campaña, caballeria en las alas, compacta y numerosa, con reservas sobre los bagajes y tren rodante. Algunos destacamentos de cazadores apoyaban los flancos, y otros hacian despliegue al frente, en guerrilla, preparando con sus descargas aisladas el sangriento drama.

Alineados, en descanso, resueltos, en un terreno desfavorable en parte para la maniobra, esperaban la palabra de órden. Eran como dos nubes sombrías cargadas de electricidad, cuyo choque inevitable debia producir la catástrofe, al soplo de aciagos vientos; ó encelados colosos, acostumbrados á recibir nuevas fuerzas de la madre tierra en la caída, prontos á lanzarse el uno sobre el otro, para renovar con vigor increíble, un combáte perdurable!

Ya algunos cuerpos humanos tendidos aquí y acullá sobre la línea de la escaramuza preliminar, en ambas avanzadas, inmóviles y yertos marcaban los vacíos hechos por el plomo de las descargas:—jalones de carne y rotos huesos, del que debia ser para uno ú otro combatiente el campo de la victoria.

A intervalos, de los dos centros que se contemplaban mudos, siniestros, y airados, partían relámpagos en medio de espesas humaredas, y el hierro pasaba rugiendo por los claros de las guerrillas, abría brecha en la línea firme é inmóvil que cubría en el acto el hueco, ó rebotaba en las colinas con choque estridente levantando yerbas entre una niebla de polvo.

Entónces un clamor lúgubre surgía de las masas de las alas, compuestas de inquietos escuadrones, como si la gaudaña de la muerte hubiese girado vertiginosa sobre todas las cabezas: vibraba sonoro en el espacio el toque del clarín, los caballos escarbaban la tierra temblorosos, con sus remos delanteros, y se sucedía luego un silencio solemne al estampido del cañón.

Cruzaban errantes por la altura anchos girones de negros vapores, que ocultaban de vez en cuando un sol rojo y candente, á cuyos fuegos verticales flameaban los aceros y se hacían hornillos, boinas, gorras y morriones.

Extremecimientos misteriosos recorrían la línea.

¡Quizás cruzaban por delante de ella, hablando á cada combatiente en lenguaje seductor, los genios sonrientes del hogar tranquilo, los recuerdos alados, las claras visiones de otros días, llenos de promesas y amores venturosos: toda una vida pasada, bella, fascinadora, adorable, con sus goces, esperanzas y amarguras! ¡Por qué, si no, estaban los rostros pálidos, los ojos brillantes y febriles, entreabiertos los labios, las manos nerviosas,—aunque altivo y resuelto el continente? Es que oreaba todas las sienes el aura fatídica que precede al horror de la pelea, buscando rebelar la frágil carne, arrastrada á la boca de los cañones por la fortaleza del ánimo y el sentimiento del honor: que el exponer la vida, por el mismo amor que se le tiene es la prueba de los valientes.

En esa hora precursora de la gloria ó del sepulcro ¡cuántos detalles conmovedores se ofrecen á la vista! El veterano de faz curtida examina melancólico la caja de su fusil, y prueba luego si encaja bien la bayoneta, destinada á abrirle paso en lo recio del entrevero; el joven soldado encomienda al compañero, en caso de suerte más feliz, un tierno adios á la madre afigida que le espera; el bizarro oficial se acuerda

de su novia, al colgarse del carpo la dragona, que ella anudó entre lágrimas y sonrisas en el puño de su espada; las espuelas del lancero valeroso, hacen música de trémulos; el artillero apoyado en el mango del escobillon, calcula las trayectorias de las bombas enemigas y el blanco probable de sus gruesos proyectiles; el porta imberbe contempla la bandera emblema de leyendas, cuyo ástil mantiene con orgullo, y tiembla á la idea de que se rompa como el hilo de su vida en mitad de la batalla; el clarin prueba la embocadura de su instrumento, cual si nunca hubiese arrancado de él una nota guerrera, y el tambor con las baquetas en la boca, ajusta los parches de su caja, presintiendo ya cercano, el momento grave del redoble. Esta conmocion natural del soldado, minutos antes de romperse el fuego, nubla tambien la frente del más bravo sableador que haya abortado la leonera de los caudillos.

Es entre el humo de la pólvora y el choque furioso de las armas, que la fibra del valor, fuerte y templada como una hoja de Toledo, realiza prodigios, levantando el rugido del hombre sobre el fragor de la metralla, y más altos que el egoismo y el peligro, ideales y creencias, pasiones y fanatismos, dignos de la leyenda de viejas y embravecidas luchas.

A aquellos estremecimientos en la línea, sigue bien pronto un pequeño avance, y luego un nuevo alto fatídico. Acórtanse distancias. Las relucientes filas de fusiles de piston, los guias tremolantes en los extremos de los batallones, las banderas de blancas moharras y soles de oro, las lanzas enhiestas, con sus medias lunas y airosas banderolás, los estandartes de seda y dorados borlones, flotando entre el haz de los aceros y corceles de batalla—todo se agita de improviso á la voz de los caudillos, que en breves y enérgicas arengas, arrastran las huestes á la accion.

Estréchanse las filas, batan los tambores paso redoblado, muévase la dura recta entre músicas marciales, llenan los aires aclamaciones soberbias, sables y lanzas se agitan destellantes, y á distancia fija,—en que el plomo puede encontrar la entraña,—la marcha cesa, inclínanse las armas en plano bruñido y luminoso, y una serpiente de fuego se

extiende á lo largo del muro humano, con estrépito comparable al chisporroteo de un voraz incendio en los bosques.

Percíbese apénas, entónces, entre la baja atmósfera de pólvora que rasa la tierra en nutridas volutas el pié de los combatientes, ante los que salpica el plomo ó revienta la granada esparciendo el estrago en las filas y derribando intrépidos soldados, que quedan tendidos con el puño enhiesto y la pupila enorme, entreabiertos los labios por el último grito que en medio del corage sorprendió la muerte. De vez en cuando, véense pliegues de banderas entre el humo, cual fugitivas ráfagas de ruborosa gloria, ó brillar las espadas de los jefes detrás de las líneas, que recorren á saltos prodigiosos sus bridones, ó lucir los uniformes á manera de confusos iris en un caos de vapores que ruedan en veloces espirales, ó estallar en cien fragmentos los armones y cureñas al choque de las bombas que cruzan el campo de batalla como bólidos encendidos en rápidas parábolas, á través de la humareda.

Los centros pugnan por ganar á palmos el terreno, ondulando con los movimientos propios del vientre de un reptil, ante la violencia del huracan de fuego y plomo que los abrasa y aniquila ¡En medio del suelo de la lidia está la llave de la victoria!

Entanto, los clarines han resonado con agudas notas en las alas, y se precipitan á la carga los fieros regimientos en unidos escalones, al viento el estandarte, las lanzas enristradas, corta la brida, haciendo retemblar la tierra á su pasaje con el estridor de una tromba,—para estrellarse con los del opuesto bando, disolverse, y confundirse en revuelta brega. Torneo sin cotas, sin yelmos ni broqueles, brazo á brazo y hierro á hierro, en que no es solo la fé política la que alienta el brio de los campeones, que se buscan, se llaman, se insultan, se acometen en tumulto, clavándose en las moharras y medias lunas en nombre de un agravio, de un mártir, de un recuerdo, hasta cubrir el suelo de cuerpos destrozados y miembros palpitantes, sobre los que han de pasar los dispersos á rienda suelta, sin oídos para el lamento ni piedad para el amigo. Los moribundos se incorporan por esfuerzo supremo y vuelven á caer bajo los cascos de los caballos que corren despavoridos, resoplando con las narices dilata-

das en medio del tropel, ora sin ginetes, que han lanzado de la montura en el entrevero, ya arrastrando de los estribos en masas informes los carabineros desarzonados en el choque formidable, ora embistiendo lacerados por la espuela el obstáculo imprevisto, ó el profundo barranco en que ruedan y se trituran caballo y caballero...

¡Se estaba en las horas ardientes de la lucha, y de las cargas dignas de la trompa épica, si la alta poesia pudiera alzar sus cantos en homenaje á un heroismo, partido en dos por el furor de los hermanos!

Los regimientos disueltos en el choque, se agrupan y escalonan al toque del clarin; sucédense las refriegas, los retos, los lances singulares; y á la caída de un valiente, se arremolinan los ginetes en redor, formando con sus rejones tintos como una clava de guerra, en instante en que estalla la granada sobre el sitio, y con su lluvia de mortíferos cascos reduce el grupo de centauros á un solo hacinamiento de míseros despojos. En el extremo opuesto, las bayonetas se defienden de las lanzas y han caido algunos escalones; pero los que vienen detrás se abalanzan en el furor de la carga y chocan contra el cuadro, donde pierde el caballo su valeroso caudillo: la infanteria cede como una pared que se grieta y desmorona, los escuadrones se precipitan por la abertura con la fuerza del torrente, y mientras vuelve un grupo hácia tierra las bocas de sus fusiles, desaparece la avalancha á retaguardia, envolviendo el parque y las reservas en pavoroso desórden.

Habia llegado á su período álgido la fiebre de la pelea. La atmósfera estaba saturada de pólvora, y el ruido era imponente. Uno que otro son de corneta, surgiendo en forma de nota aislada, se imponia apenas al estruendo de la fusileria y de los bronces.

En tales momentos, recibí órden de transmitir la de avance por el flanco derecho, al jefe de dos escuadrones de reserva, que debian encontrarse algunos centenares de metros á retaguardia.

Cuando azucé mi cabalgadura se veian en todas direcciones cruzar como veloces fantasmas, amigos y adversarios; vibraban los laques en los aires con lúgubre silbido, enrosándose al caer cual culebras de tres cabezas en los transidos

corvejones; y en las altas yerbas, chamuscadas por el taco ardiendo, vagaban sin rumbo carros y furgones, destruidos los arrees, desbocados los troncos y salpicadas las ruedas con la sangre de los heridos. Algunas balas encadenadas, traspasando la línea en diversas trayectorias, y prolongado ronquido, picaban las lomas lejanas esparciendo en las alturas espigas y terrones, para ir á sepultarse con sordo golpe en las faldas de las cuchillas.

A mitad de mi carrera, una ancha zanja casi oculta por altos cardizales, contuvo el ímpetu del caballo, que se abalanzó de costado, bufando ruidosamente. Allí habian caído confundidos, machucados y cubiertos de sangre varios soldados de caballería dispersa, que alcanzó en su fuga un tarro de metralla, á la orilla del barranco, en que se detuvieran— sembrando el sitio de tercerolas de cazoleta, dagas y astillas de lanzones.

A algunos metros de aquel osario, sobre una pendiente suave, se debatía por incorporarse, cogido como lo estaba por su cabalgadura, un negro ya viejo, cuya lanza de clavo hundida por el regatón en el cieno de la cuenca, denunciaba á lo léjos con su banderola triangular un sitio de catástrofe. Este soldado estaba ligeramente herido en la cabeza, con una pierna debajo del caballo; y tanto él, como los que yacían en la fosa, pertenecían á un escuadrón que habia bandeado la línea en medio del desórden, para ser víctimas de uno de los proyectiles de su propia artillería que sobrepasaban el blanco.

Escogí aquel lugar para mi pasaje. En momentos que me aproximaba, uno de los perseguidores, dispersos á su vez en el frenesí de la carrera, echaba pié á tierra con ánimo de ultimar al adversario, cuyo alazan postrado por la fatiga y el golpe, sacudía sus cascos en el aire amenazando aplastarlo con su peso. Ante la manifestación de aquellos instintos que solo debieran revelarse en la pelea, nunca en el triunfo, me indigné increpando al soldado su conducta: contestóme con una risa feroz; exigí, con vehemencia; la daga brillaba desnuda: piqué espuelas cuando el victimario ponía el pié en el declive, pero en vez de darle de punta con la espada que llevaba en la diestra, lancé sobre él mi caballo, derribándole sin sentido á un golpe de los encuentros. Socorrí en seguida

al ginete negro, que arrojaba gritos de gozo, más bien parecidos á alaridos; y el cual saltó con la agilidad que da el temor sobre su alazan, ya de pié, alejándose despues de agitar su sombrero, sin preocuparse de recoger la lanza clavada en la pendiente.

Toda esta escena duró pocos segundos.

Por mi parte, castigando recio, salí de la hondonada, salvé los agaves del linde opuesto, y me lancé por uno de los senderos de un campo cultivado. Algunos minutos duró el impetuoso galope. Me habia alejado ya bastante del sitio del combate, sin alcanzar á distinguir la tropa de reserva; y, suponiendo al fin, que se hubiese replegado hácia la márgen del arroyo, no muy distante á mi izquierda, me apresuré á explorarla desde una alta loma.

Pero, fué en vano. Los escuadrones habian mudado sin duda de posicion para evitar ser envueltos en la vorágine,— así que fueran acuchillados los fugitivos por la caballeria vencedora; evolucion oportuna, segun pude verificarlo muy pronto.

El suelo retemblaba bajo el galope furioso de los regimientos enemigos en desbande. Cuando volví el rostro divisé bien cerca grandes grupos de ginetes, á toda brida, tendidos sobre el cuello de sus corceles, la espuela en los hijares y empuñados los sables curvos,—en actitud de dar frente para tentar fortuna con la última carga.

Oíase á lo léjos como una diana de victoria, roncós toques de clarin mezclados á espantosos clamoreos. El horizonte, cubierto de cúmulos sombríos, parecia surcado de fuegos eléctricos, á semejanza de los que brillan al declinar la tarde, en una tempestad de verano.

Zumbábanme los oídos, y sentia las sienes caldeadas por la fiebre.

Ya no podia retroceder, sin ir á perderme oscuramente en el entrevero formado á mis espaldas por los que fugaban y perseguian, ciegos y aterrados los unos, los otros frenéticos é implacables; el arroyo no ofrecia paso hasta aquella altura, y resolví buscarlo más abajo, en un claro de árboles que desde mi posicion percibia é indicaba la existencia de un vado.

Así era en realidad. A pocos metros, un hermoso edificio

se erguia dominando las dos orillas, y acaso los más apartados terrenos, desde un elegante mirador.

Apénas detuve el galope, se abrieron de súbito las hojas de un balcon que enfrentaba el arroyo, apareciendo en él una dama anciana, quien tendió el brazo hácia mí con ansiedad, dirigiéndome frases que no pude percibir distintamente. Por un momento permanecí perplejo: pensé en el móvil piadoso de las buenas almas, y lo agradecí en aquellas horas de peligro. Pero, no podia detenerme sin faltar á mis deberes, un minuto más.

En truenos redoblados me llegaba el ruido de la batalla, balas perdidas y sin fuerza salpicaban en los trigos, y casi encima de mí resonaban violentas detonaciones, de los que defendian su vida en el desbande. No habia que hesitar.

El declive era suave, y bajé al galope.

A los lados se elevaban algunos sauces llenos de frescura y de verdor: el vado estaba al frente. Mi caballo se entró en el agua lodosa, dando resoplidos de ardiente sed; pero, ya en el medio levantó de pronto la cabeza, sacudiendo las crines.

Era que otro ginete acababa de penetrar por el extremo opuesto, quien al divisarme, sujetó bridas sin volverse.

Involuntariamente, recordé á la dama del edificio, que dejaba á mis espaldas, y deduje la razon de su ansiedad y de su llamado.

El que tenia delante, era un hombre de porte altivo, barba negra, vivaz mirada y ademan enérgico. Traia una divisa con lema de oro, distinta á la que yo llevaba, sable á la cintura, y lanza con virolas de plata, bien plantado en la silla, que oprimia los lomos de un fogoso tordillo negro.

Eramos adversarios. Nos miramos breve instante en silencio, con esa sorpresa natural en todo encuentro imprevisto, y acaso esperando que, léjos de nuestras respectivas líneas, donde el mismo ardor estimula los hombres al combate, y los hace insensibles al exterminio, cierta conciencia de su irresponsabilidad en la accion colectiva;—lejos de allí, donde no es la intencion calculada y fria la que mata, sino las pasiones en conjunto, y en comun excitadas, hasta el punto de ignorarse á qué cuerpo irá la bala, cuando se ataca la pieza ó se muerde el cartucho;—léjos del fuego que se expande y comunica en la multitud, haciéndola sentir como

un solo corazón y agitarse como un solo brazo, depondríamos nuestras diferencias, en holocausto á esa idea de justicia que reposa en el fondo de nuestro sér, oprimida por las demás, pero que al surgir é imponerse á los rencores y á los instintos nos humilla en la intimidad de su confianza, haciéndonos verdaderamente humanos!

No parece que él pensara así. La sorpresa duró poco. Impulsáronle quizás mi juventud temprana, su hábito de mando, su dominio sobre la hueste, que el prestigio arrastra y el ceño del caudillo impone; y amagándome con su lanza, me intimó que le abriese camino, ó me rindiera. Ni una, ni otra cosa era posible. Yo tenia que pasar forzosamente. Apercibido de esta decision, precipitó su tordillo negro sobre mí, con el mayor denuedo, obligándome á apoyar grupas contra los árboles, para evitar, con el ímpetu del encuentro, el ser arrancado de la silla.

Apénas amartillé la pistola que llevaba al arzon, el hábil jinete se inclinó sobre el cuello de su caballo, infiriéndome una lanzada en el brazo izquierdo que alcanzó á la cruceta del hierro. Hice fuego entónces, manteniendo con esfuerzo mi posición en la montura. El adversario dejó caer su lanza, deslizóse por un flanco, destilándole de la frente un hilo de sangre, mientras su corcel asustado daba un gran bote, y huía, arrastrando del estribo el cadáver entre un torbellino de espuma...

Zelmar, en esta parte de su lectura, levantó la vista impresionado, y miró á su amigo en silencio, pasándose la mano por las sienas.

Raul, que habia estado leyendo en su semblante y seguido con interés la vuelta de las páginas, alargó el brazo, y sustrajo suavemente el manuscrito, que Bafil dejara un momento en sus rodillas, diciendo:

—Te enterarás despues de lo que sigue. Creo que ya has leído todo lo que puede rozarse con el hecho grave que nos preocupa.

Aclararé un detalle: el jinete negro era Zambique,—el libertoso senil que en otros días has visto pasar por delante de la quinta, con su cesto de fresas. Este sér oscuro y humilde, que fué mudo testigo de mis amores y fiel esclavo de su reina, ya no existe.

¿Necesitaré nombrarte á la dama de la casa de campo, y al bizarro caudillo muerto en el vado?

—Infero que la dama fuese la señora de Nerva, y Delfor, el caballero — contestó Zelmar meditabundo. ¡Bravo problema, destino raro, singular leyenda!

Trás de estas palabras se dirigió á la ventana, y paseando una mirada por la campiña, se puso á recitar en voz grave y lenta una estrofa del Ariosto.

XXXV

COMENTARIO

Raul le observaba con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño adusto, en esa actitud pasiva del que experimenta todo el rigor de un hecho incontrastable.

De pronto, Zelmar se volvió, diciendo:

—El precedente histórico de que acabas de enterarme, hace fuerza—¡por mi vida!

Pero, no me parece el caso de rendirse á discrecion.

Consideremos el hecho de una manera aislada; trasladémosnos al instante mismo en que se consumó, desligándolo de su afinidad absoluta con Brenda: ¿qué dice tu conciencia?

—Me absuelve,—repuso Raul con calma.

—¡Ya es mucho! Toda la dificultad—que es seria—consistiría en llevar esa conciencia á la mujer que amas. Del punto de vista legal, la cuestion no admite duda; la sentencia seria absolutoria.

—Lo reconozco. En el caso faltó la voluntad criminal que hace odiosa la culpa. Una ley preexistente á las escritas, armó mi mano, porque estaba en mi misma naturaleza, y me lo exigia en nombre de su conservacion. Agredido con riesgo inminente, estrechado en el vado por un fuerte adversario, los dos á solas, inhibido de retroceder so pena de morir de una manera oscura y miserable, el lance fué de defensa legítima y necesaria.

—Por otra parte, una aventura de guerra—observó Zelmar; —y los que en ella se lanzan, no ignoran que al final se encuentran, el sepulcro ó el laurel. Es un dilema de hierro, dos extremos distintos, pero muy cercanos, como la punta y la cruz de una espada. Advierte también, que en aquellos instantes tenias un delicado deber que cumplir, aunque fuera hacinando cadáveres; complemento notable á tu favor. El deber militar, en lances tan supremos, es más inexorable que la rueda de una pieza á todo el correr del tiro, que buscando posición, estruja y mutila heridos y moribundos, sorda como el bronce, inflexible como la muerte que oculta en su ánima sombría.

Del punto de vista moral, ó á faz de tus amores, el hecho cambia de aspecto. Me imagino el dolor de Brenda sobrecogida á un paso de su dicha por una revelación semejante, la lucha triste, tenaz entre el recuerdo y la pasión, el deber y el sentimiento, disputándose un predominio imposible por ahora, si hemos de creer que el cariño filial subsiste en la intensidad de sus ternuras, y el amor ha seguido en ella un crecimiento noble solo propio de los seres elevados. Me figuro su aspecto físico, su quebranto visible, sus espasmos y soledades, cual sucede en las grandes tribulaciones, en que no se piensa ni se descansa, sino que se sueña ó se delira; en que la idea semejante á un ave que no se posa se alza, desciende, gira, se complace en su tormento mientras dura la excitación del cerebro; y deduzco de todo esto, que la misma gravedad de las circunstancias te impone el deber de esperar.

No hay duelos que resistan al tiempo, ni obstáculos insuperables para un amor verdadero. La tendencia irresistible á expulsar el temible huésped del dolor, aproxima á la dicha suspirada, aunque quede alguna raíz de la pena.

Pero, la persuasión no será obra exclusiva del tiempo, sino tuya también...

—Mia, ¿has dicho?

—¡Sí! En tu lugar, yo conservaría toda mi fé, y andaría paciente sobre la arena circundada de oscuros horizontes, convencido de llegar al fin al oasis donde se reposa y se olvida.

Si ella recogiera alguna vez de tus labios la narración del episodio, llegara quizás á conmoverse lo bastante, para no consentir que tú enjugaras sus lágrimas y calmaras su aflic-

cion; porque al ser verídico y sincero, hallarías en su ánimo más que la resistencia tristemente severa de la huérfana, el arranque espontáneo y generoso de la mujer sensible, de la mujer que en su amor primero ha sufrido por tu culpa sin que tú la hayas engañado!

Raul se incorporó en su asiento, con los ojos brillantes; y tendiendo el brazo, lleno de ansiedad:

—¿Crees eso posible?—preguntó.

—Sin que me asalten dudas. Agrega una circunstancia deplorable, que preveo, y sobre la que tú mismo no habrás dejado de meditar; la de la muerte de la señora de Nerva, en plazo más ó ménos breve, segun los informes que me fueron trasmitidos por Aréba.

Te impondré de ellos. En la junta de facultativos realizada ayer, el resultado fué de funesto augurio. Ningun remedio seria bastante heroico para combatir el vicio orgánico; la hipertrofia llevaba rápidamente la enferma á su terminacion fatal. Era cuestion de dias, quizás de horas.

Tendria derecho á presumir, por mi parte, despues de haberte oido, que una violenta escena íntima, coincidiendo con la que tuviste con de Sélis, por la misma causa y sobre el mismo hecho, en la habitacion de la enferma—haya influido de un modo considerable en su grave estado físico; y á ser cierta esta sospecha, no deberiamos extrañar el sensible é inmediato desenlace.

Calcula sus efectos. La muerte de su protectora affigirá á Brenda en la medida de sus anteriores infortunios; pero, al quedar de nuevo sola en el mundo, ha de sentir la necesidad de un consuelo que nadie podrá ofrecerle, sinó aquel que la hizo llevar luto desde su primera juventud, y que es precisamente el que ella ama y no olvidará un instante en la soledad de su dolor. Estarás presente en su espíritu y contigo ha de soñar; te acariciará á toda hora, preguntándose qué pena ha de imponer por una culpa inexpiable á su noble caballero, besándote en el misterio sin permitir que tú la beses, y gozándose en los deliquios indecibles que la ilusion crea en los grandes y perdurables amores.

¿Deseabas que te hablase así?

—¡Oh, gracias, amigo mio!—exclamó Raul, en un momento

de efusiva gratitud. Tus palabras me llenan de dulces esperanzas.

Pero,—añadió con acento bajo y conmovido,—ellas irradian al penetrar en mi espíritu, para desvanecerse como hermosos juegos de luz, al frío soplo de la realidad... ¡Páreceme imposible!

—¿Imposible? No lo veo así. No se trata de la Yocasta de Edipo, ni de la Jimena de Corneille—á quien el gran trágico exhibe en la terrible actitud de tender la mano al matador de su padre, mientras llevan á éste al cementerio; de su padre á quien el amante mata, sabiendo que lo era! Tu situación moral es distinta, y el hecho en que se funda natural y lógico, por las contingencias del conflicto en que se produjo.

Los años pasan sobre esa aventura de guerra civil, el acaso te acerca á la huérfana, interviene una pasión robusta, y cuando sueñas con realizar tus votos, se rompe un secreto que debió guardar la piedra de la tumba:—¡tú eras el causante de esa orfandad!

Mas como todo daño se indemniza y todo infortunio se compensa, por ley natural cuando no escrita, siempre que dos organismos selectos sepan compenetrarse, infundirse el uno al otro sus noblezas y abnegaciones profundas, ¿por qué dudar Brenda de la dicha, y tú de su perdón?

Raul, levantándose, estrechó la mano de su amigo con cariño, diciendo, entre alentado y vacilante:

—Lo meditaré.

Mi voluntad es fuerte; pero toda su energía no basta á arrancarme en pocas horas esta impresión penosa:—¡que ella ha de irse lenta y paulatinamente, como el amor vino!

—No lo niego; y difícil sería que otro en tu caso dejara de doblegarse.

Cuando la metralla destroza á un héroe las dos tibias, no es cierto que su bravura acalle por completo los gritos de la carne: la entraña se encoge y el tronco se retuerce.

Hay sufrimientos morales que superan á la congoja del héroe. Pero, sin ellos, ¿habría seres superiores?

Empieza á meditar, amigo mio, y adios.

Sabes que un compromiso serio reclama mi presencia á esta hora en cierto sitio.

Cuenta conmigo, despues. Confio hallarte más tranquilo y mejor dispuesto, á mi vuelta. ¡Alza, corazon!

Los dos jóvenes volvieron á oprimirse sus manos, sonriendo.

Raul acompañó á Zelmar hasta el peristilo, en seguida, deseándole un feliz éxito en la mision profesional recomendada por Areba.

Bafil dió orden á su cochero de conducirlo á la calle de Médanos, á una casita solitaria, de propiedad de la señorita de Linares, situada cerca de la costa.

A pesar de los primeros tortuosos trayectos, la distancia podia ser fácilmente recorrida, una vez que hubiese entrado el carruaje en la calle de Cebollatí.

Zelmar miró su reloj. Marcaba las cuatro y media.

—Te doy quince minutos—dijo al auriga.

El coche arrancó con la mayor celeridad.

XXXVI

A U T O P S I A

El trágico fin de Gerardo y Cantarela, sorprendió á la señorita de Linares en medio de los graves conflictos por que pasaban los moradores de la casa-quinta de Nerva.

El señor Perea la llevó la noticia en el acto que llegó á su conocimiento, penetrado como lo estaba, del especial interés de la jóven por la suerte de la infeliz pescadora.

No se hallaba ella preparada para esta impresion, y por lo mismo hubo de conmoverse hondamente.

Pensó en Zelmar...

El jóven médico, debía llegar en ese, ó al siguiente dia.

Es justo que asista á sus exequias,—se dijo Areba.

A él se debe la extincion de una familia. ¿Qué mucho, que sufra un poco? ¡Hay expiaciones severas para los delitos que la ley no pena, y en cuyo rigor no creen los soberbios!

La justicia habia intervenido, instruyendo un sumario. Depusieron en él los pescadores què habian retirado los cuerpos de la red corbinera; pero, en sus declaraciones se limitaron á los hechos producidos, hasta el instante en que Gerardo se dirigió á las pesqueras con la jóven. No olvidaron consignar que su infortunado compañero padecia de mal caduco, desde algun tiempo atrás, y que en el dia del suceso estaba muy pálido y triste.

El cadáver de Cantarela exhibia signos elocuentes de un crimen; y á los efectos de un informe médico-legal indispensable, designáronse dos facultativos, que deberian expedirse en el acto de practicada la autopsia.

Uno de ellos, era de Sélis. Areba le manifestó su deseo de que coadyuvara al informe el doctor Bafil, que acababa de rendir sus brillantes pruebas en Buenos Aires, y cuyo regreso se esperaba en esos momentos; para lo cual, ella recabaria su adquiescencia, en la seguridad de no ser desoida. De Sélis defirió cortesmente.

¿Podia acaso, rehusarse á nada de lo que le pidiese Areba, á cuyas hábiles maniobras, debia él haber asestado un golpe mortal á Raul, y de cuyos efectos una y otro se prometian incalculables ventajas en beneficio de sus pasiones?

Para la operacion del reconocimiento científico, Areba habia cedido la pequeña casa de que hemos hecho mencion, y adonde fué trasladado el cadáver de Cantarela, el dia del suceso, por la noche.

Con ese objeto, se arregló urgentemente una pieza espaciosa con ventanas al patio, bañada de luz profusa, proveyéndola de los muebles y útiles indispensables.

El cuerpo estaba sobre una mesa de piedra blanca y lisa, cubierto con un paño, del que se exhalaban sùtiles aromas, como si todo lo hubiese preparado una mano de mujer.

Veíase en el suelo un ataúd forrado de negro, con chapas de bronce, y encima de él, una corona de cuentas negras, sin iniciales ni lazos de moaré; sencilla ofrenda anónima, allí arrojada por el deber piadoso.

Cuando Zelmar llegó, de Sélis y el otro médico,—que era un hombre sério y frio, barbicano, de pocos cabellos, frente ámplia y mirar firme y sereno,—examinaban atentamente la cabeza y cuello de la víctima.

De Sélis tenia los brazos remangados. Sobre una silla se veia abierta una caja de cirujia, llena de esos delicados instrumentos de acero, tan límpidos como un cristal de roca, que en la mano suave y segura de un hábil profesor, parecen convertirse en apéndices metálicos de sus nervios tranquilos ó de sus dedos de mujer, que aunque las toquen, nunca ajan las rosas.

Habia sobre la ancha mesa al lado del cadáver, un bisturí y un cuchillo pequeño, propio para el corte de partes blandas, que no debia emplearse hasta la llegada de Zelmar.

Al ruido de sus pasos, sus dos colegas salieron al encuentro, y cambiáronse entre ellos los saludos y obligadas frases de estilo. Bafil pidió disculpa, por el retraso de cinco minutos sufrido; y dejando sobre un mueble su sombrero, tiró de los guantes de fino hilo que cubrian sus manos, avanzándose unos pasos hácia la mesa, donde fijó su mirada rápida é inteligente.

La vividez de la luz solar, ponía de relieve las menores líneas y detalles de la cabeza de la muerta.

Al principio,—tan desfigurada estaba,—Bafil mantuvo su mirada aguda, profunda, clavada en aquella cabeza, como inquiriendo en sus perfiles la razon de la sorpresa que le sobrecogia; pero, luego que dió un paso más, maquinalmente, y arrancó con increíble ligereza el paño que encubria el tronco, algo semejante á una conmocion eléctrica crispó todos sus nervios, y ahogó un grito en su garganta, que trascendió en forma de espiracion ronca y violenta.

Los otros médicos se miraron.

Zelmar permaneció inmóvil, con la vista fija en la mesa. Estaba yerto. La sangre se habia retirado de la periferia, y reflua á su corazon á saltos tumultuosos, al punto de sentirse casi vencido, por un instante, aquel temperamento enérgico y varonil capaz de resistir entero las más fuertes luchas, los demás serios sinsabores presentidos; pero no lo imprevisito!

La cabeza de Cantarela,—el semblante hermoso que él habia llenado de caricias en sus horas voluptuosas, de muy cercanos dias,—presentaba un aspecto lúgubre y horrible.

Tenia la boca casi abierta, las encias y los labios amaratados, saliente la extremidad de la lengua, de un color negro

de crespon; las mejillas cubiertas de manchas, los ojos fuera de órbitas, la frente sajada, —cual si en ella hubiese alguno trazado círculos con la punta de un puñal. Todos los signos imborrables de una muerte violenta se descubrían en aquel rostro alterado, que era apenas un trasunto irónico del semblante encantador del hada de las costas. ¡Qué expresión desesperada en esta máscara verdi-negra!

Un brazo habia quedado encogido, y la mano parecia llevar sus dedos al cuello, en parte circuido de manchas violáceas; la piel de las sienes presentaba pequeñas heridas, de labios ó bordes incoloros, sin duda por la acción del agua marina; el seno estaba intacto.

De Sélis se fué acercando á la mesa; y creyendo interpretar el pensamiento de Zelmar, despues de seguir su mirada penetrante y escudriñadora, se apresuró á decir:

—Observa V. el cuello. En realidad, he notado tambien ahí las huellas de una mano, que debe haber sido de un vigor nada comun. Examine V. de más cerca, y podrá percibir las señales de los dedos: aquí se han cerrado, como grandes pinzas de acero, hundiéndose en los tejidos y oprimiendo la tráquea, hasta producir la asfixia.

Diré á V. Esta jóven convalecia de una fuerte fiebre que la postró por algun tiempo, y su físico se encontraba muy delicado y débil en los momentos en que fué víctima de una venganza, al parecer. Tuve oportunidad de asistirle en su dolencia. A mérito del régimen prescripto, hacia ayer su primer ejercicio en una barca por el rio, acompañada del pescador que con la de ella, concluyó su vida. Segun mis datos, este pescador padecia de epilepsia...

Zelmar, interrumpiéndole, sin prestar atención á sus palabras, le miró de una manera que hubo de inspirarle inquietud. El jóven esforzó una sonrisa, murmurando:

—¡Asfixia por estrangulación!

Su acento era extraño. Parecia hablar consigo mismo, sin preocuparse para nada de la presencia de sus dos colegas.

Sus ojos volvieron luego á fijarse con honda insistencia en las facciones de la muerta, y algunas frases entrecortadas salieron como soplos de su boca; verdaderos desahogos de un sollozo, dominado en su intensidad por un esfuerzo supremo.

—Nótanse lesiones interesantes—dijo el médico de la barba

cana,—en los parietales; muy especialmente, en el izquierdo. Se reconoce á primera vista que la cabeza ha sido sacudida contra un objeto sólido y consistente, tal vez contra las banquetas de las bandas ó las barras del lastre; y esto ha debido suceder, cuando la víctima sostenia lucha con el que la oprimia ya el cuello, con la fuerza de una tenaza. Advierta V. la posicion de ese brazo, enarcado y contraído, y los rasguños en los dedos; la víctima, oblutando enérgicamente, parece haberse desgarrado la piel con sus propias uñas. En el parietal izquierdo, se percibe un ligero hundimiento.

—Cortaremos en esa parte la cabellera—repuso de Sélis,—antes de sajar la piel del cuello. Creo que el exámen debe empezar por las lesiones del cráneo.

En seguida, extrajo de la caja una tijera.

Bafil se puso bien cerca de la mesa, más reposado y frio, y dijo con acento frio:

—¡Ni cortar, ni sajar!

De Sélis se quedó mirándóle, con el instrumento cortante en la mano, y pasando los dedos de la otra por sus hojas,—un tanto sorprendido.

—Es necesario en mi concepto—objetó.

—Pero no en el mio.

De Sélis se encogió de hombros; el otro médico movió la cabeza.

Ambos cambiaron una mirada de inteligencia.

—Opino como el doctor de Sélis,—dijo aquel—y aun cuando el señor discrepe, el cometido impuesto debe cumplirse de una manera concienzuda.

—¡Es elemental!—exclamó de Sélis, sonriendo con cierta agitacion nerviosa, y llevando la mano á la espléndida cabellera de la muerta.

—Está demás la leccion—repuso Zelmar, con la frente nublada y el labio trémulo;—mis motivos tendré para oponerme á que se profane ese cadáver. ¡Absténgase V. de cortar!

—¡Caballero!

—¡Extraña conducta!

—¡Pese á los dos!—prorumpió Bafil;—me opongo, y no se ha de hacer.

De Sélis puso un gesto desdeñoso, é introdujo la tijera en el cabello.

Zelmar, rápido y osado, dejó caer su mano fornida y potente como una zarpa leonina sobre la de Lastener, arrancándole el instrumento; en tanto que le azotaba el rostro con los guantes, cogidos por la otra de las bordillas.

De Sélis intentó arrojarse sobre él, iracundo; pero el médico grave é imposable de barba cana, colocóse en medio, y alzó su voz, diciendo:

—¡Nada de pugilato indigno, en nombre de la ciencia! Tiempo sobra para lavar ofensas, y nunca es tarde para el desagravio.

Nuestra mision ha concluido, doctor de Sélis; respetemos la razon íntima y secreta que puede haber impulsado á este caballero á oponerse de un modo violento al exámen sesudo y científico del cadáver; pero declinemos en él tambien nuestra responsabilidad, por completo, desligándonos en este acto mismo de un compromiso triste y enojoso. ¡Dígnese V. acompañarme!

Zelmar, de brazos cruzados junto á la muerta, pálido y resuelto, miraba con altivez á su adversario.

De Sélis, arrastrado algunos pasos por su colega que le habia asido fuertemente del brazo, obligó á éste á detenerse un instante, y dirigiéndose á Bafil, dijo, reprimiendo sus arranques de reconcentrada cólera:

—¡Nos volveremos á encontrar mañana, si su coraje tanto rebosa!

—¿A qué hora, y dónde?

—A las diez, en Toledo.

—¡Allí estaré!

Los dos médicos salieron.

Cuando Zelmar se vió solo, pasóse la mano por la frente cual si pretendiera calmar así el rigor de su negra pesadumbre.

A ella se impuso su fortaleza de ánimo y reflexionó.

Reconocía á Areba en aquel golpe rudo, —¡el designio oculto, quizás! —á que se habia referido Raul por intuicion, cuando le hablara él de sus esperanzas. El convencimiento llegaba de súbito, y era eficiente; no debia persistir más. Areba no podia amarle; en cambio, él se encontraba en aptitudes de destruir todos sus proyectos. ¿De qué manera? Lo dirian al dia siguiente, el valor y la destreza.

En tanto, ¡qué trágico fin el de la pobre Cantarela! Allí estaba rígida y yerta, pareciendo que la habían puesto un antifaz horrible.—¡jella, tan hermosa, apasionada y ardiente!

Contéplábalasombrio.

Aquellos ojos saltados y vidriosos, que en otrora trasmitiesen á lossuyos el dulce fluido del amor, aquella boca que quemó la de él con fuego inextinguible, aquellas manos que jugaron con sus cabellos, temblantes de ternura, aquel cuerpo esbelto y flexible que ella dió en cange de su cariño y aquella cabellera de ondina, negra y profusa, en que se envolviera su busto mórbido en las noches de deliquio—¡qué aspecto lúgubre presentaban!

No pudo el jóven resistir por mucho tiempo el desnudo realismo de este cuadró; y cubriendo con la manta los desposos, de allí se arrancó lleno de dolor.

XXXVII

SOLILOQUIOS

En la noche del mismo dia en que ocurrió el incidente, Areba esperaba la visita del doctor de Sélis, con esa natural impaciencia de la que ha madurado un plan interesante y se promete un éxito satisfactorio.

Paseábase por el gran salon de recibo, halagada por cierto contentamiento íntimo, al acordarse de Zelmar; é invadida por contradictorias dudas y opuestas emociones, al hacer memoria de Raul.

Las pretensiones de Bafil respecto á ella, no se conciliaban con su actual estado de ánimo; aparte de que, siendo él el amigo preferido de Henares, y por lo mismo el depositario de sus confidencias, convenia alejarle de la escena, despues de someterlo á una prueba de conciencia y á un severo desengaño. Este alejamiento, en concepto de Areba, debia seguirse

á la impresion grave, presumible, ante el cadáver de Cantarela, á quien él juzgaba llena de fuerza, lozania y hermosura, aguardando su regreso; impresion harto inesperada y violenta, para no doblegarle y abatirle, á pesar de los bríos de su carácter y de sus escépticas ideas sobre la vida mundana.

Cierto es que Areba, al principio, tuvo por Zelmar acentuadas preferencias, distinguiéndolo entre sus adoradores, sin reserva alguna; pero, no lo era ménos, que ese afecto especial habia empezado á decaer desde el lance en el Paso del Molino y concluido por extinguirse al brotar la pasion real y vehemente, engendrada por Raul Henares, más que al trascender y divulgarse los ocultos amores del gallardo libertino.

Ella lo temia todo, de su intimidad peligrosa con Raul. Eliminado en cambio, de la accion; léjos del terreno asignado al desenlace, por ella previsto, fácil era que la fuerza misma de las circunstancias aproximase á Brenda y de Sélis, é hiciese ménos sensible la distancia entre ella y Raul!

Mucho la sonreia esta ilusion. Y ¿por qué dejar de acariciarla? En el peristilo de la casa de campo, despues del encuentro con de Sélis, Henares habia tenido para ella frases respetuosas, suaves, sin hiel, frases que aun resonaban en sus oidos, como los lamentos de Brenda durante toda una noche. "Hay un principio de justicia, decia él, que no permite condenar á un reo sin oírle... Sea V. piadosa, si escuchare que me condenan!"

Y reproduciendo estas palabras en su interior, Areba, se decia á su vez:

¿Quién podia condenarle? De labios de Brenda, no recogí un solo reproche; que para todo le faltaban fuerzas ménos para el sollozo.

No era capaz de odiar, un hombre que hablaba así. ¡Idea consoladora, la de no ser odiada!

Dora mis pobres ensueños.

Brenda en su lucha sorda con las memorias venerables y el cariño y la gratitud del presente, cuándo parece que ya expira la que ha sido su segunda madre, sin haberla manifestado otro deseo que el de una union posible con de Sélis, quizás se inclinó á meditar, y bastaria ese fenómeno sobre su sensibilidad exaltada para que él tiempo preparase é hiciera ménos duro el sacrificio.

¿Nada pueden y en nada influyen acaso, los grandes debe-

res, los vínculos estrechos de sangre, la voz del corazón que se rebela contra el olvido, la pureza de alma que resiste á la tentación?

Algo se debe conceder á la lógica de la propia vida en sus combates con el dolor, á la herencia, al orgullo del nombre, á los arranques naturales, á las exasperaciones de un duelo profundo.

Verdad que Raul Henares no es un delincuente para los demás; pero, para Brenda no puede dejar de ser nunca el matador de su padre. Aquí está el conflicto sin término, el recuerdo indeleble, la pena incurable. Privar que se acerquen, es lo discreto; será fatal que se hablen, se consuelen, se arrullen arrastrados por su destino. Estos reencuentros borran toda una historia, sin dejar de ella más que la parte de adorable claridad. ¡Oh! ¿por qué no dudar? Vano sería tal vez todo empeño, si se volvieran á ver antes que de Sélis recuperase la dulce estimación que precede siempre al consentimiento, se esté ó no apasionada. Sucedería seguramente lo último, en caso de que esa estimación renaciese.

Pero, ¿sería, eso posible?...

Areba se quedó pendiente de esta pregunta, con un dedo en los labios y una sombra en el rostro. Tropezaba con la duda más seria. Púsose luego á recordar.

De Sélis había pasado largas horas á la cabecera de la enferma, consagrándola todos sus esfuerzos con un celo recomendable; y seguía recurriendo á los medios más heróicos para arrancarla á las garras de la muerte. En sus atenciones con Brenda, después del encuentro con Raul, la delicadeza y el tacto exquisito de su proceder habían sido irreprochables, hasta el punto de haber merecido de la jóven alguna palabra benévola.

Esa solicitud cariñosa con la anciana y esa conducta delicada con la huérfana, podían constituir un principio de reconciliación ó de armonía, precursora de una tolerancia amistosa que permitiese esperar todo de la obra del tiempo; y de Sélis tenía que desenvolver la mayor suma de habilidad, en sentido de precipitar esa acción é inclinar el ánimo de Brenda á una actitud resignada con su destino...

Así pensando, Areba se apercibió de pronto de la demora de Lastener.

No pudo ménos de extrañarla, porque él habia prometido estar allí á la hora de costumbre. ¿Se hallaria acaso, junto al echo de la señora de Nerva? Esta sospecha tenia visos de fundada. El estado de la anciana era gravísimo, y exigía siquiera como un deber ó un consuelo, un auxilio médico permanente.

Pero, Areba habia resuelto pasar esa noche en la quinta, como otras veces; y desde luego su impaciencia en conocer el resultado de la autopsia del cadáver de Cantarela y las impresiones experimentadas por Zelmar, podria satisfacerse en breves horas, así que ella se avistase con el doctor.

Dió sus órdenes, cuando el reloj del gabinete señalaba las nueve y media.

Instantes despues, ocupaba su carruaje, en compañía del Sr. D. Leoncio Perea, persona indispensable para todas las comisiones discretas y delicadas, y por cuyo intermedio la señorita de Linares recibia siempre los informes concienzudos que determinaban sus actos decisivos. Era un edecan sin reemplazo posible, para sus asuntos íntimos. Todo se le confiaba, y nada salia de él. Semejante á una cripta llena de tesoros, el secreto de su boca solo pertenecia á Areba.

Contra todas sus esperanzas, la jóven no se encontró en la quinta con el doctor de Sélis; circunstancia que no dejó de preocuparla. La enferma seguia en el mismo estado.

Estos datos le fueron comunicados á la entrada, en donde ella se detuvo, para trasmitir ciertas instrucciones al señor Perea.

Mientras lo hacia, alcanzó á distinguir como una sombra, en la ventana iluminada de Raul,—que se divisaba claramente desde la verja.

Areba sintió una emocion dulce, extraña, indefinible. ¡Aqueila sombra debia ser la de él! Parecia inclinado hácia afuera, inmóvil, en posicion de escuchar los ruidos de la noche; cual si en ellos esperase recoger algun éco interesante, alguna nota expresiva que pudiese partir de la cercana vivienda.

Areba se entró, suspirando.

La sombra que ella habia visto, era la de Raul, en realidad.

En toda esa tarde desde el instante en que le dejara Zelmar,

el jóven ingeniero no se habia movido de su gabinete de estudio.

Pasaba por esas transiciones de ánimo y ese estado de excitacion que se siguen á los grandes quebrantos, una vez que el espíritu ahonda el problema, ó empieza á medir el alcance verdadero del golpe que lo ha anonadado, en las primeras horas.

Las palabras de aliento de su amigo, le habian conmovido apenas; comprobándose el aserto de que nada es tan difícil, como llevar la persuasion á un corazon lacerado, y nada tan fácil como la recaida en las cavilaciones que sugieren los intensos dolores morales.

Una idea le mortificaba, constante y cruel, una idea que parecia resumir toda su vida sicológica del momento; y esta síntesis fatal de sus devaneos y pesares, era la de que su adversario se hallaba en mejores condiciones que él para aspirar al triunfo, tantas veces soñado y apetecido por los dos. ¿Podia él ocultárselo, acaso? N6. ¡Al fin, Lastener de Sélis no era el matador de Pedro Delfor! Contaba á más con la influencia y el beneplácito de la señora de Nerva.

¿Qué grado de energia podia oponer la huérfana á estas compulsiones morales, que debian obrar simultáneamente en su espíritu con mayor fuerza, en el caso probable de muerte de su protectora? Todo bien considerado, el horizonte presentaba oscuras perspectivas, ya que no claros lineamientos de una solucion cierta é inevitable. Verdad que á él quedaba un recurso extremo, aunque aleatorio,—recurso de fuerza sometido al azar, que siempre habia desechado con levantados sentimientos. Ahora, el rigor de la pena lo inducia á acariciarlo nuevamente, y á forjarse sobre su éxito risueñas creencias é ilusiones.

No hacia cuestion consigo mismo, del derecho que á ello le asistia: un lance personal quedaba justificado por los mismos antecedentes del antagonismo con de Sélis; lance cuya iniciativa no creyó le correspondiese, mientras pudo reinar sin sombras en el corazon de Brenda, pero que, en el momento actual, él debia asumir como la única actitud lógica, conciliable con la gravedad de los hechos y lo insólito de su posicion.

Para provocar ese lance, bastaria un nuevo encuentro,

una mirada agresiva, una palabra enconada. ¡Los dos guardaban serios agravios!

En medio de su soliloquio, Raul sintió que en el fondo de su sér se removian gérmenes de odio; y acusando á la fiebre que le encendia la sangre, oprimióse con ambas manos la frente, y fué á apoyarse en el alfeizar de la ventana, ansioso de aspirar la fresca aura de la noche.

Fué en ese instante, que Areba alcanzó á percibirle.

XXXVIII

DUELO

Pasadas las doce del dia siguiente, Julieta, llena de agitacion extraordinaria, sorprendia á Areba en su gabinete. Graves eran los motivos de esta visita, y así se apresuró á manifestarlo, echándose atrás el velo sofocada y haciendo difíciles volteos de abanico.

Corria por la ciudad el rumor de un duelo, realizado por la mañana entre Bafil y de Sélis, y del que este último habia resultado muerto, segun las versiones más autorizadas. Las causas del lance, parecian provenir de diferencias serias producidas en el acto de darse principio á la autopsia del cadáver de Cantarela. Zelmara se habia opuesto resueltamente al procedimiento autóptico, contra el dictámen de sus dos colegas, y llegado hasta poner la mano en el rostro de Lastener de Sélis, quien se habia retirado, despues de provocarlo á duelo, mediante la intervencion prudente y discreta del otro facultativo.

Mientras oia todo esto, Areba, que habia experimentado diversas y violentas impresiones, oprimiéndose el seno con ambas manos para reprimir impetuósos latidos, no pudo ménos de exclamar á voz herida:

—¡Qué he hecho, Dios clemente!...

Julieta se interrumpió.

Viéndola ponerse excesivamente pálida, con los ojos muy abiertos y el pecho palpitante, cogióla de las manos, solícita y tierna en apariencia, como llamada á su vez á cuentas por el sentimiento que humedeció los suyos; y agregó llena de fingida ansiedad:

—¿Qué te pasa amiga mia?... Tal vez he sido imprudente al comunicarte estas cosas terribles, sin exordio preparatorio. Discúlpame. La noticia hacia nudo en mi garganta, y me era necesaria la expansion, so pena de sufrir despues algunos grados de fiebre... ¿Quieres aspirar un poco de esencia?

Y en el acto la acercó un frasquito de cristal fino, con fuerte espíritu de mil flores, que ella no olvidaba nunca guardar en la escarcela, como un atenuante de sus vértigos pasajeros ó de sus dolores neurálgicos.

Areba la rechazó suavemente, y dijo, cual si quisiera aparecer superior á su emocion:

—¡No! Ya pasará. Deseo que prosigas, y me trasmitas todo lo que sepas al respecto, pues no ignoras que promedia un grande interés amistoso, aparte de circunstancias de otra índole que me afectan de cerca. Habla sin recelo, amiga mia; y repíteme la version que juzgues más acertada, entre aquellas de que te haces eco.

Así requerida y facultada, Julieta Camandria abrió de súbito las válvulas de su impetuosa locuacidad, adornando su relacion con cien detalles ó relieves caprichosos, al extremo de trasformarse la aventura en una historia fantástica de Poë. Expuestos los hechos y antecedentes del caso con tan extraño colorido, Julieta llegó por fin al episodio del lance, á modo de quien, trás de fatigosa carrera, alcanza á poner el pié en el estribo del tren cuando suena ya el silbato de partida. ¡De tal modo temia que se le escapasen los pormenores del desenlace,—que en rigor solo se conocian en parte,—entre el torbellino de versiones, conjeturas y comentarios que surgian de su boca hasta provocar mareos!

—¡Me presumia algo análogo, Areba!—agregaba, nerviosa, apartándose los rutillos de la frente, y componiéndose á dos manos un tembleque con flor de perlas que lucia en mitad de la cabeza, como un penacho de cacatua.

El lance fué en Toledo, á los fondos de una quinta de Casilda; á la espada, y á muerte. A los pocos momentos, de

Sélis recibió la herida. Dicen que falleció en el camino, al regreso. De Zelmar nada se sabe; ha desaparecido...

Me ha parecido bien esta resolución de su parte, mi querida amiga; era él ya una piedra de escándalo en nuestro medio ambiente. La crónica registraba todas las semanas algún hecho alarmante, con excepción de este mes de ausencia; amorios nada lícitos, ya sabes. la de Silvano!... No se ha hablado de otra cosa, con motivo del suceso; esa mujer queda en descubierto. ¿Y qué me dices de Irma? ¡A la vista está!... La había empeñado él palabra de matrimonio, que la muy inocente creyó de buena fé. ¡Ya la tiene buena! Este suceso del lance ha venido á hacer olvidar un poco en nuestro círculo el tremendo episodio de Raul Henares. ¡Oh! Ese sí que es un hombre distinguido. Pienso como tú. Su desgracia aflige aun á los que solo lo conocen por su noble conducta en el Paso del Molino, cuando corrió á nuestro socorro con tanto denuedo. Todas las simpatías son para él: es un sér de prestigio misterioso que va invadiendo todos los corazones y llenando de esperanzas la mente de más de una soñadora. ¡Feliz del que cautiva con solo el nombre!...

—¡Oh, calla, Julieta!—dijo Areba estremeciéndose. Me recuerdas á la pobre Brenda, y á su protectora que espera de un instante á otro dejar el mundo, y mi deber, de acompañarlas por largas horas, en medio de tantas tristezas y pesares.

—¡Qué cúmulo de desgracias, amiga mia! Te compadezco de veras por el profundo interés que en ellas te tomas; pues parece que en rigor sufres sensible quebranto. Observo desde hace días en tu rostro, en tu aire, en tus palabras, en tu figura misma, que pasas por crisis morales nada convenientes á tu salud; en este momento estás muy pálida, Areba; y quizás me ocultas que no te sientes bien.

—No lo creas—repuso ella con firmeza. Efecto de las veladas. Aparte de esto experimento emociones naturales, sentimiento, pena, no solo por lo que ocurre en la quinta de Nerva, sino tambien por el hecho inesperado y luctuoso que acabas de comunicarme. De Sélis era un amigo de méritos.

—Bien lo comprendo. Se duele una por acción refleja, según los términos de moda; y tal me acontece!

Con las seguridades que me das, voy á dejarte, pues á las

dos debo hallarme en casa de Lesbia. Es otra de las admiradoras de Raul Henares. ¡Adios, querida amiga! Deseo que te tranquilices pronto, y que cesen tus afanes.

—¡Gracias!—contestó Areba, rebotando de amargura.

Cuando Julieta hubo salido, quedóse mirando el suelo, grave é inmóvil, cual si recién sintiera sobre sí el peso enorme de aquella catástrofe, no incluida en sus cálculos y combinaciones.

¡Todo se derrumbaba por su base arrastrando ensueños y esperanzas! Zelmar abría á su amigo la puerta de la fé, batiendo el terreno hasta derribar el obstáculo. Su accion habia sido proficua. ¡Y era ella la que la habia preparado con propósitos distintos!... Empezó por reconocerse impotente para jugar con pasiones, á modo de piezas de ajedrez; á la evidencia estaba que traian en último extremo, lo imprevisto; y lo imprevisto podia ser, como en su caso, el estrago y el desastre. Con la muerte de Lastener de Sélis, la obra se destruia en el instante de su coronamiento; Raul y Brenda volverian quizás á mirarse sin zozobras. Ella ignoraba, por otra parte, qué grado de intensidad habria alcanzado el sentimiento en el ánimo de la huérfana, por la revelacion del secreto; despues de la violenta escena, en que esa revelacion se produjo, Brenda se habia reconcentrado en un mutismo absoluto, solo interrumpido, á no dudarlo, por los lamentos y el llanto solitario.

Pero ¿quién podia leer en su alma? Si fuese cierto que para los grandes amores no hay imposibles,—seria natural tambien suponer que en el fondo de su corazon llameara el cariño, voraz é inextinguible.

Esta idea reagravó en Areba la tristeza y el desconsuelo; y sintió ánsias de llorar.

Levantóse, y anduvo vacilante por el gabinete y la alcoba, sin saber lo que hacia; pensando en él, sintiendo que le amaba más; que por ella, habia expuesto su vida; y pues que era jóven, hermosa, opulenta, grata al beneficio,—él debía haberla querido.... á no ser Brenda!

Y esa odiosa de Julieta, que se habia estado complaciendo en hincarla su diente negro en el pecho, sin piedad, empezaba á hacerse digna de su menosprecio; fabricaba sus goces con el dolor ajeno. ¡Qué insistencia en hablarla de Raul, y

qué intencion p^{er}fida y maligna! Toda la hiel se le revolvia en la sonrisa y toda la hipocresia en los ojos. Esta criatura iba degenerando sin escrúpulos, y amenazaba concluir en monja revoltosa.

Lastener muerto... ¿Quién hubiera podido prever este golpe, de manos de Zelmar?

Raul no se gozaria en el hecho, porque era noble y generoso; mas, ¡cuán dichosa fuera, si pudiese leer en su pensamiento íntimo en aquellos instantes!... ¡Ay, no; que no habria para ella ni un recuerdo dulce y vago en el fondo de su alma, llena toda del esplendor de Brenda, como de una luz de estrella!

Areba dejóse caer en su lecho lentamente, y permaneció inmóvil, con el rostro vuelto hácia abajo, y las manos en las sienes.

Minutos despues, un temblor convulsivo agitaba su cuerpo; y prorumpia en profundos sollozos.

En esa misma hora, Raul, en posesion de la grave noticia, no experimentaba impresiones ménos amargas, y precisamente, contra la sospecha de Areba, erá ella la que absorbia su espíritu.

Una carta de Zelmar, que tenia en sus manos, se lo habia revelado todo. Esta carta habia sido escrita á bordo del *Sénégal*, que zarpaba en esa tarde para Europa; era tambien un adios al amigo.

Bafil describia á grandes rasgos, sus amores con Cantarela; y luego, de un modo suscinto, el incidente imprevisto, el duelo y la muerte de su adversario.

El nombre de Areba Linares, se mezclaba con frecuencia al triste relato, y sugeria á Zelmar sagaces reflexiones, que su amigo debia someter á una meditacion tranquila en obsequio á sus planes futuros. Por lo demás, el terreno quedaba libre.

El lance habia sido rápido, enconado y sangriento: un asalto, varios golpes de escuela, una parada falsa de Bafil, que facilitó al adversario correr el acero hasta el hombro en donde dejó una línea de sangre; y por último, en guardia baja, una estocada en el ijar,—que se diria en esgrima de florete, bote de arta obligada,—pasando el hierro vísceras y entrañas nobles, para surgir por la espalda de Lastener. Sobrevino

una hemorragia grave, y en seguida la muerte. Todo, en pocos minutos. ¡Diez bastaron, para destruir la obra lenta y laboriosa de Areba!

Zelmar añadía:

"Prescindamos de esta, que ha de aparecer negra aventura, en mis memorias del Parque de los Ciervos. Abandono á la avidez y á la saña de los malevolentes mi reputacion envuelta con los despojos de mi querida, para que hocen en ella, y me fulminen.

"El placer de confundirme, producirá en Julieta Camandria un baile de nervios y un cosquilleo delicioso de lengua, por dos meses. El vinagre cria vibriones; pero una mujer fea y mala propaga microbios. Ya verás qué ruido ocasionará su trompa, hasta aturdir el círculo en que nos hemos escaramuzado con frecuencia. Todo eso no puede sorprenderte. En pós de una caída, todos se asoman siempre presurosos al borde del precipicio, donde resbalara el desgraciado; y observan llenos de curiosidad en qué actitud llegará al fondo, ó en qué risco se abrirá el cerebello, ó qué grito final arroja, que pueda darles luz sobre los móviles íntimos: pues la gracia del caer, prescripta al luchador por el gusto estético cesáreo, es tambien impuesta hasta en el suicidio, por la sociedad moderna. No sé si he caido con gracia; pero, me avanzo á asegurar, que no deja de tenerla, eso de concluir con un semillero de intrigas y ambiciones, tan difíciles como un nudo de Gordium, de una flanconada formidable.

"El hecho es que en esta lucha, á pesar de todo, he conseguido aprender á desconfiar un poco de mis propias fuerzas. La agradezco este progreso... En cuanto á Areba ¡espléndida mujer! no será esposa de nadie, y es ella misma, quien se ha impuesto esta pena: rara, caprichosa, excéntrica, vivirá para el huérfano y para el mendigo. Ellos la verán envejecer, y tal vez llorar á la menor sensacion de disgusto; extremo forzoso á que arriba un organismo que ha sofocado sus expansiones en medio de los ardores de la misma juventud. Vigílala, sin embargo: ella te ama con todo el vigor del sentimiento, y por eso tentó alejarme de la escena para quedarse á solas contigo y batir el campo á de Sélis, hasta estrechar á Brenda entre el respeto á su protectora y la memoria de su padre. La temi-

ble flanconada vino en tu auxilio. Completará sus efectos, el fallecimiento probable de la señora de Nerva; pero, no olvides que Areba ha de sufrir cien vacilaciones antes de abdicar, y que los cariños obstinados de una mujer inteligente y hermosa suelen concluir por atraer y fascinar el corazón más duro.

"Mi gira durará dos años. Voy resignado. Estos contrastes no me abaten ni decepcionan. No he de buscar, pues, cuadros flamencos, ni la verdad desnuda de las hojas del Áretino, empapadas de lascivia, ni los voluptuosos delirios de Musset, ni las risas epilépticas de Espronceda en el festín de los senos palpitantes y de las carnes rosadas y calientes, ni las orgías en que brotan gritos de adulterio como un adiós al amor que se extingue, y un saludo al amor que viene, con pámpanos en vez de azahares, y caricias lúbricas en vez de castos besos; no he de buscar nada que ofrezca este sabor infernal, este prestigio tentador para los pechos sin consuelo, en el hueco de cuya entraña se enrosca la pena como una sierpe para hacerlos renegar de todo pudor y de toda virtud. No tengo por qué aturdirme. Mis dolores son proporcionados á las resistencias del cerebro; y bien pueden ocupar alguna cavidad, sin detrimento. Han de irse á su tiempo, lo mismo que se van en estacion oportuna las aves de funesto agüero que se asilan en lo alto de un torreón tallado en roca viva, en donde no han dejado de graznar aun en horas en que brotaban á raudales por las ogivas de la sala, rumores de fiestas y alegrías. Dichoso sería si un amigo como tú me acompañara en esta gira, á que el hábito me hubiera inducido, á no ser la necesidad. ¡Pero bien sé que eso no es posible! Debo concretarme á enviarte un abrazo, con mis votos más fervientes por tu dicha. ¡Espero verlos realizado á mi regreso!"

Como hemos dicho, esta carta produjo estupor en el joven ingeniero; aun cuando lo que le afectaba personalmente, no hubiese dejado fibra alguna, susceptible de mayores emociones.

Pero el acontecimiento era grave, y se vinculaba demasiado con su destino, para que él pudiera sustraerse á sus efectos.

Algunas horas lo tuvo abstraído.

Caía el crepúsculo, cuando arrancándose á sus profundas reflexiones y á la sorpresa que le causara aquel nuevo rasgo

caprichoso de la suerte que eliminaba á su rival de una manera tan inesperada,—se dirigia al interior de la quinta, en paseo maquinal y lento, reproduciendo en su memoria frase por frase, el contenido de la carta de Zelmar, y planteándose con nuevos elementos y otras proyecciones el problema del futuro.

Pero al pasar junto al seto, olvidó por un instante cuanto e absorbía, y extendió su mirada por los sitios linderos que él habia recorrido sin zozobras, en dias venturosos.

Allá, cerca de la gran puerta que daba á la calle del estan. que, reunidas en compacto grupo, distinguió varias personas de la servidumbre, qué parecian comentar algun suceso extraordinario. Si Raul se hubiese encontrado más próximo á ellas, habria podido observar rostros llorosos, y oido lamentaciones sinceras que brotaban de todas las bocas; pero á la distancia, estuvo léjos de presumir que aquel fuese un grupo de plañideras, limitándose á suponer que se tratara del trágico lance en que de Sélis perdiera la vida. Y al alejarse, ocurriósele una pregunta que era expresion de todos sus anhelos: ¿qué fenómenos pasarían en esos momentos por el alma de Brenda?

Ya que él no podia adivinarlo, debemos nosotros decirlo: un nuevo trance la anegaba en el dolor, y era este el último cuadro del drama doméstico.

La señora de Nerva acababa de morir.

XXXIX

UN AÑO DESPUES

Corrieron los dias.

A las tardes cálidas y serenas se sucedieron bien pronto los fugitivos crepúsculos otoñales, las mañanas de sol invernizo, las frias auras, los cielos oscuros, la atmósfera sin golon-

drinas, los bosques en esqueleto; los paisajes grises, las hilachas de hielo en vez de verdes hojas, pendientes de los troncos desnudos, como barbas de ancianos.

Pero, estos cuadros desolados se borraron también. Pasaron los meses, y la naturaleza empezó á sonreír tras su sueño profundo, con la gracia de una mujer bella que ciñe su cabeza con perfumada diadema, y se apresta á seducir desplegando todas las galas de juventud y esparciendo en su redor aromas, luces y esperanzas.

Volvieron las flores y las hojas, las legiones aladas, el sol resplandeciente, el aire tibio y puro, los horizontes diáfanos, las copas umbrías, dioramas espléndidos con sus jardines y bosques llenos de savia prolífica y vida exuberante: el tiempo se reproducía por ley inmutable sobre ruinas y recuerdos, y los mismos árboles viejos se vestían de lujo, echando su cana al aire al beso de primavera.

Nada había cambiado pues, al parecer, en las preciosas quintas de los suburbios, que volvemos á visitar después de un trascurso regular de tiempo: todo revelaba en ellas aquel esmero prolijo ó artístico cuidado con que se atienden los sitios predilectos, á que nos suelen ligar dulces memorias y misteriosos encantos.

Las quintas de Nerva y de Henares, con su verde y espesa vegetación arbórea, parecían formar un solo bosque.

Habíanse aumentado los ejemplares de naranjos, durazneros, nísperos, manzanos y cerezos; las higueras y nopales en estrecha alianza, confundían las ramas ásperas y las palas espinosas acercando á las hinchadas brevas los higos chumbos; los membrillos, ya sin flores color de carne, alargaban sus vástagos correosos llenos de velludos frutos hácia el seto, que cubrían con sus nutridas hojas verdi-plateadas; las grandes peras, sin sazón, encorvaban los flexibles gajos en compactos grupos, teñidas de solferino y verde-mar; en los extensos viñedos las cepas dirigían multitud de sarmientos á todos rumbos, llenos de racimos apiñados, que aparecerían después blancos, oscuros y color de rosa: ni una maleza, ni una zarza, ni un cardo se veía á lo largo de los agaves del fondo, al final de cuya línea de pitacos, distribuidos á trechos, como guías de granaderos, se percibía el extremo cónico de 1ª choza de Zambique,—hasta donde llegaban en confusas

espirales las silvestres enredaderas cuajadas de florescencia.

Desde la muerte del liberto, aquel lugar solitario no habia sufrido modificacion alguna. La choza conservaba en su interior todos los muebles y objetos caprichosos que pertenecieron al fiel negro, sin excluir la marimba que se mantenía junto al ventanillo, empolvada y silenciosa por siempre. En cambio, la naturaleza espontánea y pródiga, fecundando las semillas caídas alrededor, habia envuelto toda la choza en un espeso manto de parietarias, hasta cubrir la puerta por completo, cual si hubiera querido preservar la triste mansion de toda mirada indiscreta.

La calle que conducía al estanque, habia sido cubierta con enormes zarzos de hierro para sustento de numerosas viñas, despues de ser derribados los soberbios eucaliptos que adornaban los flancos.

El estanque parecia un inmenso vivero, por la multiplicacion extraordinaria de sus peces; en el segundo departamento zoológico, separado por un fino tejido de alambre, las aves de viva y hermosa pluma pululaban, como rápidos esquifes de fondos negros, rosados, blancos y cenicientos, —comprometidos en regatas de honor.

En una tarde apacible de verano, una jóven que vestía de luto, encaminaba sus pasos por la calle del estanque, acompañada de una niña de tierna edad.

Esta jóven habia estado sentada, momentos antes, en el banco de piedra colocado junto al seto, en la parte que daba al mar.

En el semblante blanco y bello de la paseante solitaria, podíanse notar esos signos inequívocos que graban en las facciones la adversidad y los dolores morales; esas huellas leves, pero elocuentes, buriladas por la cavilacion triste de lo que la vida enseña, en armonía con un aire de resignacion noble y tranquila, de que solo son capaces los organismos selectos, en las luchas despiadadas del corazón.

Al primer golpe de vista, seducia esta jóven por sus encantos sin artificio, de conjunto afligranado, por decirlo así, de formas tornátiles, de perfiles correctos, animados por una expresion dulce, sencilla y atrayente, que daba á su cabeza escultural un realce admirable.

Un tul negro encubria en parte su cabellera rubia.

Tenia los ojos de un azul profundo; el seno alto y turgente; las manos pequeñas, de afilados dedos, color de rosa pálida.

Fácilmente habrá reconocido el lector en esta jóven, á Brenda.

¿Cómo describir los fenómenos ocultos, las tránsiciones violentas, las faces graves de su vida sicológica, desde el dia de la muerte de su protectora, y desde el instante en que le fué revelado el secreto del encuentro trágico y fatal, entre su padre y Raul?

Cerca de un año habia trascurrido desde aquellos sucesos; y aun conservaba frescas, las emociones de entónces, abstraída en el culto de los recuerdos, indiferente á los cuadros de alegría extraña para ella, concentrada con fervor en la esperanza y en la fé á que los propios rigores del pesar suelen dar crecimiento y energia, cuando no las debilitan y destruyen en gérmen.

En la vida sicológica, basta para el goce una ilusion que quede: la ilusion es el nimbus de luz que rodea los ideales juveniles, y ¡cuánto hace un alma sensible por conservarla intacta, por mantenerla siempre, excitada y vívida, aun en medio de transitorias dudas y quebrantos!

Brenda habia sido declarada heredera universal de los cuantiosos bienes de la señora de Nerva, en cuyo tēstamento por acto público, así se consignaba, de una manera formal é irrevocable, sin cláusula restrictiva alguna, como una prueba del profundo afecto que la dulce huérfana mereciera en vida de su benefactora. En la misma escritura de últimas voluntades, se designaba la persona que debia ejercer la tutela, y que lo era el señor Enrique Linares, hermano de Areba, de elevada posicion social.

En posesion de esa fortuna, ella habíase sonreído con honda pena.

¿De qué la serviría?

Solo para hacer el bien; y al pensar así, la habia consolado la creencia de que á su noble protectora seria grato el destino que ella reservaba á sus riquezas.

El mundo habia hincado en sus plantas dolorosas espinas; y solia preguntarse, meditando en sus recogimientos prolongados, cuántos no sufrirían más que ella, y habrían menester de aquel exceso de opulencia.

Por el dolor propio habia alcanzado á penetrarse del dolor humano, desprendiéndose de todo sentimiento egoísta, —del ensimismamiento que aísla y no escucha más que una queja, que comunmente se juzga superior al lamento del infortunio extraño.

Y así cavilando, iba por fin su pensamiento á concentrarse todo entero en Raul; en aquel sér amado que habia muerto á su padre, meses antes que él la encontrara á su paso, cuando aun llevaba luto, y que no veia hacia mucho tiempo, sinó á través del húmedo velo de sus ojos, tal como quedó grabada en la mente enardecida su imágen, la última vez que escuchó su dulce habla y se extasió al mirarlo.

En los primeros tiempos, se habia limitado á acordarse, acordarse siempre! sin el deseo de volver á verlo.

No podia desasirse del fuerte lazo de un pesar rígido y severo.

Despues, llegó á sentir como un ánsia de mirarle, un poco, ó por lo ménos de saber de él...

¿Era esto, un crimen? Se estremecia, sin darse cuenta de su inquietud. Una noche soñó que lo habia visto, helado é indiferente.

Al despertar, creyó por largos minutos que aquello era cierto; y se habia arrojado del lecho, llorando.

Desde entónces, fué creciendo el deseo, vago en su origen, ardiente más tarde, de verle en realidad; de oírle, de observar en su rostro los efectos de la ausencia y los resplandores de la pasion,—que él parecia sentir en dias venturosos, como una necesidad suprema de su vida.

Areba, que se habia consagrado con extremo afan á las obras de beneficencia, retrayéndose poco á poco de los círculos en que descollase por sus méritos indisputables, solia acompañar á su amiga algunas veces; sin que en esas oportunidades, hubiese abandonado nunca su actitud fria y reservada respecto á Raul.

La muerte de Lastener de Sélis, que habia hecho en Brenda Delfor una honda impresion, parecia haber introducido en los hábitos y gustos de la señorita de Linares un cambio notable; á partir de aquel suceso dramático y sangriento, Areba concurría al templo con frecuencia, á los hospicios, asilos de expósitos y misteriosos lugares de pobreza ver-

gonzante, donde derramaba piadosa y discreta, nobles beneficios.

En la tarde de que hablamos, acababa de dejar á Brenda, cuando nosotros hemos visto encaminarse á ésta por la calle del estanque, hácia la glorieta.

La niña que iba á su lado, era una de las hijas de su tutor.

Meses hacia que la jóven no visitaba la quinta, y complacíase ahora en recorrer todos los sitios predilectos, que traian á su memoria recuerdos tan dulces y queridos!

A pocos metros de la glorieta se paró á mirar hácia la casa del lindero.

La ventana del gabinete estaba abierta; y este detalle, insignificante para otros ojos que los suyos, la conmovió...

En ese instante, la niña desprendióse de su mano, y echó á correr detrás de una mariposa blanca, con todo el goce radiante de la inocencia.

Brenda la observó un momento alejarse, y siguió caminando, muda y abstraída.

Ya en frente de la puerta, alzó la mirada vaga y triste; y en el instante mismo, ahogó una gran voz, alargando el brazo trémula, pálida, fria, como si una fuerza eléctrica hubiese crispado todos sus nervios.

Un hombre, con la frente baja, los brazos cruzados y el ceño adusto, se hallaba de pie en medio de la glorieta.

Era Raul Henares.

Brenda no se movió de su sitio.

XL

CLEMENCIA

Una breve mirada al pasado, ante todo.

En medio de los inesperados sucesos que á la partida de Zelmar, sobrecogieron á Raul, hallóse éste perplejo, sin reso-

lucion bastante para tentar por el momento paso alguno en sentido de acercarse á la huérfana.

¡Cuán difícil le hubiera sido eso!

Su espíritu habia sufrido quebrantos harto crueles y dolorosos, para determinarse, libre y enérgico, á asumir actitudes osadas, ó á afrontar un problema moral que se le ofrecia con dificultades mayores, que la más complicada ecuacion algebraica.

Su situacion le sumia en la inercia: el presente estaba oscuro: léjos, el albor del mañana: fresca y sangrando la ancha herida, en su pecho y en el de ella!

Resolvió alejarse.

Durante dos meses, Raul viajó por el interior del país, buscando otras impresiones, otra atmósfera, otra vida; pero, bajo el mismo cielo, en la tierra misma de la patria, no le fué posible devolver á su organismo lacerado la calma y el reposo.

¿Los encontraria, acaso, léjos de ella, allá en medio de sociabilidad extraña, donde nada reavivase las profundas amarguras de su espíritu?

Probó apartarse mucho.

Despues de algun tiempo de permanencia en el Brasil, trasladóse á Buenos Aires, recorrió las provincias del interior y cruzando la cordillera, que en dia no lejano ha de salvar la línea férrea en enormes serpenteales, se internó en Chile, la soberbia república tendida entre nidos de condores y espumas de oceano, entre paralelas de mares y montes excelsos, que la arrullan con música gigante de cráteres y de ondas.

Allí se mantuvo largos dias, dirigiendo una obra de fábrica.

Concluida su tarea, pensó en excursiones más lejanas.

Pero, sintióse débil ¡al fin! y cediendo al hondo anhelo de volver á ver lo que más habia amado, —presa de una nostalgia intensa y amarga, — decidió el regreso á las playas uruguayas.

Llegado, en medio de singulares emociones, dirigióse á su casa-quinta, en donde se propuso pasar algunos dias.

Selim le habia conservado su morada con un esmero digno de encomio. Todo estaba en orden y artísticamente dispuesto, desde el salon de recibo al gabinete de estudio.

Raul se encontró con varias cartas y tarjetas. Dos de

aquellas eran de Zelmar, dirigidas la una de Venecia y la otra de Paris. Su lectura fué muy grata, impregnada como estaba, de aquel espíritu gentil y ático, que tanto distinguia al jóven médico. Pedíale en la de última fecha, que le informase del estado de sus cosas íntimas, que él no podia olvidar ni un momento, aun en medio de los mil accidentes y seducciones de las grandes capitales.

Este reclamo, arrancó al jóven ingeniero una sonrisa de tristeza; y como si le impulsase irresistiblemente á una resolucion, de que hubiese una hora antes desistido, preguntó á Selim sin embozo ni reserva alguna, si sabia algo de la moradora de la quinta de Nerva.

Selim contestó que hacia mucho tiempo, que solo habitaba una corta servidumbre la casa vecina, desde el dia despues al de la muerte de la señora; pero que ocho dias atrás, habia tenido ocasion al inspeccionar los setos, de ver sentada en el banco de piedra á la niña, de luto.

Raul quedó sumido en una meditacion profunda.

Trascurrida media hora, se levantó; y resolviéndose visitar la quinta, bajó las gradas de la escalinata, siempre pensativo.

Varias veces se detuvo en las calles de árboles, aspirando con esfuerzo el aire tibio de la tarde.

¡Cuántos recuerdos!

Allí estaba la escena tranquila y solitaria del poema de otros tiempos, apénas separada del sitio en que posaba su planta, por un seto de arbustos, entre los que asomara ella un dia su cabeza encantadora.

Delante, la glorieta silenciosa, por cuyos arcos cubiertos de doseles de madreSelva, atravesaban en raudos vuelos las alegres golondrinas; más allá, la calle del estanque, los bosquecillos de naranjos y limoneros, el laberinto de sendas festoneadas de boj; hácia el fondo la línea de tunas, el banco de piedra, el vértice de la choza de Zambique, sobrepujando las verdes y flotantes bóvedas, como el cono de un templo africano en medio de las florestas.

¡Todo hablaba del tiempo que fué, remóvia fibras, renovaba en la vision los mirages del pasado ensueño!

Inmóvil estuvo Raul, con la cabeza descubierta, la mirada fija, fiebre en las sienas, de pié junto al seto, pensando quizás que aquel color de esperanza, flores y frutos, todo aquel pai-

sage de encanto y de luz, reaparecia misterioso á la vuelta de un año, con la misma facilidad que en el corazon humano la pena ahonda, marchita y destruye los ideales de la vida,

De pronto, cual si cediese á un deseo vehemente, el jóven se aproximó más al seto. No se veia persona alguna en el interior de la quinta de Nerva, que él podia dominar á su frente; reinaba completa soledad.

Raul salvó el seto, y fuése con paso firme y resuelto á la glorieta, donde se entró.

Fué la suya una determinacion súbita, como de quien se siente atraido irresistiblemente por una fuerza extraña y secreta, hácia un lugar que no se creia volver á ver, y que de improviso se exhibe ante los ojos sorprendidos, hiriendo en lo más vivo el recuerdo y convidando á meditar.

Cuando divisó á Brenda, creyó que soñaba.

La realidad tenia, sin embargo, que imponerse pronto; y una emocion profunda se apoderó del jóven, cuando ella al presentarse en la puerta, extendió su mano y sofocó un grito, bajándola luego, con la cabeza, para quedarse quieta.

Allí estaban los dos, el uno muy cerca del otro; temblantes, mudos, pálidos, sin moverse un paso, lo mismo que aquellas estátuas que se erguan blancas y silenciosas entre yedras y nutridos follages, en el cercano bosquecillo.

La sorpresa, les habia hecho contener hasta el aliento.

Poco á poco, fueron levantando las cabezas con timidez y desconfianza, y se miraron con la pupila fija y los párpados temblorosos.

Parecia que querian cerciorarse, con miedo, de que aquello no era una ilusion de los sentidos: se compenetraron; y al mismo tiempo, tal vez, creyeron que uno y otro arrastrados por su destino, habian puesto intencion y voluntad para aquella aproximacion.

Apénas más tranquila, dueña de sí misma, Brenda recogió un poco con la izquierda el crespon que cubria su cabeza; frunció el labio y le miró al soslayo, con aire inquieto y esa perplejidad adorable que en la mujer enamorada se traduce en estremecimientos y suspiros.

Raul, arrancándose de súbito á su situacion violenta, rompió el silencio, diciendo en voz baja y trémula:

—Ha sido necesario que llamase á mí, todas las memorias

gratas al espíritu... para atreverme á dar este paso, Brenda. Léjos estaba de esperar este encuentro; aunque algo me lo hacia presentir...

Quizás este deseo ardiente, duradero, que nunca se apaga, que me arrastra y subyuga; acaso, una ánsia profunda é intensa de ser oído, antes de sea olvidado por siempre!

La jóven asumió actitud grave y severa, al escuchar estas palabras.

Tenia el semblante casi transparente, el seno agitado, los ojos húmedos con una expresion extraña, que era mezcla de dolor, de altivez y de cariño.

Aquella voz llególa al fondo como un arrullo delicioso, en medio de las hondas tribulaciones que estremecian su sér; convencida de que no podria odiar ni maldecir, aun cuando á su eco, se agolparan á su mente las sombras de una historia fatídica y sangrienta!

Como le mirase muda y fria, Raul prosiguió:

—Yo bien conozco, que no tengo ya derechos...

Pero, séame concedido el consuelo de una confidencia íntima, como un descargo de conciencia; aunque ella renueve pasadas amarguras ó encone la herida abierta por la más negra fatalidad.

Yo diré lo que pasó, confesaré mi culpa, si pudó haberla, en quien no tuvo tiempo de odiar;—que no fué el encono el que armó mi mano, Brenda, para arrancar una vida, en otra hora, para mí inviolable y sagrada! sinó el grito de la carne y de la propia conservacion, en medio de toda la fuerza impetuosa y ardiente de la primera juventud...

—¡No fué el odio!—balbuceó Brenda, como aterida, la frente plegada, las mejillas ligeramente sonrosadas de improviso, y los ojos llenos de ese fluido extraño que parece condensar cien emociones.

¡No fué el odio!—repetia en tono muy flébil y dulce, cual si hablara á solas, poniendo su mano en el nacimiento del seno que ondulaba á intervalos á los golpes del corazon henchido de amores y de lágrimas.

¡Nunca lo supe bien!...

Y así diciendo, levantó los ojos de azul sombrío, que puso en los de Henares, con una expresion de ansiedad indecible.

Animóse Raul entónces, aventurándose en el relato:

—Pasó aquello en la guerra...

Los bandos estaban enconados y las pasiones embravecidas; pero, en el lance singular de que hablo, á solas, en frente de un adversario para mí desconocido, altivo y arrogante, en medio de un vado estrecho, sin poder retroceder ni avanzar, porque la muerte me aguardaba por doquiera, yo no estaba sin embargo, animado de rencor y de venganza, ni quise agredir el primero, aunque el deber me exigía sacrificarlo todo á mi paso, sin clemencia ni perdon.

Fué preciso que la lanza del coronel Delfor desgarrara mis carnes, y comprometiese seriamente mi vida, para que yo me decidiera á la defensa enérgica, de tan fatales resultados para él; y eso sucedió, cuando ya la sangre brotaba á raudales de mi herida, y no me quedaba otra solución en el duro trance que la de matar ó morir...

—¡Oh!—profirió Brenda cubriéndose el rostro con ambas manos, y avanzando un paso á impulsos de la emoción.—¿El, ¿herió el primero?...

—¡Sí!

¡Yo no tenía porqué odiarle!

Léjos uno y otro del centro de la acción, del fuego que enardece, del entusiasmo febril que circula por las filas, comunicando á los brazos una actividad implacable, y á las pasiones de partido una excitación profunda y temible,—yo pensé al principio, que en aquel encuentro aislado, uno y otro depondríamos nuestras diferencias en homenaje al sentimiento de la fraternidad, que no se extingue por completo en los hombres de corazón; ya que el estéril sacrificio de mi vida, ó su fin oscuro, léjos de las líneas, banderas y entusiasmos de la batalla gloriosa, allí en aquel sitio apartado y solitario,—nada añadiría al orgullo del vencedor, ni á la justicia de la causa.

Eramos como dos dispersos en quienes hubiera concluido la fiebre del combate; que se encuentran al fin de la jornada, se miran, y pasan, ya sin razón de ofenderse ó de agredirse.

Pero, él era bravo é impetuoso, y cedió á los arrebatos de la sangre rica y ardiente.

Me atacó, y me defendí.

¡Grave infortunio, á veces, el de ser afortunado!

¿Sabía yo acaso, que aquel valiente era tu padre?...

Cuando la verdad lució, pensé que no había castigo mayor que el conocerla, y que para este destino triste no se hizo consuelo alguno.

¿Qué alma fuera tan piadosa, que restañara en el vivo, una herida peor que la del muerto?... ¡Oh, Brenda! ¡Si mi vida pudiera rescatar la de tu padre!..

La voz del joven era baja, lenta, suave como un trémulo, como de quien reprime profundos arranques que llegan á la garganta en forma de nudos, que amenazan ahogar y al fin descienden de nuevo, al fondo del pecho oprimido.

Brenda le miró, con las pupilas veladas por el llanto y las mejillas encendidas, acercándose á él por un impulso maquinal, inconsciente, entreabierta la boca, por el ánsia de decir algo que su lengua se negaba á articular; pero que su rostro denunciaba á lo vivo.

Los dos quedaron en suspense, por un instante: ella, inquieta, casi vencida; él, lleno de ardor, insinuante, alentado por la pasión férvida que trasmitia unción á sus frases y fuego á su mirada.

Adelantóse luego, hasta ponerse casi en contacto con la joven y quemarla con su aliento; y como ella bajase la cabeza fascinada y suspirante, dijo encima de su oído:

—No me guardarás odio ¿verdad?

¡Lo quiso así, mi destino infeliz; y mira en qué grado soy culpable, ahora que los años han pasado y el dolor recién viene á marchitar la dicha que soñé... la dicha de la huérfana, en cambio del infortunio del padre!

Si no quemara tu labio una palabra...

Levantó Brenda los párpados lentamente, con una expresión de amor intenso en sus ojos de cielo, y preguntó febril:

—¿Cuál?

—¡De clemencia y de perdon!

Puso ella sus manos temblorosas en el pecho agitado de Raul, y posando en su hombro la cabeza suavemente, llena la mejilla de calor; teñido en grana el labio, en vano reprimiendo los latidos de su seno que ondúlaba con violencia, balbuceó en tono tan ledo como un hálito una sílaba, que los labios de su amante recogieron en una aspiración suprema, al sellar su boca deliciosa con un beso de inefable ternura.

¡Aquel beso les hizo olvidar!

Era síntesis de anhelos reprimidos, de pasiones profundas porque habían sido contrariadas, y compensación de un año de ausencia.

Enmudecieron; disipáronse las sombras de las frentes; buscáronse las manos en cariñosa alianza, la mano blanca y pura de la vírgen y la mano del matador; plegáronse los párpados al influjo de un vértigo véloz y al estremecerse sus cuerpos estrechados suavemente, unidos los rostros en transporte de deliquio, parecieron transmitirse todos los ensueños y esperanzas reconcentrados hasta entónces en el fondo de sus almas, por los rigores de la duda y del quebranto.

En ese grato momento de amor, de clemencia y de perdón, la niña que acompañaba á la huérfana, volviendo con la mariposa en la mano, asomó sorprendida su carita de rosa y púrpura, despierta y vivaz, contemplando con asombro la escena.

Desprendióse la jóven, y vino hácia ella sonriente.

La niña miró á Raul con aire de extrañeza, mezclada de simpatía; y extendiendo á él su manecita, preguntó con dulce candor:

—¿Ese es tu novio, Brenda?

—Sí,—dijo ella, besándola en la boca. ¡Es el que será mi esposo!

Y volviéndose á Raul, con los ojos brillantes de amor y de ilusión, agregó antes de alejarse, con suave imperio:

—¡Irás mañana!

XLI

CONCLUSION

Pocos días después de esta escena, en una capilla solitaria de elegante arquitectura, que se eleva con sus fugaces agujas en medio de las nutridas arboledas del norte, nido de oraciones y de preces íntimas, se desposaban Brenda Delfor y Raul Henares.

Un grupo reducido de personas asistía al acto, rodeando la interesante pareja con ese aire de profundo interés y simpa-

tia, que imprime en los semblantes el cuadro seductor de una dicha serena y luminosa.

Hácia el fondo de aquel pequeño templo, ornado con el mejor gusto artístico, junto á un reclinatorio de ébano, dos damas departían en voz baja sobre la ceremonia.

Una de ellas era Julieta Camandria, que no habia podido sustraerse á la tentacion de presenciaria, y que en los anteriores dias habia sufrido fuertes ataques nerviosos al tener conocimiento del feliz desenlace del drama.

—Sabrás,—decía inclinándose al oido de su compañera,— que la causa real de haberse embarcado ayer Areba Linares, en viaje á Europa, no es otra que este matrimonio. ¡Su orgullo no ha podido resistir suceso de tal magnitud!...

—Se encontrará allí con Zelmar Bafil.

--¡Nunca le amó de veras!

Mira. Ya se apartan... Iremos detrás. No quiero que la novia se imagine que la envidio.

En ese instante, la encantadora desposada del brazo de Raul, se adelantaba y salía radiante, esparciendo á su paso esa atmósfera deleitable, mezcla sutil de fluido luminoso, sonrisas inefables y perfumes de azahares que difunden siempre del altar al dintel de salida, las novias de singular belleza, como últimas esencias de que se desprenden sin pena ni amargura, la castidad y el candor.

—¡Qué alma de criatura!—susurró Julieta bien cerca de su compañera. ¡Ahora, aunque alguna vez hubiera podido olvidar á su padre, tendrá que recordarlo siempre!

La pareja pasó, tranquila y risueña, leyéndose en sus rostros una promesa perdurable de paz y de ventura.

